

LA CAJA DEL OLVIDO

Montse
Basté

Contents

[Dedication](#)

[Sin título](#)

[PRIMERA PARTE](#)

[CAPITULO 1](#)

[CAPITULO 2](#)

[CAPITULO 3](#)

[CAPITULO 4](#)

[CAPITULO 5](#)

[CAPITULO 6](#)

[CAPITULO 7](#)

[CAPITULO 8](#)

[CAPITULO 9](#)

[CAPITULO 10](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[CAPITULO 11](#)

[CAPITULO 12](#)

[CAPITULO 13](#)

[CAPITULO 14](#)

[CAPITULO 15](#)

[CAPITULO 16](#)

[CAPITULO 17](#)

[CAPITULO 18](#)

[CAPITULO 19](#)

[CAPITULO 20](#)

[CAPITULO 21](#)

[CAPITULO 22](#)

[CAPITULO 23](#)

[CAPITULO 24](#)

[CAPITULO 25](#)

[CAPITULO 26](#)

[EPILOGO](#)

*La Caja del Olvido

A mi madre, por no permitir que fuera una niña perdida.

PRÓLOGO

Corre a través del bosque inmersa en la más absoluta oscuridad. La luna se derrite sobre los árboles en forma de espesas telas de araña que la acarician al pasar.

Avanza sin rumbo, con el corazón acelerado y el estómago en la boca. Tiene que darse prisa o será demasiado tarde. Agudiza el oído y entrecierra los ojos en su busca. No consigue encontrarla, no llegará a tiempo... Entonces la ve: el agua cubre su cuerpo hasta la cintura. Un velo blanco baila con el viento sobre su rostro. En cuanto se da cuenta de su presencia, la mira y sonrío

—¿Que sucede pequeña?

—Tengo miedo, no quiero que te vayas.

Ella estira su mano hasta alcanzar la de la niña, que la siente fría y falta de vida.

—No debes temer nada, yo siempre velaré por ti —El color de sus labios desaparece y, lentamente, su piel se vuelve transparente como la de un espectro. Clara ya no siente sus dedos entre los suyos, así que los entrecierra con más ímpetu

—¿Cómo? ¿Cómo lo harás si ya no puedo verte?

—Toma —le entrega el velo de gasa, que intenta escapar arrastrado por la corriente, pero Clara lo atrapa con fuerza, desesperada por mantener algo de ella —Cuando sientas miedo, cúbrete con él. Te ayudará a recordar mi aroma y sabrás que sigo estando a tu lado.

Siente como las lágrimas abniegan su rostro y niega con la cabeza.

—¡No! No quiero esconderme. Yo solo quiero que te quedes...

La mujer asiente y dirige su mirada al cielo, ahora salpicado de estrellas

—¿Ves aquella luz que brilla más que las demás? —Clara asiente, al descubrir un punto luminoso que destaca sobre el resto —Aquel será mi

hogar a partir de ahora, desde allí vigilaré que seas feliz. Me convertiré en tu Hada de los Sueños y velaré para que no vuelvan las pesadillas.

El cauce del río aumenta con virulencia y Clara pierde el equilibrio. Una fuerza extraña la lanza a la orilla. Intenta aferrarse a ella desesperada, pero solo encuentra el tacto del velo entre sus dedos

—¡Noooooo! ¡Mamá!

Abre los ojos y comprueba que se encuentra en la misma estancia fría e impersonal en la que vive desde hace una semana. Otra pesadilla.

Su grito de angustia no ha despertado a sus compañeras de habitación, que siguen durmiendo plácidamente. Solo una de ellas se levanta y se acerca con sigilo hasta su cama. Tiene unos bonitos ojos color miel, pero su mirada mantiene esa resignada tristeza que todas las niñas de aquel lugar comparten. Sonríe con suficiencia, dispuesta a mostrarle que conoce los síntomas: sabe lo que es sentirse desamparada, sola, frente a otros seres a los que solo une el dolor y la pena. Toca su frente y nota que la cubre un sudor frío. Al levantar la colcha, puede ver su delgado cuerpo temblando sin control.

—¿Otra pesadilla? —Clara asiente avergonzada. Sin preguntar nada más, Elisa se desliza junto a ella y la envuelve en un cálido abrazo. Esta vez su sonrisa es reconfortante —A partir de ahora ya no estarás sola.

Clara acepta aquel refugio y se acomoda en sus brazos. Deja ir aquel magma de dolor que la quema por dentro desde hace días. Recuerda su vida anterior, cuando aun tenía una familia, un hogar. Los abrazos de su madre, las peleas con su hermana y los besos de su padre arremeten en forma de gruesas gotas, que quedan escondidas entre los hilos ásperos de la almohada. Les echa de menos. Y duele.

Decide que esta será la última vez que lo haga.

PRIMERA PARTE

La Princesa Invisible

"Solo con el corazón se puede ver bien;

Lo esencial es invisible para los ojos"

El Principito

CAPITULO 1

Junio de 1994, provincia de Berguedà

Tac, tac, tac..., los infantiles pies bailaban con impaciencia sobre la desconchada madera del aula. Todos no, los de Clara seguían inmóviles, mientras su mirada atravesaba el tapiz de polvo que recubría la ventana, hacia los extensos campos de la parte trasera de la escuela. La Señorita Puig era consciente de que, en cuanto emitiera la señal, sus palabras serían abandonadas sin tan siquiera ser oídas. Dio las últimas recomendaciones de lectura y se despidió. Giró su orondo cuerpo hacia las dos grandes pizarras que presidían la pared principal, justo bajo la imagen de la virgen y el crucifijo, y escribió la fecha de retorno a la escuela. Solo como recordatorio.

Por aquel entonces, todos tenían asumida la necesidad de una buena escolarización, pero era consciente de que los padres de esos niños se habían criado en los telares. En su época, la edad habitual para empezar a trabajar rondaba los nueve años y, especialmente en el caso de las niñas, la alternativa de continuar los estudios no estaba contemplada.

Aquellas sonrisas nerviosas olían a vacaciones, a visitas de familiares lejanos y a fiestas mayores de los pueblos vecinos. El verano era un paréntesis para ellos que, en cuanto no iban a la escuela, solían ayudar a sus padres en el campo.

Vacaciones. La palabra incitaba promesas de aventuras, un tiempo de ocio repleto de nuevos descubrimientos. A la vuelta los compartirían envueltos en una persistente añoranza, conscientes de que habría que esperar un año más antes de volver a experimentar aquellas emociones. En cuanto sus labios emitieron la ansiada despedida, los alumnos salieron disparados hacia la puerta sin mirar atrás. Los robustos pupitres de madera ni se inmutaron ante aquel tsunami descontrolado. (Llevaban más de cuatro décadas sufriendo aquellos ataques pre-vacacionales).

La maestra observó con melancolía a la única niña que no parecía tener prisa por irse. Recogía sus libros, con la tranquilidad que te da saber que nadie ansia tu vuelta. Sus ojos recorrían las paredes, ahora desnudas de trabajos y muestras de caligrafía, destilando una gran tristeza. A los pocos minutos de la ruidosa escapada de sus compañeros, el silencio se acomodó en

la estancia, dando protagonismo al viejo reloj colgado en la pared.

La aguja marcaba los minutos perezosamente, como si pudiera predecir que la soledad iba a apoderarse de sus mañanas y tardes, restando a su existencia todo el sentido. El sol de la tarde intentaba colarse entre las persianas, revestidas con una decrépita y desconchada pintura azul. Varias lanzas de luz apuntaban vencedoras a Clara, mostrando a traición la silueta de aquel cuerpo de mujer que albergaba aun el alma de una niña. Su desgastado vestido blanco dejaba intuir como el tiempo, implacable, comenzaba a cincelar su anatomía a su antojo. Pronto sería un reclamo para los muchachos, tal como le pasó a su hermana Isabel al traspasar la pubertad, cuando su delgadez se fue recubriendo de sinuosas y apetecibles curvas que rozaban la perfección.

La belleza de las mujeres Martí era de una pureza extraordinaria: una piel oscura y una espesa mata de pelo negro como el carbón, enmarcaban unos expresivos ojos color cielo. Su exotismo, tan poco común en aquellos parajes, unido a una fresca desfachatez adquirida por la necesidad, había sido aprovechado por la primogénita para conseguir lo que quería sin esfuerzo alguno. La maestra intentaba que Clara no siguiera su ejemplo y se centrara más en alimentar su inteligencia que su ego. No pudo evitar un tono lastimoso al dirigirse a ella:

—Clara, si necesitas más libros puedes venir a buscarlos. La llave está donde siempre...Yo estaré fuera unas tres semanas, pero ya sabes que puedes contar conmigo a la vuelta.

—Gracias señorita Puig

—¿Aun sigues visitando a la señora Nichols y ayudándola con los caballos?

Sus ojos brillaron de emoción:

—Sí, ella es muy buena conmigo.

La mujer acercó su mano y la posó sobre sus rebeldes rizos, que caían salvajes sobre su espalda hasta rozar su delgada cintura.

—Estoy segura de que eres muy buena amazona. Un día, cuando vuelva, te acompañaré y podrás mostrármelo.

Clara dio un respingo al sentir la caricia, levantó la mano en señal de despedida y dedicó a la maestra una amplia sonrisa:

—¡Que tenga unas buenas vacaciones señorita Puig!

María sonrió, al ver como se alejaba con paso decidido hacia la gran explanada que separaba la escuela del sendero. Era un prado natural que

quedaba resguardado entre la majestuosa iglesia de la colonia y los edificios donde antiguamente vivían los encargados de las fábricas, ahora abandonados a su suerte. Dos hileras de encinas se disponían a cada lado del amplio jardín que, bajo su fresca sombra, hacía de patio improvisado en los días de verano.

Siguió el rumbo de la niña con mirada inquieta, mientras su gran cuerpo se mantenía inmóvil, tenso, bajo el solemne arco de piedra que daba acceso al recinto. Unas grandes letras, (pintadas con pulso trémulo en varias losetas de cerámica), formaban el nombre de la antigua escuela femenina sobre su cabeza: "*Casal de la Dona i Escola*". Esperó a que cruzara la arboleda que separaba el pueblo del arroyo, donde la maleza la engulló, reclamándola como algo suyo. La maestra sintió el calor del exterior sobre su cuerpo; primero como una caricia húmeda, luego espesándose hasta barnizar su piel de una molesta capa sucia y pegajosa. Creyó intuir una gran sombra siniestra que se acercaba sigilosa, rozándola, observándola con una sonrisa de satisfacción. Dos gotas de agua salada resbalaron por su frente, mientras su mente no dejaba de intentar alejar ese presentimiento, tenue pero constante, de que algo no iba bien. Recordó el gesto risueño de la niña al despedirse y se obligó a alejar cualquier tipo de desconfianza y resquemor. Clara estaría bien, no debía preocuparse.

Había recurrido al tema de los caballos porque conocía la devoción que la pequeña sentía por ellos. Sabía por experiencia que su sola mención provocaba una sonrisa automática en su rostro, poco versado a aquel gesto tan común en otros niños. Clara estaba consiguiendo hacerse mayor sorteando todos los baches que Dios le había impuesto en el camino con una fuerza estoica, mucho mejor de lo que ella supo hacerlo en su infancia. La voz de desprecio volvió a sacudirla como una tormenta: << mírate, eres fea y gorda. ¡Dios mío!, ¿Que he hecho yo para merecer semejante castigo?>>. Aquella mujer- mal llamada madre- consiguió que María atribuyera a su aspecto físico el epicentro de todos sus males. Con cada mirada suya de desaprobación, con cada crítica, dejaba de comer. Estaba dispuesta a demostrar que bajo aquella deplorable capa de grasa existía una mujer atractiva capaz de hacer que su madre, habituada a protagonizar los principales eventos de la alta sociedad, dejara de esconderla avergonzada. Cuando ya no le quedaron mas alimentos que suprimir, acabó odiando aquel pellejo en el que se había convertido, que lo único que había conseguido atraer eran miradas de compasión. Tras varios años de terapia, indicios de recuperación y angustiosas recaídas decidió escapar. Atrás quedaron las ostentosas veladas en el consulado a las que nunca

tuvo acceso, adiós a su enfermedad imaginaria o al dolor en el estómago cuando la comida caía como un saco de cemento tapiando su entrada. Vagó perdida durante mucho tiempo - durante media vida- hasta que aterrizó en aquel rincón en medio de la nada y conoció a Clara. La pequeña poseía toda la belleza que tanto anheló en su infancia y, aun así, no había conseguido que la vida la indultara.

Miró a Clara de nuevo y un molesto ardor en el estómago subió traicionero, fugaz recordatorio del rencor acumulado, pero se recordó por enésima vez que no podía faltar a su cita. El *Alzheimer* se había ensañado con su madre con el mismo odio que lo había hecho la mujer con ella. Ya no la reconocía. Las nebulosas de su mente habían diluido la aversión habitual de su mirada y su boca, ahora, sonreía benévola y agradecida. La enfermedad había dejado al descubierto la fragilidad real de aquella alma vacía.

Alguna vez, cuando la visitaba, la mujer acercaba su temblorosa mano, de piel tan fina y transparente como la de un espectro, y la posaba sobre la suya, tan esponjosa y tan llena de vida. Durante unos instantes sus miradas se encontraban y María percibía en sus ojos, (o más bien quería hacerlo), una daga de arrepentimiento atravesándolos.

Por suerte, la Señora Nichols, la propietaria de prácticamente todo el pueblo, había centrado sus actos de beneficencia en la niña y dejaba que pasara las tardes en su casa, con la excusa de cuidar de sus caballos. Ese gesto bondadoso despertaba toda clase de suspicacias entre los vecinos, que jamás tuvieron el honor de ser invitados a la "Torre del Amo", como llamaban a la gran mansión que mandó construir el padre de la señora Nichols, el fundador de la Colonia Textil a partir de la cual se creó el pueblo. Sus recelos se acrecentaban cuando intentaban sonsacarle información, las pocas veces que se dirigían a ella directamente: << ¿Cómo son los salones?, ¿Es verdad que todas las paredes están revestidas de madera noble?, ¿Cuántos baños tiene? >>. Clara se limitaba a encoger sus huesudos hombros sin soltar prenda, el lujo y la opulencia jamás le habían interesado. Ella solo aspiraba a ser normal y quizás, algún día, dejar de ser invisible.

El padre de la señora Nichols —Andrew Nichols —fundó la *Colonia textil Casademont* en los años 20. En Inglaterra, su familia ya llevaba explotando ese formato desde mitad del siglo XIX. Los terrenos donde se aposentaba pertenecían a su mujer —Roser Casademont —hija de un prestigioso industrial de Barcelona, que no dudó en ofrecer la mano de su

pequeña en cuanto vio la oportunidad de amortizar unas tierras que tenía olvidadas desde hacía años. El británico construyó una gran fábrica junto al río, aprovechando la influencia de su familia política —miembros de la alta burguesía catalana —, y consiguió sin problemas un permiso con el que proyectar un gran salto de agua, el que produciría la energía necesaria para mover la angosta maquinaria de los telares y las turbinas. Se encontraban en plena "Revolución Industrial" y la oferta de trabajo, tanto en esa industria como en las contiguas que reseguían el río Llobregat, actuó de reclamo de miles de personas que llegaron de todo el país huyendo de la precaria vida rural. Los dueños de las fábricas —Amos, como aquí les llamaban — decidieron construir viviendas donde alojar a los trabajadores, que cargaban habitualmente con la familia. Con el tiempo, se construyeron servicios anexos tales como la escuela, la enfermería e incluso un teatro donde entretenerse durante el poco tiempo libre que les quedaba. La empresa creció como la espuma y en poco tiempo requirió más energía para mover las turbinas, así que el señor Nichols decidió invertir en la construcción de una mina cercana, desde donde se extraería el carbón necesario para la numerosa industria de la zona. El proyecto de un ferrocarril minero que enlazaría la zona sur de la comarca con Barcelona prometía grandes expectativas de negocio. Por desgracia, una gran explosión provocó el cierre de la mina a los pocos años de abrirse y el ambicioso plan tuvo que ser desestimado.

María recordaba cómo se sorprendió al llegar a aquel pueblo de interior. Llevaba años alternando su oficio de maestra con el de escritora, así que pensó que llevar una pequeña escuela rural, alejada del bullicio de la gran ciudad, la ayudaría a encontrar la inspiración que le faltaba a sus historias. Esperaba descubrir un edificio sencillo y acogedor, con pocos alumnos de distintas edades compartiendo un mismo espacio, pero jamás hubiera imaginado que daría clase en una réplica exacta de una escuela de la posguerra. Los gruesos muros de piedra caliza albergaban dos aulas exactamente iguales, con pesados pupitres de pino y un opulento escritorio de madera noble. Las dos pizarras, colgada una junto a la otra como hermanas siamesas, eran las mismas donde se había escrito la fecha, en la esquina superior derecha, generación tras generación durante décadas. Sobre ellas se alzaba una bella reproducción de la Virgen de Queralt, por lo que María sentía en todo momento aquel sonriente rostro sobre su cabeza. La prudencia hizo que respetara, y casi venerara, esa imagen compañera de su trabajo diario, así que la dejó donde las religiosas que llevaban la escuela con anterioridad

habían destinado para ella.

La directora del centro, La hermana Lourdes, residía en la Colonia desde sus inicios, cuando el convento estaba repleto de jóvenes novicias como ella, dispuestas a servir a Dios a cambio de un plato caliente a diario. María disfrutaba compartiendo el almuerzo con ella —recién nombrada Madre Superiora —, y lo hacía siempre que podía, ya que solía deleitarla con infinidad de historias sobre la Colonia Textil en sus momentos de prosperidad. <<Llegamos a tener más de quinientos alumnos>>, acostumbraba a decir con un deje de melancolía. Luego iniciaba una de sus interminables narraciones sobre cómo, al cerrar la fábrica en los años ochenta, la población fue menguando hasta devolver el territorio a su rural origen.

Clara atravesó el bosque por el estrecho sendero que llegaba hasta el río. Aún era pronto para ir a casa de los Nichols, así que decidió refugiarse un rato en su escondite. Caminó sin prisa persiguiendo el curso del agua, tarareando una canción que su hermana no paraba de hacer sonar una y otra vez en el viejo *radiocasete* que le había regalado alguno de sus amigos. Se le había quedado grabada a fuego en la cabeza. <<Es lo más>>, había dicho Isa, <<*Mariah Carey*, es lo más>>. No conocía a esa tal María pero, si Isabel lo afirmaba es que sería alguien importante. ¡Menuda era su hermana! No acostumbraba a seguir sus consejos, de hecho, no quería parecerse en nada a ella, bastante era que físicamente fueran como dos gotas de agua... Su carácter provocativo y aquella seguridad estudiada, de nada le servían durante las noches en las que topaba de bruces con la verdadera realidad. Clara solía escuchar su llanto, resguardada bajo la manta, concentrada en no hacer ningún ruido que pudiera provocar el mal genio de su hermana. Inmersa en la oscuridad, aparecía su verdadero yo, débil y afligido, vacío, tras el profundo hueco que había dejado la muerte de su madre. En cuanto el alba hacía acto de presencia, se disponía a compensarlo con todo tipo de excesos: vestía de un modo extremadamente tentador, se maquillaba exageradamente y probaba cualquier sustancia no legal que caía en sus manos sin límite alguno.

La gente del pueblo jamás aceptó a aquellas "Niñas perdidas", como aquí las llamaban. Su belleza salvaje era otro de los pecados a añadir a una larga lista de despropósitos que, según ellos, bien justificaban el vacío que les profesaban. Como si ellas hubieran escogido el retorcido destino que la vida les había asignado...

El hecho de que la Señora Nichols ofreciera un trabajo a su padre en cuanto llegó, no hizo más que aumentar esos recelos hacia las Martí. Tras el

cierre de la fábrica, el edificio se convirtió en un blanco común de saqueos indiscriminados. La señora Nichols, al saber de aquel hombre que, tras la muerte de su esposa, volvió a su pueblo con dos niñas pequeñas a su cargo, decidió ofrecerle un puesto de vigilante del edificio. Sería algo temporal, hasta que decidieran que hacer con las instalaciones y el hombre hubiera encauzado su vida de nuevo. Habían pasado casi cuatro años y, ni el edificio, ahora abandonado y deteriorado, ni su padre, consiguieron mejorar sus perspectivas de futuro.

La niña caminó hacia un recodo del río donde el cauce se estrechaba, lo que permitía cruzarlo dando varios saltos sobre unas piedras que sobresalían tímidamente. El agua se arremolinaba con fuerza sobre las rocas que hacían de puente improvisado, salpicando los desnudos pies de Clara, refrescándolos de un modo tan agudo y rápido, que la acercaban en segundos al limbo del dolor. Solía permanecer allí, apretando los labios, concentrada en batir su propio récord, desafiando la gélida temperatura del agua. En cuanto una fina y quebradiza capa de escarcha comenzó a dejar su piel sin sentido, dio un último salto y aterrizó sobre la hierba húmeda del otro lado. Aspiró con fuerza. El olor a tierra mojada, junto al leve zumbido de algún insecto, le dieron la bienvenida a su rincón preferido, justo en el instante en que un chasquido de ramas rotas sonó tras ella.

Siempre se había sentido segura en el bosque. No era demasiado denso y conocía cada rincón a la perfección, ya que la disposición de los árboles parecía estar trazada de un modo premeditadamente ordenado. No existían grandes arbustos o zarzas que impidieran el paso, sino que se dibujaban íntimos senderos naturales entre los pinos, donde paseaba con el cauce del río siempre a la vista. Giró su cabeza hasta divisar el final del camino, con la sensación de que alguien la seguía. Probablemente sería alguno de los chicos del pueblo, que solían ir a pescar por la zona, pero no quería que descubrieran su escondite. Dio un pequeño rodeo y entró en su escondite. Tres losas de piedra, que en algún momento se vieron arrastradas por una desmesurada crecida del cauce, habían quedado dispuestas como si de un Dolmen se tratara. Una base plana descansaba sobre las otras dos, dejando espacio suficiente para el menudo cuerpo de Clara y protegiéndola de miradas ajenas. Solía pasar largas horas en aquel lugar, observando los renacuajos, que nadaban por la superficie ajenos a su presencia; tan inocentes y despreocupados como lo era ella hacía tan solo unos años. Antes de que su madre la dejara sola, antes de ser invisible.

No volvió a ponerse los zapatos. Sintió la tierra escurrirse entre sus dedos, las briznas de hierba cosquilleando bajo sus pies. Incluso cuando una incisiva púa se introdujo bajo su dedo meñique y la hizo saltar de dolor, agradeció ser testigo de toda aquella belleza. Disfrutar de aquel paraje era un regalo y compartir lo que la naturaleza le regalaba un privilegio.

Volvió a aspirar intensamente y sonrió de nuevo. El verano ya empezaba a desplegar su amarillento manto sobre los campos arados, envolviéndolo todo de un intenso aroma a trigo recién segado que Clara adoraba. Los arbustos ya mostraban salpicaduras doradas en sus hojas, anuncio de que la Primavera llegaba a su fin. Pero justo allí, en aquella ribera, las grandes hojas de los álamos mostraban un verde intenso y sus troncos se curvaban levemente hacia el río en un intento de acariciar el agua.

En aquel oasis particular, húmedo y sombrío, Clara podía ser ella misma. Su capa mágica, la que la protegía del mundo, se desvanecía. Qué suerte haber dado con ella. Aunque, también fuera la causante de que todos actuaran como si ella no existiera. Su padre, su hermana, incluso sus vecinos, no podían verla cuando aquel manto la cubría.

El bosque y la escuela eran sus dos refugios, pero, por desgracia, en casa de la señora Nichols no le sucedía lo mismo, a pesar de que la mujer hacía todo lo posible porque se sintiera cómoda. La presencia habitual de su hija, (que siempre estaba malhumorada y la miraba con desconfianza), la obligaba a no bajar la guardia. El único lugar de aquella gran mansión donde conseguía volver a ser ella misma era en las cuadras. Los caballos eran seres de corazón puro, los únicos que jamás la habían traicionado.

Mientras sus pies chapoteaban libremente en las aguas revueltas, rememoró como había conseguido tener acceso a la Torre del Amo, tres veranos antes. Acababa de cumplir diez años y, como cada tarde, se acercó a la gran valla de hierro que flanqueaba la ostentosa entrada. La casa se encontraba situada en la parte más alta del pueblo, en el mejor terreno de la zona, sobre una gran explanada soleada desde donde se vigilaban a la perfección los edificios de la fábrica y las viviendas de los trabajadores. Tras la verja dorada, un amplio camino escoltado por espigados cipreses conducía a una escalinata de piedra que ascendía hasta la majestuosa puerta que daba acceso al interior. La casa era una réplica exacta de la mansión que la familia Nichols tenía en Inglaterra: un opulento edificio gris con dos filas de ventanas cuarteadas por listones de madera blanca. Tres chimeneas coronaban el tejado de arcilla, única concesión a la arquitectura y materiales del lugar. Frente a la

escalera, una fuente de piedra encarnaba a una dulce ninfa que lanzaba agua desde una tinaja hasta un lago repleto de nenúfares. La figura se encontraba en el centro de una plazoleta empedrada que daba la bienvenida a los visitantes. A la derecha de la mansión, un edificio rectangular alojaba a los caballos de la familia, frente al que se disponían varias pistas de tierra donde se entrenaba su dueña a diario.

La niña solía asomarse entre los barrotes, buscando el mejor ángulo de visión, para poder ver como la señora Nichols montaba sus caballos. Se maravillaba con la elegancia de aquella erguida espalda sobre la silla de montar, la firmeza con la que esas manos dirigían las riendas, mientras sus pies marcaban el ritmo con un solo movimiento del estribo. Aquella mujer se transformaba por completo en cuanto su cuerpo se acomodaba sobre el animal, convirtiendo su tirantez habitual en un gesto repleto de innata elegancia. El caballo parecía predecir cada orden de su dueña, anticipándose a sus deseos con una perfección absoluta, como si su único objetivo fuera complacerla. La imagen maravillaba a Clara que, desde que la vio por primera vez, intentó no faltar a la cita ni un solo día y estudió cualquier escrito que caía en sus manos sobre la doma y los caballos.

Una de las tardes, mientras sus angulosos mofletes pretendían introducirse con más ahínco entre los hierros, un gran ruido la sobresaltó. Dio un paso atrás y el mecanismo automatizado abrió las pesadas puertas, dejando libre el camino hasta la magnífica escalinata de piedra. Clara se quedó inmóvil; aunque su mente intentaba imponerse sobre sus piernas, incitándolas a dar media vuelta, estas no obedecieron. El único movimiento que se permitió fue abrir sus ojos con más determinación, mientras era testigo del grave traqueteo de varias herraduras avanzando con paso firme hacia su inerte cuerpo. Cuando consiguió reaccionar, la dueña de la casa se encontraba ante ella sobre un elegante caballo negro con una mancha blanca sobre el hocico, ofreciéndole una tierna sonrisa

—Buenas tardes, Clara

La niña sintió el rubor tiñendo su rostro:

—Buenas tardes, Señora Nichols

—¿Te gustan los caballos?

La templanza de aquella voz trajo algún lejano recuerdo a la mente de Clara, un leve desasosiego que erizó su piel. Aun así, la niña se esforzó en recordar todo lo que la Señorita Puig le había enseñado, e intentó contestar de manera educada

—Discúlpeme Señora Nichols. No pretendía entrometerme... Es que nunca había visto un caballo tan bonito. Los que tienen en la *masía* son distintos, no tienen esa dureza en los músculos, ni ese porte.

—Cierto, este es un Pura sangre. Tiene mucha energía, por eso debo sacarlo a galopar cada día, aunque ya no tengo edad y mi espalda comienza a resentirse. —El caballo acercó su boca a la niña y esta, lejos de asustarse, acarició con vehemencia la mancha blanca en forma de rombo. La señora Nichols sonrió —Veo que le gustas...Y eso que a "Gitano" no le gustan los extraños.

—¿Gitano?, es un nombre curioso para un caballo...

La mujer sonrió complacida:

—Su padre se llama "Negro", ya no puedo montarlo, está muy enfermo, pero sigue con nosotros en las cuadras. ¿Te gustaría conocerlo?

“Negro”. Sabía que no se trataba de un caballo cualquiera. La gente del pueblo acostumbraba a chismorrear sobre cualquier detalle de la familia Nichols y de cómo el Amo castigaba a los que osaban contradecir sus órdenes. Aquel pobre animal tomó una sola decisión por sí solo, tan errónea, que le hubiera costado la vida si su dueña no hubiera intercedido. Esta, tras el accidente, no volvió a montarlo —petición expresa de su padre —y arrastró una leve cojera que no disminuyó un ápice su singular distinción. Era una mujer menuda, pero de brazos y piernas largas en comparación con su pequeño cuerpo. Sus manos se movían poco al hablar, (a diferencia de las mujeres del pueblo que gesticulaban y gritaban sin parar), y solían deslizarse con tal armonía y ligereza que daba la sensación de que nunca alcanzarían el objeto que se disponían a asir. El tono de su pelo era muy rubio, prácticamente se confundía con el blanco; lo llevaba recogido en un moño bajo perfecto, tan solo un fino mechón escapaba acariciando unos amables ojos azules. Su mano enguantada soltó las riendas por unos instantes, alzándose lenta y progresivamente hasta alcanzar el cuello equino, con la intención de darle unas leves palmadas de aprobación.

Clara analizaba cada gesto realizado por la mujer como si lo estuviera viendo a cámara lenta, <<como en la película de mamá>>, pensó. Le encantaba ver esas viejas cintas en blanco y negro donde las imágenes se deslizaban, secuencia a secuencia, revelando cada detalle por insignificante que fuera. Había algo en ellas que conseguía arrastrar su mente hasta el fondo de la historia en segundos, secuestrando todos tus sentidos hasta hacerlos suyos. La imagen que estaba presenciando le producía la misma amalgama de

irrealidad y fantasía. Una voz grave y pausada interrumpió sus pensamientos:

—Ahora debo irme, pero si vienes mañana la puerta estará abierta.

El caballo giró sobre sí mismo y ambos se alejaron al galope, envolviéndola en una nube de polvo e impregnada en un aroma de paja seca y barro.

De aquello habían pasado ya tres largos años y Clara no faltó a la cita ni un solo día.

CAPITULO 2

Año 2014

Un angustioso alarido arrancó a Samuel de su profundo sueño. Se incorporó con tiento, observando el cuerpo que se revolvía junto a él, bajo las sábanas. Acarició su frente con delicadeza, hasta que sus velados ojos lo miraron entre tinieblas. El camisón, un trozo de elegante satén blanco, se encontraba íntimamente pegado a la piel sudorosa, persiguiendo el vaivén del pecho acelerado.

Recordó cuando se lo regaló, tras ver como sus ojos se abrían más de lo habitual al descubrirlo en un escaparate navideño, en un reclamo mudo de poseerlo. En aquella época, solían perderse por el centro de la ciudad; caminaban sin rumbo, sin prisa por deshacer sus abrazos. No solían prestar atención a los reclamos insistentes de los comercios, a las luces, a las bolsas repletas de regalos.... Les gustaba dejarse llevar por la riada de gente que inundaba las calles durante las fiestas, contagiándose durante unas pocas horas, de una ilusión que los dos habían enterrado hacía años.

La joven se revolvió una vez más, hasta que su cuerpo se incorporó de forma violenta, ahogando un chillido en la garganta. Supo en qué momento fue consciente de que había vuelto a suceder por la pincelada de temor que tiñó sus ojos, antes de que perdiera la mirada en el horizonte.

—¿No vas a explicarme que te preocupa? Quizás no es buena idea que vayas.

Ella despertó de pronto, se incorporó y se abrazó a él en busca de protección

—No es nada, solo necesito esto... —Sus brazos rodearon con más intensidad el masculino torso desnudo, mientras él la estudiaba con cautela.

Desde que recibió la carta estaba cambiada. Su carácter, habitualmente templado, se había vuelto receloso y su mirada más distante de lo habitual. Jamás quiso hablarle de su pasado, no en profundidad. Conocía lo que ella le había permitido descifrar: un pequeño pueblo en el campo, una familia devastada y un orfanato en la ciudad. Fue una gran estudiante, así que, en cuanto pudo, consiguió una beca con la que ingresó en la universidad.

Samuel quedó totalmente cautivado a los pocos segundos de conocerla. Su

exótica belleza no se correspondía con aquella alma serena, con ese grácil cuerpo que se desplazaba liviano por los pasillos. Los otros estudiantes siempre andaban corriendo, demasiado deprisa, con miedo a que la vida se les escapara de entre los dedos cuando aún no habían comenzado ni siquiera a catarla. Entonces aparecía ella, brillando con luz propia. Y él no podía dejar de mirarla, de desearla, de vigilarla. Luchó contra esa atracción, que era consciente de que a medida que pasaba el tiempo se estaba volviendo una obsesión. No está bien..., se decía; es demasiado joven; no está bien..., es demasiado hermosa; no está bien... Hasta que finalmente quedó atrapado en ella y encontró una respuesta para cada una de sus antiguas reticencias. Pocas veces habían hablado sobre como la veía entonces. Le gustaba compararla con esos pequeños arroyos que fluyen entre grandes montañas siguiendo su cauce, con la tranquilidad de saber que, cuando sea el momento, llegarán a su destino final, siempre el mismo, sin necesidad de cambiar el curso establecido durante siglos. Y ella siempre respondía que eso era porque sabía que bajo las agrestes montañas la esperaba él: un gran lago de aguas tranquilas. Pero eso era cuando hablaban durante horas, cuando reían juntos, cuando ella lo amaba.

—Estas sudando. ¿Quieres un poco de agua?

Clara asintió, mientras se dirigía al baño con la intención de refrescarse. Estudió su rostro en el espejo y reconoció la mirada cansada y triste de antaño. Las pesadillas habían vuelto con la carta. Todo lo que había querido olvidar, el rostro de a quienes había creído amar, los que la habían traicionado, volvían a amenazar su felicidad de nuevo. Los viejos fantasmas reaparecían ¿Por qué no podían mantenerse ocultos, sepultados bajo tierra tal y como había decidido dejarlos hace años?

Lanzó un suspiro de resignación, intentando renovar aquel aire interior que sentía ahora tan pesado en sus pulmones. Volvió al dormitorio en silencio y tomó el vaso que Samuel había dejado sobre la mesita. Sus ojos la siguieron sin tregua durante el recorrido: expectantes, temerosos, asfixiantes... Por un momento sus labios se entreabrieron, vacilantes, aunque finalmente se cerraron, como siempre hacían cuando se trataba de aquel capítulo de su vida. Solo se oyó un leve susurro avergonzado:

—Gracias.

Samuel asintió en silencio, consciente de que había perdido por enésima vez su oportunidad de saber más. Cada vez que se le había presentado, ella lo miraba de aquel modo tan extraño. Un pánico infame y oscuro transformaba el brillo de sus ojos en un abismo impenetrable. Así que, la pregunta siempre

quedaba relegada en algún rincón de su mente, esperando encontrar una nueva ocasión más oportuna, una que nunca llegaba. Aquellas miradas de reprobación, aquellos secretos silenciados, iban resintiendo su relación paulatinamente, pero se veía incapaz de cambiar unas reglas que se habían impuesto mucho tiempo atrás. La noche más larga del año.

Cuando sus hijos eran pequeños solía llevarlos a la playa y jugaban durante horas alrededor de una hoguera mientras esperaban que se iniciaran los fuegos artificiales. Tras el divorcio quiso mantener la tradición pero, a medida que sus hijos dejaron de ser niños y empezaron a faltar a la cita, la fue abandonando sin darse cuenta. El primer verano que pasó con Clara quiso recuperar la magia de aquella noche que para él había sido tan especial. Se imaginaba abrazado a la suavidad de su piel sobre la cálida arena; un crepitante fuego jugaría sobre el bello rostro de la joven estudiante que le había robado el corazón, mientras a su alrededor algunos de sus otros alumnos les observarían de modo descarado, murmurando. Casi podía sentir la envidia y el deseo de aquellos chicos mientras recreaba la imagen. En aquel momento su relación era secreta, pero Samuel deseaba tanto poder mostrar al mundo como la amaba... Hubiera sido todo un triunfo para el obstinado profesor de Literatura que todos veían como un tipo raro. Estaba deseando saborear el resentimiento que despertaría en esos jóvenes que creían que la testosterona movía el mundo. Solía vigilarlos cuando la miraban caminar por los pasillos de la universidad, con esa mezcla de reprobación y deseo en sus ojos. Todos eran conscientes de que ella era distinta a las demás, era el trofeo que todos ansiaban. Y él lo logró.

Ella declinó la propuesta sin mucho interés y su plan se extinguió a la misma velocidad que el oxígeno de las hogueras de la playa. Sus excusas le parecieron absurdas, aunque las adujo a lo reciente de su relación, incluso a su carácter reservado. Decidió darle una sorpresa y se presentó en su casa con una buena cena y grandes expectativas. Ella abrió la puerta con los ojos enrojecidos y la mirada perdida en el horizonte. Lo miró sin verlo y se apartó para dejarlo entrar. Le abrió las puertas de su casa con la misma resignación que lo haría más tarde a su vida. No fue capaz de arrancarle más de dos monosílabos. Aunque estaba allí físicamente, mirándolo de frente, siguiendo sus indicaciones de modo autómatas, su mente estaba en otro lugar, uno en el que respirar dolía demasiado. Se acercó a ella en silencio y la envolvió entre sus brazos con la máxima ternura. Se recostaron sobre la cama, abrazados, unidos por aquel miedo inexplicable que cada uno había ido almacenando

durante tantos años. Años de soledad, años de decepción, años sin el otro. El estallido de los petardos siguió retumbando en la lejanía, pero el único sonido que Samuel estaba dispuesto a custodiar durante toda la noche fue la respiración pausada de Clara. Su Clara.

Al despertar, ella actuó como si lo de la noche anterior jamás hubiera sucedido y, en cuanto Samuel reunió el valor suficiente para preguntar por su actitud, solo sonrió:

—Ayer cumplí 24 años. No me gustan los cumpleaños, me recuerdan todo lo que perdí y ya no podré recuperar jamás. Nunca los celebro.

El hombre se obligó a mantener su silencio, al ver el leve temblor de sus labios escondiéndose bajo una forzada sonrisa. Casi pudo discernir como su mente se debatía con algún antiguo recuerdo, uno punzante y molesto con el que probablemente llevaba años luchando por olvidar, así que decidió respetar ese secreto hasta que ella estuviera preparada. Quizás con el paso del tiempo comprendería que podía confiar en él, entendería como la amaba y lo que estaba dispuesto a hacer por ella. Quizás...

Samuel salió de la habitación en busca de otro vaso de agua. En cuanto se quedó sola, Clara llamó a quien sabía que podía confesar sus miedos con total sinceridad. Elisa era la única a la que jamás le había escondido sus lacerantes recuerdos, su pasado. Juntas habían superado el duelo de sus familiares cuando solo eran dos adolescentes unidas por el dolor y el abandono. Su amistad, forjada en la soledad de sus primeros días en el orfanato, era verdadera. A pesar de que sus vidas se habían distanciado desde que Elisa se había marchado a vivir a Madrid, estaba casada y esperaba su segundo hijo, tenía la necesidad de compartirlo con ella. Como siempre, su voz chillona la adoctrinó con determinación:

—Creo que no deberías ir. ¿Que se te ha perdido allí?

—Sabes que se lo prometí.

—También prometiste no regresar más a ese pueblucho. Clara, no necesitas volver a remover...bueno, ya sabes.

Clara asintió en silencio. La vuelta a su antiguo pueblo solo agrietaría más sus heridas aun no cicatrizadas. Pero, ¿lo harían alguna vez?

—Ella era una de las pocas personas que se preocupó por mí. Siento que se lo debo

—Clara, si quieres ir hazlo por ti. Pero no le debes nada a esa mujer, que ahora está muerta. No creo que le importe quien vaya a su funeral. Los muertos son muertos, polvo, y tu mejor que nadie sabe eso. Pero si vas, no podrás

evitar verle...a él y a todos los que te hicieron daño. Supongo que Samuel te acompañará, ¿no?

Sí. Clara había sopesado todas las consecuencias, y si algo tenía claro era que debía volver sola. A diferencia de Elisa, ella sí creía en los fantasmas, en almas perdidas que volvían para resarcirse de sus errores, dispuestos a pedir perdón. Pero a veces había que ir en su busca, escuchar su voz, darles la mano dispuestos a guiarles por el camino de la compasión y dejar que, por fin, descansaran en paz.

La Señora Nichols le había escrito una última carta donde le pedía que fuera a verla lo antes posible. Cuando la envió sabía que le quedaba poco tiempo y necesitaba tenerla cerca. Tal como dijo: <<Para morir en paz necesito reencontrar el pasado y el futuro, conectarlo con el presente. Solo así podré descansar eternamente>>. Según el telegrama, dos días después murió.

Clara no lloró por ella. Con el paso de las horas, una molesta losa fue aprisionando su alma hasta sentir un inesperado ahogo, que la obligó a abrir los grandes ventanales del salón, pero nada que no pudiera controlar. La muerte la había rondado demasiadas veces como para tenerle miedo o respeto. Ya no le quedaban lágrimas, extinguidas a fuerza de ser reprimidas durante tantos años.

Pensó en la señora Nichols y en su extraña manera de quererla, siempre correcta, pero consciente de cuál era la posición de cada una y hasta donde se le permitía llegar. Jamás le había dado un beso o le había dedicado una caricia, pero había intentado protegerla, a su modo, desde aquella permanente distancia que las separaba.

Con el paso del tiempo, Clara había analizado y clasificado los sentimientos de amor que mueven a las personas. Llegó a la conclusión de que existen infinidad de formas de amar, como ella misma había podido comprobar: el amor arrebatador, dañino, que había vuelto a su padre un desecho humano incapaz de volver a sentir nada al perder el suyo de modo tan cruel. El amor culpable, como el que sintió su hermana durante años por ella. La responsabilidad que recayó sobre aquella joven a una edad tan temprana, habían difuminado el cariño que sintió alguna vez por esa pequeña y fue transformándolo en desprecio, a medida que intentaba liberarse de esa obligación que le habían impuesto tan injustamente. Los dos quisieron en vano diluir, uno con el alcohol y la otra con las drogas, la inmensa angustia que les provocaba ese amor, hasta que dejaron de sentir nada y creyeron encontrar la paz. Un último tipo de amor que añadió a su catálogo personal fue el inocente,

el de una niña de doce años, sincero y puro; el que vivió en sus propias carnes, que menospreció con dureza en cuanto la decepción lo inundó todo.

Realmente nunca supo donde encajaba la Señora Nichols, que sentía por ella y si se podría definirlo como amor. Su mirada incisiva, siempre distante, no se correspondía con ciertos gestos de ternura, leves acercamientos que se produjeron durante los años que Clara compartió las tardes con ella. Existía algún nexo de unión entre esas dos vidas tan dispares, algo que hizo que esa mujer dedicara parte de su tiempo a conocerla, a interesarse por sus gustos, e incluso a enorgullecerse de ella con sus pequeños logros. Para Clara, que no tenía a nadie, era lo más parecido a una abuela, de esas que no visitas con regularidad pero con la que te sientes obligado a ser cortés y a hacer méritos para que pueda presumir de ti ante sus estiradas amistades. Aunque la Señora Nichols jamás presumió de ella ante nadie, ya que sus amistades eran contadas y pasó los últimos años de su vida encerrada en la gran mansión de la Colonia completamente sola. Clara era consciente de la cruda realidad: ella tan solo fue una de las "Niñas Perdidas" del pueblo a la que una mujer rica dirigió su generosidad como entretenimiento. Y le estaba agradecida. Jamás esperó más de lo que le dio, ni deseó tener otro tipo de relación más cercana. Que la dejara entrar en su mundo, animándola a conocer otras perspectivas, descubriéndole que era lícito anhelar un futuro mejor del que tenía, consiguió que creyera que aun podía ser feliz. Y durante aquellos pocos años lo fue, hasta aquella maldita noche de San Juan, cuando la niña invisible perdió su manto y se volvió visible ante todos. Esa fue la fecha exacta en la que tuvo que escapar de allí. Jamás tuvo el valor de volver.

Samuel se encontraba sentado en su sillón de lectura, sosteniendo un libro al que no prestaba atención. Observaba a Clara preparar la maleta. Por lo menos había cambiado la ropa escogida unas diez veces, lo que, en una mujer tan pragmática como ella, no tenía otra razón de ser que la ansiedad que la envolvía ante la cita que la esperaba. Probó de convencerla otra vez, en un intento vago de romper el silencio que los envolvía desde hacía horas:

—Clara...Solo vas a estar dos días. Si tanto te preocupa, no tienes ninguna necesidad de ir. Tu misma dijiste que esa gente no era importante para ti.

Ella apartó la mirada de los vestidos desparramados sobre la cama y sus azules ojos se oscurecieron al fijarlos en él:

—Tu no lo entiendes...Solo quiero causar buena impresión, parece que la Señora Nichols me nombró en su testamento y debo quedarme hasta la lectura

del mismo.

Sus dedos recogieron instintivamente un rizo rebelde que se había soltado del tirante recogido que habitualmente llevaba, enredándolo sobre un dedo en un tic infantil que solo mostraba cuando los nervios la consumían. Samuel sonrió al ver ese gesto que dejaba al descubierto su fragilidad, lejos de la mujer madura y segura de sí misma que solía ser. Se acercó a ella, deseoso de acortar la distancia que últimamente se había perpetuado entre los dos:

—Escucha, eras solo una niña cuando te fuiste. La mitad no se acordarán de ti —La joven hizo un mohín, consciente de que eso era difícil tras lo sucedido—. Y la otra mitad, se asombrarán cuando vean la mujer en la que te has convertido. Pero si necesitas...

Clara torció el gesto, interrumpió su frase con sequedad, mientras se alejaba de manera brusca:

—¡No! Tengo que hacer esto sola. No me presiones Samuel. Sé que te dije que hablaríamos con calma sobre nosotros, sobre nuestro futuro..., pero ahora tengo que solucionar algo importante y, por una vez, no quiero tu ayuda. Cuando vuelva, hablaremos.

Samuel levantó las manos en señal de derrota, mientras el silencio se acomodaba entre ellos de nuevo. Sonrió resignado, dio media vuelta y salió de la estancia.

Clara se arrepintió por haber utilizado aquel tono displicente con él, la razón de que llevara tanto rato sin hablar. La carta había alterado demasiado su mente, que llevaba días divagando en el pasado, rescatando recuerdos que creía sepultados en lo más profundo de su alma. Durante años su único objetivo fue olvidarlos, y ahora, la mirada desafiante de su hermana y los ojos emborronados de su padre la perseguían sin tregua, reclamando su atención, recriminando que los intentara borrar de su vida como si jamás hubieran existido. Y luego estaba el tema de la herencia...No quería deber nada a la familia Nichols, no le apetecía mantener ningún lazo que la atara al pasado. Fuese lo que fuese lo que le había asignado su antigua benefactora, pensaba rechazarlo al momento pero, tal como le había notificado el abogado, debía estar presente en la lectura del mismo y comunicar su decisión en el instante de la cesión.

Pensó en la madre de Andy, —la hija de la Sra. Nichols— e imaginó su encuentro, saludándola con ese deje de desprecio perenne en el rostro. A diferencia de su antecesora, que siempre lucía elegante y tenía un cuerpo grácil y estilizado, aquella pequeña mujer siempre le había evocado a una

especie de tortuga. Los ojos saltones, la boca pequeña y un cuello excesivamente corto para la gran envergadura de sus anchas espaldas, formaban una imagen casi cómica, una caricatura de sí misma que aunque se esmeraba en compensarla con los mejores vestidos y grandes sumas en tratamientos de belleza, no conseguía mejora alguna. La relación entre madre e hija, así como con su propio hijo, siempre fue tensa, lo que llevó a Clara a pensar que esa mujer sentía verdadera envidia ante la belleza compartida entre la abuela y el nieto, quien por suerte, solo había heredado de su progenitora el color rubio ceniza del pelo y una blanca piel salpicada de pecas. La genética, (una ciencia verdaderamente desconcertante), había escogido con destreza las únicas partes de la anatomía de aquella fea mujer aprovechables y las mezcló con sabiduría con las del padre y de la abuela, creando al hombre en que se había convertido. El destino había querido que se convirtiera en uno de los actores más cotizados de Gran Bretaña, por lo que Clara estaba al día de que imagen tenía en la actualidad, muy distinta a la del chico alto y delgado de rostro angelical que ella había conocido.

CAPITULO 3

Junio de 1994

Cuando llegó la hora de dirigirse a las cuadras, Clara avanzó tranquilamente por el bosque hasta llegar al atajo que unía la carretera con el arroyo. El camino surgía de una pequeña playa que habían construido los lugareños de modo artificial, con la intención de aprovechar la frescura del agua en los calurosos días de verano. Frenó sus pasos y observó el acceso con cierto recelo: los árboles se cerraban formando un túnel estrecho y angosto que dejaba paso a una sola persona. En aquellos pocos metros el temor y la desazón solían apoderarse de ella, perturbándola, llenando su mente de imágenes inquietantes. La sensación de que alguien merodeaba a su alrededor volvió a invadirla y su instinto hizo que sus piernas reaccionaran, aumentando el ritmo de los pasos con urgencia. A los pocos segundos se encontró corriendo, el pulso trémulo y la piel sudorosa, ansiosa por llegar lo antes posible a la unión del camino con la carretera. Una ligera brisa acarició su rostro, susurrando difusos secretos entre las hojas de los árboles. Sus piernas se movían desesperadas, rozándose con las afiladas ramas que invadían el camino, que se enredaban en sus piernas intentando retenerla en la espesura del bosque. Creyó oír como la llamaban, como el aire jugaba entre las ramas ululando su nombre, así que resopló y se concentró en el camino, dispuesta a no tropezar. Se obligó a evitar mirar el entorno, que desaparecía por momentos emborronado por la velocidad. En cuanto calculó que le quedaban unos pocos metros para alcanzar la carretera, se lanzó prácticamente al asfalto.

Una mano la aferró con fuerza, justo cuando las luces de un coche la cegaron.

—¿Estás loca? ¿Sabías que esto es una carretera y te pueden atropellar? Es lo primero que te enseñan en la escuela y...según mi abuela tú eres una chica lista.

Clara buscó el origen de esa masculina voz en silencio, mientras su pecho se agitaba arriba y abajo con violencia, tras el esfuerzo realizado. Un escuálido chico, rubio y pecoso, la miraba desde arriba con una sonrisa pícaro, mientras seguía agarrado con fuerza a su delgada muñeca. Sus rasgados

ojos, de un verde aguamarina, recorrieron su rostro y descendieron lentamente hacia su pecho. El sudor había pegado la fina tela del vestido a la piel, dejando entrever la aureola difuminada de sus pezones erizados por el miedo, destacando sobre unos pechos pequeños pero firmes. En cuanto la niña se dio cuenta de donde permanecía fija la vista del chico, se separó bruscamente de él, cruzó los brazos sobre su torso protegiéndose y retomó el camino con energía.

Andrew Mathew, el nieto de la señora Nichols, sonrió complacido, mientras caminaba a su lado con las manos en los bolsillos haciendo equilibrios sobre el estrecho y desnivelado arcén de la carretera

—¿Vas a ver a mi abuela? Te acompaño, yo justamente iba hacia allí.

Ella asintió en silencio, pensando en la mejor forma de alejarse de él sin quedar en evidencia. El chico la había descubierto justo cuando sus mejillas se ruborizaron al sentir su mirada, a la vez que una sensación desconocida iba invadiendo su cuerpo por completo, por lo que se había obligado a andar con la intención de alejar aquella turbación tan extraña. Ningún chico del pueblo la había mirado así. En realidad, simplemente, ninguno la había mirado. Para ellos seguía siendo transparente.

Andrew respetó su silencio unos pasos más, sabía que la había asustado y aún era una niña. Pero el recuerdo de aquellos pezones erectos bajo la ropa no dejaba de castigarlo, mientras intentaba encontrar una excusa convincente de su presencia allí

—En realidad he venido a buscarte, necesito pedirte un favor. —Ella frenó en seco y lo miró de frente con gesto arrogante. El chico alzó una ceja con ironía al ver como la muchacha le plantaba cara, pero al descubrir una pequeña herida sobre su mejilla no pudo evitar acariciarla —Es solo un rasguño, te lo habrás hecho mientras corrías entre los árboles. ¿Vas a decirme de que escapabas?, ¿Alguien te ha molestado?

Su cuerpo se quedó helado tras el leve roce de aquellos dedos sobre su piel, no estaba acostumbrada a que la trataran con tal delicadeza. Clara contestó en un susurro:

—Pensé que alguien me seguía..., pero creo que me lo imaginé

El sonrió de nuevo, al ver que la chica reanudaba la marcha sin esperarle

—Espera...No deberías andar sola por el bosque, puede ser peligroso — Ella fue acelerando el ritmo de sus pasos, de tal modo, que se vio obligado a gritar para que le oyera: —¡Necesito que me enseñes a montar! —La niña siguió ignorándole —. ¡Clara!, ¿Podrías parar un segundo?, ¡es muy difícil

mantener una conversación educada cuando parece que nos persigue el demonio!

Su largo y desgarrado cuerpo tropezó con una raíz que sobresalía entre los restos del ajado asfalto y rodó hasta quedar de espaldas al suelo, desparramado con los brazos en cruz.

Al verlo en aquella cómica posición, la niña emitió una espontánea carcajada y se dispuso a ayudarlo divertida. Durante aquellos segundos, Andrew pudo deleitarse de ese sonido fresco y sincero a la vez, se maravilló del brillo de sus azules ojos, que parecían ahora más transparentes, y descubrió la dulzura de su joven sonrisa. Llevaba años viéndola en casa de su abuela, donde solía pasar todos los veranos, pero hasta ese momento no la había mirado de verdad. Hasta entonces, para él solo era una chiquilla que disfrutaba con los caballos y a la que su abuela profesaba un cariño especial. Era su único nieto, venía poco a verla, y le pareció lógico que la mujer se ilusionara en ayudar a una pobre niña que provenía de una familia sin recursos; una manera como otra cualquiera de sentirse útil. Al contrario que a su madre, a él no le molestaba encontrársela siempre merodeando por los jardines o llevando pequeños recados de su abuela de aquí para allá. Pero nunca se había dirigido a ella, jamás se había detenido en los detalles de su perfecto rostro, ni había escuchado su risa cantarina.

Ella le ofreció su mano y él se incorporó. En el instante en que sus dedos se unieron, una leve descarga se expandió por su piel obligándolos, casi al mismo tiempo, a separar sus manos como si la del otro ardiera. Esta vez Clara reanudó la conversación:

—¿Para qué quieres aprender a montar?, ¿Y porque no te enseña tu abuela? Que yo sepa ella es la experta. De hecho, ha sido mi maestra.

—Lo sé, pero se ha negado a hacerlo. Lo intentó varios años y fue un desastre...Ella ha sido la que me ha aconsejado que hable contigo, dice que tienes una paciencia infinita, que si tú no puedes ya nadie lo hará.

Clara lo miró pensativa. Había algo en todo aquello que no encajaba. La voz del joven sonó vacilante

—El caso es que..., bueno, ¿me guardas un secreto?, —ella asintió con gesto serio —, me dan pánico los caballos. Si, ya sé que parece imposible, mi abuela ha ganado numerosas competiciones de hípica y a mí..., bueno..., no sé cómo explicarlo, ¡esos enormes animales y yo no nos llevamos bien!

Ella mantuvo su atención en él, pero no dijo nada, obligándolo a continuar:

—El año que viene comienzo la universidad, mi padre quiere que estudie

derecho pero, en realidad, yo quiero ser actor —.La revelación hizo que el color de los ojos de Clara cambiaran de nuevo, pasando de un azul cielo a un azul intenso, lo que él tradujo en una cierta curiosidad —. He encontrado una universidad donde se estudia derecho y artes escénicas a la vez. Es una muy prestigiosa, se llama *Leeds Metropolitan University* y está en Londres. Me matricularé en derecho, tal como mi padre desea, pero asistiré de modo libre a las clases de teatro. Por desgracia, no soy muy buen estudiante, así que el único modo de que me acepten es con una beca en deporte .En realidad... formando parte del equipo de Polo que se acaba de crear. Como es una disciplina nueva, no son muy exigentes con el nivel, tan solo piden que los participantes conozcan la doma.

Clara no denotó sorpresa alguna, a pesar de que en su interior se sentía totalmente azorada por la petición; pensó que probablemente sería una buena manera de demostrar a la señora Nichols que estaba preparada para trabajar en las cuadras. Se lo tomaría como un reto, y a la vez, podría perfeccionar sus cualidades como amazona.

Mientras ella debatía en su interior los pros y los contras del trato, sus pies los habían acercado hasta la verja de la mansión. Un grupo de chicos del pueblo les esperaban en el exterior fumando entre risas. En segundos reconoció las largas piernas de su hermana sobre unos tacones de vértigo, reía estrepitosamente mientras uno de los jóvenes se acercaba a su cuello y lo besaba con provocación. En cuanto el muchacho divisó a Andrew, lo llamó y el grupo le siguió

—Andrew, te estábamos esperando...Son las fiestas del pueblo de al lado y hemos quedado en acercarnos, ¿te animas?

Isabel lo buscó con la mirada y sus ojos se oscurecieron de deseo. El chico había cambiado bastante desde el último verano; estaba más alto y, aunque aún era delgado, sus músculos empezaban a definirse como los de un adulto. Mantenía la mirada pícaro de un niño travieso y seguía teniendo una sonrisa cautivadora. La morena se acercó sonriente colgándose de su brazo, desplazando a Clara sin tan siquiera mirarla. No la saludó, ninguno de ellos lo hizo. La niña, consciente de que volvía a ser invisible, inició cabizbaja el camino hacia las cuadras.

Cuando se encontraba junto a la pista de entrenamiento, oyó una voz a lo lejos

—¡Eh, Clara! ¿Empezamos mañana? ¡Te espero a primera hora!

Se giró asintiendo, pero su sonrisa se fue diluyendo a la misma velocidad

que la mirada odiosa de su hermana se fue clavando en ella. El grupo había comenzado a avanzar hacia los coches aparcados en el arcén sin esperar a Andrew. Solo Isabel se mantenía rígida en medio del camino, resentida porque aquel chico prefiriera hablar con su hermana pequeña a estar con ella, ignorándola ante todos sin ninguna consideración.

Andrew era un buen partido y estaba dispuesta a hacer lo necesario para que se volviera loco por ella. En cuanto lo vio, lo supo. Si alguien podía sacarla del agujero en el que vivía, ese era él. Joan llevaba años persiguiéndola, pero no dejaba de ser un chico de campo. Era el *Hereu* de la familia, por lo que, en cuanto el padre muriera heredaría todo el patrimonio familiar. Esa ancestral tradición tenía el propósito de no dividir las tierras, perdiendo fuerza, y así, poder mantener el estatus y el prestigio de la familia intactos. Joan se quedaría con la *masía* —una gran casa de campo junto al bosque —y la titularidad de los extensos campos de labranza colindantes. A cambio, sus hermanos obtendrían una compensación de las ganancias de aquellos terrenos y podrían montar un negocio o comprar otras tierras. Su familia, junto a los Nichols, era la propietaria de gran parte del territorio, pues su abuelo había sido el director de la antigua fábrica. Ser la mano derecha del señor Nichols en la Colonia le reportó numerosos beneficios y, en el momento en que la fábrica se vio obligada a cerrar debido a la crisis del sector en los años ochenta, extensos campos de cultivo le fueron donados como premio a su lealtad. Sabía que con él nunca le faltaría el dinero, pero tendría que quedarse en el pueblo para siempre. Ella quería escapar de allí lo antes posible, conocer mundo, y Andrew era el perfecto billete de ida a lo desconocido.

Tal y como hacía habitualmente cuando llegaba a la mansión, Clara entró en las cuadras y se dirigió a saludar a "Negro". El caballo se removió inquieto al notar su presencia, a pesar de que no la veía. La vejez lo había dejado prácticamente ciego; había perdido algunos dientes y su pelo, antes negro y brillante, se encontraba mate y recubierto de canas. A pesar de los años, no había abandonado su porte de Pura Sangre inglés y seguía manifestando un carácter enérgico. Clara cogió una de las manzanas del cesto que estaba a sus pies y la cortó en dos mitades, ofreciéndole uno de los trozos al animal, mientras con la otra mano extraía un terrón de azúcar que llevaba escondido en el bolsillo. "Negro" comenzó a lamerlo con deleite, levantando las orejas, atento a las palabras cariñosas que ella le susurraba.

Antonio, el mozo de cuadra de la familia Nichols, apareció en ese preciso instante con "Gitano", que volvía de su paseo de la tarde. El hombre solía

moverse de modo sigiloso y aunque los años habían vuelto sus pies más torpes, Clara no entendía como conseguía aparecer siempre en el momento justo.

—¿Ya estas mimando otra vez a este viejo caballo? No le des tanto azúcar, no le va bien a sus ojos...

La niña lanzó el terrón al suelo y cerró la mano con disimulo

—Solo le estoy dando manzanas...no creo que eso le haga daño.

Antonio la miró compasivo. Su obligación era ser estricto con la dieta que el veterinario había impuesto a "Negro", pero estaba de acuerdo en que algún terrón de azúcar de vez en cuando no iba a acelerar un final que ya era evidente. Aquel animal tenía genio y carácter, no en vano había sido un caballo de saltos y participado en numerosas competiciones, pero con Clara se volvía dócil y cariñoso. Su relación le recordaba a la que tenía con la señora Nichols antes del accidente, cuando ambos formaban un gran binomio. En las competiciones, un pequeño fallo de alguno de los dos hubiera representado un riesgo inminente, incluso la muerte, pero ellos actuaban con una compenetración extraordinaria, lo que les hizo ganar numerosos trofeos y catapultó a Claire Nichols hasta los primeros puestos del ranking, incluso con opción a presentarse a los Juegos de Melbourne en el 56. Hubiera sido una de las primeras mujeres en conseguir tal hazaña si aquella caída no se hubiera llevado todos sus sueños por delante.

Antonio admiraba su fortaleza, aceptando su truncado destino sin rechistar. Quizás eso fue lo que hizo que la amara desde el primer momento en que la conoció. Comenzó a trabajar para los Nichols poco tiempo antes del terrible suceso del bosque, cuando su padre le prohibió volver a montar un caballo. Dejó la competición, pero continuó realizando largas cabalgadas a escondidas y él se comprometió a proteger su secreto durante años.

Antes de ir en busca de la Señora Nichols, que se encontraba sentada en el balancín del jardín trasero de la casa, Clara mimó y acarició a todos los caballos de la cuadra sin distinción. En cuanto la mujer la vio acercarse, sonrió

—Clara, tengo una sorpresa para ti

—¿De verdad?

—Hazme un favor, entra en la cocina y pídele mi té a Margarita, luego te daré la sorpresa. ¡Anda, corre!

Clara avanzó impaciente y subió las estrechas escaleras laterales de servicio que llevaban directamente a la cocina. Allí estaba Margarita —la

cocinera —, una mujer de cara afable y sonrisa permanente. Era muy amable con ella y cada tarde la obsequiaba con las sobras de la comida de la familia, que habitualmente se repartían entre los pocos trabajadores de la casa. Le daba tanta lástima saber que, a pesar de su corta edad, era la encargada de las tareas de su hogar...Le habló de su padre, que solía llegar tarde y casi siempre tan perjudicado que se iba directamente a la cama sin preocuparse por nada. Su hermana aparecía habitualmente pasada la media noche, tras haber conseguido que algún "amigo" la invitase a cenar. Así que aquellos alimentos le resolvían todas las comidas del día sin tener que pedir nada a su padre ni a su hermana. Quería evitar a toda costa enfrentarse a ellos, pues últimamente siempre volvían de mal humor, sobre todo si el tema de conversación era el dinero.

Clara se quedó observando como la mujer disponía la tetera en una gran bandeja de plata. La Señora Nichols había nacido en el pueblo pero pasó su juventud en Londres, donde había arraigado en ella esa tradición tan británica.

La niña bajó hasta el jardín con la bandeja temblando en las manos, intentando que no se derramara ni una gota de la tetera. Había superado la prueba de la empinada escalera sin grandes dificultades, pero aun debía depositarla con tiento sobre la mesa blanca de hierro que siempre temblaba traicionera. El metal de sus patas realizaba elegantes filigranas en forma de flores hasta apoyarse, haciendo verdaderos equilibrios, en el frondoso césped.

El jardín formaba un rectángulo perfecto; dos grandes muros resguardaban a sus habitantes de la brisa que solía sorprenderles durante última hora de la tarde, mientras que en el otro extremo una pequeña valla de madera lo delimitaba de la zona de las cuadras. Rodeando la mullida alfombra verde, varios parterres combinaban flores de distintas formas y colores en meticuloso orden y algunas especies trepadoras se encaramaban sobre la fría piedra buscando la luz del sol. Alguien, probablemente el mozo, había acercado la mesita junto al balancín con la intención de que la Señora Nichols se sirviera con facilidad. Era muy meticulosa en el ritual del té, así que prefería hacerlo ella directamente a confiar en Margarita o en cualquier otro, a excepción de su nieto, al que había instruido desde pequeño.

La mujer mostró a Clara los pasos a seguir durante el servicio del té, mientras relataba los orígenes de esa bebida tan desconocida en este país

—¿Sabes cómo se inició la costumbre del té de la tarde en Gran Bretaña?

La niña negó con la cabeza, dispuesta a beber a pequeños sorbos el caldo oscuro que la mujer le había ofrecido sin preguntar. A la Sra. Nichols le

gustaba muy concentrado y, a pesar de que Clara añadía varias cucharadas de azúcar, no conseguía acostumbrarse al sabor amargo de aquel brebaje. Por suerte, adoraba el aroma que desprendía, por lo que pegó la taza a su nariz mientras escuchaba embobada el relato

—En las islas británicas, antes de la llegada del té, los ingleses solo tenían dos comidas: desayuno y cena. Habitualmente el primero incluía cerveza, pan y carne. La cena era mucho más abundante, pero se tomaba a última hora de la noche. Un día, la Duquesa de Bedford —dama de honor de la Reina Victoria—, experimentó un breve desfallecimiento al caer la tarde y decidió crear una comida adicional a las que ya tenían, a las cinco en punto. Con el tiempo, fue invitando a sus amistades a compartir con ella esa comida, ofreciéndoles sándwiches, pastelitos variados, dulces y, evidentemente, siempre acompañado de una taza de té.

La niña la escuchaba con absoluto interés. Le gustaban aquellas historias, descubrir otros mundos, razón por la cual, siempre que podía, le pedía a margarita libros de la extensa biblioteca de la Torre. La Señora Nichols observó la mirada brillante de Clara y, orgullosa de que le dedicara una atención máxima a sus palabras, continuó:

—La costumbre del té fue rápidamente imitada por otras damas y pronto surgió un protocolo común de servicio. La primera tetera se preparaba en la cocina y era llevada a la dueña, que aguardaba junto a los invitados, rodeada de fina porcelana china. Dicha tetera era calentada por la anfitriona con una segunda tetera, (usualmente de plata), que mantenía el calor mediante un pequeño fuego. Así el té se servía siempre caliente a los invitados.

Clara hizo un último esfuerzo y terminó la bebida; quizás algún día se acostumbraría a aquel brebaje, pero por el momento se sentía obligada a tomárselo por mera educación. Sabía lo importante que era para la Señora Nichols esa tradición y no quería ofenderla por nada del mundo. La mujer sonrió ufana al ver como apuraba la última gota, a la vez que su inocente rostro no conseguía disimular un leve gesto de amargura al hacerlo. Aunque sabía que no le entusiasmaba el sabor del té, quería asegurarse de que, por lo menos, tomaba algo caliente durante el día.

En el momento en que Clara dejó el tazón sobre la mesa, la señora Nichols le dio permiso para ir al salón en busca de su regalo. La niña, impaciente, subió las escaleras principales con energía, evitando tener que rodear la casa hasta las laterales que utilizaban habitualmente los miembros del servicio. Subió la gran escalinata saltando los peldaños de dos en dos, traspasó la

puerta de cristal, (que se encontraba abierta de par en par debido al calor), y entró corriendo a la cocina.

Su delgado cuerpo rebotó en algo mullido y pesado que la hizo perder el equilibrio y cayó al suelo, mientras escuchaba un grito colmado de desprecio

—¡Niña tonta!, casi me haces caer... ¿Pero qué quieres de una "perdida" como tú? Supongo que no es culpa tuya, por mucho que mi madre se empeñe, no eres más que una salvaje.

La hija de la señora Nichols la miró con auténtico odio. Clara se quedó inmobilizada en el suelo, soportando una reprimenda que creía totalmente injustificada. Había sido un accidente, solo un accidente...

Margarita fue en su ayuda

—Señora Mathew, ¿se ha hecho daño? . Estoy segura de que Clara no la ha visto, tan solo seguía ordenes de su madre... ¿Vienes a buscar más pastelitos para la Señora Nichols, verdad?

Ella miró a una y otra mujer y, aunque no le gustaba mentir, asintió en silencio. La hija de la Sra. Nichols se giró con gesto indignado, negándose a escuchar una palabra más, y se alejó hacia las escaleras que ascendían a las habitaciones.

Margarita cogió la mano temblorosa de Clara y la llevó hasta el salón, cubriéndole los ojos y susurrándole al oído:

—No hagas caso...ya se le pasará... ¿Estás preparada para tu regalo?

La niña sonrió a modo de respuesta y la mujer fue entreabriendo los dedos, hasta dejarle ver lo que reposaba sobre el elegante sofá del salón principal. No pudo reprimir un grito de emoción al descubrir un traje de montar completo expuesto sobre el terciopelo verde.

Clara dudó unos instantes, era la primera vez que alguien le regalaba algo de tanto valor y no sabía si debía aceptarlo. La voz de la Sra. Nichols la tranquilizó; no quería perderse la cara de sorpresa de Clara al descubrir su regalo y se había acercado sigilosamente por detrás:

—Ya es hora de que vistas como una amazona de verdad. Tienes incluso tus propias botas de montar, guantes, un casco y mira... ¡una fusta!

Incapaz de contener la exaltación que sentía, los ojos de la niña la dejaron ir, brillando intensamente. Deslizó los dedos con delicadeza por la chaqueta entallada, recorrió la seda de la camisa maravillada por su suave tacto y, en cuanto levantó la caja que contenía las botas y el casco, descubrió varios vestidos y conjuntos de calle asomando. Margarita aclaró:

—Como mi nieta tiene más o menos tu edad, le he pedido consejo sobre lo

que lleváis las jóvenes ahora. Espero que te guste... ¡Por fin podrás quitarte ese vestido andrajoso que llevas, que parece un saco!

Clara soltó la ropa y su rostro adquirió un gesto contraído, casi de dolor, mientras susurraba:

—No puedo aceptarlo...yo, no necesito todo esto...

Margarita intentó tranquilizarla, no entendía que había sucedido, como podía haber pasado de la emoción a aquella aflicción en tan pocos segundos; sin duda tenía algo que ver con ese último comentario sobre el vestido

—Escucha, solo digo que te va muy corto, la tela está tan desgastada..., casi está transparente. Ya no eres una niña, deberías vestir de otro modo.

Clara sintió las lágrimas pulsando por salir, mientras cruzaba los brazos sobre sí misma, en un intento de proteger su bien más preciado

—No pienso desprenderme de él...fue..., fue el último regalo de mi madre

Las dos mujeres cruzaron sus miradas. Conocían la historia de su madre, que se había suicidado cuatro años antes, y no pudieron evitar sentir una gran compasión por la pequeña. Margarita, al ver que la Sra. Nichols no reaccionaba y seguía observando la escena desde la distancia, intentó consolarla. La Señora era una buena mujer pero jamás realizaba gestos de afecto en público, probablemente herencia de la estricta educación que había recibido de su padre, al que la cocinera jamás sorprendió ni tan siquiera sonriendo. Se acercó a Clara y la abrazó con ternura

—No digo que te desprendas de él...Podríamos pensar algo para arreglarlo...Ya sabes que se me da bien la costura, quizás podamos añadir un trozo de una tela parecida y así no te irá tan corto. —Señaló la zona del pecho —. Si cosemos aquí un pedazo, alargaremos la falda y conseguiremos mejorar el diseño para que te recoja un poco el pecho. Aun no lo tienes abundante, pero...

Clara recordó durante unos instantes el incidente con Andrew y asintió en silencio, sonrojándose, lo que provocó un gran suspiro de satisfacción de Margarita. La Señora Nichols intervino aliviada:

—Bien, entonces puedes probarte la otra ropa y mañana nos traes el vestido para que Margarita lo arregle. Estoy segura de que te quedará como nuevo y podrás incluso estrenarlo el día de tu cumpleaños

Una tímida sonrisa volvió a iluminar su rostro. Desde que su madre no estaba, las dos únicas personas que la felicitaban por su cumpleaños eran la señora Nichols y Margarita. Había sido injusta con ellas, que no lo merecían, así que decidió aceptar el regalo sin concesiones

—Gracias..., por todo. Me lo probaré, pero estoy segura de que me irá todo perfecto. Margarita, este vestido en realidad es el de mi hermana. Mi madre nos vestía siempre igual y el mío ya no me vale. Sería genial si pudieras añadir la tela del otro vestido y consiguieras hacer uno de los dos...

La mujer contestó entusiasmada:

—Seguro que sí, tráelo mañana y lo estudiaremos

CAPITULO 4

Año 2014

El coche de Clara avanzó despacio por las solitarias curvas de la carretera, trazando un sinuoso recorrido entre los extensos campos, salpicados por algún bosquejo de pinos o alguna solitaria *masía*. Hacía ya unos kilómetros que había abandonado la carretera principal y, a medida que se iba acercando, su mente intentaba reclamar los detalles de aquel paisaje como algo suyo. Solo vivió cuatro años en aquel paraje, pero Clara lo había amado tanto que volver a él dolía. Dolía más de lo esperado. Al llegar a la última curva estacionó en el arcén, dispuesta a admirar con más detenimiento el entorno, y su antiguo pueblo destacó en la lejanía. Se encontraba a tan solo hora y media de su casa en la ciudad, pero en todos aquellos años no había reunido el valor suficiente para volver y, en ese preciso instante, acababa de descubrir el por qué. En su mente creyó haber vivido en un sueño, un lugar que no era real, tan bello y mágico como un cuento de hadas. Estar allí, ahora, era como despertar de pronto y descubrir que ni los campos eran tan verdes, ni los árboles tan altos, ni el cielo tan azul como ella había recreado en su imaginación. Probablemente había magnificado todos los detalles en busca de algún buen recuerdo al que aferrarse, intentando olvidar aquellos que le habían roto el corazón. Lo echó tanto de menos cuando se la llevaron..., se había sentido tan perdida fuera de allí que, verlos ahora, tan parecidos a cualquier otro campo de cualquier otro sitio, la embargó de tristeza. Esperaba que le sucediera lo mismo al encontrarse con sus antiguos vecinos, que su mente hubiera exagerado sus miradas de odio y sus palabras de desprecio, que sus recuerdos solo fueran una fantasía.

Miró el reloj, comprobando que ya había malgastado tiempo suficiente como para no llegar puntual al funeral. La gente solía presentarse antes de hora, con la intención de saludarse y ponerse al día de sus vidas. Justo lo que ella estaba dispuesta a evitar. No deseaba entablar conversación con nadie, pretendía aparecer cuando el sepelio ya estuviera iniciado y deslizarse discretamente en alguno de los últimos bancos sin despertar sospechas.

Atravesó la calle principal, ahora vacía y desolada, con las persianas de los comercios medio bajadas en señal de duelo. La familia Nichols había sido

un referente en la vida de los habitantes de la zona, por lo que todo el mundo, sin excepción, habría asistido al entierro. En una de las porterías divisó el cartel de la "Posada Montañesa", un pequeño hotel rural donde había reservado habitación para esa misma noche. Lo había encontrado a través de internet, donde las fotografías mostraban un alojamiento sencillo pero muy acogedor. Solo esperaba que los dueños no la recordaran o que fueran nuevos en la zona, aunque había tenido la precaución de dejar un nombre falso. Si algo no le apetecía era que la estuvieran esperando para interrogarla.

En cuanto bajó del coche, el fino tacón de sus zapatos se hundió en la tierra embarrada del jardín y los nervios comenzaron a hacer acto de presencia. El antiguo patio de la escuela estaba vacío, tal y como había previsto, aunque se conservaba exactamente como lo recordaba, incluso por un momento creyó poder oír la voz de la Señorita Puig deseándole unas buenas vacaciones. Su último recuerdo nítido de aquel lugar.

La relación con la maestra se prolongó durante unos años más, en los que habitualmente hablaban por teléfono o se visitaban, (quizás menos de lo deseado), hasta que un infarto inesperado se la llevó, hacía ya cinco largos años.

Se dirigió a la puerta lateral, que permitía entrar en la basílica sin tener que mover la pesada madera tallada de la majestuosa entrada principal. Antes de acceder, Clara estudió su elegante vestido negro, su chaqueta entallada y pasó una toallita húmeda por sus zapatos de tacón, comprobando que estuvieran perfectos. Repasó su peinado, intentando descubrir algún mechón rebelde que hubiera escapado a su tirante recogido en la nuca, y se dispuso a abrir. Pero las bisagras oxidadas, tras años a la intemperie, chirriaron en un quejido fuerte y sonoro. Todas las miradas de los asistentes se posaron en ella que, sorprendida, decidió cambiar de táctica. Taconeó con seguridad hasta uno de los bancos libres y consiguió sentarse en él en el mismo instante en que dos rasgados ojos verdes se topaban con los suyos.

Andrew se había encargado de enviarle el telegrama, pero estaba convencido de que no vendría. Tras saludar a prácticamente todo el pueblo y buscarla en cada mujer morena que llegaba, se resignó a aceptar que las probabilidades de que su abuela la hubiera persuadido con su carta eran prácticamente inexistentes. Si no lo había hecho en todos aquellos años...Pero allí estaba, era ella, a pesar de no reconocer a la niña dulce y vulnerable que lo cautivó. Se había convertido en una mujer increíblemente bella; su elegancia le recordaba a su abuela, en ambas surgía de un modo innato, sin

artificios. Aunque la distancia a la que se encontraban era considerable, pudo sentir como aquellos ojos lo atravesaban con auténtico menosprecio. Con una sola mirada removi6 todo su interior y consigui6 que volviera a sentirse un ser miserable, tal como habia sucedido veinte a6os atr6s.

Tras unos breves instantes, en los que Andrew se qued6 mudo y el rumor de los presentes inund6 todo el espacio, el reverendo llam6 al orden y pidi6 al nieto de la difunta Sra. Nichols que continuara con la lectura. La ceremonia transcurri6 con normalidad y, al finalizar, Clara sigui6 sentada, aguantando paciente las miradas inquisidoras de la gente al pasar, deseosos de corroborar que aquella mujer era la "ni6a perdida" que ellos humillaron una vez.

Una vez sola, el silencio traicion6 sus pasos, que resonaron cantarines sobre el encerado suelo. Se acerc6 hasta el f6retro abierto, que mostraba a una Se6ora Nichols pr6cticamente id6ntica a la que ella recordaba. Los a6os le habian regalado algunas arrugas m6s y el pelo lucia totalmente blanco, pero a6n conservaba su cl6sica belleza refinada; un rostro de rasgos elegantes y a la vez bondadosos. Era extra6o verla con ese gesto sereno, apacible, pero tan poco real. Mir6 aquella sonrisa plastificada, nada suya, y la asalt6 el recuerdo de la discreta curva de sus labios al sonreir; los ojos, ahora cerrados, habian sepultado para siempre la nitidez de sus iris, tan cristalinos como el r6o que ambas adoraban. Acarici6 una de sus manos y, a pesar de la falta de vida, sinti6 la suavidad de aquella piel que tan pocas veces habia entrado en contacto con la suya.

Y la ech6 de menos. Ech6 de menos las caricias que nunca le habia dado, las palabras de consuelo que jam6s le habia dedicado, incluso los abrazos que ya no tendria la oportunidad de recibir. Quiz6s solo era la constancia de que aquello jam6s suceder6, pero la tristeza consigui6 abrirse hueco en su opaco coraz6n, mientras un nudo subia lentamente por su garganta a riesgo de explotar si no se alejaba de all6. Busc6 en su bolso un pa6uelo, tras escuchar unos pasos acercarse ruidosos sobre el m6rmo. Una mano le ofreci6 un retal de ropa perfectamente doblado, r6gido debido al exceso de almid6n, y envuelto en un refrescante aroma a rosas. Supo que era Andrew antes, incluso, de que hablara

—Toma, s6 que esto no se lleva, habitualmente uso los desechables, pero ya sabes como es mi madre..., ¡imposible contradecirla! Dice que secarse las l6grimas en un funeral con pa6uelos de papel deberia estar prohibido.

Clara acept6 el pa6uelo en silencio. Sigui6 con la vista fija al frente durante unos segundos m6s, tan solo el tintineo de las figurillas de su pulsera

parecían revelarse contra el deseo de ignorar a su acompañante. Lentamente levantó la mirada del rostro de la difunta Sra. Nichols y la fijó en un atril, donde reposaba una gran foto de la mujer posando sonriente sobre su caballo "Gitano". Una infantil mano, (que reconoció como suya), sujetaba las riendas, pero alguien había recortado la imagen con la intención de que solo el caballo y su amazona fueran los protagonistas. Andrew quiso aprovechar el descubrimiento. Intentaba conseguir alguna palabra, algún gesto conciliador que le permitiera volver a oír su voz después de tanto tiempo:

—Mi abuela adoraba esa foto..., bueno, la original. Cuando te fuiste la colgó en su habitación y a veces la sorprendía mirándola con lágrimas en los ojos

La voz de Clara sonó seca y concisa

—Que yo recuerde no me fui, más bien me llevaron en contra de mi voluntad. Tu abuela era una buena mujer, si estoy aquí es solo por ella. Nadie más en este pueblo merece un minuto de mi tiempo

Se giró y miró directamente a los ojos sorprendidos de Andrew. El odio que los suyos transmitían lo dejó sin palabras. La conversación pendiente entre ellos estiraba de la lengua del actor, pero aun no era el momento, debía tener paciencia. Volvió a sonreír y a hablar en un tono despreocupado:

—Veo que sigues siendo una rebelde sin miedo a nada. —Bajó la voz y añadió en un tono que a ella le pareció demasiado íntimo, acercando su cuerpo al suyo —.Y eso...me sigue gustando.

Clara lo miró sorprendida. ¿Cómo se atrevía a hablarle así después de todo lo que había sucedido entre ellos? Suspiró con resignación, antes de sentenciar

—Me parece que no te das cuenta de que en este pueblo de mala muerte poco importa que seas un actor al que persiguen sin tregua las mujeres. He venido al funeral de tu abuela y, con un poco de suerte, mañana volveré a mi casa y me olvidaré de este sitio y de ti para siempre.

Andrew sonrió. Una de aquellas sonrisas de actor estudiadas que hacían que el corazón de las mujeres palpitara con más energía de la habitual. Pero Clara estaba demasiado ofuscada y dolorida como para seguir ese estúpido juego, así que dio media vuelta y se alejó con paso firme.

El no se dio por vencido y alzó la voz al recordarle:

—Mañana tienes que venir a la lectura del testamento. ¡Será en casa de mi abuela, a las cinco!

El sonido de la puerta, cerrándose en un golpe seco, se dispersó a lo largo

del alto techo del templo, produciendo un eco que fue dispersándose gradualmente hasta enmudecer. Andrew se sentó en uno de los bancos y miró a su abuela, que yacía inerte con gesto tranquilo

—Abuelita..., esto va a ser más difícil de lo que pensabas...

Tras cerrar con un brusco portazo, Clara se encontró frente a toda la gente que había intentado evitar. Ninguno se había ido, consciente de que no había otra escapatoria para ella, y el rumor general que revoloteaba por el aire fue disminuyendo hasta convertirse en un silencio incómodo.

De pronto, una mujer de avanzada edad que andaba con dificultad ayudándose con un bastón, se acercó hasta ella. Apoyaba su cuerpo en el brazo de otra más joven y en ella creyó descubrir rasgos conocidos. La anciana sonrió y abrió los brazos ofreciéndole consuelo

—Clara, mi niña... Soy Margarita, ¿no me recuerdas?

Clara corrió a su encuentro y se hundió en sus brazos. Estaba preparada para la hostilidad y la curiosidad insana, pero no esperaba encontrar a nadie que le mostrara algo de afecto. El calor de ese abrazo la transportó a tiempos lejanos y, durante unos segundos, volvió a ser aquella niña que lloraba por su vestido. Sollozó escondida bajo aquel abrazo hasta que la gente se fue dispersando, alejándose de allí en silencio, decepcionados de no haber asistido a ninguna escena digna de comentar. La mujer lloraba con ella y tan solo repetía

—Ella te quería tanto... Sufrió tanto cuando te llevaron...

Cuando los ánimos se calmaron, las tres mujeres conversaron un buen rato. Descubrió que Margarita vivía con su hija en un pueblo a unos 200 km de allí, desde que se había jubilado, diez años atrás. La madre de Andrew había enviado a la Torre una nueva cocinera británica, que no paraba de enfatizar todo lo inglés y despreciar todo lo del país que la había acogido. No fue más que otra táctica de aquella odiosa mujer, dispuesta a convencer a la anciana de que abandonara la Colonia para siempre. Pero ella jamás quiso dejar su casa. Vivió sola hasta su muerte, a excepción de algunas temporadas en las que su nieto descansaba de algún rodaje y se retiraba a la mansión durante unos pocos días.

Tras despedirse de la anciana cocinera y de su hija, Clara se acercó hasta el cementerio, que se encontraba detrás de la iglesia. Las lápidas de su familia estaban dispuestas en un lateral del recinto, junto al gran mausoleo de los Nichols. La propia señora Nichols se había encargado de conseguir que los cuerpos de su padre y de su hermana reposaran junto al de su madre.

La pulcra limpieza de la cubierta de mármol la sorprendió, así como encontrar un bonito ramo de violetas, tanto en la de su madre como en la de su hermana. Como todo lo que concernía a su familia, su mente había preferido sepultarlo bajo aquel pedazo de tierra, pero en ese momento recordó que aquella flor era la preferida de su madre y los tallos aún estaban húmedos, como si las acabaran de recolectar esa misma mañana. Quizás Margarita las había dejado allí, le había comentado que antes del funeral había visitado el cementerio, pero ya no podría preguntárselo, su hija le había explicado que debían volver a su casa esa misma tarde, pues era mayor y estaba recibiendo un tratamiento médico que no podía abandonar.

Un atrevido jilguero se posó sobre el borde superior de la lápida, iniciando un canto alegre, dispuesto a desafiar la tristeza que flotaba en el ambiente. Clara se sintió cómplice de aquel animal, que la miraba fijamente a través de sus diminutos ojos negros, como si esperara algo de ella. Sonrió. Ella también era ajena a todo aquello, a aquel lugar. Leer aquellos nombres grabados en el mármol no la había entristecido como hubiera sido lo esperado, ya no. Cada muerte, cada abandono, dejó un vacío irremplazable que ya nunca pudo volver a llenar con nada. El dolor se había entretenido durante décadas en ir erosionando su interior, creando agujeros que la soledad había ido resecaando y endureciendo hasta volverla insensible.

La comitiva del sepelio avanzó despacio en dirección al majestuoso mausoleo familiar. Los lloros, (según ella desmesurados), de la Sra. Mathew, alejaron al pequeño jilguero, que salió espantado hacia el nítido cielo que se desplegaba sobre la inmensidad del bosque. Clara, ignorando al numeroso grupo de gente que se acercaba por el pasillo central, levantó la vista persiguiendo a su nuevo amigo y descubrió, bajo la encina, sobre un pequeño montículo al otro lado del muro del cementerio, una figura observando la escena. Era un hombre mayor, su abatido cuerpo se recostaba en un bastón, mientras su otra mano se sujetaba como podía al ancho tronco centenario. Desde donde estaba, no pudo divisar de quien se trataba. Oyó los gemidos de angustia más cercanos y se apresuró a escapar por la puerta de atrás del cementerio, la que comunicaba directamente con la iglesia. Antes de abandonar el recinto se giró en busca de aquel hombre que con un solo gesto la había conmovido tanto, pero ya nadie descansaba junto al árbol. La imagen había desaparecido.

Arrancó el coche y se dirigió a *la Posada*, donde probablemente la estaban esperando. La calle principal había retomado el bullicio habitual de

un sábado, los comercios habían reabierto sus puertas y varias mujeres caminaban cargadas de bolsas, parando cada pocos pasos para saludarse entre ellas y formar ruidosos corrillos. Deseaba no ser el tema de conversación de esas reuniones improvisadas, aunque supuso que a esa hora ya nadie se acordaría de su presencia en el funeral.

En cuanto traspasó la doble puerta de cristal del hotel, un delicioso olor a carne asada y a leña la envolvió. La decoración era muy rústica, todo madera de pino y piedra, más típica de un alojamiento de alta montaña que de esa zona, pero de una calidez indiscutible. Clara sonrió a la chica que se encontraba al otro lado del mostrador, sus miradas se cruzaron un segundo antes de que sus ojos adolescentes volvieran a estar pendientes de la pantalla del móvil, ignorando su presencia.

—Hola, soy Elisa...Elisa Gómez

La joven le pasó un formulario con patente desgana, sin apartar la vista del teléfono. Sus dedos seguían tecleando a gran velocidad, mientras le informaba de modo autómatas:

—Tiene que rellenar ese cuestionario con sus datos y se paga por adelantado

Clara elevó el tono de voz, en una inútil tentativa de recuperar su atención

—Perdona, pero ya envié todos mis datos por internet y pagué hace días. Solo necesito que me des la llave

La chica alzó la vista con gesto de fastidio

—Lo de internet lo lleva mi madre. Ha salido un momento, la puede esperar en la salita, o en el bar.

Los ojos de Clara buscaron ambas cosas. Descubrió que la mal llamada *salita* consistía en un antiguo sillón orejero junto a la chimenea; la tela se encontraba totalmente desteñida y presentaba varias quemaduras de cigarrillo. El bar no tenía mejor aspecto; varios hombres vestidos con ropa de trabajo se encontraban apoyados en la barra ante una cerveza o algún licor fuerte, discutían sobre la última jugada del futbolista del momento y el destello de sus ojos confesaba que la bebida que estaban tomando no era la primera del día.

Decidió sentarse en el viejo sillón y ojear alguna revista de las que descansaban sobre la mesita. La fotografía de Andy protagonizaba uno de los rumores del momento, donde un titular rezaba: "Andy Nichols, el soltero más codiciado y deseado de toda Inglaterra. Dicen que ninguna mujer ha conseguido llegar a su corazón... ¿Lo hará su próxima compañera de reparto?". En la foto, una chica prácticamente adolescente colgaba de su musculoso

brazo, con un vestido tan diminuto como su edad. Clara lanzó un bufido.

Su teléfono sonó. Le había prometido a Samuel que llamaría en cuanto estuviera instalada, pero en aquel momento no le apetecía escuchar su interrogatorio desconfiado, aquella voz triste que habitualmente se teñía de pinceladas de desilusión con cada respuesta que ella le daba. Puso el modo silencio en el dispositivo y volvió a guardarlo en el bolso. Sus ojos contemplaron las paredes repletas de fotografías, algunas en blanco y negro y otras en un color mortecino, que dejaban intuir la época lejana a la que correspondían. Mostraban a los habitantes de la zona en diversos actos y fiestas locales. Buscó algún rostro conocido y encontró a su hermana posando orgullosa entre un grupo de chicos que la miraban embelesados. Por lo que pudo deducir era el día de la feria, en la Fiesta Mayor del pueblo, y entre sus acompañantes pudo reconocer a Joan, moreno y fuerte, que posaba con sutileza un brazo sobre el hombro de Isabel y la miraba con auténtica adoración. Junto a él se encontraba Andy, con su encantadora sonrisa, mirando directamente a la cámara. A su lado, algo rezagado, estaba Daniel. Su mirada, casi vergonzosa, no miraba al fotógrafo, se perdía en la lejanía, como si el objeto de su interés no estuviera allí. Su amplia espalda dejaba caer los hombros en un gesto alicaído y sus manos reposaban inertes a los lados, como temiendo tocar al resto del grupo. Daba la sensación de que se había unido en el último momento; alguien, probablemente Andy, le habría llamado: <<Dani, ven, únete a nosotros>>, pero su incomodidad no había escapado al escrutinio del objetivo.

Se levantó del sillón con la intención de estudiar las imágenes más a fondo y comprobó que, en prácticamente todas ellas, aparecía Daniel. En la mayoría acompañaba a grupos, de más o menos gente, con ese gesto entre incómodo y vergonzoso. Solo en una sonreía, frente a la caseta de algodón de la feria. Clara se encontraba a su lado sosteniendo un gran azúcar de algodón de color rosa y su otra mano reposaba insignificante sobre el ancho brazo de su amigo.

La joven se acercó por detrás al ver su interés en las imágenes

—Es Dani, mi hermano.

Clara la miró sorprendida

—No sabía que Dani tenía una hermana... ¿Cómo está?

La chica, que hasta ahora no se había interesado por aquella mujer más que para maldecirla por interrumpir su conversación con su mejor amiga, la miró con desconfianza

—Usted... ¿lo conoce? ¿Es del pueblo?

—No, que va...Soy amiga de Andy, he venido al funeral de su abuela. Pero una vez coincidí con tu hermano.

—¿De Andy Nichols? ¿El actor? —Contestó emocionada

Clara asintió, su táctica para desviar la atención de la muchacha había funcionado. Esta la miró como si fuera una aparición divina

—Y usted podría... ¿Podría pedirle un autógrafo para mí? Expliqué a mis amigas que era amigo de mi hermano y no me creyeron. Sería fantástico si les pudiera mostrar un autógrafo dedicado.

—¡Haremos algo mejor!, le diré que se pase por aquí y te lo dedique en persona. Seguro que estará encantado si sabe que eres hermana de Dani. ¿Cómo te llamas?

La joven adolescente sonrió complacida, mientras se introducía de nuevo tras el mostrador y sacaba una desgastada caja de metal repleta de llaves

—Me llamo Carmeta. Tome, esta es la llave de la habitación número 12. Es la mejor que tenemos...

Clara recogió la llave satisfecha pero, antes de subir las escaleras, intentó una vez más descubrir que había pasado con Dani

—¿Tu hermano vive aquí? .Andy estaría muy contento si pudiera saludarlo

La chica torció el gesto, en señal de disgusto

—No, él... no está muy bien. Tuvo un accidente cuando era pequeño, le cayó encima el tractor de mi padre y ya nunca se recuperó. Cuando yo nací ya no vivía aquí, se lo tuvieron que llevar a un centro especial —. Hizo un gesto con el dedo marcando un círculo alrededor de la sien —Ya sabe...

Clara asintió en silencio y guardó la llave en el bolsillo de la chaqueta. Subió las escaleras despacio, mientras su mente no paraba de darle vueltas a las últimas palabras de su anfitriona.

Así que también se habían llevado a Dani..., lo habían arrancado de su familia y lo habían internado en alguna institución en la que aun debía estar, probablemente sin alcanzar a comprender nada de lo sucedido. La familia Nichols se había encargado de borrar minuciosamente cualquier detalle que pudiera involucrarles, escondiendo todo lo que pudiera mancillar su buen nombre. Un dolor repentino la invadió por completo, magnificándose y agrietando la herida que con tanto esfuerzo había creído cerrar. Su estancia aquí no iba a ser fácil y encontrase cara a cara con todos los que le habían hecho tanto daño tampoco. El dolor por Dani, por ella y por todo lo que se había estropeado aquella maldita noche volvió a aflorar, sin filtros esta vez. Sin quitarse la ropa se recostó en la cama, cerró los ojos y un gemido agudo y

desgarrador emergió de sus entrañas. Las antiguas cicatrices de su cuerpo ardían, como si hubieran despertado tras un largo letargo. Algo en ella volvió a resquebrajarse sin remedio, explotando en un torrente de lágrimas descontroladas. Lloró, lloró durante horas. Lágrimas negras, espesas, sucias de rencor.

Luego, solo vacío.

CAPITULO 5

Junio 1994

Andrew Mathew había recibido una clase diaria de equitación durante las últimas semanas, aunque aún no se había iniciado en la doma. Al ver como el chico trataba con recelo al caballo y lo acariciaba con cierta tensión en los dedos, Clara decidió que, antes de nada, debía conseguir que su alumno confiara en el animal. La Sra. Nichols estaba maravillada de ver como aquella chiquilla llevaba a su nieto con mano firme y como este, a pesar de sus quejas de los primeros días, ya había aprendido a ensillar el caballo y hasta se atrevía a cepillarlo al finalizar la clase. En aquel momento, Clara se disponía a acercar una zanahoria a la boca de "Gitano"

—Andrew, venga inténtalo. ¿Cómo vas a montar un caballo si no eres capaz de premiarlo? Debéis confiar el uno en el otro

—Está bien...lo intentaré si dejas de llamarme Andrew. Te he dicho mil veces que prefiero Andy

Clara lo miró recelosa

—Pero a tu madre no le gusta... No quiero darle más motivos para que me odie. Bastante tengo con aguantar como nos vigila desde la ventana

Andrew siguió su mirada y levantó la mano sonriente, saludando a su madre, que automáticamente cerró la cortina al verse descubierta.

—No es por ti...Odia los caballos, cree que si no fuera por ellos mi abuela volvería a Londres y viviría con ella. Nunca ha entendido porque se empeña en seguir aquí. Y solo le ha faltado que yo me aficione

—Bueno, creo que la idea de que yo sea tu maestra tampoco ha ayudado...

Clara cogió la mano de Andrew y depositó varios trozos de zanahoria sobre la palma. Durante unos segundos, conscientes de la descarga que sentían cada vez que se rozaban, enmudecieron. Finalmente, la joven decidió romper el silencio con sus instrucciones

—Debes mantener la palma abierta y acercársela a la boca. El cogerá los trozos y los masticará con tranquilidad. Tu solo estate quieto y dile palabras bonitas

Andrew observó al impetuoso animal

—¿Palabras bonitas?... ¿Y qué tal...no confundas mi dedo con una

zanahoria?

La carcajada cantarina de la niña consiguió que se relajara, disfrutando de ese sonido que lo hacía sentir tan bien. Clara posó su mano bajo la suya y progresivamente la fue acercando a la boca del animal, mientras hablaba con una gran teatralidad:

—Vamos, Andrew, vamos a darle un premio a este precioso caballo por ser tan bueno

El Pura Sangre, que siempre le había parecido tan temible a Andrew, se acercó dócilmente hasta ellos y, uno a uno, escogió los pequeños trozos masticándolos con cuidado. El chico relajó los hombros satisfecho y, al girarse, se encontró con los profundos ojos de Clara observándolo con expresión de orgullo. Durante unos segundos, su mano se giró, entrelazando los dedos de la niña que, avergonzada, se soltó, acercó rápidamente la suya hasta el lomo del animal y palmeó la piel fuerte y dura con energía.

Clara miró el reloj de pulsera que llevaba Andrew y dio la clase por finalizada, aún tenía que llegar a casa y cambiar el traje de montar por algo más fresco. Esa misma mañana se había comprometido con su hermana en ir a comprar. Isabel llevaba unos días trabajando en el bar del pueblo y lo cierto era que, desde que ganaba su propio dinero, su actitud se había vuelto más comprensiva y tolerante. Incluso le había propuesto ir juntas al supermercado y cocinar algo especial para la cena. Quizás había llegado el momento de poder disfrutar de su mutua compañía. Clara ya no era una niña, su hermana por fin había comprendido que ya no sería una carga para ella.

La alegría que se había instalado en su corazón, desde la última clase con Andy, se esfumó en cuanto sus pies se introdujeron en el mugriento salón de su casa. La familia Martí vivía en una de las antiguas viviendas de los trabajadores de la fábrica, la que pertenecía al antiguo vigilante: una planta baja de unos escasos cuarenta metros, con una cocina abierta al salón y dos habitaciones ridículas. Su padre dormía en una de ellas y las dos hermanas compartían la otra en la que solo cabían dos camas y una estrecha mesita de noche. El baño, construido hacía pocos años, le había restado espacio al salón, convirtiéndolo en una diminuta estancia donde solo cabía una triste mesa de fórmica con cuatro sillas y un sillón de pana viejo. La década de los noventa no había variado la decoración de la casa, que parecía anclada en la época de su construcción, casi medio siglo antes.

Su padre yacía estirado en el sillón, la cara enrojecida por el alcohol y una botella en la mano. Las puertas de los armarios se encontraban abiertas de par

en par y todo su contenido estaba esparcido por el suelo. Cada pocos días rebuscaba en los escondites preferidos de su padre, con la intención de requisar cualquier botella y hacerla desaparecer. Era consciente de que por mucho que se deshiciera de todo el alcohol de la casa, él siempre iría en busca de más; pero, en ese caso, solía acercarse al bar y beber hasta caer inconsciente, esperando a que alguien lo acercara a casa, donde llegaría dando tumbos y se desplomaría en la cama de su habitación. Y ella lo prefería, de ese modo no se veía obligada a ver su cara hinchada y morada por el alcohol, aquella respiración fatigada y el aliento a vino barato que tanto detestaba...

Recogió los cascotes vacíos y acompañó a su padre a la cama, sosteniendo su tambaleante cuerpo sobre sus hombros; los pies arrastraban por el centenario suelo de barro cocido sin señal alguna de vida. El hombre hablaba sin sentido, como siempre que bebía. Las mismas palabras, (con el paso de las horas y los litros de alcohol cada vez más ininteligibles), que Clara conocía a la perfección: <<Yo da quedía..., pod ella...todo...nos abandonó>>.

El hombre se dejó caer en el viejo colchón. Clara cerró la puerta sigilosamente y se dirigió al salón dispuesta a recogerlo todo antes de que llegara su hermana. Su padre llevaba años compadeciéndose de sí mismo y culpando a su madre de todo lo que les pasaba. Si bebía, era por su madre; si las niñas eran unas "perdidas", era por su madre; si nadie los respetaba en el pueblo, era por su madre...Clara estaba agotada de oír la misma retahíla día tras día, así que ignoraba todos esos comentarios y, con el tiempo, la imagen de su madre fue recreándose en su cabeza como una víctima, alguien a quien su padre nunca pudo hacer feliz. ¿Cómo podía hacer feliz a nadie, cuando solo estaba ensimismado en su propia infelicidad? Así que intentaba evitarlo y, en la medida que podía, olvidar que un día hubo entre ellos algo parecido al amor, incluso que alguna vez mereció su respeto.

Debía darse prisa, su hermana no era tan tolerante como ella. Si descubría lo que había hecho su padre, se enzarzarían en una discusión terrible y las perspectivas de una tarde de compras juntas se evaporarían como por arte de magia. Volvió a depositar todos los enseres en sus respectivos armarios, recogió la comida desparramada por el suelo y limpió el blanco mármol de la antigua pila con esmero. Al guardar los cubiertos en su cajón, descubrió, bajo la bandeja de plástico en la que se ordenaban, una pequeña bolsa llena de polvo blanco. Lo abrió y olió su contenido, pero no le recordaba a ninguna especie, y no parecía harina, ni azúcar. Decidió echarlo al cubo de la basura, junto a las botellas de su padre, y se encerró en su habitación con la intención

de cambiarse.

Al cabo del rato, Isabel y Clara paseaban por la calle Mayor del pueblo: la primogénita delante, repartiendo sonrisas y contoneando las caderas, Clara detrás, avanzando sigilosa con la cabeza baja. Su hermana se había vestido con uno de los conjuntos que la Sra. Nichols le había regalado a ella. Las dos vestían una fina camiseta de tirantes y unos pantalones cortos, pero así como a la niña, (que había tenido la precaución de llevar sujetador esta vez), la camiseta blanca le marcaba su contorno con suavidad, la de su hermana parecía a punto de explotar y los ajustados pantalones mostraban media nalga impunemente. Clara estaba convencida de que Isabel estaba disfrutando con las miradas de reprobación de las mujeres a su paso y del rumor que las persiguió durante todo el paseo.

Cuando llegaron a la puerta del supermercado, divisaron al grupo de chicos sentados en un banco, al otro lado de la calle. Joan llamó a Isabel y, esta, al ver a Andy, le pasó la lista de la compra a Clara sin dudarle

—Clarita, toma. Comienza tú con la compra, cuando lo tengas todo me avisas y vengo a pagar.

La niña observó cómo su hermana se acercaba al grupo mostrando una pícaro sonrisa. Se situó junto a Andy que, al igual que los otros chicos, no le quitaba ojo a su escote.

Una vez dentro, Clara deambuló por los pasillos buscando todos los ingredientes que precisaba para hacer el famoso *pollo con dátiles*, el plato que su madre siempre cocinaba los días de fiesta o en las grandes celebraciones. En pocos días cumpliría trece años y pensaba pedirle a su hermana la receta, e intentar cocinarla dispuesta a sorprender a Margarita. Después de tanto tiempo en que la mujer la había alimentado sin pedir nada a cambio, esperaba mostrarle su agradecimiento con una de las cosas que ella más valoraba: una buena comida.

Cuando tachó el último ingrediente de la lista de la compra, miró el cesto rebosante de alimentos, se asomó a la puerta y llamó a su hermana. Esta le lanzó una mirada de fastidio a la vez que se alejaba de Andrew, que en esos momentos tenía la mano apoyada en su trasero sin ninguna contemplación. La joven rebuscó en su bolsillo y sacó varios billetes que el muchacho cogió al vuelo, tras lo que escapó corriendo, cruzó la carretera y se plantó frente a la tienda de un salto. El chico entró y pagó la cuenta, mientras ayudaba a Clara a llenar las bolsas.

—Venga, te acompaño a casa. Estas bolsas pesan mucho

El rubor se apoderó de Clara, que recordó que su padre seguiría allí, así que declinó la propuesta

—No, no te preocupes. Solo son dos bolsas y entre Isabel y yo las llevamos sin problema

Andy pudo leer la vergüenza en sus ojos, así que supuso que su insistencia la estaba incomodando. Se recordó que ya era prácticamente un adulto, mientras que ella aún era una niña.

Al salir, una Isabel sonriente se acercó con rapidez, le quitó las bolsas de las manos y le plantó un beso fugaz en los labios

—Chico malo...gracias por tu ayuda, pero debo irme a casa a llevar a mi hermanita pequeña sana y salva. ¿Qué te parece quedar, tú y yo solos, esta noche?

Andrew no contestó, aunque sentir el dedo de Isabel rozando sus labios sensualmente, mientras lo estudiaba con cara de deseo, no dejaba espacio a la razón. Evitó la mirada de Clara y asintió con la cabeza. Isabel abrió los ojos ilusionada:

—¡Genial!, nos vemos en el bar —bajó la voz y añadió susurrante —, no te vas a arrepentir...

En el momento que escuchó los comentarios jocosos de sus amigos ya se estaba desdiciendo. Joan sonrió, incapaz de esconder sus celos:

—¿Has quedado con ella? .Dicen que es una bomba... —Siguió la mirada de Andy, que se mantenía fija en las dos hermanas alejándose —Aunque no sé si esperar un poco..., en unos años la pequeña va a estar más buena que su hermana. Y... ¿Quién quiere algo usado cuando tienes una por estrenar?

La indignación brotó del interior de Andrew como una tormenta. Su voz grave estalló con fuerza, enmudeciendo a sus amigos

—¡A Clara ni la toques! —.Joan miró sorprendido a su amigo, que no podía disimular la rabia que sentía en esos momentos. Andy intentó justificarse suavizando el tono —Mi abuela me deshereda como le pase algo...

Los chicos rieron aliviados, al ver como el inglés les guiñaba un ojo sonriente. Al final iba a resultar que era un buen actor...Clara jamás sería como su hermana, no, si él podía evitarlo...Parecía que los chicos se habían tomado su comentario como una broma, aunque su amigo no desistió

—Vale, ya veo que quieres ser el primero...Pero escúchame bien, ten cuidado esta noche, que Isabel es una pantera y tú solo un refinado señorito inglés

Los otros rieron cómplices, pues siempre bromeaban con Andy sobre su

estricta educación en una prestigiosa escuela de Londres, tan distinta de la que ellos recibían en el pueblo.

Las hermanas continuaron su camino hacia la gran chimenea que antiguamente presidía la fábrica de la Colonia, una de las pocas partes del edificio que se mantenían intactas. Daniel las persiguió con la mirada hasta que tomaron el desvío hacia el edificio abandonado, donde decidió acercarse. Clara era la única que hablaba con él, pero la presencia de su hermana, que siempre hacía bromas sobre él con los chicos lo incomodaba. No entendía porque siempre reían a carcajadas al verle y, en cuanto él se unía a sus risas, le daban una palmada en la espalda e incluso lo abrazaban, como si fueran grandes amigos, como si desearan su compañía. Aunque luego no volvían a dirigirle la palabra.

En cuanto lo vio, Clara lo saludó con una sonrisa:

—Hola Dani, ¿Cómo estás?

El chico enrojeció y trató de contestar, pero como siempre le pasaba cuando estaba nervioso, no pudo controlar su tartamudeo

—Ho...ho...hola Clara. Y...y...y Isabel

Isabel siguió avanzando, ignorándolo, y Clara se situó a su lado. El chico la conmovía pues, aunque ya era prácticamente un adulto, su mente seguía estancada en la temprana edad de cinco años, cuando tuvo aquel terrible accidente con el tractor

—¿Dónde vas?, ¿Nos quieres acompañar?

El joven sonrió, agradecido de que Isabel hubiera avanzado sin mirarle, así podría compartir el paseo con Clara

—¡Es...es...están montan...montando la feria!

—¡Genial! Si quieres mañana podemos acercarnos y comprar uno de esas bolas de azúcar tan buenas. ¿Quieres?

Daniel asintió con la cabeza y caminó junto a ella en silencio, conservando una inocente sonrisa en los labios durante todo el trayecto. Tras despedirse, se quedó unos minutos observando cómo Clara entraba en la casa y le decía adiós con la mano. Contestó el saludo y se quedó con el brazo en alto hasta que la puerta se cerró. Le gustaba tanto mirarla..., era preciosa, sobre todo cuando llevaba aquel vestido blanco con el que parecía una princesa. Solía seguirla por el bosque, sigiloso, pues lo último que deseaba era asustarla. Solo quería mirarla...Pero Andrew había descubierto su escondite secreto. Los espío, protegido por el espeso follaje de los árboles del atajo, y los vio hablando, incluso riendo. Estaba seguro de que ella no quería revelar su

escondite, por eso se tomaba tantas molestias cuando se acercaba a aquel lugar junto al río, y él la ayudaría a mantener el secreto a salvo.

El plan de cenar con su hermana se diluyó como azúcar en el agua. Con los nervios de la cita con Andy, Isabel rebuscó en la ropa de Clara y desordenó todo lo que ella había arreglado esa misma mañana. Esta se encerró en su habitación, deseando que el “huracán Isabel” se decidiera pronto y desapareciera, tal como solía hacer, sin tan siquiera despedirse. Buscó el proyector *Magnon*, que escondía siempre bajo la cama, abrió la caja de galletas donde guardaba las pocas películas antiguas que poseía y se decidió por la única que tenía de su madre, la que consiguió rescatar del fuego, varios meses atrás. Aquella noche su padre volvió más sereno de lo habitual; encendió la antigua cocina de leña y fue en busca de todas las fotografías o películas en que su madre aparecía. Aun podía recordar la mirada hipnotizada del hombre, tan vacía de sentimientos, tan llena de odio, mientras las llamas devoraban el recuerdo de la sonrisa de su madre para siempre. Creyó que de ese modo la olvidaría, que el dolor que lo consumía desaparecería para siempre de su corazón, pero ni así fue capaz de arrancarlo del interior de su alma. El agua que Clara lanzó sobre las brasas solo le permitió salvar una cinta, única prueba de su vida anterior, un tiempo en que aún tenía cabida la esperanza, antes de que la tristeza se instalara bajo los cimientos de su familia pudriéndolo todo.

Para Clara, aquellas imágenes la reconfortaban, le demostraban que aquello fue real, que la felicidad que creyó haber vivido no existía solo en su imaginación. Cerró la luz y una gran estampa difusa de su madre, con una niña a cada lado, se proyectó en la desnuda pared encalada. Su hermana pasó ante la puerta haciendo ruido, con un ajustado vestido que no dejaba mucho a la imaginación y que tenía un gran escote en forma de uve desde el que sobresalían sus prominentes pechos. Iba perfectamente maquillada, (como siempre más de lo aconsejable), y en ese momento se disponía a alisar su espesa melena negra con unas tenacillas que le había prestado una amiga.

Clara cerró la puerta, buscando intimidad, y se concentró en la imagen descolorida que se proyectaba en la desnuda pared sobre la cama. Le dio a la palanca de inicio y su madre recobró la vida al ritmo del traqueteo del antiguo proyector. Comenzó a avanzar, corriendo descalza sobre la arena de la playa y sujetando una niña en cada mano. Las tres miraban directamente al frente, el viento ondeaba el bajo de los vestidos blancos adelante y atrás, hasta que Isabel perdía el sombrero de paja que llevaba y se soltaba sonriente, dispuesta

a recuperarlo. Los rizos oscuros de su madre eran apartados con fuerza por un golpe de viento, despejando su precioso rostro, que se acercaba a la cámara, lanzaba un beso con la mano y cerraba sus azules ojos en un gesto de felicidad. El ruido de la película soltándose y embrollándose sobre si misma despertó a Clara de la ensoñación en la que se encontraba. ¿A quién iba dirigido ese beso, a su padre quizás? Se veía tan joven y feliz... ¿Qué pudo desestabilizar tanto su vida como para desear su propia muerte? Clara se levantó, encendió la luz y se dispuso a volver a encajar la bobina en la rueda, pero el ruido estridente de la puerta contra la pared la sorprendió. Su hermana entró hecha una furia

—¿Se puede saber dónde está? ¿Dónde coño la has puesto?

Clara se asustó, jamás había visto a su hermana mirarla con tanto odio. Su rostro estaba encendido y sus manos deshacían las camas sin control, buscando algo entre las sábanas

—¿Crees que yo soy como papá? A mí no me puedes esconder las cosas, estaba ahí, en el cajón...

Clara se mostró firme, mientras sus dedos peleaban por desenganchar la película que, como siempre, se había enredado en los engranajes.

—Lo tiré. ¿No ves lo que te está haciendo? .Ya no pareces la misma.

La mirada de desprecio de su hermana la atravesó. Su mano la abofeteó con fuerza, magnificada por el odio, consiguiendo que el proyector cayera al suelo estrepitosamente. El dolor agudo que sintió, al ver la máquina despedazada, cegó cualquier mal físico, a pesar de que su cara se encontraba colorada y cada vez más hinchada.

Clara salió corriendo de la casa en dirección al bosque sin mirar atrás. Atravesó el atajo sin ver el camino, las lágrimas abnegaban sus ojos y su mente no encontraba suficiente energía para ordenar a sus manos que las apartaran. Solo quería desaparecer, solo deseaba volver a ser invisible. Un trueno retumbó entre las nubes y un rayo iluminó los prados, recortando la negra silueta del Pirineo al fondo. La imagen recreada era fantasmagórica y por primera vez sintió pánico de estar sola. Furiosas gotas comenzaron a caer, embarrando y difuminando el camino hasta hacerlo impracticable. La fría temperatura del agua, cayendo sin piedad sobre su cuerpo, se fue filtrando bajo la ropa. Lentamente fue impregnando su piel, calando sus huesos, atravesando su corazón hasta congelarlo por completo.

Tras la fuerte tormenta, Antonio escuchó ruidos en el exterior del establo.

Desde que llegó a la casa de los Nichols vivía en la pequeña cabaña junto a las cuadras, el lugar ideal para estar lo bastante cerca de Claire y poder mantener su romance en secreto. Desde allí distinguía las luces de la casa, que a esa hora dejaban ver a la familia cenando alrededor de la gran mesa oval del comedor. Más tarde, quizás, ella daría el paseo de reconocimiento a las cuadras y sigilosamente, tal como había hecho durante años, entraría en la acogedora cabaña de madera y pasarían la noche juntos, hasta el amanecer. Cuando eran más jóvenes, ella una joven viuda y él un soltero mozo recién llegado, sus noches se consumían entre la pasión y el deseo. Ahora rozaba los sesenta, y se conformaba con amarla de modo más sosegado, compartir con ella largas conversaciones en la intimidad de la cabaña y poder dormir abrazado a ella toda la noche. El solo debía esperar, como tantas y tantas noches...

Abrió la puerta y la luz mostró al Señorito Andrew bajando la escalera de servicio de puntillas. Probablemente salía de fiesta y no quería sufrir el interrogatorio impertinente de su madre, así que, cuando sus miradas se cruzaron, él sonrió amablemente y se acercó

—¿Qué tal Antonio, disfrutando del frescor de la noche?, ¿O quizás esperas visita?

Antonio dudó unos segundos, la mirada divertida del chico dejaba ver que las escapadas nocturnas de su abuela no eran tan secretas, aunque hasta el momento, jamás le había comentado nada. Decidió ignorar el comentario

—Si, señorito. Creí oír algo en los establos, pero debieron ser sus pasos en la graba

El relincho de "Negro" resonó en la oscura noche, que amenazaba con más lluvia. Una fuerte tormenta los había sorprendido antes de la cena y, por los truenos que retumbaban en la lejanía, no tenía intención de amainar.

—Me dirigía a las cuadras. "Negro" está bastante nervioso con la tormenta. Por desgracia, no creo que le quede mucho tiempo y lo que más le conviene ahora es tranquilidad.

Andrew siguió al mozo con la mirada, que entró en el establo con una linterna; tímidas gotas anunciaban que la lluvia volvería a visitarles de nuevo y una ligera brisa se levantó corroborándolo, abriendo y cerrando la pequeña puerta de metal que daba acceso a la pista de entrenamiento. Pensó en Isabel y se sacudió la pereza, preparando su mente para una noche llena de sensaciones. Quería pasarlo bien, como cualquier joven de su edad, y esa chica era la manera perfecta de introducirse en aquel mundo de nuevas

experiencias que tan vetado tenía en su estirado entorno de Gran Bretaña. Justo en el momento en que se decidió a salir, Antonio lo llamó

—Señor, señorito Andrew...

El chico lo miró con cara de disgusto

—Te he dicho mil veces que me llames And...

Las palabras se volatilizaron en su boca en cuanto descubrió el cuerpo de Clara desmayado en sus brazos. Estaba temblando, empapada por el agua, y su frente ardía de fiebre. Mostraba un fuerte impacto en el rostro, que se encontraba abotagado y recubierto de lágrimas.

Al chico se le encogió el corazón cuando la vio tan vulnerable, y la rabia fue invadiendo su interior, devastándolo todo. No puedo evitar subir el tono

—Pero quien... ¿Quién te ha hecho esto? ¿Tu padre?

Clara no contestó, tan solo apartó la vista avergonzada y negó con la cabeza. Antonio intervino

—Señor, tranquilícese...Vamos a llevarla a la cabaña, encenderé la chimenea y le quitaremos la ropa mojada. Avisaré a la Sra. Nichols

—¡No! —.El grito de Clara centró la atención de los dos hombres hacia ella. Sus amoratados labios temblaron, lo que le dificultó pronunciarse con la claridad que hubiera deseado. Andrew leyó la vergüenza y el temor en sus ojos. —No quiero que nadie lo sepa, prométeme que no le dirás nada a tu abuela, prométemelo... Andy.

El joven asintió, al oír su nombre fluyendo de aquellos labios. Le había pedido tantas veces que lo llamara así, que traspasara ese muro que los separaba habitualmente y confiara en él, pero en aquel momento no le produjo la satisfacción esperada.

Las luces de la Torre se apagaron y Antonio, que por una vez se alegraba de que la Señora no hubiera escogido esa noche para visitarlo, la introdujo en la cabaña. Una vez dentro, la muchacha se encaminó al baño, donde se quitó la ropa mojada, se envolvió en una gruesa manta y se sentó en el sofá rodeada de un silencio lleno de interrogantes. Las gotas de lluvia repiqueteaban sobre la estructura de madera, creando una música de fondo rítmica y pausada, que consiguió ir alejando el miedo que parecía haberse instaurado en el interior de Clara desde la huida a través de la oscuridad fría del bosque. El calor de la chimenea fue devolviendo la vida a sus pies, que llevaban rato adormecidos, y el hombre le ofreció un caldo caliente que olía a romero y tomillo. Por primera vez en mucho tiempo Clara se sintió a salvo, experimentó lo que era que alguien cuidara de ella.

La cabaña disponía de una única habitación con una gran cama, así que instalaron allí a la niña y Andrew se ofreció a hacerle compañía mientras Antonio iba en busca del médico del pueblo. La familia Nichols tenía su propio facultativo, que venía de la capital en cuanto lo avisaban; pero en vista de que Clara no quería desvelar su secreto a nadie, creyeron que sería mejor traer al médico rural, con el que el mozo tenía una gran confianza.

Andrew se sentó junto a la cama y posó su mano en la frente sudorosa. La fiebre había aumentado y su cuerpo se convulsionaba nervioso. Mantenía los ojos cerrados, delirando:

—La bolsa...no quería...mamá...no te vayas...

Cogió su mano, tan delicada, y durante unos instantes fue consciente de lo que sentía al tocarla. Su intención era transmitirle seguridad, alejar aquel profundo miedo que había visto en sus ojos minutos antes. Por sus palabras dedujo que su mente estaba peleando con viejos recuerdos y él solo quería ahuyentar aquel dolor, solo eso...Pero su mano avanzó, ignorando sus pensamientos; sus dedos acariciaron el bello rostro, recreándose en la suave piel; rozaron sus carnosos labios y deseó besarla más que nada en el mundo. Un deseo contra el que no hubiera sido capaz de luchar si en aquel momento ella no hubiera abierto los ojos con mirada interrogante

—Andy... ¿Dónde estoy?

El joven sonrió, al ver que parecía estar recuperándose

—Estás en la cabaña. Antonio ha ido en busca del médico del pueblo, tienes mucha fiebre...

Andrew acercó sus dedos a la parte del rostro enrojecida

—Clara, ¿ha sido él?

La dureza con que ella respondió no dio lugar a réplica, a pesar de tener cinco dedos perfectamente marcados en su delicada piel

—No ha sido nadie, me enfadé con Isabel y fui al bosque. Me caí..., debí chocar contra un árbol. Llovía mucho y no alcanzaba a ver nada...

El joven recordó su cita pendiente con Isabel, pensó que lo correcto sería ir a su encuentro y avisarla de lo que había sucedido. Pero sus dedos, que se negaban a desprenderse de aquella mano, se entrelazaron con más fuerza entre los de ella sin ningún otro objetivo que permanecer a su lado.

Finalmente llegó Antonio con el médico y explicó cómo se habían acercado al bar decididos a informar a Isabel del estado de Clara, pero que la chica se había quedado impasible, alegando que estaba segura de que se encontraba en buenas manos y que ella tenía una cita ineludible. Las palabras

del doctor le hicieron sonreír, estaba seguro de que Isabel no se había expresado de ese modo; esa palabra jamás ocuparía su vocabulario. La reacción de la hermana lo convenció aún más de que debía quedarse junto a Clara. Esta se había quedado profundamente dormida tras tomar la medicación, Andrew volvió a acercarse y a tocar su frente. La fiebre había remitido y una extraña frialdad se había apoderado de su piel, así que añadió otra manta y se quedó un rato observando cómo dormía. Su rostro, por fin, reflejaba tranquilidad. Mantenía los ojos cerrados, la espesa mata de pelo caía como una gran cascada sobre la almohada y su pecho seguía el armonioso vaivén de su lenta respiración. Se deleitó admirando sus bellas facciones, sus espesas pestañas, su pelo salvaje..., mientras decidía que podría acostumbrarse a mirarla así toda una vida.

CAPITULO 6

Año 2014

Clara despertó sobre la cama, aun sin deshacer, totalmente vestida. Cuando la noche anterior agotó las lágrimas, su cuerpo cayó rendido en un profundo sueño, por primera vez en muchos años libre de pesadillas.

Abrió la ventana dispuesta a observar el nítido despertar de aquel domingo y un caluroso rayo de sol acarició su rostro deseándole los buenos días. Al ser festivo, los comercios de la Calle Mayor se encontraban cerrados y la gente caminaba con paso relajado, disfrutando del cálido día de primavera. Aspiró el aroma a jazmín que llegó flotando desde el jardín trasero de la casa y, en un instante, corroboró que, alguna vez, esas fueron las sensaciones que la envolvieron, los aromas que despertaban sus sentidos un día tras otro. Recreó sus paseos junto al río, cuando la naturaleza era su única compañera de juegos, y decidió que intentaría llegar hasta su escondite. El bosque le había dado momentos de felicidad absoluta, pero también allí vivió los momentos más amargos. Lo temía tanto como lo amaba, pero había algo en él que la llamaba y esa atracción superaba cualquier duda. <<Parece que esté hablando de un hombre...>>, se dijo a sí misma con ironía, a la vez que se introducía en la ducha.

Bajó las escaleras vestida con unos simples vaqueros y una camiseta ajustada. Por primera vez en mucho tiempo se permitió recoger su abundante mata de pelo en una cola alta y no en el estirado recogido que solía llevar. Los rizos bailaban sobre sus hombros a medida que saltaba los escalones y reconoció que esa sensación de libertad, de volver a ser ella misma, le agradaba más de lo que hubiera imaginado.

Tras asegurarse de que el mostrador de recepción se encontraba vacío, salió por la puerta y el sol la cegó completamente. Buscó sus gafas de sol y enfiló sus pasos hacia la carretera en busca del atajo, preparada para volver a recorrer aquellos cientos de metros oscuros y sombríos. Se sorprendió al encontrar un camino perfectamente señalizado: lo habían ensanchado y marcado los lindes con unos bonitos postes de madera. Aquel estrecho acceso se había convertido en parte de una ruta turística por el bosque, con información cada pocos pasos de las especies de los árboles y de la fauna

autóctona.

Clara sonrió, aquel opaco recuerdo desaparecería de su mente para siempre y ahora solo quedaría el de un lugar agradable donde pasear. Quizás no había sido tan mala idea llegar hasta allí...

Caminó hasta la ribera del río y lo recorrió de un lado a otro, en busca de las grandes piedras que permitían saltar al otro lado, pero no consiguió encontrarlas. De pronto, un hombre corpulento surgió de entre la espesura del bosque, unos metros delante de Clara. Tenía aspecto de trabajar en el campo y sonrió en cuanto la vio

—Buenos días Clara, veo que sigue gustándote ir sola por el bosque...

Clara lo miró con recelo, aquellos oscuros ojos y la nariz aguileña le recordaban a Joan, pero su cuerpo, antes fuerte y atlético, había perdido cualquier atractivo. Una prominente barriga sobresalía bajo la camiseta sucia de barro y llevaba un cigarrillo colgando del labio.

—¿Joan?

—Sí, claro, ¿Quién si no? Te vi en el funeral, pero no pretendía importunar... Solo quería decirte que... bueno, que siento todo lo que... —Los ojos de Clara se endurecieron, reclamando en silencio que se ahorrara sus disculpas, demostrándole que no quería recordar el pasado. El hombre se obligó a cambiar el rumbo de sus palabras —. Lo de tu hermana..., y lo de la Sra. Nichols...

Pasaron unos densos segundos hasta que, finalmente, los músculos del rostro de la joven se relajaron, mostrando una sonrisa adulterada que dominaba a la perfección

—Gracias... ¿Aun vives en la *masía*?

Joan asintió y le explicó que, al poco de irse su hermana, (sus ojos dejaron ver signos de tristeza al nombrar a Isabel), se casó con una chica del pueblo vecino, tenían cuatro hijos y vivían junto a sus padres. Clara pensó en su hermana, en como hubiera sido su vida si se hubiera casado con él, en cómo se hubiera asfixiado en aquel lugar donde nunca pasaba nada. Quizás ahora estaría viva, pero su corazón estaría tan muerto como el que yacía bajo tierra, tan cerca de allí. Joan la había amado, a pesar de sus desprecios, a pesar de sus locuras y de sus adicciones, y ella jamás sabría que aquella mirada no era capaz de ocultar que la continuaría amando toda la vida.

—Joan... ¿Por casualidad llevaste flores a la tumba de mi hermana?

El hombre contestó con una sonrisa tan agri dulce como su tono

—Yo...no. Jamás he visitado su tumba, prefiero recordarla como era,

siempre retándonos con la mirada, sonriendo con provocación. Por un momento, cuando te he visto, me ha parecido que estaba aquí, esperándome. Pero al acercarme te he reconocido fácilmente, erais tan parecidas y a la vez tan diferentes...

Asintió, con una reserva que él recibió emocionado, interpretando que ella compartía el dolor de aquella ausencia sin necesidad de utilizar las palabras para ello. Así que calló, tal y como lo había hecho durante años y, por enésima vez en su vida, se tragó el dolor y el rencor de un solo sorbo y lo escondió tras una cálida sonrisa

—Joan, estoy buscando aquellas piedras por las que se podía cruzar el río, no consigo encontrarlas

El hombre contestó con presteza, satisfecho de reconducir el tema a uno más seguro

—El río ha cambiado en estos años, lentamente las piedras se van moviendo, los sedimentos ceden...Pero si caminas unos metros hacia el sur encontrarás un puente que han construido hace pocos años. ¡Te lleva a la otra orilla sin necesidad de mojar te los pies!

Clara estaba segura de que no soportaría el frío como lo había hecho en su infancia, así que se encaminó al puente decidida a encontrar su antiguo refugio. Y lo encontró: en aquel rincón húmedo y sombrío, bajo la sombra de los frondosos árboles, dos piedras planas soportaban otra de mayor tamaño, formando una improvisada casita que le pareció demasiado pequeña como para haberla protegido de algo y poco escondida de las miradas ajenas. ¿Cómo pudo pensar que allí nadie podría encontrarla?, ¿Qué le hizo creer que en ese lugar se encontraba a salvo del mundo? Por un momento añoró aquella inocencia, esa imaginación infantil que conseguía distorsionarlo todo, volviendo su vida más llevadera, alejándola de la dura realidad que la rodeaba.

Siguió vagando por el bosque, persiguiendo el río, hasta que el golpeteo inconfundible de varias herraduras sobre la tierra llamó su atención en la otra orilla. Andrew montaba un gran caballo negro, un elegante pura sangre (probablemente descendiente directo de “Gitano”), con gran seguridad. Con los años había ganado soltura, aunque jamás conseguiría montar con la elegancia que desprendía su abuela sin pretenderlo siquiera. El jinete cruzó el puente y se acercó hasta ella; Clara no pudo evitar acariciar la crin del caballo con admiración

—Al final aprendiste...

—Bueno, no pude formar parte del equipo de Polo, que ahora que lo pienso era un plan condenado al desastre... —, sonrió, mostrando una dentadura perfecta —. Hace unos años grabé una película sobre un jockey de carreras y no tuve más remedio que aprender

—Lo sé, vi la cinta —. En cuanto pronunció las palabras, deseó no haberlo hecho. Lo último que pretendía era que descubriera que llevaba años siguiendo su carrera, o que había visto todas sus películas —. Aunque no me pareció una actuación muy convincente... —Andy alzó una ceja mostrando interés por su opinión —. Se notaba demasiado que no eras tú quien montaba en las escenas de las carreras, aun no coges bien las riendas y cualquiera diría que estas deseando bajar del caballo a la menor ocasión.

El actor rió, restando importancia al comentario; sabía perfectamente que Clara se estaba esforzando en ser desagradable, dispuesta a demostrarle que se las había apañado bien sin él todos aquellos años. Pero había algo en su mirada que la traicionaba, un leve destello de aquella curiosidad infantil que tanto lo había sorprendido. Sus ojos volvían a sonreírle sin ser consciente de ello y él no pensaba desaprovechar la oportunidad. Bajó del caballo y ató las riendas a una rama baja, mientras con un gesto la invitó a sentarse junto a él, en la orilla

—Supongo que no tuve a la profesora adecuada... Una *sabiondilla* de doce años... ¿Sigues montando?

Clara le dedicó una mirada ofendida, negando con la cabeza, pero en su interior reconoció que había echado de menos aquel humor tan inglés. Decidió relajarse y disfrutar del entorno. Se sentó sobre la hierba húmeda y se quitó los zapatos, decidida a introducir sus pies en el agua cristalina que provenía de las montañas. Estaba deseando volver a sentirla entre sus dedos.

—¿Estás loca?, aun es agua del deshielo, estará congelada

Ignorando su advertencia los sumergió en el río

—Cuando era pequeña me gustaba introducir los pies en el agua, intentaba batir un récord..., aunque nunca conseguí llegar a diez...

—Así que eso era lo que hacías tantas horas en el bosque... Siempre me lo pregunté. —Su cuerpo fue consciente de cómo aquellos ojos recorrieron su rostro descaradamente, hasta sentirlos fijos en su boca. Antiguas sensaciones comenzaron a brotar en su interior, intentando romper la coraza que ella misma había fabricado, pero se sorprendió a si misma deseando quedarse, ya no pensaba esconderse nunca más. Por primera vez en años, no sentía la necesidad de mentir sobre su vida ni sobre su pasado, porque Andy lo conocía

tanto como ella. Por fin empezaba a encajar en algún sitio, y siempre sospeché que ese sitio estaba justo allí. —También me gustaba pensar que era invisible. Con los años, y tras visitar a varios psicólogos, he descubierto que solo era una defensa que creó mi mente ante la impasibilidad de la gente. Todos me ignoraban, así que lo más fácil era pensar que no me veían.

Los ojos de Clara se alejaron del agua, ya hacía rato que sus pies insensibilizados la habían abandonado, y buscaron los de Andy, que seguían fijos en ella. Volvió a sentirse aquella niña desamparada que deseaba más que nada que él la abrazara. Pero él no la abrazó, tan solo la miró conmovido mientras aseguraba

—Eso no es cierto. Yo siempre te vi —desvió la vista al fondo del río, mientras repetía en un susurro —, yo siempre te vi...

Llegó a la posada a la hora de la comida y, en cuanto cruzó la puerta de cristal, se encontró a Carmeta. Le explicó que Andy había accedido a darle una foto suya dedicada y que esa misma tarde se la haría llegar. Por desgracia estaba demasiado ocupado y no podría pasar a saludarla, (lo que no engañó a Clara que suponía que la verdadera razón era que le incomodaba volver a ver a la familia de Daniel). La chica aceptó la explicación entusiasmada, salió de detrás del mostrador y se abrazó a la que ya consideraba una nueva amiga

—¡Gracias!, ¡gracias! Mis amigas van a flipar cuando se lo diga

Con el abrazo y los gritos de emoción no se percataron de que una mujer, bajita y regordeta, las observaba con cara de sorpresa. Su tono de incomodidad interrumpió el momento de felicidad de la chica, que se separó con rapidez al reconocer la voz

—¿Clara?...Eres Clara Martí...

Carmeta miró a su madre con cara de disgusto

—No, mamá, se llama Elisa. Es la huésped de la que te he hablado, la de la habitación número 12

Esta, volvió a analizar sus rasgos y negó con la cabeza

—No, eres Clara. Eres igual que tu madre a tu edad, igual que todas las niñas perd... —La mujer se mordió el labio, al ver el gesto de tensión en el rostro de la joven —. Perdona, no quería decir...

—Tranquila, no pasa nada. Sí, soy Clara —Se giró hacia la adolescente, que la miró confusa —. Perdona Carmeta, di un nombre falso. No quería que la gente supiera que he vuelto, pero ahora ya no importa.

La joven se encogió de hombros, sin percatarse de la fuerte tensión que se

había creado. Se centró en su teléfono móvil, con la intención de comunicar a sus amigas que pronto tendría una foto dedicada en exclusiva para ella de Andy Nichols, (un tema mucho más interesante), y en pocos segundos numerosos mensajes comenzaron a sonar uno tras otro, mientras se alejaba sonriente.

Al quedar a solas, un silencio doloroso se instauró entre las dos. Clara hizo un esfuerzo sincero por sonar amable:

—Siento lo de Dani...No deberían habérselo llevado

La mujer explotó en un sollozo

—Clara..., siento tanto lo que pasó...él...

—¿Cómo está?, ¿Lo tratan bien?

Los afligidos ojos de la mujer se abrieron comprensivos, al sentir la rigidez del cuerpo de Clara al abrazarla. A veces era mejor dejar los recuerdos dolorosos en el pasado, convenciéndose de que jamás sucedieron. Al menos, ella había actuado así durante todos esos años, desde que se llevaron a su pequeño en contra de su voluntad.

—No está muy bien..., ya prácticamente no nos reconoce. Llevarlo a la institución fue lo mejor, al cabo de unos años me quedé embarazada de nuevo y no hubiera podido cuidar de los dos

Clara se percató del inmenso vacío de sus palabras, rebosantes de incómodas aristas llenas de culpa. Asintió comprensiva

—Carmeta es una buena chica

—Sí que lo es...Quiere estudiar informática, es una apasionada de las nuevas tecnologías. De hecho, fue ella la que tuvo la idea de anunciarnos en internet... ¿Has comido ya? —, la joven negó con la cabeza —, si pasas al comedor te servirán la comida. No es por decirlo, pero hacemos los mejores “guisantes negros” de la comarca

Clara sonrió, esta vez de agradecimiento. La posadera la acompañó hasta un rústico comedor repleto de gente engalanada de domingo. Familias enteras: abuelos, jóvenes, niños, conversaban y reían en voz alta, ante la mirada incómoda de Clara, que se quedó paralizada bajo el marco de la puerta. Las reuniones familiares no eran lo suyo, cierta envidia empañaba siempre la bonita imagen que se le mostraba al constatar que jamás pudo disfrutar de algún instante parecido. Una niña de unos dos años avanzó risueña hasta ella y le ofreció una bonita flor que llevaba en su diminuta y rechoncha mano. Clara se agachó para agradecerle el gesto y la besó en la mejilla. Al levantar la vista se encontró con los ojos de la madre. Su inconfundible melena pelirroja la

situó como una de sus antiguas compañeras de clase, una de aquellas que la habían rechazado durante años. Esta levantó la mano, mostrando un gesto de disculpa en el rostro, y sus labios dibujaron un mensaje en silencio: bienvenida.

La camarera, una escuálida joven con acento de algún país del este, le dispuso una pequeña mesa en un rincón del local, junto a un gran ventanal que daba al patio trasero recubierto de flores, cuyo intenso aroma se filtraba al interior del comedor mezclándose con el olor de los guisos. Se sintió bien, tanto, que decidió quedarse a probar los famosos guisantes que se cultivaban en la zona, satisfecha de haber avanzado un paso más sobre sus demonios por sí sola, sin necesidad de que Samuel los ahuyentara.

Al evocar su nombre tuvo remordimientos y decidió enviarle un mensaje. Le informó de que por el momento todo estaba bien y que solo le quedaba la lectura del testamento. Esa misma noche volvería a casa.

El comedor, aunque ruidoso, se le tornó acogedor en segundos. Mientras esperaba la comida, se dedicó a estudiar las fotografías que también aquí tapizaban las paredes. Las imágenes parecían mucho más antiguas que las de la entrada, la mayoría eran en blanco y negro y pertenecían a la época en que se fundó la Colonia. En ellas se mostraban situaciones del día a día en la fábrica, rostros que reflejaban el hambre y la dureza con que la vida los trataba en aquellos tiempos. Jóvenes tejedoras posaban orgullosas alrededor de majestuosos telares, junto a los encargados, que exhibían un aire severo de autoridad mal aprendida. Buscó entre los rostros de las jóvenes de delantal blanco alguno que le recordara a su madre, pero fue incapaz de reconocerla. Los años habían ido difuminando sus rasgos hasta convertirla en un fantasma sin rostro que de vez en cuando volvía a su mente sin previo aviso. En el centro se disponían varios retratos oficiales de la familia Nichols, todos en fila con el servicio perfectamente dispuesto detrás, donde se podía apreciar la evolución de su benefactora desde que era una niña de piel blanca y tirabuzones rubios, hasta otra en la que aparecía vestida de amazona convertida ya en una atractiva joven.

Giró sobre sí misma y descubrió que todas las paredes se encontraban repletas de fotografías sin ningún orden evidente, como si cada uno de los protagonistas hubiera dejado allí breves retazos de su vida, un recuerdo tangible de su paso por la Colonia. Se levantó intrigada, dispuesta a estudiar las imágenes en busca de nuevos rostros conocidos, cuando la voz de Luisa — la madre de Daniel — la interrumpió.

—Mi padre fue el fotógrafo oficial de la Colonia durante prácticamente toda su vida. Cuando murió encontré cajas llenas de retratos, así que escogí los que me parecieron más representativos de la vida en la fábrica y en la mina de la Colonia.

—Es una buena manera de recordar los orígenes, supongo.

—Sí, yo también lo creo. A veces nos visita gente que vivió aquí en aquella época y, en cuanto descubren las fotografías, muchos rompen a llorar. Fue una época dura para ellos, pero también en esos años la mayoría formaron su familia, descubrieron lo que era la verdadera amistad, la solidaridad y... por supuesto, la injusticia de una vida dedicada al amo. Hay demasiadas emociones encerradas en cada imagen. Cada una arrastra una historia consigo, muchas de superación y fuerza, pero todas formarán parte de esta tierra para siempre, todas han contribuido a que este pueblo sea el que es. Nos guste o no, son nuestros orígenes. Pensé que no merecían acabar desterrados en una caja vieja en el desván

—Mi madre trabajó en la Colonia siendo solo una niña...

—Lo sé. Yo era bastante más joven que ella, pero la recuerdo bien. Era una belleza. Este sitio...jamás fue su sitio

—¿Qué quiere decir?

—Tu madre era un alma libre, necesitaba salir de aquí. Por lo que me han contado era una rebelde. Acostumbraba a enfrentarse a sus superiores cuando algo le parecía injusto, estaba siempre al lado de los más desvalidos y aquí esa actitud no tenía cabida. Sin duda, era una mujer valiente.

Una aspereza traidora se reflejó en su voz

—Yo no creo que fuera valiente...Si no, no hubiera acabado como lo hizo Luisa acercó la mano al rostro de Clara y lo acarició con delicadeza

—A veces, la vida se ríe de nosotros. Lo que fuera que le pasó seguramente fue demasiado incluso para ella...Todo tiene un porqué.

Mientras atravesaba la verja de la Torre del Amo, Clara seguía dando vueltas a las palabras de Luisa sin acabar de comprenderlas. Jamás encontraría una disculpa a lo que hizo su madre. ¿Qué podía ser peor que desear tu propia muerte? O incluso... ¿Como pudo abandonar a dos niñas pequeñas, a sus hijas, a su suerte? No, nunca sería capaz de perdonarla.

Antes de ascender por la gran escalinata, Clara dedicó unos segundos a observar aquel lugar donde había vivido algunos de los mejores momentos de su vida. Las cuadras presentaban ahora un aspecto abandonado: la madera se

encontraba seca y carcomida y el metal de la valla de la pista de entrenamiento había perdido todo el color de antaño, consumido por el óxido. La Ninfa de la entrada ya no lanzaba agua fresca sobre el pequeño estanque, que ahora se encontraba vacío y tapizado de moho. La casa mantenía el porte señorial que la había distinguido pero, durante aquellos últimos años, la tristeza y la soledad la habían consumido casi tanto como a su dueña. Cuando se encontraba a punto de alcanzar el elegante picaporte de latón de la entrada, la puerta se abrió mostrando a un sonriente Andrew.

Instintivamente, los dedos de Clara comprobaron que su recogido seguía tan perfecto como siempre, mientras con la otra mano se estiraba el bajo de la chaqueta, evitando cualquier asomo de arruga. Andy sonrió

—Preciosa, como siempre...aunque tengo que reconocer que esta mañana estabas insuperable. El bosque te sienta bien —, guiñó uno de sus rasgados ojos al comprobar que sus palabras habían surtido el efecto deseado en Clara, que ceñía el gesto en señal de disgusto —. Vale..., quizás lo que me ha gustado es poder comprobar que alguna vez puedes dejar de parecer inalcanzable y comportarte como una chica de tu edad.

La voz de Clara adquirió un tono de falsete

—¡Y habló Andy Nichols, el soltero más codiciado y deseado de toda Inglaterra! Dicen que ninguna mujer ha conseguido llegar a su corazón... ¿Lo hará su próxima compañera de reparto?

Clara guiñó un ojo satisfecha, mientras apartaba su musculoso cuerpo sutilmente y se introducía en la casa avanzando con paso firme. Andrew gritó tras ella

—¡No te creas todo lo que lees! —.Se acercó corriendo hasta su lado y abrió la puerta de la biblioteca, añadiendo junto a su oído sutilmente —, aunque debo reconocer que esa chica merecerá absolutamente toda mi atención.

La sonrisa de Andy se esfumó en cuanto descubrieron la solemne estampa que se encontraba al otro lado. La gran mesa —antigua propiedad del abuelo señor Nichols —estaba ocupada por un hombre trajeado, frente al que se encontraban, en sillas paralelas, los padres de Andy. Ambos, de espaldas a la entrada, no se dignaron a girarse cuando oyeron el educado saludo de la joven. Esta suspiró resignada y avanzó hasta la mesa, ofreciendo la mano al abogado

—Buenas tardes Sr. Recasens, soy Clara Martí. Si no recuerdo mal hablamos por teléfono

El letrado se levantó con rapidez y una mueca parecida a una sonrisa acudió a su cara, alejando, durante unos breves instantes, la rigidez que solía perpetuarla.

—Perfecto. Pues parece que ya estamos todos... —El hombre miró de reojo a los dueños de la casa, esperando alguna señal o reacción por su parte. Al no ver signo alguno, añadió —Puede sentarse en una aquellas sillas. Si le parece bien, primero leeremos las disposiciones del testamento y finalmente el anexo que la atañe a usted.

Clara hizo una mueca de disgusto. Quería permanecer en aquella casa el menor tiempo posible y, por la abultada pila de folios que el hombre tenía sobre la mesa, la lectura podría alargarse un buen rato.

—¿Y no podríamos acelerar un poco el tema? .Tengo que volver a Barcelona y supongo que lo mío será algo rápido...

Una tos forzada sonó tras ella, mientras el hombre negaba con la cabeza con gesto contrariado

—Lo siento, debemos seguir el orden de las disposiciones. Intentaré ser breve

—Está bien...

Clara dio media vuelta y, antes de retirarse a su asiento, se acercó hasta los padres de Andrew con la intención de darles el pésame .Ya no era una niña invisible, (aunque algunos no quisieran aceptarlo), pensaba demostrarles que su desprecio solo conseguía hacerla más fuerte. Si algo le había enseñado la vida era que podía crecerse ante las adversidades y superarlas sin problemas, y el primer paso siempre era enfrentarse a ellas sin reservas .Tras recrearse unos segundos en la cara sorprendida de la madre de Andrew, (al ver como su marido la abrazaba con un afecto que parecía sincero), se situó detrás de este, junto a Andy, en una de las sillas tapizadas de una refinada seda color tierra.

El abogado comenzó su discurso nombrando en meticuloso orden las diferentes propiedades, tierras y negocios de los que la Sra. Nichols era propietaria. La gran cantidad de riqueza que esa familia poseía la asombró en un principio, pero si en algo no había cambiado Clara era en su poco interés por el dinero y los bienes materiales. En pocos segundos, la lectura sobre aquella herencia que nada tenía que ver con ella la aburrió soberanamente, así que se dedicó a estudiar con detenimiento la impresionante estancia en la que se encontraban. En un lateral del techo se divisaba una pequeña bóveda acristalada en forma de cúpula, que permitía que la luz natural iluminara un sillón estratégicamente dispuesto bajo ella. Casi creyó ver a la Sra. Nichols

sentada en aquel íntimo rincón, leyendo alguna de sus lecturas preferidas junto a una humeante taza de té perfectamente servida. A pesar de que durante años muchos de los libros que allí se encontraban pasaron por las manos de Clara, como préstamo, jamás había puesto los pies en aquella biblioteca.

Parecía que la habían reformado hacía relativamente poco tiempo y el resultado obtenido le pareció encantador. A diferencia del gran salón, en el que los tonos oscuros le daban un cariz algo tétrico, esta vez tomaban protagonismo los colores neutros, que mezclados con la calidez del suelo original de madera y la luz natural que entraba sin filtro alguno, conseguía un espacio verdaderamente agradable. Le pareció tan acogedor, que no le costó imaginarse disfrutando de la lectura durante horas en aquel sillón. Una estantería de madera blanca recubría las paredes desde el suelo hasta los altos techos, albergando centenares de libros que la familia había coleccionado durante generaciones. De ella pendía una estilizada escalera de metal que se desplazaba con suavidad sobre un raíl que rodeaba la sinuosa pared, con la intención de facilitar el acceso a los gruesos volúmenes del último estante. En el lado que quedaba libre, un gran ventanal distribuido en pequeñas cuadrículas blancas enmarcaba una inmejorable vista del jardín trasero, ahora prácticamente abandonado. Clara cerró los ojos y su mente recuperó aquel césped mullido y húmedo de antaño, rodeado de modo permanente de coloreados parterres de flores en los lindes de los muros. Recordó a la perfección las pequeñas violetas inundando el suelo, intentando encaramarse a la piedra en el sombrío rincón del fondo del jardín. Como un reclamo, la imaginación arrastró su cuerpo hasta la ventana sin voluntad propia. Todo había desaparecido: las bonitas flores de su imaginación volvían a dar paso a restos de hierba desordenada y seca y grandes zarzas se habían apoderado de la antigua alfombra verde hasta hacerla desaparecer. Entrecerró los ojos descubriendo, entre las malas hierbas que se habían apoderado del jardín, unas flores diminutas de color violeta que asomaban con timidez en el mismo rincón que ella recordaba. Se encontraban totalmente abiertas y su color destacaba intenso sobre la piedra gris, como si alguien las hubiera mantenido a salvo de la sequedad del entorno, protegidas del abandono que lo había engullido todo sin remedio.

—Clara, ¿sucede algo?

El roce de los dedos de Andrew sobre su brazo la devolvió a la realidad

—No..., perdona. Es una pena que esté tan abandonado...

—Sí, estoy de acuerdo. Tras la última cocinera que le envió mi madre, mi

abuela se negó en redondo a tener más servicio. Yo le ofrecí a mi jardinero, pero dijo que no quería nadie extraño merodeando por su casa. Desde que Antonio se fue, el jardín jamás volvió a ser el mismo...

EL padre de Andrew, que hasta el momento se había mantenido al margen, intervino sonriente

—Chicos...creo que este señor está esperando a que terminéis la cháchara para continuar.

El hombre les guiñó un ojo y mostró una sonrisa encantadora, que descubrió a los presentes de donde había heredado Andrew su arma de seducción más infalible. Clara no había coincidido mucho con el Señor Mathew, que habitualmente se encontraba viajando a causa de sus negocios. Le gustó comprobar que tenía una mirada amable y que, a pesar de su edad, mantenía cierto atractivo. Los dos volvieron al sitio y el abogado continuó:

—Bien, Señorita Martí. Hará varios años la Señora Nichols hizo incluir un anexo al testamento original. En él se le adjudicaba una donación muy concreta con unas condiciones determinadas —El hombre miró a la señora Mathew, que esperaba expectante, y se levantó en dirección a una pequeña mesa accesoria junto al escritorio. Sus manos izaron una gran caja de metal y se acercó con ella hasta Clara —Esto..., esto es para usted. Pero antes de aceptarlo debe escuchar el resto de las condiciones

La caja parecía antigua; sobre el fondo azul unas letras grabadas en relieve parecían revelar algún secreto pero, si alguna vez tuvieron color, este prácticamente había desaparecido, volviéndolas ilegibles. Clara la depositó sobre sus rodillas, sosteniéndola con las dos manos para que no se cayera, pues la superficie superaba los cincuenta centímetros de ancho. Comprobó que era ligera, por lo que el contenido no podía ser muy valioso, a pesar de que todos la estudiaban con cierto temor, como si lo que ocultara en su interior fuera a cambiar el destino de sus vidas para siempre.

—Señores...Señora Mathew...saben lo mucho que su madre amaba estas tierras y esta casa. Durante los últimos años, al observar el deterioro que la consumía y el poco interés que su familia mostraba por este lugar, su preocupación aumentó —La madre de Andrew retiró la vista avergonzada —. Ella tenía un gran proyecto, deseaba hacer de esta casa, de la fábrica, un lugar que pasara a la historia. Algo que le diera el reconocimiento que merece y así conseguir que las nuevas generaciones estuvieran orgullosas de sus orígenes. —El hombre se aflojó el nudo de la corbata en un gesto de incomodidad, antes de mirar de frente a su interlocutora principal —Señora Mathew, la intención

de su madre era crear un museo sobre la vida en las Colonias.

La voz azorada de la mujer interrumpió el discurso

—Pero... ¿Que tiene que ver eso con nosotros? Eso debería hacerlo el Ayuntamiento, la Diputación o quien suele encargarse de estas cosas. Les vendemos la casa y que hagan lo que quieran...

El hombre la miró condescendiente, mostrando que venía preparado para aquella reacción:

—Tal como está la economía en este país no creo que nadie desee hacerse cargo de un lugar como este. La casa...bueno, está claro que hay que reformarla y habrá que dedicar mucho tiempo a recabar información sobre la historia de la fábrica y de las familias que vivieron aquí. A pesar de tener muchos datos en los archivos de la Colonia, la mayoría están sin ordenar cronológicamente y deben pensar que el incendio que hubo justo antes de cerrar la fábrica se llevó varios de esos documentos...

Clara estaba impaciente por terminar, no le interesaba nada el futuro de aquella casa ni de sus posibilidades...Solo deseaba llegar a la suya y abrir la dichosa caja para descubrir que contenía.

—Disculpe, pero... ¿Podemos ir ya a la parte que me atañe? No veo qué relación puede tener conmigo el futuro museo del que hablan.

El hombre sonrió, su rostro de satisfacción reflejó que estaba a punto de dar la estocada final, la noticia que despertaría todos los demonios que sus clientes, tal como había observado, llevaban rato controlando en vano

—Señorita Martí...usted, junto al aquí presente Andrew Nichols, son los herederos de la Torre del Amo, la fábrica y todas las instalaciones. Así como de un fondo fiduciario suficiente para la creación del museo y la rehabilitación de la casa. La Señora Nichols deseaba que usted fuera la futura directora del museo y que, junto al señor Andrew, supervisaran las obras y estuvieran al mando de la compilación de datos necesaria. Tengo entendido que es usted periodista, una persona habituada a la investigación y búsqueda de información...

La madre de Andrew se levantó con el rostro encendido. Sus ojos saltones parecían a punto de escapar de sus órbitas

—¡Eso es imposible! ¿Porque tendría que dejar nada a Clara? Esto es de mi familia desde hace generaciones y ella no tiene ningún derecho. ¡Demostraré que mi madre no estaba en condiciones de tomar esa decisión y de que esta mujer la coaccionó para que la nombrara a ella!

Clara apretó los labios, antes de contestar burlona

—Le aseguro que no quiero esta casa ni nada de su familia. Lo último que deseo es deber nada a los Nichols. ¡Lo que me faltaba! —Ignoró a la madre de Andy deliberadamente y se dirigió al letrado —Señor Recasens, anote que rechazo la herencia que me ha sido encomendada, firmamos y asunto concluido

Andrew intervino sorprendido

—Pero, Clara... ¿Porque? .Tu amabas este lugar tanto como ella.

Clara le devolvió una mirada llena de rencor

—Todo era un espejismo... Este no es mi sitio, ni mi familia. Lo cierto es que tu madre tiene razón, no tiene ningún sentido. He conseguido salir sola con mi propio esfuerzo y así pienso continuar.

—Quizás en eso tengas razón, pero tus padres nacieron y vivieron en la Colonia, trabajaron aquí. Conocer como era su vida, tus orígenes...

—¿Qué?, ¿Me ayudaría a saber porque mi madre se quitó la vida y mi padre era un borracho? ¿O quizás justificaría que la gente de este pueblo jamás me tratara con respeto?

Andrew calló. No había querido ofenderla, pero su respuesta demostraba que las heridas de Clara estaban demasiado abiertas todavía. Tenía que haber algún modo de convencerla...

La voz del abogado sonó amplificada bajo los altos techos de la sala

—Señorita Martí..., la Señora Nichols le dejó también una carta personal donde le expone sus razones para sopesar la oferta. Me veo obligado a aplazar el cierre de las disposiciones del testamento durante veinticuatro horas, tiempo suficiente para que lea el documento que le entrego y valore la situación.

Clara aceptó el sobre en silencio y la reunión se dio por finalizada. La madre de Andrew se retiró a su habitación entre sollozos, alegando una fuerte indisposición, con la que se excusó por no despedirse de la joven como era debido, lo que ella agradeció. El padre se acercó y la sorprendió con un cálido abrazo y un <<me alegro de volver a verte, me recuerdas mucho a tu madre>> que la dejó algo trastornada. No esperaba descubrir que el hombre parecía conocer bien a su progenitora, incluso creyó detectar como la calidez de su mirada escondía un pequeño reflejo de tristeza al mirarla. Ella siempre pensó que su madre no había tenido relación con la familia Nichols, pues, aunque solía hablar de su trabajo en la Colonia, jamás mencionó nada de ellos. Si alguna vez los nombró, el sentimiento que sus palabras destilaban estaba más cerca del desprecio que del afecto.

Antes de levantarse se tomó unos instantes de reflexión, con la gran caja

entre sus manos, contemplando el jardín a través del gran ventanal como si allí fuera a encontrar la respuesta a todas sus dudas. Andrew acercó la silla y se sentó a su lado; el roce inocente de sus rodillas fue recibido por su piel como una íntima caricia.

—Clara...solo te pido que te lo pienses. Si la casa recae en mi madre la venderá a la menor ocasión, mi abuela confiaba en ti. Sabía que adorabas este lugar —.La joven alzó la vista hasta perderse en el profundo verde de aquellos iris, que le parecieron más turbios de lo habitual —Huyendo no conseguirás sentirte mejor. Yo estoy dispuesto ayudarte, si me dejas.

La joven suspiró, antes de contestar

—Sinceramente...No creo que tú seas la persona adecuada. Y tengo que pensar en todas las consecuencias. Aceptar significaría instalarme aquí, dejar mi vida en Barcelona...Pero, lo estudiaré —.Alzó la mano apartando el masculino torso, que cada vez sentía más cerca, suscitando en él una sonrisa de satisfacción. —. No prometo nada. Quiero que sepas que, si aceptara, solo sería por la gente que trabajó y vivió aquí durante décadas, creo que es justo que su esfuerzo y dedicación por tirar esta empresa adelante salgan a la luz. Familias enteras vivieron en la Colonia durante generaciones...No solo son unos nombres en una tarjeta de fichar. Tal como me recordaron hace poco: no merecen quedar olvidados en una caja o en un archivo de un sótano como si jamás hubieran existido.

CAPITULO 7

Año 1994

La suave caricia de un tímido rayo de sol sobre sus párpados despertó a Clara. Tras la tormentosa noche, Antonio había decidido dormir en las cuadras con la intención de calmar a Negro, que estaba más inquieto de lo habitual. Andrew se ofreció a quedarse en la cabaña; quería vigilar que la fiebre no aumentara durante el curso de la noche, así que se instaló en el viejo sofá de la sala, maldiciendo cada uno de los muelles que se habían quedado tatuados en su piel a los cinco minutos sin ningún tipo de piedad.

Clara se revolvió entre las sábanas, mientras escuchaba a alguien trastear en la cocina. La reconfortante sensación de sentirse atendida le gustó. Rememoró su infancia, cuando desde la cama oía a su madre preparar el desayuno mientras tarareaba canciones que ella no conocía pero que, a fuerza de oírlas, sabía reconocer. Había olvidado lo que era que alguien se preocupara de ti solo por el placer de hacerlo. La puerta se abrió y apareció Margarita como una exhalación:

—Clara...mi niña... ¿Qué te ha pasado?

La mirada enojada de esta se dirigió a Andrew, que entraba tras ella y se disculpó con rapidez

—¡Eh, Señorita!, que yo no he sido... —Su vivaces ojos se dirigieron a la cocinera —, y por cierto... ¿Cómo te has enterado?

La mujer hizo un ademán con la mano quitándole importancia

—Soy perro viejo, yo...Mucho trajín veía yo por aquí esta mañana, así que acorralé a Antonio y no tuvo más remedio que confesar.

Los dos jóvenes miraron a la cocinera con una mezcla de admiración y sorpresa por la confesión. Esta no se inmutó y acercó un elegante camisón de satén a la pequeña

—Toma, es de la Sra. Nichols, pero hace años que no se lo pone, no lo notará en falta. Vístete y vuelve a la cama, he traído el desayuno y un remedio infalible para el resfriado. ¿A quién se le ocurre salir en plena noche con la que caía? —Clara apartó la vista avergonzada y la mujer continuo dando órdenes sin esperar respuesta. Esta vez se dirigió a Andrew —. Vamos jovencito, ve a cambiarte y a pegarte una ducha mientras me quedo yo con ella.

Si te encuentra tu madre con estas pintas creerá que has estado de fiesta toda la noche.

El joven suspiró, recordando que ese fue su plan desde un principio. Esperaba que Isabel no estuviera tan enfadada como para no querer volver a citarse con él.

Cuando el chico se fue, Clara se vistió con el suave camisón y se acercó al baño dispuesta a peinar su espesa melena que, tras la mala noche, se encontraba encrespada y repleta de enredos. Decidió recogerse el pelo en una gruesa trenza lateral que cayó sobre su hombro con delicadeza y dejó que algunos mechones cayeran desordenados sobre su rostro, camuflando su mejilla contusionada. Miró el elegante camisón, algunas tallas más grandes que la suya, y comprobó que la fina tela marcaba demasiado, tal como había pasado con su vestido. Se prometió que cuando llegara Andrew las mantas le llegarían hasta el cuello hiciera frío o no.

Tras el delicioso desayuno que Margarita le sirvió en el salón, Clara notó como la fiebre volvía a debilitarla, emborronando su mente de nuevo. Se sintió algo mareada y decidió volver a la habitación y estirarse en la cama un rato, cuando una imagen en el exterior llamó su atención. Su hermana se encontraba frente a la pista de entrenamiento hablando con Andrew; su rostro denotaba enfado, pero ni pizca de preocupación. Probablemente estaba reclamando una nueva cita y estaba segura de que no se había interesado ni por un minuto por su estado. Su gesto, más triste de lo habitual, consiguió una caricia del chico y un mimo en la nariz. En pocos segundos, la mirada de Isabel volvió a adquirir el mismo tono desafiante que solía mostrar. Emitió una sonora carcajada y alzó la vista hacia la ventana encontrándose, durante un leve instante, con el rostro cansado de la pequeña, que en esos momentos se acariciaba la mejilla dolorida de modo inconsciente. La joven desvió la vista incómoda y se despidió del chico con un beso en los labios y una gran sonrisa. Clara sintió náuseas, al ver como las buenas sensaciones con las que el día había amanecido se disipaban en segundos, y un agudo dolor estranguló la boca de su estómago. Se sintió desfallecer; sus piernas se doblegaron de tal modo que tuvo que arrastrarse hasta el colchón, donde se acurrucó hecha un ovillo, mientras una bola espesa de rencor se atravesaba en su garganta. Tan densa, que ya no lograría digerirla jamás.

Andrew entró sigilosamente y se sentó a su lado creyendo que dormía. La pequeña era experta en reprimir su llanto así que, en cuanto pudo controlarlo, se giró hacia él y le mostró una bonita sonrisa. El chico se la devolvió

—Buenos días, Princesa

—¿Princesa?

—Con este camisón y esa trenza pareces una princesa medieval

Clara replicó con sequedad

—¿Que quería mi hermana?

La voz del joven sonó vacilante

—¿Tu hermana?...Nada...saber cómo estabas.

—¿Y porque no ha venido a verlo ella personalmente? —Andrew siguió en silencio y ella sentenció con desprecio —Mi hermana no me quiere, le da igual lo que me pase...

El joven negó con la cabeza. Sus ojos desprendían una tristeza infinita y él solo deseaba encontrar el modo de borrarla para siempre

—No, no digas eso. He sido yo, pensé que dormías y le pedí que no entrara. Le he prometido que cuidaría de ti como un hermano mayor

Clara apretó los labios de nuevo, parecía que sus azules ojos iban a explotar en cualquier momento en un mar de lágrimas. El chico intentó animarla hablando en un tono más alegre

—Nunca he tenido hermanos, así que... ¿Que suelen hacer los hermanos mayores en estos casos?

Tras un silencio breve, las facciones de la niña se suavizaron y el color de su iris volvió a aclararse, dándole un aspecto soñador a su mirada. Se incorporó levemente

—Cuando éramos pequeñas y estábamos enfermas, mi madre solía acurrucarse con nosotras en la cama. Le gustaba inventar historias y a nosotras nos encantaba escucharlas...

—¿Un cuento? —Clara asintió —Supongo que podré hacerlo pero... necesitaré tu ayuda. ¿Qué tal si empiezas tú?

Al ver la reacción del joven, algo incómodo con la petición, Clara accedió a narrar el cuento preferido de su madre: La Princesa Invisible

Hace muchos, muchos años...

En un país que nadie conoce y al que nadie llegará jamás, vivía una bella princesa con sus padres. Su pueblo se encontraba en un bello paraje junto a un río, en un valle donde las tierras eran fértiles y los animales vivían felices. La princesa se crió como un habitante más del pueblo, así, sus días transcurrían jugando con los otros niños en el campo, disfrutando del trino de los pájaros y corriendo aquí y allá en total libertad.

En lo alto de la montaña, sobre el valle, se aposentaba otro pueblo. Su

Rey era un tirano que tan solo deseaba el poder y que ignoraba a su gente y sus necesidades. En los últimos años las lluvias habían sido escasas y el pueblo del monte necesitaba con urgencia la construcción de un nuevo sistema de riego. Ignorando sus necesidades, el monarca mandó talar la mayoría de los árboles con la intención de construir un gran castillo, e invirtió todo el dinero de las últimas cosechas en formar un nuevo ejército y comprar sofisticadas armas. Paulatinamente, la gente de las montañas, viendo como la tierra se volvía árida y seca y como el bosque estaba desapareciendo por momentos, se fue marchando hacia el valle en busca de una vida mejor. Los animales, al quedarse sin refugio ni alimento, buscaron otras tierras. Así fue como, en poco tiempo, el Rey se quedó solo con su ejército y un gran deseo de venganza hacia el Rey del valle, que acogía a los nuevos habitantes con verdadera generosidad, sin pedirles nada a cambio.

El Rey de las Montañas, lleno de odio, decidió acercarse al pueblo del Valle y raptar a la bella princesa sin ser descubierto. La encerró en lo alto de la torre, en una pequeña habitación desde donde ella divisaba su antiguo pueblo, pero se aseguró de que jamás volviera a salir de allí. El hombre practicaba la brujería, así que hizo crecer millones de zarzas y vegetación envolviendo el monte, imposibilitando el acceso a su castillo. Un encantamiento recayó sobre la niña, condenándola a vivir eternamente como un espectro. El Rey y su ejército se marcharon dispuestos a conquistar nuevas tierras y nunca más se acordaron de la pequeña, que siguió viviendo encerrada en la torre durante años. Los Reyes del valle, viendo que la Princesa no regresaba de su paseo matutino la buscaron por todas partes: en el río, en los bosques cercanos...pero no hallaron rastro de ella. Tras muchos años de búsqueda sin resultados, se convencieron de que su hija había muerto y se encerraron en su castillo para siempre, donde murieron de pena.

La Princesa solía despertar con el trino de los pájaros, sus únicos acompañantes, y pasaba los días observando su antiguo pueblo en la lejanía. La tristeza que la invadía era tan grande que se pasaba horas llorando y llorando. Debido al encantamiento, con cada lágrima que caía, una pequeña porción de piel desaparecía. Y tanto lloró que, poco a poco, parte de su cuerpo y su rostro se fueron borrando.

Un día, varios niños se acercaron a la ladera de la montaña. Jugaban a esconderse y sin darse cuenta se introdujeron en lo que ellos llamaban "El bosque encantado", pues había gente que aseguraba que quien entraba en él

desaparecía para siempre y que a veces se escuchaban lloros .

La muchacha, al verlos desde lo alto de la torre, gritó y agitó sus brazos desesperada, con la intención de que la salvaran, pero los niños parecían no oír nada. Durante varios días se acercaron al bosque a organizar sus juegos y la muchacha siguió intentando reclamar su atención. Cada vez que ellos se marchaban sin detectar su presencia, la Princesa se sentía más y más triste y el llanto borraba nuevas partes de su cuerpo. Hasta que un día se miró en el espejo y descubrió que se había vuelto totalmente transparente .Entendió que ,por mucho que la encontraran ,jamás podrían verla ni oírla debido al cruel sortilegio, así que estaba condenada a vivir sola eternamente.

Clara cesó su relato de manera brusca. Andrew se encontraba totalmente absorbido por la historia; apoyaba su cabeza entre sus manos y los codos reposaban sobre la cama. El chico la miró sorprendido:

—¿Que sucede? Me gusta. Un poco triste, quizás, pero es bonito...

—Te toca.

—¿Me toca? Pero yo no conozco el final

—De eso se trata. Mi madre siempre se quedaba en ese punto. Según ella nunca supo el verdadero final, así que se inventó una especie de concurso en el que mi hermana y yo competíamos, inventando nuevas conclusiones. Ganaba quien conseguía hacerlo más emocionante.

—Está bien, me parece justo... Espero no hacer mucho el ridículo. Vamos a ver:

Al cabo de unos años llegó un apuesto Príncipe al valle. Era joven, valiente y muy, muy guapo. El antiguo Rey de las Montañas había atacado su pueblo, que se encontraba junto al mar, robándole todo lo que poseía. Así que el chico, ni corto ni perezoso, decidió ir en busca de su castillo y arrebatárselo del mismo modo.

Los habitantes del valle intentaron convencer al joven de que no fuera. <<El bosque está encantado, nadie ha conseguido llegar a lo alto de la colina. Incluso los animales se niegan a entrar en él>>. El Príncipe ignoró todas aquellas leyendas y, decidido, se introdujo en la oscuridad del bosque. Cuando ya llevaba un rato andando, una femenina voz comenzó a susurrar entre los árboles. Era la voz más bonita que jamás había oído, aunque sonaba realmente triste.

Atravesó el bosque y llegó a la falda del monte, comprobando que grandes zarzas cerraban el paso hacia la cima. Pero el valiente joven no

desistió, consiguiendo hacerse paso, cortando la espesa vegetación que envolvía la escarpada piedra con su espada.

Durante tres días escaló la montaña y, en cuanto llegó a lo alto de la colina, se quedó maravillado del imponente castillo que encontró. La delicada voz volvió a reclamar su atención y aunque no conseguía entender lo que decía, el sonido era tan bello, que no pudo evitar seguirlo hasta descubrir su procedencia. Subió las empinadas escaleras de caracol de la torre hasta llegar a una pequeña estancia, en la que solo encontró una cama y un espejo. La voz sonaba con más insistencia en el interior pero, por más que lo intentó, sus ojos no conseguían divisar a nadie.

Cuando estaba a punto de dar media vuelta decepcionado, se fijó en el colchón de la pequeña cama que presidía el lugar. Le pareció divisar que el borde estaba irregular, más fino en la parte central, como si algo estuviera presionando sobre los muelles.

El Príncipe entró sigilosamente, acercó su rostro al colchón, hasta que creyó percibir el aliento dulce de una respiración. Su cuerpo se fue inclinando con delicadeza hacia el origen de aquella voz hasta que sus labios sintieron algo...Sin saberlo, acababa de posarlos sobre los de la princesa.

Clara abrió los ojos, que hasta el momento había mantenido cerrados con la intención de zambullirse mejor en la narración, y se encontró el rostro del chico a escasos milímetros de su piel. Sus labios rozaban los suyos y sus palabras se habían convertido en leves susurros que se fundían con el aliento de su respiración acelerada. En cuanto ella abrió los ojos, el chico desvió su rostro avergonzado hacia la frente femenina, depositando un casto beso en ella. El silencio que siguió les permitió volver a adueñarse de la situación. Andrew se maldijo por lo que había estado a punto de hacer y Clara se arrepintió por no haberlo obligado a continuar.

El joven se recostó en el respaldo de la silla y retomó la narración

—Y claro...El encantamiento desapareció y ante él se materializó el rostro de la joven más bella que jamás había visto, enamorándose al instante.

—Y...se casaron, fueron felices y comieron perdices —. La muchacha sonrió y el chico asintió en silencio mientras ella añadía —Eso es lo que más me gusta de los cuentos...Siempre acaban bien.

—Supongo que así es... Es un cuento curioso, jamás lo había oído ¿Se lo inventó tu madre?

—No creo. Lo debió leer en algún lugar y no se fijó mucho en el final, o

prefirió cambiarlo para que fuera más divertido. Con el tiempo, dejó de contarle porque Isabel siempre acababa enfadada si no ganaba el concurso. Ya sabes que ella siempre quiere salirse con la suya...

Se oyeron unos ruidos en el salón y al momento entró Antonio, informando a Andrew de que su padre le estaba esperando.

—Tengo que irme. Nos vamos a la ciudad a solucionar un par de cosas, así que mañana, aunque estés mejor, no podremos hacer clase. Pero si te parece bien podemos ir a la feria cuando vuelva

—Uf...la feria...Quedé con Dani que lo llevaría. El pobre, estará preocupado

—Ok, no te preocupes. Ya hablaré yo con él.

Daniel se encontraba frente a la casa de Clara desde hacía horas. La había buscado por el bosque, junto al río, incluso se había asomado a la Torre del Amo para ver si estaba en las cuadras. Empezó a andar hacia el bar del pueblo, le preguntaría a Isabel por ella. Llevaba dos días sin verla y lo que en un principio era preocupación, se volvió rabia cuando la encontró en la feria junto a Andrew.

Esta lo saludó con su sonrisa habitual, incluso lo animó a acercarse a la caseta de algodones, pero el chico negó con la cabeza. Daniel se quedó quieto durante un buen rato, persiguiendo cada movimiento de la niña con mirada vidriosa. Incluso cuando su abuelo le llamó para que se acercara al grupo que estaba fotografiando, no pudo evitar distraerse y concentrar su atención en ella.

Andrew notó el cuerpo envarado de Dani junto a él y siguió su mirada hasta la caseta, donde se encontraba Clara esperando su turno. El rostro del chico reflejaba una mezcla de tristeza y decepción, así que se sintió conmovido ante el modo en que los demás lo ignoraban

—Daniel ¿te pasa algo? —Este lo miró desafiante, como un niño antes de empezar una rabieta. Luego volvió a concentrarse en la niña —¿Estas enfadado con Clara?

Se había olvidado por completo del mensaje de Clara. Supuso que era el culpable de que el chico se sintiera mal

—Dani...Clara estuvo enferma. Me pidió que te avisara pero me fui a la ciudad y se me pasó —Daniel lo miró atónito. Su expresión pasó del enojo a la alegría más inocente en segundos. Andy lo animó —Venga, ve con ella. Creo que quería invitarte a comer un algodón de azúcar. Si no vas se pondrá

muy triste...

El gran cuerpo de Daniel, (debía sobrepasar los cien kilos), trotó por la polvorienta pista de fútbol donde se asentaba la feria hasta alcanzar a Clara, que rápidamente puso un gran algodón de azúcar en la mano del chico y se colgó de su brazo robándole una sonrisa. El fotógrafo inmortalizó aquel instante de felicidad de su nieto con la gran cámara analógica que siempre llevaba preparada al cuello.

A la mañana siguiente, Clara volvió a su tarea habitual en las cuadras. El día había amanecido plomizo y el calor había aumentado, cargando el ambiente de una pesadez nada habitual en el mes de Junio.

Al traspasar la verja ya percibió que algo extraño sucedía en la casa, varios hombres se encontraban ante el portón de las cuadras con gesto serio. En cuanto la vio llegar, Margarita salió corriendo a su encuentro

—Clara...cariño. Es Negro. Está agonizando, le queda poco tiempo, una hora como mucho. Ven conmigo, la Señora Nichols se encuentra dentro, mejor que no lo veas.

Clara se deshizo de los brazos de la cocinera y arrancó a correr hacia las cuadras. Pasó entre los hombres, que intentaron detenerla, y frenó en seco cuando el grito de Antonio la sorprendió

—¡Niña, quieta ahí!

El hombre llevaba un buen rato probando de calmar a Negro, que en ese momento lanzaba coces a todo el que se acercaba, mientras resoplaba aterrado. El veterinario se encontraba justo al otro lado, con una inyección de gran tamaño en la mano; su rostro mostraba impotencia. El mozo volvió a dirigirse a la joven:

—Clara, está muy asustado y tiene mucho dolor. Si conseguimos inyectarle un calmante se dormirá y podrá morir tranquilo. Será mejor que te vayas, no resulta agradable...

La niña lo miró con el rostro inundado de lágrimas. La desolación que descubrió en los oscuros ojos equinos y los gemidos de dolor que este lanzaba -casi humanos- le rompieron el corazón. No, no pensaba abandonarlo. Tomó una determinación y, sin previo aviso, sacó uno de sus terrones de azúcar del bolsillo, mientras se acercaba al animal, que en ese momento parecía reposar y la miraba con recelo. Los hombres se habían congregado en la puerta del establo; uno de ellos intervino gritando:

—¡Vamos, jovencita, te va a hacer daño sin querer! ¡Un animal encabritado

por el dolor no tiene amigos!

Antonio lo miró con gesto de disgusto y le mandó callar en silencio, mientras con la otra mano animaba a Clara a continuar. La niña abrió la palma mostrando el terrón de azúcar y dejó que el caballo se aproximara lentamente. Este alargó el cuello con gran esfuerzo y alzó la pata delantera intentando llegar a la mano de su cuidadora, que junto al gran cuerpo del animal se veía insignificante. En segundos, las patas traseras perdieron fuerza y Negro cayó impotente sobre su parte posterior. Al verse perdido, incapaz de levantarse por sí solo, comenzó a mover la cabeza a un lado y otro, con tal brusquedad, que todos se alejaron asustados. El hombre que había intervenido con anterioridad apareció con una escopeta de caza, dispuestos a dispararle

—Niña, aparta. Con esto terminamos en segundos

—¡No! —La voz de la Sra. Nichols resonó bajo la estructura de madera, dejando atónitos a los granjeros —Antonio, yo lo calmaré.

El delgado cuerpo de la mujer se acercó al animal, que al oír su voz pareció calmarse y se tumbó completamente de lado sobre la paja esparcida en el suelo. Ella se arrodilló junto a él y abrazó su cuello con ternura, mientras lágrimas silenciosas resbalaban por su rostro. Su voz susurraba al oído equino:

—Lo siento, eres lo último que me queda...Lo siento...No tendría que haberte abandonado así, pero, me dolía tanto...

El caballo parecía entender lo que la mujer decía. Alargó el cuello, dispuesto a lamer sus lágrimas, como si compartiera el dolor que ella sentía con tanta intensidad que se hubiera olvidado del suyo. Finalmente, el veterinario consiguió clavar la aguja en el lomo del animal discretamente y, poco a poco, los músculos fueron relajando el tono hasta dejarlo totalmente sedado. Clara se acercó de nuevo y la mujer abrió los brazos acomodándola en sus rodillas. Esta besó al caballo, ahora dormido, y se despidió entre lágrimas.

Antonio miraba la estampa conmovido, jamás había visto a Claire así. Su rostro, habitualmente perfecto, se encontraba desencajado y su tez extremadamente pálida. Ese caballo había significado mucho para ella, había sido un fiel compañero. Aunque en los últimos años parecía haberse olvidado de él, comprendió que fue más por el inmenso dolor que sentía al verlo tan deteriorado que, como creían todos, porque la mujer lo hubiera sustituido por uno más joven sin contemplaciones.

Andrew llegó corriendo en el preciso instante en que Clara abandonaba

las cuadras. Los hombres estaban cargando el cuerpo sin vida del caballo en una plataforma y ella prefirió evitarse la escena. La Señora Nichols acababa de retirarse a su habitación con Margarita, que en ese momento le estaría preparando el té de la tarde. Miró a la niña sofocado:

—¿Estás bien?

Clara, quien hasta el momento se había mantenido entera, explotó en un llanto roto. Sus piernas comenzaron a temblar sin control y Andrew la atrapó entre sus brazos en el momento justo en que comenzaba a derrumbarse. Las lágrimas de desesperación de la niña traspasaron la tela de su camisa, hasta sentir el contacto de su convulso cuerpo directamente en la piel. Los ligeros temblores aumentaron de intensidad y, sin ser consciente, la apretó con más ímpetu contra él, en un intento vago de protección contra el dolor.

A medida que Clara fue expulsando la tensión, el desconsuelo que había invadido su interior fue remitiendo. Cuando los estremecimientos cesaron, la niña intentó separar su cuerpo del de Andrew pues, una vez calmada, su cercanía le estaba provocando incómodos hormigueos en la piel. Andrew se negó

—No, no...No puedo soltarte y arriesgarme a que te desplomes.

—Andrew...estoy bien. Debería ir a cambiarme, voy llena de barro y huelo a caballo

El chico acercó la nariz a su cabeza y la enterró en la mata de pelo rizada

—Mmmm, a mi me huele a rosas, como siempre —Sus ojos buscaron los de ella, que lo estudiaban indecisos. A pesar de lo que creyó ver en ellos, Andrew la besó en la sien mientras se separaba de su cuerpo —Está bien, ¿sabes que eres una valiente señorita Martí? Los chicos me han dicho como has entrado allí sola...Estoy orgulloso de ti.

A pesar de que la experiencia vivida la había dejado agotada, Clara se alejó de las cuadras con una amplia sonrisa en el rostro. Era la primera vez que alguien le decía que se sentía orgulloso de ella. Su pecho pareció expandirse con más fuerza, dispuesto a recuperar la energía robada. Nada podía estropear ese día, ni su padre, ni su hermana....no, nadie podría conseguir que se sintiera triste después de aquello.

CAPITULO 8

Año 2014

Decidió quedarse una noche más en la Posada, pero antes debía localizar a Samuel. Observó la caja azul, que descansaba inocente sobre la cama. El sonido de espera retumbaba en su oído insistente: tut, tut, tut..., mientras sus dedos palpaban el relieve del metal, intentando descifrar las letras borradas. La voz trémula de Samuel la sorprendió

—¿Clara? Estaba preocupado. ¿A qué hora llegas?

—Samuel...necesito quedarme una noche más. Ha sucedido algo.

—¿Que ha pasado? Puedo estar ahí en menos de dos horas ¿Necesitas...? — Sonó impaciente, como siempre que estaba demasiado tiempo sin saber de ella. La sensación de ahogo volvió a sorprender a Clara, mientras él terminaba la consabida pregunta —, necesitas que venga? Sabes que tu sola no puedes enfrentarte a eso, sea lo que sea. Eres demasiado frágil... Solo te pido que confíes en mí, sabes que me necesitas.

Clara suspiró. Samuel tenía la capacidad de empequeñecer su voz hasta convertirla en un hilo a punto de romperse

—Samuel...Sé que no lo comprendes, pero necesito hacer esto sola. Debo tomar una decisión y ahora mismo no lo tengo claro

El silencio se instaló rasgando la línea, único nexo palpable de la unión entre ellos, hasta que él volvió a susurrar al otro lado

—¿Vas a dejarme?

Aquello ya era demasiado...

—¡No!, ¿Por qué se te ocurren esas cosas? Decida lo que decida es algo que solo me incumbe a mí. Me pides que confíe en ti y yo solo te pido que tú también...

—Clara, sé que te presioné con lo de tener hijos, con lo de casarnos. No hace falta, puedo esperar, haré lo que tú me digas.

Parecía desesperado, mutado por completo por un pánico sin sentido.

Clara se armó de valor. Esta vez no iba a permitir que aquella tristeza permanente la arrastrara hasta donde él quería, atrapada en una seguridad ficticia con la que él llevaba chantajeándola desde hacía años. Contestó decidida:

—Shhhh, no quiero hablar de eso por teléfono. Decida lo que decida mañana volveré y hablaremos, ¿de acuerdo?

Colgó, sabiendo que el hombre no habría cedido ni un milímetro en lo que a comprensión se refería. En Samuel había descubierto un nuevo tipo de amor que había definido en su catálogo personal como el "Amor adictivo". Hasta ese momento no le había molestado su insistencia, su control permanente sobre su estado de ánimo. Sabía que era su manera de demostrarle hasta qué punto la amaba, como la necesitaba en su vida, algo que hasta que lo conoció jamás había sentido nadie por ella. Pero estaba agotada. Tener que dar explicaciones por todo, compartir cada minuto del día, justificarse por cada deseo que no fuera mutuo... fatigaba en exceso. Necesitaba algo suyo, una parcela íntima y secreta que solo le perteneciera a ella. Toda su vida los demás habían decidido por ella; su destino había sido esculpido por un cúmulo de circunstancias sin sentido que otros habían provocado, había llegado el momento de crearse uno nuevo a su medida.

Apagó el teléfono y se puso cómoda. Se vistió con su camisón preferido —el de satén—, y dejó libre su espesa mata de pelo cubriendo su espalda. Carmeta le había subido una bandeja con algo de cena y una botella de vino que ella le había pedido al llegar. Se sentó en el sencillo escritorio de madera de pino apoyado en la pared, bajo la ventana, y disfrutó de una cena tranquila, acompañada de la imagen de las flores en su retina y el intenso sabor a racimo en el paladar. Aun con la copa en la mano, se acercó a la cama y se sentó junto a la gran caja. Dejó el vino en la mesita y abrió el sobre de la Señora Nichols, donde reconoció su cuidada caligrafía formando las letras de su nombre sobre un elegante papel de carta. El antiguo escudo de la familia encabezaba la misiva.

En ella le explicaba que María Puig, —la maestra—, estuvo durante años recopilando información con la intención de escribir un libro sobre la Colonia. La señora Nichols le dio libertad total para acceder a los archivos que se encontraban en el sótano del convento y la mujer había conseguido valiosa información sobre la vida y el trabajo de las familias que vivieron en ella. Por desgracia, la muerte la sorprendió justo cuando María creía tener suficiente información para iniciar su novela y su proyecto quedó en suspenso.

Según la Sra. Nichols, la maestra pensaba escribir el libro a la vez que presentaba un ambicioso proyecto a la Generalitat solicitando el permiso para la creación de un futuro Museo de la Colonia. Su antigua protectora apelaba a la buena relación que tenían alumna y maestra a su decisión de escogerla a ella como albacea del museo. Sabía que Clara era una mujer de palabra y, si aceptaba, lucharía hasta el final para conseguir que la historia de la región y de sus habitantes saliera a la luz. La mujer se despedía afectuosamente y Clara agradeció que en ningún momento le echara en cara no haber devuelto ninguna de sus llamadas ni contestado a sus mensajes. La carta era correcta y quizás algo esquiva, tal como ella lo había sido durante toda su vida. Tan solo la última frase pareció afectar más de lo necesario a la joven, aun sin comprender del todo el sentido: <<Cuando mi voz calle con la muerte, mi corazón te seguirá hablando. Solo te pido que lo escuches>>.

La imagen de las dos mujeres que habían influido tanto en su infancia pareció invadirlo todo. Las únicas personas que alguna vez habían confiado en ella, en sus posibilidades, aunque no estaba segura de poder estar a la altura de sus expectativas. Se sorprendió al leer que María había pensado en ella como directora del museo desde el principio, si conseguía llevarse a cabo. Por lo que pareció entender, la mujer ya había intentado ponerse en contacto con ella para hablar del tema repetidas veces antes de morir. Clara estaba segura de no haber recibido ninguna llamada de la maestra en el último año antes de su muerte; parecía vivir encerrada en su mundo y en su proyecto. Aunque no sabía con exactitud de que trataba el libro, comprendía que se dedicara por completo a él y en ningún momento juzgó que hubiera dejado de visitarla e incluso de llamarla. Pero si una cosa sabía era que jamás recibió ninguna propuesta de ese tipo por su parte.

Volvió a mirar las letras grabadas en la superficie de metal, algunas tenían restos de pintura y, en las que esta había desaparecido, el óxido comenzaba a tomar posesión del material. Deslizó los dedos sobre el relieve y cerró los ojos, intentando agudizar el resto de sentidos. Una a una, se le fueron apareciendo las letras escondidas: G-I-T-A-N-E-S; tras pronunciarlas en voz alta abrió los ojos. Sobre ellas, una mancha de pintura negra daba forma a una especie de triángulo, el resto de la imagen había desaparecido.

Cuando se decidió a abrir la misteriosa caja y sus dedos comenzaron a presionar el cierre, unos nudillos llamaron a la puerta. Supuso que era la dueña de la pensión que venía a recoger la cena, así que se levantó a abrir con rapidez, topándose con la cara de sorpresa de Andrew:

—Buenas noches... Princesa

Los ojos del actor se posaron sin disimulo sobre su pecho, descubriendo el inicio de una cicatriz que descendía sumergiéndose hacia las profundidades del escote. Al recordar el motivo de esa lesión, alejó la mirada hacia la caja con interés, utilizando sus trucos de actor para disimular la bofetada de culpabilidad que acababa de recibir. Al ver la intensidad de su mirada, ella fue consciente del fino camión de satén que la envolvía y volvió a sonrojarse como si no hubieran pasado veinte años desde su primer encuentro, apresurándose hasta el sillón en busca de un chal con el que cubrirse

—Veo que hay cosas que no cambian...Sigues pareciendo una princesa medieval

—¿Qué haces aquí?

—He pensado que, teniendo en cuenta que vamos a ser socios, me interesa saber que hay en esa caja.

—Creo recordar que esta es parte de mi herencia, yo no te pido explicaciones sobre las propiedades que tú has heredado

— *¡Touche !* —Su sonrisa, habitualmente encantadora, dejó paso a un gesto comprometido —Solo quería ver si estabas bien...Sé que todo esto...bueno, no debe ser fácil para ti estar aquí. Pero entiendo que quieras hacerlo sola, no debí entrometerme. Lo siento.

Andrew giró su robusto cuerpo hacia la salida, convencido de que aquella visita había sido un error. Cuando sus dedos se posaron sobre la manilla de la puerta, oyó la voz de Clara murmurando

—Está bien. Aún no he conseguido abrirla. Supongo que en realidad sola no me atrevo, así que será mejor que te quedes.

El actor volvió sobre sus pasos en silencio, riñendo a su corazón, que había bailado desbocado con la petición. Se sentaron a los pies de la cama con la caja dispuesta entre ellos, estudiándola con cierta desconfianza. Antes de abrirla, Clara buscó sosiego en los ojos de Andrew. Aquella mirada limpia, verde como los campos de su infancia, era la única capaz de apaciguar sus nervios.

En su interior encontraron el manuscrito de los primeros capítulos del libro de la señorita Puig. Junto a él, largas listas de nombres, fechas de nacimiento y fallecimientos rellenaban hojas y hojas dentro de un voluminoso archivador. Al levantarlo, varias fotografías asomaron sin orden aparente. En una de ellas pudieron reconocer a la Sra. Nichols, junto a un grupo de jóvenes.

Se encontraban frente a la mina de la Colonia; los chicos llevaban los rostros tiznados de carbón y las chicas vestían sencillas batas: el uniforme de la fábrica. Claire Nichols, en cambio, destacaba con un vestido de lunares ceñido a la cintura y un gran sombrero de ala ancha. Posaba sonriente, su joven mirada tenía un aspecto fresco, transparente, la imagen perfecta de la felicidad. Clara jamás conoció esa luz en ella, quizás los años se la arrebataron tal como hizo el accidente con sus sueños.

Andrew rebuscó bajo las instantáneas y estiró del envoltorio de lo que parecía un segundo libro. El cartón de la cubierta estaba deteriorado y lo que algún día fue un dibujo, totalmente difuso.

—Mira esto..., parece muy antiguo —Levantó la tapa rígida de cartón, dejando al descubierto una inscripción impresa sobre un amarillento papel —. “La Princesa Invisible”

Se miraron sorprendidos. Clara se lo quitó de las manos impaciente

—Déjame ver...La edición es de 1953.Tu abuela tendría ya unos veinte años, no creo que fuera suyo

Andrew asintió y le dedicó una pícaro sonrisa

—¿No te intriga descubrir el final?

Clara fue pasando las páginas con suavidad, redescubriendo la historia que tanto había escuchado en los labios de su madre, admirando las delicadas acuarelas que mostraban aquello que tantas veces había imaginado. Al pasar la última hoja se encontró con que el final había sido arrancado, tan solo el resto de las cuartillas cosidas al lomo se mantenían como prueba.

—No me lo puedo creer...tu madre leyó este cuento, probablemente era suyo. Lo que no entiendo es cómo fue a parar a manos de mi abuela.

—No sé...Siempre pensé que no se conocieron. Mi madre vivió en la Colonia hasta los dieciocho años, pero tu abuela me contó que en aquella época ella viajaba mucho, por el tema de las competiciones, y no pasaba mucho tiempo aquí. Estoy segura de que si se hubieran conocido, tu abuela me hubiera hablado de ella.

—¡Espera!, se me ocurre que, quizás, cuando se vació la casa del vigilante, lo encontraron allí. Al morir tu padre y desaparecer tu hermana, mi abuela se encargó personalmente del entierro y el papeleo. Supongo que decidió guardar sus posesiones y quiso devolvértelas de alguna manera...

Clara acarició el libro. Estaba segura de que pertenecía a su madre, pero su padre jamás lo habría conservado. Alguien lo había escondido del fuego. ¿Isabel quizás? Otras cuestiones asaltaron su mente: ¿Porque su madre había

guardado ese libro durante tantos años? ¿Tan importante era para ella? ¿Cuál era el verdadero final de la historia? y... ¿Porque alguien lo había arrancado de ese modo?

Mientras se debatía con su mente intentando poner orden a sus intrigas, la voz grave de Andrew flotó en la habitación con un deje de ironía

—Señorita Martí...acabo de encontrar algo que hacía años que buscaba — Ella lo miró expectante, sus vivaces ojos también sonreían —: la llave de su corazón.

Abrió el puño, mostrando una gruesa llave de metal oxidado. Era una pieza antigua y pesada, por su aspecto podría tener más de cien años. Clara ignoró la insinuación de Andy y siguió cavilando en voz alta:

—Debe ser de la sala del archivo... Tu abuela nombra un archivo donde se guardan las fichas de los trabajadores de la Colonia, parece ser que está en el sótano del convento.

Andrew sirvió un poco más de vino en la copa de Clara, que depositó en su mano, y rellenó un vaso que encontró en la otra mesita de noche, entrechocándolos con energía

—¡Por el futuro museo de la colonia!, y sus secretos...

Ella vaciló unos instantes. No había tenido tiempo de sopesar las consecuencias de seguir con el proyecto. Probablemente Samuel no lo entendería y la brecha que últimamente los iba alejando podría agrietarse del todo con su decisión. Pero necesitaba conocer lo que aquella caja significaba; parecía un jeroglífico enrevesado, como en aquellas novelas de intriga donde la protagonista consigue encajar las piezas del puzle una a una. Y esta vez la protagonista era ella misma, y aquel rompecabezas podía descubrir algunos de los fragmentos de su pasado.

El sonido de la copa de Clara aceptando el reto resonó en la habitación, en el mismo instante que unos sonoros golpes impactaron en la puerta. En cuanto Clara abrió, varias adolescentes, encabezadas por Carmeta, entraron con fotografías de Andy en la mano dispuestas a conseguir un autógrafo del famoso actor a toda costa.

Lo observó en silencio mientras posaba con todas ellas con una paciencia extrema, manteniendo una sonrisa encantadora y mostrando su lado más varonil. Pensó que era un hombre tremendamente sensual y un incómodo hormigueo comenzó a enturbiar su interior, así que decidió echarlo de allí en cuanto las chicas se hubieran marchado.

Cuando se quedaron solos, le acercó su chaqueta en un gesto claro de

despedida:

—Buenas noches, Andy Nichols. Creo que por hoy ya has derrochado suficiente testosterona y yo tengo que pensar en mi futuro más inmediato

Andrew aceptó la chaqueta a regañadientes y traspasó el umbral dándole las buenas noches. Justo segundos antes de que Clara cerrase la puerta, la oyó decir:

—Gracias..., por preocuparte...

No contestó, pero una gran sonrisa de satisfacción fue ampliándose en su rostro a medida que descendía las escaleras.

Al día siguiente, tras aceptar la herencia y producirle un ataque de ansiedad a la madre de Andy, Clara se reunió con él para ultimar los detalles del acuerdo. Se sentaron en la gran mesa oval del comedor, donde la joven desplegó, en meticuloso orden, varios documentos que había estado preparando durante toda la noche. Andrew la miró con impaciencia

—Bueno... ¿Por dónde empezamos?

—¿Empezamos? La investigación llevará tiempo y tú eres un actor famoso, entiendo que estarás demasiado ocupado para esto...

—Ya...Pero da la casualidad de que no empiezo mi nuevo rodaje hasta Septiembre. Así que, exceptuando alguna promoción puntual y algún spot publicitario, no tengo nada mejor que hacer hasta entonces

Clara suspiró

—Bien..., entonces harás lo que yo te diga. Primero analizaremos los datos que guardó la Señorita Puig e intentaremos situarlos cronológicamente. Tus padres deben tener información sobre la fábrica, índices de producción y todas esas cosas —Clara se interrumpió de golpe al ver su mirada divertida

—¿Ocurre algo?

—Siempre he deseado tener una jefa, en el mundo del cine los directores suelen ser hombres. Y si encima tiene unos ojos en los que te puedes perder...

Clara puso los ojos en blanco

—¡Está bien! Empecemos por las reglas. Si queremos que esto funcione debemos establecer unas normas y comprometernos a cumplirlas

—Te escucho.

—Primera: Nada de insinuaciones. Entiendo que es útil en tu trabajo, pero aquí no tienen ningún sentido. Además, te recuerdo que tengo pareja...

—Pareja, que te ha llamado más de diez veces esta mañana y a la que has

ignorado...

La joven le dedicó una mirada odiosa. El teléfono no había dejado de vibrar durante toda la reunión, pero en ningún momento le había confesado que Samuel era el autor de las llamadas. Se armó de paciencia de nuevo

—Segunda: no invadiremos la intimidad del otro con comentarios groseros —Andrew levantó las manos en señal de derrota —Tercera: voy a tener que instalarme aquí y aun no sé por cuanto tiempo, necesitaré alojarme en algún lugar que se encuentre lo bastante cerca de los archivos, pero con cierta independencia e intimidad. He pensado que la cabaña de Antonio sería ideal

—¡Pero Clara!, esa cabaña se cae a trozos, hace años que nadie vive en ella ¡Y esta casa tiene diez habitaciones!

—Seguro que encuentro a alguien que la arregle por poco dinero. No es negociable, lo siento.

Tras varias horas de tira y afloja, Clara volvió a casa totalmente agotada. Andrew había aceptado todas sus condiciones, incluso la de nombrar a Carmeta su ayudante. La chica se movía como pez en el agua por la red, seguro que conseguiría encontrar información que ellos ni podían imaginar.

En el asiento del acompañante relucía la caja de metal junto a un gran sobre acolchado en el que, según le había informado el Sr. Recasens, encontraría las llaves de los diferentes edificios de la Colonia. Aun no se acababa de creer que aquel lugar con el que tanto había soñado le perteneciera. Había mucho trabajo por hacer, pero sentía que por fin había tomado una decisión acertada en su vida. Ya no sería nunca más una "Niña Perdida", al fin había encontrado su lugar en el mundo, buscado durante tantos años. El encargo de la Sra. Nichols había conseguido que se sintiera útil y necesaria, con un objetivo que cumplir. Y estaba dispuesta a dejarse la piel en él.

Estaría en Barcelona un par o tres de días, lo justo para recoger algo de ropa y despedirse de su antiguo trabajo, una revista sobre hípica que llevaba años disminuyendo la tirada. Hacía tiempo que la amenazaban con despedirla si la cosa no mejoraba, poco se imaginaban la sorpresa que les deparaba.

Llegó a casa al atardecer y se encontró a Samuel sentado en su sillón, esperándola a oscuras, envuelto en un tenso silencio. Clara se acercó a darle un beso y la recibieron unos labios fríos e indiferentes. Se arrodilló a su lado, recogió su mano entre sus dedos y apoyó su mejilla en ella, como solía hacer cuando suplicaba su consuelo. Necesitaba tanto que la apoyara...

—Samuel...

El mantuvo aquella extraña mirada de pánico sobre ella, parecía estar esperando una sentencia de muerte. Clara tragó saliva y continuó

—Samuel...no voy a dejarte. Pero, antes de empezar una nueva familia, necesito saber de dónde vengo, a donde pertenezco. Y necesito hacerlo sola.

Clara le explicó punto por punto el tema de la herencia y del museo. Dejó ir que compartía el legado con Andy, pero sin darle importancia, intentando disimular que su corazón se había acelerado con solo sentir su nombre en los labios. Y le prometió que, en cuanto hubiera iniciado la investigación y se hubiera instalado, podría ir a visitarla los fines de semana y compartir el proyecto con ella. Sus conocimientos y sus contactos le serían de gran ayuda.

El apretó los labios, que había entreabierto dispuesto a iniciar un discurso que llevaba repasando en silencio más de dos horas. Quería convencerla de que necesitaba estar con él, el único que podía protegerla; quería que supiera que sentía pánico de que se alejara, de que descubriera otro lugar donde poder ser feliz, y ahora, tras escuchar sus argumentos con atención, de que escogiera compartir esa felicidad con otro, con un hombre como Andy Nichols: más rico, más joven, más atractivo..., más todo. No le había pasado por alto el destello de sus ojos cuando había nombrado al actor, como su cara había abandonado el rencor con el que antes hablaba de su pasado, (lo poco que decía), y como un gesto de esperanza lo había suplantado por completo. Pero calló, atrapado en una espiral de terror indescifrable, y asintió resignado.

Esa noche hicieron el amor en silencio. Samuel recreándose en aquel cuerpo que tanto adoraba y que sentía estar perdiendo; intentando absorber cada aroma, tatuar en el tacto de sus dedos la textura de cada zona de su piel. Reteniendo la imagen de sus azules ojos, que en aquel momento lo miraban rebosantes de placer; y admirando aquellos labios que se le mostraban húmedos, entreabiertos, suplicantes. Cuando ella le regalaba esa imagen, sabía que aún le pertenecía, que era el único al que le dedicaba esa mirada, el único en el que confiaba.

Clara se dejó hacer, necesitaba alejar aquel sentimiento de culpa, aquel miedo atroz a un futuro sin Samuel. La dulzura de su tacto, su mirada serena, conseguían siempre que experimentase un placer sosegado, controlado, conocido. Necesitaba tanto la seguridad que aquel hombre le aportaba...

Cuando terminaron, él se durmió en seguida, satisfecho de volver a tener el control sobre ellos. Clara cerró los ojos, refugiándose en la letanía que aporta el sexo, recreándose en las sensaciones que acababa de experimentar. Imaginó que volvía a sentir el roce de unos labios sobre su pecho, que la sorprendía

una mano caliente acariciando su sexo. El placer volvió a dominarla, aunque fuera solo en sueños, hasta que la mano pareció tener vida propia y comenzó a moverse con más osadía. Aquellos labios, que le eran desconocidos, se apoderaron de su boca, reclamándola con una pasión brutal, desatando en su interior infinidad de nuevas sensaciones: peligrosas, descontroladas...De pronto sintió miedo y sus manos intentaron alejar aquel cuerpo, que se había vuelto fuerte y pesado, descubriendo dos rasgados ojos verdes que la miraban llenos de deseo .

Clara abrió los ojos asustada. Por enésima vez se despertó con el pecho acelerado y la piel sudorosa. Como siempre, Samuel la observaba vigilante

—¿Otra pesadilla?

Ella se abrazó a él, como tantas y tantas veces

—¿Sabes?...fui a ver la tumba de mis padres y de mi hermana

Los brazos masculinos la rodearon con ternura

—Supongo que no ha sido fácil...

—No sentí nada...Toda mi familia está muerta y no fui capaz de sentir nada.

Samuel se incorporó y le puso una mano en cada mejilla, obligándola a buscar sus ojos

—Clara, los perdiste siendo una niña. Llevas más años sin ellos que con ellos, no te sientas culpable.

Ella asintió. No merecía al hombre que estaba a su lado. Sabía que, si pudiera, cambiaría su vida por la de ella, que su anhelo más preciado era borrar toda la tristeza que se había visto obligada a soportar, conseguir que fuera feliz.

—Samuel...no quiero hacerte daño. Creo que soy demasiado complicada, tú lo ves todo tan sencillo. Desearía tanto...

...amarte. Las palabras fueron borradas de su boca antes de atreverse a pronunciarlas. Samuel la besó con ternura y la obligó a estirarse de nuevo con un: <<vamos a dormir, mañana será un día duro para todos>>. Y ella se dejó llevar, como siempre, ignorando que no era justa con él, sintiendo la traición bajo la piel, tragándose la sinceridad una vez más hasta sentir fuego en la garganta.

Al cabo de dos días, Clara recibió un mensaje de Andy. Le decía que se encontraba en Londres acabando de cerrar un nuevo contrato para una serie de televisión. Se había encargado personalmente de que la cabaña estuviera habitable cuando ella llegara, de modo que tenía una cuadrilla de hombres

trabajando día y noche para tenerla lista en un par de días. No pudo evitar sonrojarse cuando leyó su despedida, un: << adiós Princesa>>, aunque le tranquilizó saber que cuando llegara a la mansión él no estaría esperándola.

Recordó el sobre que contenía las llaves y fue en su busca. Con meticuloso orden el abogado había incluido un plano de la Colonia completa, con los nombres de las diferentes estancias. De cada llave pendía un pequeño cartel identificando cada una, facilitándole el acceso a todas aquellas salas en las que durante tantos años tuvo prohibido el acceso. Sus ojos estudiaron el dibujo en busca del convento. Según el plano, el archivo se encontraba en el sótano del gran edificio y las especificaciones del letrado certificaban que solo tenía una puerta de acceso y su llave se encontraba ante ella con un pequeño cartel verde en el que ponía: "Archivo fichas trabajadores".

La joven abrió su bolso en busca de la gran llave centenaria, que había guardado a buen recaudo entre la ropa perfumada del pañuelo de Andy. La descubrió despacio y se quedó observándola un buen rato

—¿Y entonces?...tu... ¿Qué secretos escondes?

En cuanto llegó a la Torre, divisó a un grupo de hombres que charlaban animadamente frente a la cabaña. Un chico moreno de unos veintitantos años, con aspecto de ser de la zona, se acercó a saludarla

—Clara Martí... —Ella lo miró sorprendida, pues no reconocía en él ningún rasgo familiar —Soy Marc, el primo de Andy. No sé si me recuerdas, pero algunos veranos vine a pasar unos días en la Torre.

Clara sonrió, al reconocer a aquel niño travieso convertido en un apuesto joven. Por lo que sabía, pertenecía a la rama familiar de la Sra. Nichols por parte de madre. Vivía en Barcelona, donde sus padres regentaban un restaurante, así que solían enviarlo unas semanas con la tía- abuela para que disfrutara del campo mientras ellos trabajaban.

—Ah, sí. Lo recuerdo..., tú eras el que puso, aquella vez, sal en la azucarera de la Sra. Nichols.

El chico emitió una sonora carcajada

—Cierto, menos mal que no se enteró la madre de Andy, si no, creo que mis veranos aquí hubieran acabado bruscamente

—Así que... ¿Ahora te dedicas a las reformas?

—Bueno, se puede decir que soy el "chico para todo" del famoso Andy Nichols. Oficialmente se le llama Asistente Personal, pero no deja de ser lo equivalente a un antiguo mayordomo. —El chico sonrió divertido —Ya sabes, estos ingleses y sus tradiciones...

Clara se sorprendió a si misma disfrutando de la conversación con aquel hombre, a pesar de que era un total desconocido para ella. Marc le explicó que llevaba años trabajando para Andy en Gran Bretaña; además de ser su asistente personal, era su confidente y su amigo. Y al decir esto guiñó un ojo cómplice, como si los dos estuvieran compartiendo un gran secreto.

—¿Qué te parece lo del museo?

—Sinceramente...creo que es una locura. Compréndeme, no el propósito, que me parece genial. Pero no entiendo porque Andy antepone esto a todos sus proyectos, negarse a rodar una película porque le han adelantado las fechas unos meses...no es bueno para su carrera.

Aunque la confesión la sorprendió, no quiso comentar nada al respecto. Se apartó para dejar paso a uno de los trabajadores que cargaba un gran tablón de madera

—¿Cómo va la obra? ¿Podré dormir esta misma noche en la cabaña?

—Bueno, teniendo en cuenta la prisa que nos puso mi primo... Hemos arreglado el techo, que estaba algo deteriorado, y substituido algunas tablas de madera por otras. La cama y los muebles son nuevos, así como el menaje y la ropa de cama, pero aún no han traído la cocina. Por lo que se, ha habido algún problemilla con el proveedor y tardará unos días, pero he hablado con Luisa, la dueña de la posada, y se encargará de traer comida preparada hasta que esté lista o hasta que decidáis buscar a alguien que os ayude.

—Veo que Andy sabía lo que hacía cuando te contrató... ¿Y vosotros donde estáis instalados? ¿En la casa?

—Los chicos duermen en la Posada y yo me quedo en la Torre, por seguridad. Andy no quería que te quedaras sola en la casa.

—¿Qué tontería!, su abuela estuvo viviendo sola un montón de tiempo

—Bueno, por lo que se...sola, sola, no estaba. El viejo capataz estuvo con ella hasta el final. Es extraño que luego se marchara sin despedirse...

Clara levantó la vista hacia el jardín trasero de la mansión. Un par de hombres ataviados con un mono de jardinero se encontraban arrancando las malas hierbas y amontonándolas en el centro del terreno. Al ver su interés, Marc aclaró

—Por supuesto, también hemos contratado unos jardineros que a partir de ahora se ocuparán de que el "jardín del Te" vuelva a ser el mismo.

—¿El "Jardín del Te"?

—Bueno, Andy siempre lo llama así. Dice que le recuerda a su abuela y su obsesión por la tradición. Aunque, si te soy sincero, yo creo que él quiere mantenerla y por eso me ha pedido que lo deje exactamente igual que estaba.

El ruido ensordecedor de una máquina interrumpió su conversación. Uno de los hombres acababa de arrancar el motor de una corta-césped, se disponía a hacer desaparecer cualquier resto de plantas salvajes sobre los antiguos parterres.

Clara salió corriendo hacia ellos, dejando a Marc con la palabra en la boca. Por suerte, llegó a tiempo de evitar que los jardineros arrancaran las violetas del rincón. Las delicadas flores seguían tan vivaces como siempre y, al apartar las tupidas zarzas que las escondían, descubrió que durante aquellos años se habían apoderado de gran parte del muro, encaramándose hasta alcanzar el borde superior.

Tras ordenar a los hombres que mantuvieran la planta intacta y pedirles una reproducción exacta del antiguo jardín, volvió a la cabaña. Los carpinteros se habían marchado a comer y Clara aprovechó el momento para descubrir la que sería su vivienda en los próximos meses.

El aroma a madera recién cortada fluyó por sus fosas nasales, transportándola a su niñez. El interior estaba prácticamente tal como lo recordaba, aunque el viejo sofá había sido substituido por uno nuevo y de los estantes de la cocina colgaban diversos enseres relucientes. El baño había sido reformado y habían decorado la habitación con unos elegantes muebles de madera blanca que parecían antiguos. En los próximos días, buscaría pequeños detalles que añadir a la decoración, que le dieran un toque más personal y femenino, pero debía reconocer que Marc había hecho un buen trabajo.

Siempre había vivido en casas de otros: la de sus padres, el orfanato, la de Samuel....Por primera vez podía decidir lo que necesitaba para convertir aquel sitio en algo suyo, su pequeña parcela. Suya y de nadie más.

CAPITULO 9

Año 1994

Por fin llegó el día de su cumpleaños. Aquel 23 de Junio Clara cumplía 13 años y llevaba dos horas, desde que se había levantado, peleando con el antiguo horno que funcionaba a medio gas, intentando cocinar la receta de su madre.

Isabel se levantó con expresión somnolienta y el pelo alborotado cubriéndole media cara. No la felicitó, pero Clara tampoco lo esperaba. Se acercó al horno con cara de haber bebido demasiado la noche anterior y al oler el asado le dedicó una mueca desagradable.

—¿Al final has hecho la receta? Buf..., necesito tomar algo, o si no, hoy no voy a aguantar hasta la noche. ¿Vas a ir a los fuegos?

La niña asintió en silencio, mientras su hermana abría el cajón de los cubiertos y recuperaba una nueva bolsa de polvo blanco, para luego encerrarse en el baño.

Clara suspiró paciente. Sabía que en pocos minutos Isabel volvería recuperada, maquillada y a punto para salir, así que no se preocupó demasiado. Entreabrió la puerta de la habitación de su padre y comprobó que se encontraba allí. Su cuerpo estaba desparramado sobre la cama, (probablemente tal y como había caído la noche anterior), y su cara, presionada por la almohada, presentaba una mueca extraña, casi obscena. Un incomodo escalofrío recorrió su espalda ante aquella imagen, así que decidió ignorarla y cerró la puerta con sigilo. No quería que nada estropeará su cumpleaños. Esta vez no.

Andy había anulado la clase, pues se encontraba ayudando a preparar los fuegos junto al resto de muchachos del pueblo, así que Clara había quedado con la Señora Nichols y Margarita para comer. Sabía que esta última le había preparado un gran pastel de nata, su preferido; solo esperaba que su "Pollo con dátiles" estuviera a la altura.

Llegó a la Torre cargada con la comida y una gran sonrisa de satisfacción en el rostro. Era el primer año, desde que murió su madre, que sentía ese día como algo especial, que le apetecía celebrarlo de veras.

Antonio la recibió con un gran abrazo y la ayudó a transportarlo todo a la cocina. Al cruzar el comedor observó la mesa perfectamente dispuesta con tres cubiertos; la delicada cristalería conjuntaba a la perfección con los platos de porcelana y un gran ramo de flores repartía su aroma por toda la estancia desde un gran jarrón de cristal tallado.

Los señores Mathew no llegarían hasta la noche, así que disponían de todo el día para relajarse y celebrar el cumpleaños a sus anchas. Disfrutaron de la comida y del pastel; la niña sopló las velas pidiendo un deseo que nunca se atrevió a confesar y, tras los aplausos, Margarita le acercó una gran caja de cartón coronada por un lazo. En su interior encontró una nueva versión de su vestido donde una pieza horizontal demarcaba la zona del pecho y unas estratégicas pinzas lo habían vuelto mucho más estilizado y femenino. La cocinera había forrado el interior con la intención de evitar las antiguas e indiscretas transparencias, lo que hizo sonreír a Clara, que se acercó a ella y la obsequió con un emotivo abrazo.

La Sra. Nichols le regaló una fina pulsera de oro. Parecía antigua y de ella pendían varios objetos relacionados con la hípica: una herradura, el busto de un caballo y un estribo. La mujer le explicó que se la habían regalado cuando ganó su primera competición y que deseaba que ella la llevara con orgullo. Por primera vez le pareció ver en aquellos claros ojos el asomo de una lágrima, que reprimió en segundos al verse descubierta y se alejó de allí con la excusa de ir en busca de algo.

Por la tarde se acercó hasta las cuadras. Tras la muerte de Negro, los Nichols habían adquirido una joven yegua blanca. Antonio le explicó que era una especie árabe famosa por su inteligencia, su carácter fuerte y una resistencia sobresaliente. Desde que había llegado a la Torre del Amo, Clara pasaba largas horas observándola. El mozo inició su sesión de entrenamiento en la pista y la yegua resopló con energía, trotando como si flotara, levantando mucho la cola y obteniendo una esbelta postura. Jamás había visto una elegancia igual en un caballo.

Se apoyó en la valla de metal, disfrutando del espectáculo, y Andrew apareció.

—Creo que hay alguien que me debe un beso...No cada día se celebra un cumpleaños

—¿Cómo lo has sabido?

—Bueno...tengo mis contactos —Su mirada siguió a la de Clara que seguía

embobada admirando el animal —Me la ha regalado mi abuela. Tiene la esperanza de que tus clases den su fruto y algún día consiga ser un buen jinete

—Es preciosa... ¿Tiene nombre?

Andrew contestó satisfecho

—Había pensado que Princesa le quedaría genial... —La niña bajó la vista al sentir sus mejillas sonrosadas y el chico decidió cambiar de tema —¿Iras a los fuegos esta noche?

—Si, nunca me los pierdo. He prometido a Antonio que lo ayudaría con los caballos antes de ir a cambiarme. El ruido de los fuegos artificiales suele ponerlos nerviosos, así que intentaremos encerrarlos en las cuadras y darles algún tranquilizante.

Mientras hablaba, Andrew no dejaba de mirar la fina pulsera que colgaba de su mano. Los pequeños objetos que pendían tintineaban agudamente al gesticular

—Esta pulsera...

—Me la ha regalado tu abuela. ¿A que es preciosa?

—Es curioso...Mi abuela llevó esa pulsera durante años, era como una especie de amuleto para ella. Pero acabo de recordar que hace tiempo que no la usa, la conservaba en una pequeña vitrina en su cómoda, como si la estuviera reservando para algún momento especial. Parece que en realidad esperaba a alguien especial...

—¿Si?, es un honor para mí. Me ha explicado que se la regalaron cuando ganó el primer campeonato de saltos.

—Supongo que fue mi bisabuela. Mi bisabuelo no encajó bien que se aficionara tanto a este deporte, ni que, (según él), desperdiciara toda su juventud compitiendo. El quería tener una perfecta damita en casa, dispuesta a casarse y formar una familia. Por lo que me han explicado tuvieron una pelea tremenda, donde él la amenazó con desheredarla si continuaba con sus deseos. Estuvieron años sin hablarse, pero de pronto, tras el accidente, mi abuela accedió a todos sus deseos sin rechistar... Dudo que su padre le regalara algo así.

La niña acariciaba la pulsera maravillada. ¿Qué secretos escondía aquel trozo de metal? Nunca había pensado que la Señora Nichols hubiera tenido que luchar por sus sueños de aquel modo y eso hizo que apreciara aún más el regalo. Prometió no quitárselo nunca, a partir de ahora sería también su amuleto.

—Por cierto, yo también tengo un regalo para ti...Pero te lo daré más tarde, ¿Qué te parece si damos un paseo por el bosque en un rato? Ahora que ya somos amigos, podrías enseñarme tu escondite secreto.

Clara asintió. Sí, deseaba mostrarle a Andy todos sus secretos, los que podía confesarle y aquellos con los que soñaba y aun no se atrevía a contar. Quería demostrarle que ya no era una niña, quería conseguir que la besara...

—De acuerdo, pero iremos a caballo

—¿A caballo? Una cosa es la pista de entrenamiento, pero el bosque...

—¡Vamos Andy!, iremos los dos sobre "Gitano", te enseñaré como debe guiarse al animal en un espacio abierto, sin la valla que lo retenga.

Antonio los ayudó a ensillar el caballo, aunque sabía que no sería del agrado de la Sra. Nichols. Tras su accidente en el bosque, no permitía que los caballos salieran si no era con alguien verdaderamente experimentado. Pero el mozo vio tal ilusión en los ojos de la niña que no pudo negarle el capricho.

Andrew se sentó tras ella, que mantenía sus manos aferradas a las riendas con seguridad, y se abrazó a su delgada cintura. Un leve cosquilleo se extendió por sus cuerpos al notar el roce de una piel contra otra. Iniciaron la ruta al paso, con suavidad, lo que permitió a Clara explicar con detalle las normas indispensables para dar un paseo en un espacio abierto.

—Debes tirar de las riendas con delicadeza. Muchas veces los caballos no dan lo mejor de sí mismos porque notan que el jinete no busca una sensación placentera, sino que simplemente está siguiendo unas normas. Sin delicadeza, todo lo que hace el caballo es forzado. El debe disfrutar también con el paseo.

Aunque sus consejos le parecieron interesantes, Andrew solo podía mantenerse concentrado en lo que aquella cercanía despertaba en su interior, regañándose a sí mismo por no poder controlar su mente.

—¿Estás segura de que no es peligroso? Mi abuela no deja que nadie vaya al bosque con sus caballos, desde el accidente.

—Andrew, no seas cobarde. No entiendo como tu abuela, una experta en saltos, tuvo aquel accidente

—Por lo que se, se le cruzó un zorro. Supongo que el caballo se asustaría.

—Es muy extraño...Aquí no hay zorros, en Inglaterra quizás, pero te aseguro que llevo años caminando por el bosque y jamás he visto ninguno.

—¿Estás segura? ¿Y qué sentido tiene eso? Mi abuela no es una mentirosa

—No lo sé; todo el mundo dice que tu abuelo era muy estricto, igual tenía una cita con alguien y no deseaba que lo supiera...

—Imposible. En aquella época mi abuela ya estaba casada. Mi madre tendría unos cuatro años..., de hecho, siempre explica que a partir de aquel momento todo cambió. Se volvió egoísta, olvidó por completo a su hija y dedicó todo su tiempo y energía a sus caballos. Nunca más regresó a Londres.

La yegua cruzó el río chapoteando alegremente, hasta llegar a las grandes piedras bajo los álamos, donde desmontaron. Los ojos de Clara se abrieron expectantes, esperando alguna reacción por parte del chico, que no dejaba de mirar curioso a su alrededor

—Es un rincón precioso. Pero...da un poco de miedo. ¿No te sientes sola?

Una sombra de tristeza oscureció la emoción de su mirada durante unos segundos

—¿Sola? Absolutamente. Siempre. Desde que murió mi madre... —Volvió a recuperar un tono alegre —Pero aquí es el único lugar donde la soledad desaparece, donde me siento libre. Aquí nadie me juzga, no importa quién soy. Ven, estírate —Andrew recostó su largo cuerpo junto al de ella —Cierra los ojos. ¿Lo oyes? La naturaleza nos está hablando.

El chico no oía nada, aparte de su mente ordenándole besar aquellos labios, pero se esforzó en poner toda su atención. Cerró los ojos y respiró profundamente. En pocos minutos, distintos sonidos iniciaron una sonata relajante, mezclándose unos con otros en una armonía arrebatadora. El agua fluía alegremente entre las piedras mientras el leve susurro del viento desordenaba la hierba; en la lejanía, el trino de un pájaro les recordaba que no estaban solos. Jamás pensó que se podía disfrutar tanto con algo tan simple.

Su rostro se giró hacia Clara, que mantenía los párpados cerrados y una sonrisa de felicidad absoluta en el rostro. Andrew se acercó levemente hacia ella y posó su boca sobre la suya, dedicándole un suave y tierno beso, que ella recibió con timidez. La joven no se atrevía a abrir los ojos, no quería despertar de aquel sueño

—Clara..., puedes abrirlos. Ese era mi regalo de cumpleaños

—Pues, supongo que debo darte las gracias... —Clara acercó sus labios a los del chico, que susurró sobre los suyos al ver como temblaba

—Eres preciosa...Mi Princesa...

Su mano acarició su mejilla con delicadeza y volvió a rozar los labios de Clara con los suyos. Pero esta vez los de ella lo recibieron sumisos, abriéndose como una flor al presentir la lluvia. Siguieron el ritmo de los suyos

a la perfección, dejando que explorara a su antojo cada rincón de su boca, provocándola con prometedoras caricias llenas de deseo. Clara estaba aterrorizada; no quería hacer el ridículo, y a la vez, no podía dejar de sentir un cúmulo de nuevas y emocionantes sensaciones nublando su mente, arrastrándola a lo más oscuro sin voluntad propia. Tan solo deseaba que aquello no acabara nunca, quedarse entre sus brazos para siempre era todo lo que necesitaba para sobrevivir. Acababa de descubrir lo que era la felicidad.

La mano de Andrew comenzó a introducirse bajo la ropa y el pulso de Clara se aceleró. El chico rozó sus pechos sin dejar de besarla, y un mar de lava comenzó a avanzar por su interior. Clara se olvidó de la naturaleza y sus sonidos, concentrada en su propia respiración jadeante, y se descubrió ansiosa por entregarse a él por completo. De pronto, la imagen de Isabel lo llenó todo, incluso le pareció verla con su sonrisa desafiante y burlona junto a ellos. El instinto avisó a Clara, que supo que debía frenar lo que estaba pasando, por mucho que lo deseara. Ella nunca sería como su hermana.

Sus manos alejaron el cuerpo de Andrew con esfuerzo, que abrió sus ojos ahogados en un mar de deseo, como si lo acabaran de despertar de un trance. Al darse cuenta de la situación la miró avergonzado

—Lo siento Clara...me he dejado llevar. Llevaba tanto tiempo deseando besarte...

—Yo no soy como Isabel. —sentenció con voz amenazadora y ojos brillantes

—¡Lo sé, lo sé! Te juro que no ha sido mi intención... —Su dedo se enredó en uno de los rizos de Clara, mientras afirmaba cabizbajo —Se que eres distinta a ella. Tú eres para mí como la joven princesa del cuento. Cuando sea el momento, cuando estés preparada, volveré a rescatarte.

Ella lo miró sorprendida, (jamás imaginó que un chico como él pudiera hablar de un modo tan ridículo), y una gran carcajada fluyó de manera espontánea entre los dos. Andrew también rió y le guiñó un ojo quitando hierro al asunto

—Ha sonado un poco cursi, lo sé. Pero en poco tiempo me iré a la Universidad, me guste o no. Te prometo que en cuanto pueda volveré a buscarte. Te prometo... Clara, te prometo que no volverás a estar sola nunca más.

Cabalgaron a gran velocidad de vuelta a la Torre, sorteando los obstáculos

del camino con una perfección absoluta. Las ráfagas de viento despejaban el cabello de Clara, enredándolo en el rostro de Andrew, que se enterraba en él deseando impregnarse de su aroma para siempre. Los brazos del chico envolvían su menudo cuerpo por completo, mientras una inapropiada erección lo traicionaba al recordar sus caricias. Durante todo el camino se obligó a mantener la mente en blanco, no podía pensar, sabía que si lo hacía el arrepentimiento lo obligaría a dejarla en paz. Era demasiado joven, no podía darle lo que un chico de su edad necesitaba y no quería hacerle daño. En pocos días volvería a Londres, iría a la Universidad y su vida se llenaría de nuevas experiencias. Aun existían demasiadas cosas por descubrir, aun le quedaba mucho por aprender. Necesitaba tiempo, a pesar de lo que sentía cada vez que ella se encontraba cerca.

En cuanto desmontaron, Clara lo sorprendió estirando de él hacia el interior de las cuadras y regalándole un tímido beso de despedida. La niña sonreía de un modo especial, jamás había visto ese destello en su mirada, esa luminosidad en su rostro...Andrew decidió que aquella misma noche hablaría con ella. Quería explicarle que aunque lo que sentía por ella era algo muy profundo, estaba dispuesto a esperar unos años. Clara podría seguir con su sueño de ser una buena amazona y él buscaría su camino en el cine. Pero no pensaba abandonarla, eso no...Mantendrían el contacto, vendría a verla siempre que pudiera, no la dejaría sola. Eso nunca.

La niña volvió a casa con una gran sonrisa plasmada en el rostro, que no desapareció ni cuando se cruzó con su hermana al llegar a casa. Esta la miró extrañada

—¿Te pasa algo?

—A mí...no. ¿Por?

—Bueno, da igual. Me voy a currar y luego he quedado con Joan

—¿No vas a ver los fuegos?

—¿Los fuegos? .Vaya tontería, tengo cosas mas interesantes que hacer que ver lucecitas de colores en el cielo.

Isabel cerró de un portazo, mientras, a medida que se alejaba de la vivienda, su carcajada iba perdiendo intensidad. Clara pensó que esa noche ella también tendría algo por lo que sonreír: ver los fuegos artificiales abrazada a Andy y pedir su deseo de San Juan. La tradición mandaba que una vez acabados el espectáculo, justo cuando el eco de la traca final resonaba entre las altas montañas que rodeaban el valle, se debía pedir un deseo.

Hacerlo junto a Andy iba a ser la culminación perfecta de su cumpleaños. Sentía que a partir de aquel momento todo iba a ser distinto. Como en el cuento, aquel beso había anulado el hechizo y su manto mágico había desaparecido. Cuando la vieran con Andy, sus vecinos la tendrían en cuenta, incluso la respetarían, y ella volvería a ser normal.

Decidió estrenar su renovado vestido blanco, incluso pensó en maquillarse levemente. No, como su hermana, (que siempre se pasaba), tan solo algo de brillo en los labios y quizás una fina línea sobre los ojos intensificando el color de sus iris

Se subió a una silla para poder ver el efecto del vestido, pues solo había un espejo en el baño y era de medio cuerpo. La desgastada tela seguía sus curvas tímidamente y el pecho quedaba perfectamente recogido sin necesidad de llevar el molesto sujetador. Se peinó su larga melena ondulada, que le caía salvaje por la espalda, (como le gustaba a Andy, pensó) y se puso unos pendientes que habían sido de su madre: dos finos aros de plata, que destacaban intensos sobre su oscura piel. Se calzó unas sandalias que le había regalado la Sra. Nichols con la ropa y que un no había tenido ocasión de estrenar y sonrió satisfecha al ver el resultado final.

Antes de salir, se asomó a la habitación de su padre y, a pesar suyo, comprobó que volvía a estar tirado en la cama. Probablemente había vuelto a beber; últimamente, las borracheras de la noche se acercaban peligrosamente a las de la tarde, fusionándose en un estado etílico permanente.

El cuerpo se encontraba boca abajo en la cama y su brazo se apoyaba sobre la mesita de noche, con la gran manaza aferrada a una botella que aun no había tenido ocasión de vaciar por completo. A pesar de que su instinto la avisó de que se alejara lo antes posible, Clara decidió acercarse y retirar el recipiente medio lleno, dispuesta a requisarlo junto al resto. Al cogerla, la mano siguió cerrada sobre ella con una rigidez impropia de su padre, que solía dormir con los brazos laxos y sin vida. Intentó separarla del cristal de nuevo, cuando un latigazo la sobrevino a modo de aviso: la frialdad irreversible y perenne de la muerte quemó su piel. Giró el pesado cuerpo con esfuerzo hasta tenerlo de frente y se encontró con aquellos pequeños ojos mirándola desorbitados. Ese era el recuerdo que le quedaría de su padre para siempre: murió sintiendo miedo, aunque quizás fue solo el temor a no poder apurar la última gota de alcohol que aun le aguardaba.

Clara puso los dedos sobre su cuello, en busca de latidos. La piel de esa zona también se encontraba helada; numerosos capilares surcaban toda la

superficie, que se encontraba seca y mortecina. Intentó reprimir el rechazo que sintió al rozar aquel pellejo sin vida y, tras suspirar hondo, estiró de la manta y tapó el cadáver por completo.

Se arrodilló junto a él, esperando a que una inmensa tristeza la embargara, pero, por más que lo intentó, esta no llegó. Una gran bola de desesperación fue creciendo desde el interior de sus entrañas, alimentada por la rabia, cebada de desconsuelo, devorando todo lo que encontraba a su paso. Cualquier signo de compasión, cualquier recuerdo de afecto entre ellos, fue desvaneciéndose bajo un sórdido velo de odio que ya nunca conseguiría dejar de sentir al recordar la imagen.

Esperó un buen rato, hasta que las rodillas le dolieron, pero no consiguió derramar ni una lágrima. De modo inconsciente, su cuerpo inició un balanceo tenue: adelante y atrás, atrás y adelante, adelante y atrás... como una muñeca de trapo al antojo de su dueño. Se sentía perdida, traicionada por quien debía haberla protegido, dolida por haber sido abandonada de nuevo. Toda aquella injusticia concentrada sobre su infantil cuerpo hizo que la azotara un agotamiento extremo. Se dejó caer sobre la fría loza que cubría el suelo y pensó en su madre. Quizás lo mejor era dejarse arrastrar por ellos y descansar de una vez. De pronto reaccionó levantándose y revelándose ante aquel pensamiento tan cobarde. Un sonido ronco resonó entre las desnudas paredes, a modo de oración desesperada

—¿Tenías que hacerlo, eh? Al final tenías que fastidiarme el cumpleaños... Al final tenías que hacerlo...Tenías que hacerlo...

Andrew caminó tranquilamente hasta el atajo, aún quedaba más de una hora para el inicio de los fuegos y necesitaba meditar. Quería hablar con Clara sobre lo que había sucedido entre ellos, necesitaba aclarar sus sentimientos. En un mes iba a ser mayor de edad y ella acababa de cumplir trece años..., no tenía ningún sentido. Pero si de algo estaba seguro era de que no quería hierirla. Llevaba rato paseando, fumando un cigarrillo tras otro, pensando en cómo hacerle entender a aquella inocente niña que lo que sentía por ella era tan intenso que le daba verdadero pánico. ¿Cómo se lo tomaría? Era tan joven, tan inocente...

Extrajo el último cigarrillo de la cajetilla, intentando contrarrestar el leve temblor de sus dedos al encenderlo. Se concentró y puso toda su atención en la pequeña llama que tenía frente a él, pero su mente lo traicionó de nuevo.

Acabó rememorando los besos del bosque, el suave tacto de su piel, sus labios...y una rebelde erección volvió a tomar vida propia.

Se introdujo en el atajo y unas risas inconfundibles sonaron al otro lado de los matojos. Atraído por ellas, apartó con esfuerzo los arbustos y accedió, persiguiendo el origen del sonido de una estridente música que se mezclaba con el murmullo de varias voces, hasta que consiguió divisar la furgoneta de Joan en un pequeño claro del bosque.

Isabel se encontraba bailando al son de la música, mientras Joan y Daniel la contemplaban hipnotizados. La chica daba vueltas sin parar, con los ojos cerrados y un vaso en la mano. Sus movimientos eran poco certeros, probablemente a consecuencia del alcohol. Al oír el saludo de Joan, abrió los ojos y se acercó hasta Andrew con sonrisa provocativa. Sus largos dedos acariciaron el rostro del chico sensualmente

—Hola, chico malo. Pareces triste...Tengo algo que lo puede remediar.

Andrew mantuvo su silencio, intentando controlar la presión que sentía en su pantalón, cada vez más acuciante. Isabel le introdujo una pequeña píldora en la boca mientras le ofrecía la bebida de su vaso

—Esto te hará sentir mejor. Vamos a divertirnos.

El joven la siguió hasta una vieja manta dispuesta en el suelo y se sentó junto a Joan. Dani seguía de pie, con el rostro de asombro imperturbable, un fino reguero de saliva caía de su boca hasta la barbilla. Andrew sacudió a Joan, intentando recuperar su atención

—Joan, ¿Que le habéis dado? Dani toma mucha medicación, no puede beber alcohol.

Su amigo continuaba sin hablar, su atención seguía atrapada en los sensuales movimientos de Isabel, como si no existiera nada más. Andrew observó su rostro, que mostraba una mueca absurda de felicidad, así que, resignado, decidió dejarse llevar y disfrutar del momento tal y como lo estaba haciendo él. Durante un rato no quería pensar en nada, en nadie más que en él mismo, así que se dispuso a relajarse y seguir el curso de los acontecimientos. A medida que la mezcla de alcohol y estupefacientes fue haciendo efecto, su mente comenzó a abstraerse y sus ojos, tal y como le sucedía al resto, comenzaron a seguir el cuerpo de la joven y sus movimientos. Isabel abrió los suyos y sonrió burlona

—¿Os gusta, eh? —Entrecerró los párpados y miró a Andrew con un destello casi felino —Esto es una mujer de verdad, no como mi hermanita .Me deseas,

¿verdad?

Al ver como la chica, tras bajarse los tirantes del vestido, mostraba el inicio de unos pechos tentadores, Andrew tan solo pudo asentir en silencio. Isabel, satisfecha, se dirigió a Dani

—Acércate, vamos a jugar a un juego y tú serás el vigilante....Necesito que te quedes en el atajo y que nos avises cuando se acerque alguien. ¿De acuerdo?

Dani asintió, complacido de poder ser útil. Por primera vez los chicos lo habían tratado como uno más, incluso Isabel lo había besado. Un beso húmedo y dulce como la bebida que había probado por primera vez aquella noche. Aunque se sentía algo mareado, sabía que podía conseguirlo. Solamente debía llegar al atajo y quedarse bien quieto, solo quedarse quieto...

Cuando Dani desapareció entre los espesos matojos, Isabel volvió a depositar una pequeña píldora en el interior de la boca de los chicos y los besó a ambos con pasión, forzando su ingesta. El efecto de la primera, junto al alcohol que habían ingerido, les mantenía totalmente entregados a ella, absolutamente desbordados por la sensualidad que emanaba, tan intensa como un volcán en erupción. Deseaban seguir sus instrucciones ciegamente y, de hecho, su mente ya divagaba desde hacía rato imaginándose la desnuda, poseyéndola de todas las formas posibles. Isabel siguió contoneándose mientras se iba desprendiendo del vestido con extrema lentitud, hasta que la última prenda de su ropa interior cayó sobre la tierra húmeda del bosque. La joven mas deseada de la zona se exhibía sin pudor alguno ante los dos amigos retándolos a tomarla, dispuesta a todo. El deseo, alejado de la razón gracias a la mezcla química, se apoderó de aquellos jóvenes cuerpos, arrastrándolos al delirio del placer sin límite alguno.

Clara avanzó frenética por la carretera. Al introducirse en el sendero del atajo divisó una figura en medio del camino. Sintió alivio al descubrir que era Dani, aunque su mirada perdida la hizo vacilar durante unos instantes. Finalmente se acercó a él

—Dani, ¿Dónde está Isabel? ¡Es urgente, necesito hablar con ella!

El chico apretó los labios, negando con la cabeza, aunque su rostro delataba que escondía algún secreto. Clara lo zarandeó, perdiendo el último atisbo de control que le quedaba. Los nervios volvieron a arremeter con violencia

—¡Dani!, ¡Isabel! ¿Dónde está?

Aunque el chico siguió sin hablar, levantó el brazo señalando los arbustos escondidos tras él. La niña pudo divisar un hueco entre las zarzas desde donde se podía acceder al otro lado y, al acercarse, escuchó el sonido de una estridente música

Atravesó el espeso follaje, sin percatarse de que Dani la seguía a pocos pasos. Caminó hasta un pequeño claro del bosque en el que distinguió la silueta de la furgoneta de Joan en la oscuridad. Se percató de algo extraño, parecía una silueta humana moviéndose al ritmo acelerado de las notas de aquella canción de rock.

Dani alumbró la furgoneta con su linterna y junto a ella, sobre una manta cubriendo el suelo, apareció un cuerpo de hombre embistiendo sin piedad la parte trasera de su hermana, que se encontraba apoyada sobre lo que parecía otro cuerpo. Clara no podía creer lo que estaba viendo, había oído hablar a su hermana sobre el sexo de un modo desinhibido, pero jamás imaginó que podía ser algo tan dantesco. Ninguno de ellos se dio cuenta de la luz que los enfocaba, así que, en cuanto despertó del asombro que parecía haberla paralizado, recordó que la había llevado hasta allí: avisar a su hermana de que su padre había muerto. Luego ya intentaría asimilar lo que estaba viendo. Un grito agudo emergió de su garganta, llamando la atención de Isabel, que acabó de besar con pasión al joven estirado en la manta y levantó el rostro con gesto triunfal.

Clara se quedó sin palabras. Bajo ella, totalmente desnudo y absolutamente rendido, reconoció a Andrew. Sus rasgados ojos se abrieron somnolientos, perdidos, chocando frontalmente con la mirada de decepción de la chica. La mirada de desprecio más terrible que alguien le había dirigido jamás.

Clara escapó a toda velocidad. Todo había sido una farsa. Andy solo estaba jugando con ella, quizás con la intención de poder acercarse más a su hermana. Finalmente quería lo que todos los chicos del pueblo: a Isabel. Esta, al ver como su hermana pequeña desaparecía fuera de sí entre la espesura del bosque, ordenó a Daniel que la detuviera

—¡Dani, tienes que cogerla! ¡Si habla con la gente del pueblo nos castigarán y no volverás a verla! Clara te necesita

Clara seguía avanzando sin control entre los árboles. Las lágrimas inundaban su rostro y todo su interior se desmembraba por momentos. Las ramas la rozaban sin consideración, a medida que avanzaba, atravesando su

piel impunemente. Una, más afilada que las demás, se clavó con violencia sobre su pecho, rasgando la parte delantera de su vestido y marcándola para siempre. No sintió el dolor, ni la profundidad de la herida, ni tan siquiera notó el aire frío de la noche acariciando sus pechos libremente, sin la tela filtrando el paso. Solo quería alejarse de allí lo antes posible, dejar atrás la mentira y la traición.

Cuando consiguió alcanzar el atajo, se apoyó en un árbol y descansó unos segundos. Decidió acercarse a la playa e intentar hablar discretamente con alguno de los policías que solían estar vigilando el evento. Presionó la herida del pecho con la tela rota del vestido, (pues no paraba de sangrar), y avanzó a buen ritmo, pero sin demostrar la desesperación que la envolvía.

Había avanzado unos pasos, cuando un cuerpo pesado se abalanzó sobre ella inmovilizándola en el suelo sin posibilidad de escapar. Daniel la miraba con expresión de júbilo, como si estuviera custodiando un gran tesoro. Clara sabía que si era capaz de articular una palabra conseguiría convencerlo, pero el pesado cuerpo de su amigo estaba presionando su pecho, dificultando el paso de aire y provocando un leve mareo que no la dejaba pensar con claridad. Con gran esfuerzo consiguió pronunciar

—Dani...me ahogo...Levanta...

El chico la miró indeciso. Isabel le había dado órdenes estrictas, pero Clara no tenía buen color y su voz sonaba extraña. Decidió levantar lateralmente el tronco superior, dejando que respirara, aunque mantuvo las piernas presionando con fuerza sobre las de Clara. En un descuido, el chico relajó la musculatura y ella rodó hacia un lado, consiguiendo escapar de la opresión. Su ágil cuerpo pudo levantarse con mucha más rapidez que el de Daniel, que aun estaba intentando incorporarse. Se irguió de un salto pero, al avanzar, la gran manaza del chico estiró del deteriorado vestido con brusquedad, arrancándolo de cuajo.

Clara huyó corriendo, el pecho sangrando y totalmente desnudo, pero en aquel momento nada de eso le importaba. Su único objetivo era llegar a la playa y pedir ayuda.

Llegó al río justo cuando el imponente estruendo de la traca final resonaba en la oscuridad del bosque. Cuando se hizo el habitual silencio tras los aplausos, el grito afilado de Clara resonó entre las montañas. Todos los presentes se giraron hacia ella, que se desplomó sobre sus rodillas, totalmente abatida y desconcertada.

Nadie se movió. Nadie avanzó hasta ella y la cubrió. Aquellas frías

miradas y aquellas medias sonrisas parecían sentenciar que finalmente se había hecho justicia y la "niña perdida" había vuelto al único lugar que le pertenecía: el infierno. Una niña pelirroja hizo el gesto de avanzar hacia ella pero sus padres la detuvieron, barrándole el paso.

Bajó la cabeza avergonzada, deseando tener aun su manto mágico imaginario, ansiando ser invisible, sin saber que aquello ya no volvería a ocurrir jamás. Cada minuto en que le negaron la dignidad, cada pérdida a traición, endurecieron un poco más su corazón, que finalmente se cerró como una piña, impermeable y compacta, incapaz de volver a sentir nada. No sintió nada cuando Andy llegó corriendo clamando su nombre, ni cuando Dani apareció llorando con su vestido manchado de sangre entre las manos. No notó la suave tela de una camisa envolviéndola, ni el interrogatorio de la policía, que le preguntaban por su hermana, ni sus propias lágrimas rodando por su piel. Todo quedó congelado bajo el cielo de aquella extraña noche de San Juan. Su corazón fue espaciando los latidos hasta mutar en una masa inerte, seca y agrietada. Muerta en vida, así se sentía. Se juró a si misma que jamás permitiría que aquel trozo de músculo volviera a latir por nadie. La niña invisible se volvió visible, cuando el destino la traicionó de nuevo, robándole lo único que aún conservaba: su inocencia.

CAPITULO 10

Año 2014

Tras una semana en la cabaña, Clara ya sentía aquel lugar como algo suyo. Durante los últimos días, Luisa la había acompañado a varias tiendas de la zona y juntas habían escogido bonitos detalles que habían convertido aquel pequeño rincón en un hogar: su hogar. Poco a poco, los lazos dolorosos del pasado que alguna vez las unieron fueron rompiéndose y las dos mujeres gestaron una nueva relación llena de afecto mutuo, muy parecida a un sentimiento de amistad verdadera. Sus conversaciones solían girar en torno a las recetas que cocinaba Luisa, o sobre el proyecto de las futuras obras del museo. Un pacto implícito las obligaba a evitar cualquier referencia al pasado, excepto aquella tarde, en la que Clara decidió acercarse a la Posada. Tenía la intención de supervisar el trabajo de Carmeta, que llevaba días ordenando cronológicamente las fotografías de su abuelo. La joven la sorprendió con su meticulosidad a la hora de trabajar, inusual para alguien tan joven

—En ese archivador he ordenado todas las fotografías que datan des de los inicios de la Colonia hasta los años Ochenta. En todas ellas mi abuelo escribió la fecha en la parte trasera, incluso en algunas adjunta el nombre de alguno de los personajes que aparecen. —Clara se giró hacia unas cajas que aun se encontraban rebosantes de retratos sin catalogar. La adolescente puso cara de fastidio —Esas no tienen fecha... Lo que he hecho es separarlas en dos cajas, en función de si son retratos de la Colonia propiamente dichos, o si son imágenes familiares. He pensado compararlas con las que tengo fechadas y, así, en función de las ropas y el entorno, podremos deducir a que época pertenecen.

—Veo que eres una auténtica detective. Estoy segura de que conseguiremos situarlas todas y descubrir quienes son los protagonistas. He estado pensando en las fichas de los trabajadores... Probablemente llevaban alguna fotografía adjunta, así que podremos extraer mucha información sobre quien eran y los vínculos entre ellos.

Luisa la miró incómoda

—¿Cuándo vas a ir al archivo?

—No se...pensaba bajar esta tarde. Andy me pidió que lo esperara, pero parece ser que su rodaje se ha alargado y aun tardará unos días en volver... ¿Por qué? ¿Pasa algo?

Carmeta sonrió, mientras gesticulaba con la mano en un ademán de quitarle importancia

—No hagas caso...Mamá aun cree en viejas leyendas. Desde el incendio que hubo hace años nadie quiere bajar allí. Dicen que se oyen voces y hay corrientes de aire extrañas...Ya sabes, murieron el médico de la Colonia y la Madre Superiora; en aquella época ambos residían en el edificio. La gente del pueblo cree que sus fantasmas vagan por ahí protegiendo el archivo.

—No creo en fantasmas —. Al ver la mueca de Luisa dispuesta a replicar, Clara se apresuró en añadir —, pero por si acaso le pediré a Marc que me acompañe. ¿De acuerdo?

Mientras la posadera asentía sin gran convicción, Clara tomó una fotografía que estaba sobre la mesa. Se encontraba algo separada de los pequeños montones que aun estaban por clasificar. En ella se veía a una familia completa: una mujer de cara redonda y mirada severa se encontraba sentada en el centro de la imagen. Junto a ella, varios chiquillos, todos varones, se mantenían erguidos con sonrisa pícara. Tras ellos, un joven alto y de tez morena sonreía a la cámara con gesto chulesco, mientras apoyaba la pierna en un gran pedrisco y se tocaba la gorra con la otra mano a modo de saludo. Algo separada del resto aparecía una chica muy joven, posaba con gesto tímido y hombros alicaídos. Su mirada era la mas triste y vacía que Clara jamás había visto.

—Y aquí los tenemos... ¡Tu familia!

—¿Mi familia?

—¿No te han hablado nunca de ellos? ¡No puedo creerlo! —Luisa le arrebató la imagen —La mujer que está en el centro es la tía de tu madre, y los chiquillos son sus hijos. Mi padre siempre dijo que esta familia tuvo mala suerte. Parece ser que la hermana pequeña desapareció y murió al poco tiempo... —Su dedo señaló al joven de tez oscura —El chico este tan guapo era el otro hermano, fue uno de los trabajadores que murieron en la explosión que hubo en la mina durante los años cincuenta.

Clara observó la fotografía con curiosidad. Su madre jamás le habló de aquella familia, tan solo conocía la historia que su padre había explicado

alguna vez, muy de pasada: su abuela era una chica muy joven que se quedó embarazada antes de hora. Fue repudiada por su familia y abandonó a la niña, con la esperanza de que la cuidaran, mientras ella se marchaba dispuesta a regresar en cuanto pudiera mantenerla. Al ver que no volvía, la tía se quedó con ella y la cuidó como si fuera suya. Por lo que se supo luego, la joven madre murió de difteria antes de poder volver a por ella.

Al oír su versión, Luisa chasqueó la lengua

—Bueno, por lo que mi padre me explicó...tu tía- abuela no era tan buena como quiso aparentar. Dicen que aceptó a la niña porque en aquella época los dedos finos dedos de las trabajadoras femeninas estaban muy bien considerados en la fábrica y el destino había querido que ella solo tuviera descendencia masculina. Mientras su hermana pequeña vivió con ella se aprovechó todo lo que pudo y en cuanto se quedó embarazada, al no poder trabajar en la fábrica, la echó de su casa sin contemplaciones. Aceptó a la pequeña solo para asegurarse el sustento en un futuro, pero en realidad nunca la quiso. Mi padre siempre decía que si “El Gitano” hubiese vivido, todo habría sido diferente...

—¿El Gitano?

—Sí, el chico guapote de la foto. Se ve que le llamaban así por su aspecto, aquí no se aprecia bien, pero su piel era muy oscura y tenía el pelo negro como el carbón. Las ancianas del pueblo aún hablan de sus ojos, una mirada oscura y profunda de color azabache.

Los dedos de Clara acariciaron la superficie rugosa del antiguo papel fotográfico, resiguiendo el contorno del rostro lánguido de la joven cabizbaja de la imagen. Según la historia, aquella podría ser su abuela, que probablemente habría huido sola y asustada al saber que estaba embarazada, y todos la habían ignorado. Aquella pudo ser la primera "niña perdida" de la Colonia...

Un nudo subió por su garganta dispuesto a estrangularla. Sintió una necesidad imperiosa de salir de allí, de respirar aire puro. Recogió su bolso con dedos temblorosos y se acercó a la puerta presurosa, antes de susurrar en un hilo de voz

—¿Puedo quedármela?

Cuando llegó a la Torre, se encontró a Joan dirigiéndose a las cuadras con dos elegantes caballos: uno negro y otro blanco. Se acercó a ellos y reconoció al Pura Sangre que montaba Andrew el día que se encontraron junto al río

—¿Son de Andrew?

Joan sonrió al verla

—Si, como las cuadras no estaban en condiciones le propuse tenerlos en las mías, pero Marc me ha pedido que los traiga de vuelta —Miró hacia la cabaña, que con las macetas repletas de flores que decoraban la ventana y la madera renovada, parecía una casita de cuento —. Veo que ya estás instalada. Ha quedado genial, aunque está pared con pared con las cuadras. Quizás el ruido no te deje dormir...

—No te preocupes por mí, duermo como un tronco y si algo me gusta es sentir a los caballos cerca de mí.

—Sí, Está claro que la Sra. Nichols hizo un buen trabajo contigo, no como con Andy... ¡Menudo patán está hecho!

Los dos rieron de manera espontánea y Clara agradeció que los malos recuerdos del pasado se fueran diluyendo paulatinamente. Esperaba que algún día, por fin, desaparecieran por completo.

En cuanto los caballos estuvieron instalados en su nuevo hogar, Clara se dirigió a la cabaña con la intención de comer algo rápido y descansar un rato. Había decidido acercarse al archivo aquella misma tarde, pero por si acaso, mas tarde pensaba pedirle a Marc que la acompañara.

Al abrir la puerta, un intenso aroma a rosas la invadió por completo. Los jardineros habían plantado un gran rosal en los parterres y esa misma mañana se había dedicado a recolectar unas cuantas y decorar su pequeño salón con un bonito ramo. Se acercó hasta él y aspiró con fuerza, fascinada por su intenso olor. Sonrió, al pensar que aquella sensación era lo mas parecido a la felicidad que siempre había deseado. Aunque llevaba pocos días en su nuevo hogar, no podía dejar de pensar que era absolutamente perfecto; cerró los ojos dispuesta a recrearse unos minutos más de aquel descubrimiento. Al abrirlos de nuevo, divisó algo blanco sobre el suelo de madera: un sobre abandonado a los pies del sofá. Alguien lo habría deslizado por debajo de la puerta y había quedado arrinconado sin ser visto.

Lo recogió con cuidado y observó que no habían escrito ningún nombre en el remitente, así que se decidió a abrirlo. Al desdoblar el papel, una sola frase apareció ante ella:

MARCHATE, LAS NIÑAS PERDIDAS SOLO TIENEN UN FUTURO EN ESTE PUEBLO.

Un clip adjuntaba una imagen en la que se leían los nombres de su hermana y de su madre. Reconoció las letras esculpidas sobre la lápida del cementerio y un escalofrío recorrió su espalda. ¿Y si su madre y su hermana no habían

muerto como ella pensaba? Quizás sus muertes no fueron el desenlace de un cumulo de desgraciadas circunstancias... ¿Y si existía alguien en el pueblo capaz de acumular tanto odio como para desear la muerte a toda su familia? Alguien que con sus amenazas las abocara a aquel triste final...Al fin y al cabo ella era la única superviviente y el desprecio con que siempre la habían tratado sus vecinos escondía algún secreto oscuro, algo que aquella gente no deseaba que saliera a la luz.

Clara arrugó el papel entre sus manos. Sus dedos presionaron con tal fuerza que, en cuanto consiguió reaccionar, los sintió inmensamente doloridos. La única persona que alguna vez le había transmitido un odio tan desproporcionado era la madre de Andrew, pero ni aun así la creía capaz de asesinar a nadie...

Unos nudillos repiquetearon en la madera y la voz alegre de Marc resonó al otro lado. Tras lanzar la bola de papel a la basura, antes de abrir la puerta con una gran sonrisa impostada, determinó que las razones para seguir investigando que sucedió en aquella Colonia en el pasado acababan de tomar mas fuerza. Si algo no pensaba hacer era desistir...

—Clara... —Marc la miró intrigado al ver su rostro, (habitualmente impenetrable), algo confuso —¿Va todo bien?

—Si, claro. Oye, ¿Tienes algo que hacer esta tarde? Quería ir al archivo y he pensado que quizás te gustaría acompañarme.

—A eso venia. El avión de Andrew llegará en un rato al aeropuerto. Tengo que ir a recogerlo a Barcelona, así que no volveré hasta última hora de la tarde.

—Bueno, no te preocupes, ya iré yo sola.

—No. Ese edificio lleva años abandonado y no parece muy seguro... Prométeme que esperaras a que lo revisemos mañana. —Clara arrugó la nariz en señal de disgusto, aunque asintió en silencio —. Venga, cabezona, no te vendrá de un día. Sea lo que sea lo que te espera allí, lleva más de cincuenta años escondido, podrá esperar un poco más

—Vaaaale. Prometido...

—Y ponte guapa, que luego le he encargado una cena especial a Luisa para celebrar que ya tenemos el permiso para el proyecto del museo.

—¿Cenaras con nosotros?

—Señorita Clara Martí... —contestó con ironía —¿No me dirá que le da miedo cenar con el impresionante actor Andy Nichols a solas...?

—Sabes que no es eso..., pero me lo paso mejor si estas tu. El y yo siempre acabamos discutiendo.

—Lo siento, tengo planes. Pero estoy seguro de que lograreis bajar el hacha de guerra y evitar que corra la sangre hasta que yo llegue. Al fin y al cabo..., por lo que he podido observar, sois dos adultos muy acostumbrados a esconder sus verdaderas intenciones.

Clara hizo un mohín al comprobar que al chico no se le escapaba una. Aun así, el buen humor que siempre desprendía Marc consiguió borrar cualquier mal presentimiento que el anónimo hubiera despertado en Clara. Decidió que seguiría con sus planes de bajar al sótano del archivo y demostrarles que estaba perfectamente preparada para la misión que la Sra. Nichols le había encomendado.

Intentó comer algo del almuerzo que Luisa le había obligado a llevarse cuando había ido a la pensión aquella mañana pero, desde la visión de la fotografía, un nudo se había instalado en la boca de su estómago. Se acurrucó en el sofá hecha un ovillo y decidió descansar un rato. Aunque su mente no quisiera aceptarlo, la noticia de la vuelta de Andy la había alterado más de lo deseado, así que se rindió ante la evidencia de que debía recuperar fuerzas para la cena.

Unos fuertes golpes en la madera despertaron a Clara, que se levantó sobresaltada. Había dormido más de lo esperado y, al esconderse el sol, la oscuridad lo había inundado todo, borrando cualquier atisbo de calidez. Un escalofrío erizó el vello de su piel por completo y se cubrió los hombros con la manta a modo de chal, antes de abrir la puerta.

—Buenas tardes señorita. Me habías preocupado, Marc me ha explicado que querías bajar al archivo sin mí y, conociéndote, estaba seguro de que no le habías hecho caso...

—Pues ya ves...al final me he quedado profundamente dormida. ¿Qué tal tu viaje? ¿Ha sido productivo?

El gran cuerpo de Andy se introdujo en el salón sin ningún tipo de miramiento. No podía evitar actuar como lo que siempre había sido: el amo y señor de todo aquello. Se sentó en el sofá, extendiendo los brazos y apoyándolos en el respaldo, y su mirada recorrió toda la estancia con interés

—Quien iba a decir que es la misma cabaña del viejo Antonio...Te ha quedado muy acogedora. Te felicito

—Bueno, Marc ha hecho un gran trabajo. Sin él no hubiera sido lo mismo

—Sí, ya veo que os lleváis de maravilla...

Clara sonrió, al detectar una leve pincelada de celos en el tono irónico de la frase. Era ridículo que uno de los actores más deseados estuviera celoso de un chico que, además, no demostraba ningún interés en ella más que el de una buena amistad que había surgido de manera espontánea entre los dos. Andrew se levantó en dirección a la puerta

—Me voy a descansar un rato. En una hora Luisa traerá la cena y tengo algo para ti

—¿Para mí?

—Si... —Andrew guiñó un ojo sonriente, al comprobar que había recuperado la plena atención de su interlocutora —Tengo algo que hace tiempo que quiero devolverte

Clara se mantuvo en el quicio de la puerta observando su imponente cuerpo alejarse con paso firme. Sus dedos jugueteaban inconscientes con las figurillas de la pulsera, como siempre que algo la inquietaba. No sabía porque, pero el agudo sonido del metal chocando entre sí conseguía tranquilizarla dese niña; la hacía sentir acompañada, como si aquel tintineo escondiera un mensaje de apoyo que solo ella pudiera descifrar.

Llamaría a Samuel, él siempre la serenaba. Lo había intentado por la tarde pero no había obtenido respuesta. Estaba en plena época de exámenes y, habitualmente, durante ese estresante período solía encerrarse en su despacho de la Universidad concentrado en las correcciones, huyendo de posibles distracciones. Habían acordado que, a partir de la semana próxima, cuando finalizaran las evaluaciones, pasarían juntos un par de días en la Colonia.

Tardó más de una hora en escoger la ropa para la cena. No quería dar la sensación de que se había arreglado para Andrew, pero tampoco deseaba parecer demasiado "de estar por casa". Finalmente, se decidió por un vestido de algodón negro de tirantes, que se complementaba con una fina chaqueta de punto. La abotonó justo hasta el inicio de la cicatriz, consciente de que si Andy se fijaba en ella no podrían evitar hablar de su procedencia. Habitualmente, explicaba a los curiosos que había sufrido una operación de corazón a vida o muerte cuando era pequeña, lo que, tras la sorpresa inicial, conseguía que la gente cambiara de tema con rapidez. En el último momento decidió cargar con la gran caja de metal, dispuesta a dejarla en la biblioteca. Aquella estancia tenía algo que le gustaba, el único sitio de aquella gran casa en el que no tenía la impresión de estar fuera de lugar, así que había decidido instalar en ella su cuartel general y trasladar todo el material que había recopilado hasta el

momento.

Entró en el salón y se topó con Marc, que vestía mucho más formal de lo habitual en él. Le recogió la caja de entre las manos con elegancia y le dedicó una de sus radiantes sonrisas

—Preciosa...Si ves que la cosa se complica, solo tienes que llamarme. Voy a cenar con una chica encantadora, pero ya sabes que siempre seré tu fiel guardián. —Izó levemente la caja —¿La dejo en la biblioteca?

Clara asintió, justo cuando Andrew apareció procedente de la cocina

—Marc, pierdes el tiempo. La Señorita Martí sabe cuidar de sí misma y si algo no le gusta es que no le dejen espacio suficiente. Es una mujer solitaria

—Veo que me conoces bien...

Su teléfono vibró; al extraerlo del bolso, comprobó que en la última hora había recibido más de diez llamadas de Samuel y otros tantos mensajes. Suspiró resignada, mientras sus dedos tecleaban una escueta nota asegurándole que no le sucedía nada, pero que en aquel momento no podía hablar con él. Mas tarde volvería a llamarle... Andrew acabó de servir la mesa y la acompañó hasta la silla, cerca de donde él se encontraba. Al sentarse, Clara dejó el teléfono sobre la mesa, que volvió a vibrar varias veces. Se disculpó avergonzada

—Es Samuel...me ha estado llamando y estará preocupado

—Y... ¿Por qué no le llamas?

Clara suspiró

—Samuel es un buen hombre, pero se preocupa demasiado. A veces me desespera...No entiende que necesito mi espacio.

Andrew mantuvo su silencio, mirándola fijamente a los ojos, y ella prácticamente sintió como su corazón se derretía. Con él era imposible utilizar sus tretas habituales, era el único capaz de leer sus pensamientos sin filtro alguno. Intentó cambiar de tema

—Supongo que Marc te ha puesto al día... No hemos avanzado mucho en lo que respecta al personal de la Colonia. Y tú, ¿Qué tal? ¿Has conseguido que tu padre te diera alguna información valiosa?

—Si, me dio tres libros enormes llenos de datos sobre índices de producción, exportaciones, compra-ventas... Hay tanto material que me veo incapaz de sacar algo en claro de todo eso

—Contrastar tantos datos requiere paciencia...Creo que será mejor que nos repartamos el trabajo: Carmeta y yo nos dedicaremos al tema de los datos, y tú y Marc podéis supervisar las obras. Por cierto, el Sr. Recasens me hizo llegar

un plano perfectamente detallado donde se especificaba cómo eran las estancias originales de la Colonia. Con las fotografías de los interiores que tenemos podremos deducir como estaban distribuidas.

—Está bien, pero no cometes la imprudencia de bajar sola al archivo. Precisamente, mañana hemos quedado con un amigo mío que es arquitecto y supervisará los edificios. Antes de empezar a trabajar debemos comprobar que todo sea seguro, hay estancias que no ha pisado nadie durante décadas

Cuando llegaron a los postres, tras una correcta conversación sobre sus respectivos trabajos, Clara probó una cucharada de la *crema catalana* con la que Luisa les había obsequiado. Estaba deliciosa, así que no pudo evitar saborearla con deleite, cerrando los ojos y sumergiéndose en su dulce aroma a canela. Cuando los abrió, se encontró los de Andrew estudiándola con veneración

—A veces, parece que no hayan pasado veinte años...Sigues desprendiendo tanta inocencia, aunque sea solo durante unos segundos —Le guiñó un ojo y sonrió, añadiendo con un sarcasmo muy suyo —Cuando crees que no te observo, claro...

—Eres un engreído, Andy Nichols. Por cierto..., ¿Por qué Nichols? Tu verdadero apellido es Mathew, ¿no?

—Fue una especie de conmemoración a mi abuela. Ella fue la única que confió en mí desde el principio, la única que me animó a seguir con mis sueños. Aunque siempre decía que solo lo hizo para evitar al mundo un pésimo abogado. Ya sabes...nunca hablaba directamente de sus sentimientos, prefería demostrarlos con sus actos.

—Si, supongo que a pesar de todo, su vida no fue exactamente como ella la había imaginado. Pero..., ¿cuándo lo es?

—Bien, y ahora que hemos terminado esta magnífica cena, necesito que me acompañes

—¿A dónde?

A pesar de estar preparada para sus juegos, Clara había vuelto a caer en su trampa, mostrándole sin reparos que su cercanía la estaba incomodando. Andrew tomó su mano recelosa y la obligó a seguirlo

—Tranquila, solo vamos a la cocina. Es el único lugar en el que disponía de una pared totalmente libre de muebles

Clara no entendía nada, pero lo siguió en silencio. Sus dedos entrelazados le provocaron superficiales cosquilleos; una leve percepción que su piel recordó al instante, dándole la bienvenida y haciéndola suya de nuevo.

Una gran caja de madera reposaba sobre la gran isla central de la cocina. Mientras ella se sentaba en uno de los taburetes que la rodeaban, Andrew soltó el cierre y las cuatro paredes se abrieron como una flor.

No podía creer lo que estaba viendo: un proyector, idéntico al que tenía de niña, reposaba reluciente ante ella. No fue capaz de decir nada, a pesar de que su mente llevaba, desde el primer instante, debatiendo como podía haber llegado aquello hasta allí. Ella misma lo había visto despedazado y su hermana le aseguró que lo había tirado a la basura en cuanto ella huyó al bosque.

—Pero...

—Clara... Es tu proyector. Mi abuela lo guardó durante todos estos años.

—¿Tu abuela? No lo entiendo... ¿Cómo llegó hasta aquí?

Una ligera capa de sudor barnizó la espalda de Clara, que la sentía ahora tensa y envarada. La cabeza comenzó a darle vueltas: imágenes de la huida por el bosque, de la mirada de odio de su hermana, se entremezclaban con el gesto de compasión de Andrew. Este la ayudó a sacarse la chaqueta y le trajo un vaso de agua. Antes de continuar, la obligó a recostarse en la silla

—Clara...hay muchas cosas de las que tenemos que hablar... ¿Recuerdas la noche de la tormenta? —Ella asintió en silencio, mientras bebía pequeños sorbos de agua. Un pánico inmenso comenzó a hostigarla —. ¿Recuerdas que Isabel vino a visitarte al día siguiente?

—No vino a visitarme, solo quería asegurarse de que no faltarías a la siguiente cita —La dureza de su voz dijo más que sus propias palabras

—No, Clara. Isabel estaba muy preocupada. Me explicó que había sido ella la que te había golpeado y se mostró muy arrepentida. Estaba desesperada, no paraba de llorar y yo no sabía qué hacer. Traía las piezas de la máquina de cine en una bolsa y me pidió si podía hacerle un favor... — Andrew observaba el rostro de Clara, que seguía negando en silencio. — Alguna vez había explicado a los chicos que mi padre coleccionaba antigüedades, así que ella pensó que si alguien podía conseguir arreglarlo sería él. Eso es lo que fuimos a hacer aquella tarde a Barcelona, por eso no pude quedarme contigo.

—No, no lo entiendo...Si estaba tan arrepentida,.. ¿Por qué no me lo dijo?

—No lo sé. Isabel era tan complicada... Pero lo que si se es que ella te quería, aunque fuera a su modo. Sabía lo que significaba aquella máquina para ti y pensaba regalártela por tu cumpleaños. Yo tuve la fantástica idea de

decirle que te la dejara en tu escondite secreto, hubiera sido toda una sorpresa para ti encontrarla allí... Pero luego, todo se torció... Aquella noche yo...

—No. No quiero hablar de eso. Con una confesión por hoy tengo suficiente.

El aceptó, aunque no pudo evitar acariciar su rostro, recogiendo las lágrimas que, traicioneras, lo bañaban por completo. Luego, buscó su mano y abrió su palma con cuidado. Depositó una bobina de cine y Clara reconoció la película de su madre. Un sollozo ronco surgió de su interior sin previo aviso, seguido de agudos gemidos de angustia. Andrew dejó que se reconciliara con su dolor, mientras recogía la película con cautela, la encajaba en los engranajes y apagaba la luz de la cocina. La imagen sonriente de la madre de Clara se apoderó de la gran superficie de la pared y, tras un leve chasquido, se acercó corriendo.

La vigiló de reojo durante toda la proyección: su rostro pasaba de la felicidad a la tristeza en segundos. No estaba seguro de si mostrárselo había sido una buena idea. Cuando llegaron al punto en el que el material siempre se enganchaba, las imágenes, tras un pequeño salto, continuaron sucediéndose, mostrando a su madre de vuelta al inicio de la playa, reuniéndose con su padre y regalándole un abrazo, al que las dos niñas se unían divertidas. Clara miró a Andrew con verdadero asombro

—¿De dónde has sacado eso?

—Ya te lo he explicado, tu hermana...

—¡No!, ¡no!, ¡no! La película... —Clara negaba con la cabeza una y otra vez desesperada. Las discretas lágrimas del inicio se habían convertido en una cascada imparable —El final... No era así. Se cortaba en el beso.

—No lo se... Está tal y como me la devolvió mi padre. Tu hermana me dio una caja con viejas películas. Quizás el hombre que la arregló encontró el trozo y decidió finalizarla, yo que se...

Clara seguía negando de modo automática. El nudo inicial subía y bajaba por su garganta, que cada vez se encontraba mas seca y dolorida, mientras un torrente de lágrimas seguía dispuesto a abnegar su rostro. Conocía a la perfección cada película que guardaba en la caja y estaba segura de que aquel trozo jamás estuvo en su poder. Volver a ver a su madre después de tantos años, recuperar sus rasgos, su sonrisa; comprobar la mirada de amor que depositaba en su padre y constatar que realmente en algún momento fueron una familia feliz fue demasiado para su cuerpo, que comenzó a temblar sin control

al ritmo de unos intensos espasmos. Andrew se asustó al verla de aquel modo y la retuvo entre sus brazos con fuerza, recriminándose haber vuelto a provocarle dolor, odiándose por cometer de nuevo el mismo error.

La ayudó a estirarse en el antiguo sofá de terciopelo y la tapó con una manta hasta comprobar que, lentamente, recuperaba la normalidad. Esperó durante unos largos minutos en silencio, temeroso de su próxima reacción. Por un instante había vuelto a aquella noche en la cabaña, el momento justo en el que descubrió que se había enamorado de ella. Y ahora, veinte años después, seguía sintiendo lo mismo.

El pecho de Clara se movía al ritmo de la respiración, ahora más sosegada, y sus ojos se mantenían cerrados. Andrew acarició su rostro despacio y, al sentir su contacto, ella lo miró sorprendida. Sus ojos se encontraron, sumergiéndose en los del otro, confesando todo lo que sus labios tenían prohibido desde hacía décadas.

Clara se obligó a apartar la vista. No pensaba consentir que arrastrara su mente justo donde ella llevaba días intentando no caer. Quería evitar tomar cualquier decisión desafortunada, que probablemente la llevaría directa al arrepentimiento, o lo que sería aun peor, a una nueva decepción.

Si algo deseaba Andrew en aquel momento era besarla, abrazarla, pero aun no podía hacerlo. Antes debía aclarar todo lo que llevaba tantos años separándolos, sincerarse de una vez por todas

—Clara...Necesito que me perdones...Nunca he querido hacerte daño, yo...solo intentaba protegerte.

Clara se incorporó de pronto, parecía haber recuperado el control y sus ojos ardían de rabia

—¿Protegerme? Confié en ti y te aprovechaste de mi inocencia. Yo era solo una niña, estaba dispuesta a hacer todo lo que me pidieras. Me prometiste que no estaría sola nunca más, pero tú...Tú me traicionaste, igual que todos. —Las lágrimas comenzaron a pulsar por salir de nuevo y Clara giró el rostro impotente. Los dedos de Andrew acompañaron la barbilla de la joven, obligándola a enfrentarse a él, buscando su mirada, que ahora estaba impregnada de odio

—Clara... ¡Tenía solo diecisiete años! Sabía que si estaba a solas contigo, demasiado cerca...bueno, no quería aprovecharme de ti.

—¡Claro, y por eso montaste una orgía en el bosque con mi hermana!

—Lo siento...No hay día que no me arrepienta de aquella noche. Pero necesito que entiendas que no fue premeditado, solo..., un cúmulo de circunstancias desgraciadas.

Clara lo miró asqueada. El desprecio que manifestaba era desproporcionado

—¿Circunstancias desgraciadas? ¿Cómo puedes ser tan sarcástico?

—Era prácticamente un adulto y acababa de descubrir que me había enamorado de una niña de doce años. Estaba asustado, perdido, pero jamás quise hacerte daño. —El gran cuerpo de Andrew se acercó hasta el de Clara, que se había levantado como un resorte al oír su confesión. Sus brazos la rodearon y ella intentó zafarse, pero él se lo impidió —Llevo enamorado de ti desde que eras una niña. Han pasado veinte largos años en los que me has odiado a muerte. ¿Crees que no he pagado suficiente condena?

Sus labios se posaron sobre los de ella, que se abrieron obedientes, totalmente hipnotizados por los suyos. En tan solo un segundo, ambos volvieron a reencontrar aquel sabor que su inconsciente había custodiado durante tanto tiempo, reconociendo el tacto de aquella suave piel infinidad de veces buscado en otros labios sin éxito.

A pesar de sentir como su corazón explotaba de júbilo, Clara intentó alejarse de él con brusquedad

—Si tanto me querías porque no viniste a buscarme...

—No pude...Mis padres me enviaron a Londres a la mañana siguiente. Piénsalo bien...Yo aparecí medio desnudo persiguiéndote, Daniel llevaba tu vestido ensangrentado en las manos...Todos pensaron que habíamos abusado de ti. Estaba tan avergonzado...Luego, ya fue demasiado tarde. Cuando supe que Isabel había desaparecido y a ti se te habían llevado a un orfanato intenté que mi abuela intercediera, que reclamara tu custodia, pero yo estaba implicado en el caso, así que no pudo ser. Sé que luego, cuando fuiste mayor de edad, ella intentó convencerte para que volvieras. Yo aun tenía esperanzas de que si regresabas podría suplicar tu perdón, pero te negaste en redondo.

—¿Y qué pasó con Joan? El sabía que no me habíais tocado.

—Joan se asustó. Por lo que me explicó, Isabel estaba como loca, solo gritaba que necesitaba alejarse de allí. Parece ser que el camello de tu hermana le pidió que le guardara material en casa. Al oírte que ibas a avisar a la policía sabía que en pocos minutos alguno aparecería por vuestra casa y la

encontraría... Por eso quiso retenerte.

La voz de Andrew susurraba mas que hablaba. Sus brazos seguían rodeando el cuerpo tembloroso de Clara, que mantenía los ojos cerrados y la cabeza apoyada su torso, mientras se dejaba acunar como una niña. El continuó:

—Joan me contó como la obligó a alejarse de allí y esconderse en el sótano de la masía. Su hermana los encubrió y también fue la que le dio la noticia de la muerte de tu padre. Cuando pareció que estaba mas calmada la convencieron para que pasara la noche allí. El se ofreció a acompañarla a casa al día siguiente, cuando la policía y el juez se hubieran marchado. Pero cuando despertó ella se había ido sin despedirse. Nunca más volvió a verla. Lo siento tanto...

El cuerpo de Clara se alejó de él como si ardiera. Su mirada azul se oscureció, fría y vacía de nuevo, mientras sus labios forzaban una de aquellas sonrisas estudiadas, aparentemente tranquilas, pero que no engañaban a Andrew

—En realidad....me hicisteis un favor. ¿Qué vida hubiera tenido aquí? Con un padre alcohólico, una hermana drogadicta y un pueblo que me despreciaba...Mi futuro no eran muy esperanzador, ¿no crees? Todo lo que pasó...ya no importa, porque gracias a aquello pude conocer un mundo mejor, con nuevas posibilidades. Pude tener un futuro y luego..., luego conocí a Samuel. Tengo todo lo que deseo.

—¿Samuel? Cualquiera psiquiatra te diría que has buscado en él el padre que nunca tuviste. Un hombre que te dobla la edad, que te sobre protege...No estás enamorada de él y lo sabes.

—¿Y tú que sabes del amor? Ah, si...Te enamoraste a los diecisiete años y crees que ya eres un experto. El amor puede tener muchas caras y la que me ofrece Samuel es exactamente la que yo necesito. —Recogió su chaqueta y el móvil y se acercó a la puerta —Buenas noches Andy. Esta es la última vez que hablamos sobre el tema. Mañana recogeré el proyector, gracias por conservarlo durante todos estos años.

Cuando se quedó solo se acercó hasta la ventana. Quería constatar que había vuelto a estropear cualquier tipo de entendimiento con ella, que volvía a alejarse sin remedio. Estaba furioso, y lo único que se le ocurrió fue buscar en el antiguo mueble bar de su padre un buen licor. No solía beber, pero aquella

noche necesitaba olvidarse de todo.

Tras una hora de bebida en solitario, apareció Marc por la puerta. Al ver su rostro desencajado, se acercó en silencio hasta él, se sentó en el sillón del abuelo, frente al sofá, y no pudo evitar sermonearlo

—Bebiendo..., no es la mejor manera de recuperar a Clara. Sabes que odia a los alcohólicos.

Andrew se giró hacia él con una mueca extraña en el rostro, que intentaba ser una sonrisa

—Muy hábil....Pero, lo necesito. —Bebió un trago largo del vaso que tenía entre los dedos —Diosos...como lo necesito...

—¿Que ha pasado?

—He vuelto a estropearlo todo. Pensaba que el regalo la haría feliz, pero ha sido un desastre. Me odia. Absoluta y totalmente. Le he confesado que estoy enamorado de ella desde hace veinte años y casi se muere del asco. Nunca he visto una mirada tan llena de desprecio.

Marc sonrió

—Ninguna mujer odia a Andy Nichols. No esperabas que, tras lo sucedido, te confesaras y se rindiera a tus pies, ¿verdad? Hay cosas que requieren tiempo... —Andrew dejó el vaso vacío en el suelo y concentró su atención en Marc —Debes recuperar la confianza que perdiste. Ella no cree en ti, porque tiene miedo de que vuelvas a hacerle daño. Solo tienes que demostrarle que eso no va a suceder, con paciencia, con tacto...

El actor recostó la espalda en el sillón, mientras apoyaba el mentón sobre su mano derecha asombrado

—Y tu... ¿Desde cuándo te has convertido en un experto en el amor?

La carcajada de su primo resonó en la estancia

—Es lo bueno que tiene recoger los deshechos del famoso actor Andy Nichols. Siempre hay alguna chica que necesita consuelo

Sus vivaces ojos le lanzaron un guiño cómplice y, mientras se levantaba dispuesto a retirarse a dormir, la voz de su primo le detuvo

—¡Alto ahí! La conversación aun no ha terminado...Aun tienes que contarme quien es esa chica que últimamente te tiene con esa cara de bobo.

Esta vez el que rió fue Andy, al comprobar cómo el joven, habitualmente tan poco vergonzoso, se sonrojaba.

—Ahora el que necesita una copa soy yo...

Su primo se levantó y se dirigió al mueble bar. El efecto de la bebida anterior había remitido bastante, aun podía tomar una copa mas. Al acercarse a la ventana que daba a las cuadras, un reflejo anaranjado eclipsó su atención. Grandes llamas estaban devastando el establo y amenazaban con arrasar la cabaña en pocos minutos. El vaso cayó de su mano en el instante que una imagen irrumpió en su mente

—Clara...

Marc no se dio cuenta de lo que había pasado hasta que vio a su primo desaparecer por la puerta a toda prisa. Cuando llegó frente a la cabaña, Andy había rescatado a Clara del interior, que yacía semiinconsciente en sus brazos. Al ver que se encontraban a salvo y los caballos en la pista de entrenamiento, llamó a los bomberos y aconsejó a la pareja que entrará en la casa, mientras él tomaba el mando.

Consiguieron extinguir el fuego dos horas después. Aunque solo había que lamentar daños materiales, la visión de la cabaña absolutamente carbonizada produjo en el asistente un sentimiento de gran compasión. Le había cogido un gran cariño a Clara y sabía lo que significaba para ella aquel lugar y como le afectaría su pérdida.

Pero, si tenía que ser sincero, lo que más le inquietaba en aquellos momentos era el informe que desde hacía unos minutos reposaba en sus manos, quemando sus dedos casi tanto como las llamas que lo habían devorado todo. El bombero jefe había dictaminado con una claridad asombrosa que el fuego había sido provocado al explotar una botella repleta de algún tipo de combustible. Había encontrado indicios suficientes para confirmar que se había iniciado en el establo, aunque resultaba extraño que el causante hubiera liberado los caballos antes de encender la llama. Quienquiera que fuese era consciente de que la cabaña ardería al poco rato de iniciarse el fuego. Debía hablar con Andrew y extremar la seguridad: Clara estaba en peligro.

SEGUNDA PARTE

Claire Nichols

(o la verdadera historia de Las niñas Perdidas)

"Cuando mi voz calle con la muerte, mi corazón te seguirá hablando."

Rabindranath Tagore

CAPITULO 11

Año 1952

—¡Madre!, ¡madre!

Claire atravesó corriendo el jardín trasero de la casa, hasta abrazar con ímpetu el desvalido cuerpo de su madre, que se encontraba rodeada de mullidas almohadas en su sillón de cáñamo, junto a una delicada mesa de metal. Desde que le habían diagnosticado una enfermedad pulmonar —dos años antes —había abandonado Londres y se había retirado a su país de origen con la esperanza de que el clima del sur, mucho más seco, consiguiera un milagro.

Llevaba varios meses sin verla pero, como en cada visita anterior, la había encontrado sentada en el jardín —un pequeño trozo de terreno con un césped impecable pero sin ningún tipo de vallado o protección —mirando al horizonte, a los verdes campos que rodeaban la propiedad, con cierta melancolía. Claire se arrodilló junto a ella

—Claire, Claire... —Los agrietados labios besaron su cabello con dulzura y esta los sintió, como siempre, demasiado distantes. —Claire, si te ve tu padre...Una señorita no debe comportarse así.

—Disculpe madre..., pero es que... ¡estoy tan feliz! —Claire cerró los ojos y aspiró el aroma del césped recién segado bajo sus pies —¡No puedo creer que vayamos a quedarnos a vivir aquí! Es todo lo que siempre he soñado: instalarme en la Torre, poder montar a caballo con total libertad y, sobre todo... —hizo una mueca de hastío —, no volver jamás a aquella horrible escuela de señoritas.

—No todo el mundo puede ir a una escuela tan prestigiosa como el St Mary's Ascot. Yo misma hubiera deseado poder tener esa formación.

Al oír el tono de amargura de la respuesta, la joven la miró con lástima. El mayor deseo de su madre, cuando era joven, fue continuar sus estudios y, en lo más hondo de su ser, soñaba con convertirse en una escritora célebre. Le encantaba escribir sobre cualquier cosa y tenía una imaginación desbordante; aun ahora, un pequeño bloc de notas iba con ella a todas partes. Pero la precipitada boda a la que su propio padre la abocó, sin derecho a réplica, dejó todos aquellos estúpidos anhelos sepultados. Claire era consciente de

que si no quería acabar como ella debía luchar por sus deseos, así que intentó convencerla de nuevo. Mientras hablaba, sus dedos acariciaban el desgastado bloc de notas que reposaba sobre la mesita

—Madre...En esa escuela nos han formado, cierto, pero para que podamos mantener conversaciones educadas en las comidas de negocios de nuestros maridos. La mayoría de mis compañeras se casarán en el próximo año con jóvenes ricos e influyentes, y no serán más que eso: unas esposas perfectas. Solo unas pocas irán a la Universidad y no porque el resto no sean capaces de defender sus títulos con su inteligencia.

Su madre alargó el brazo tembloroso hasta alcanzar el perfecto y joven cutis de su hija, dedicándole una leve caricia. El destino había querido que no tuviera más descendencia, lo cual había sido una gran decepción para su marido, que siempre deseó un varón con el que compartir su ambición por los negocios. Claire había heredado el aspecto delicado de su primogénita- piel blanca y pelo fino y dorado- pero, por suerte, su fortaleza y su temperamento eran absolutamente Nichols.

—Hija mía, no olvides que si estamos aquí es porque el médico me ha aconsejado alejarme de la humedad de Londres. Mis pulmones están empeorando... Pero tú...ya tienes 18 años. Aquí no vas a encontrar un buen pretendiente, deberías pensar en tu futuro

—¡Ya lo hago! Entrenaré con perseverancia y seré una gran amazona. Mi profesora de equitación asegura que tengo grandes cualidades, solo debo esforzarme y entrenar a diario. Madre...quiero iniciarme en la competición de saltos. No quiero casarme y ser... —Claire fijó los ojos directamente sobre los de su madre, que siempre le habían parecido excesivamente tristes —tan solo una buena esposa: sin opiniones, sin deseos, sin ilusiones...

—Hija, tu padre jamás lo permitirá. Ya sabes lo que piensa, y aquellas mujeres saltando a lomos de un caballo como si fueran salvajes...

La mujer cerró los ojos, negando con la cabeza en un gesto claro de disgusto. Claire se fijó en los dos grandes surcos negros que pendían bajo sus ojos; en los pómulos, mas marcados de lo habitual, y en la respiración fatigada, que ya no solía abandonarla en ningún instante. Decidió no contradecirla

—Está bien madre, entrenaré aquí en la Torre. Prepararé una pista de entrenamiento y solo tendrán acceso los trabajadores. Nadie sabrá que soy una salvaje.

Su madre sonrió complacida y ella le devolvió la sonrisa satisfecha. Si quería llegar a las competiciones previas a los próximos juegos, tal como le había animado su antigua instructora —la Srta. Gordon—, debía conseguir una pista de entrenamiento decente. Luego intentaría contratarla para que fuera su entrenadora personal... Conseguiría convencer a su padre de un modo u otro.

Tras descansar un rato en su habitación, se vistió con unos pantalones de montar y se acercó a las cuadras. Su caballo "Negro", un joven Pura Sangre que le regalaron al cumplir los 18 años, había llegado con ella desde Inglaterra. Claire quería cerciorarse de que se encontraba bien y se adaptaba con rapidez a su nuevo hogar.

El caballo la recibió acercándose hasta ella y lamiendo su mano. La joven sonrió

—Mi pequeño...Serás un gran caballo de saltos cuando te entrene. Tú y yo, vamos a ser famosos.

El animal se mantuvo inmóvil, recibiendo sus caricias con deleite, incluso parecía entender lo que esta le estaba proponiendo. Manuel, el viejo capataz, observaba la escena y negaba con la cabeza

—Srta. Nichols...Dudo que pueda dominar a este caballo. Aun es un potrillo desbocado y necesita mucha mano dura.

—El y yo nos entendemos. Nunca dejaría que yo sufriera ningún daño. ¿Verdad Negrito?

El animal contestó con un relincho y Claire palmeó su fuerte lomo satisfecha. Manuel le aconsejó que lo dejara descansar unas horas antes de montarlo, pues aun debía recuperarse del largo viaje desde Londres, así que la joven decidió dar un paseo caminando hasta el río para entretenerse.

Atravesó un pequeño sendero que discurría entre los árboles; tan solo una tímida ráfaga de aire se filtraba entre los troncos componiendo singulares sintonías que parecían silbarle al oído. No sintió miedo, pues la soledad era su compañera habitual desde niña. Cuando era pequeña solía pedir en sus oraciones una hermana con quien compartir sus horas de aburrimiento. Con los años, había aprendido a disfrutar de esa soledad, volviéndose incluso necesaria para la placidez de su espíritu. De un tiempo a esta parte, sus amigas habían comenzado a asistir a las distintas fiestas y actos de sociedad de Londres con una pasión desmedida. Claire las rehusaba todas, consciente de que se vería obligada a mantener algún tipo de conversación con las otras jóvenes e incluso a sentir interés por sus aburridas vidas. Esa particularidad

de su carácter le había hecho la vida algo mas complicada en Londres, pero era perfecta en aquel recóndito lugar. Caminó unos metros más en silencio, hasta que creyó oír una voz de mujer. Decidió agacharse entre los matorrales y divisó a una joven pareja retozando junto a la orilla. La chica parecía disfrutar de lo lindo con las caricias que él le regalaba y su boca emitía agudas risitas nerviosas.

De pronto, el chico dio un salto enérgico y se levantó, desnudándose por completo. Aunque desde donde se encontraba sabía que no la podían ver, Claire se escondió con más ahínco, agazapándose tras un gran arbusto. Sus azules ojos se deleitaron maravillados ante el esplendor de aquel cuerpo. Jamás había visto un hombre desnudo, de hecho, lo más cerca que había estado de la piel masculina había sido algún tímido beso de los labios de un vecino que la cortejaba en Londres.

El chico intentaba convencer a la joven para que se desnudara y se bañara con él en el río; plantó su gran cuerpo ante ella sin ningún tipo de pudor y tiró de su mano con delicadeza. Ofrecía la sonrisa más sensual que Claire jamás había visto y aunque era consciente de que no iba dirigida a ella, su intensa mirada le produjo un acaloramiento que fue invadiendo todo su interior.

Tenía un cuerpo delgado pero bien formado, una piel oscura y un rostro que a Claire le pareció perfecto. Estaba claro que era un hombre sin complejos, actuaba de modo despreocupado, tan diferente de los recatados chicos que solían interesarse por ella...

Cuando estaba a punto de dar media vuelta y volver a la Torre, la joven morena se levantó, accediendo a la petición, y los dedos del chico comenzaron a desabotonar su ropa con lujuria. La bata del inconfundible uniforme de la fábrica cayó al suelo y el deseo se apoderó de los oscuros ojos masculinos, que observaban el cuerpo femenino con verdadera fascinación.

Claire no podía apartar la vista de aquel espectáculo, mientras sus pies se negaban a moverse. Estaba tan inmersa, que creyó sentir aquellos rudos dedos desabrochando su ropa; su piel llevaba rato experimentando leves cosquilleos allí donde él rozaba a la chica. No se perdió ni un detalle de aquel insinuante juego y, sorprendentemente para una chica profana en aquellos temas, no se escandalizó: ni cuando ellos unieron sus cuerpos; ni cuando comenzaron aquel sinuoso baile, cuerpo contra cuerpo; ni cuando sus gemidos eran tan intensos que comenzó a sentir el deseo en su propio vientre provocando que su pulso se acelerara sin control.

Cuando los jóvenes dieron por finalizado el juego, se recostaron uno junto

al otro sobre la hierba húmeda. Claire miró sus rostros, que se mostraban totalmente extasiados. El chico apartó el pelo de la joven y su lengua comenzó a lamer la desnuda piel del cuello como si fuera un dulce. Aquello ya fue demasiado para Claire, que se volvió hacia el bosque turbada y comenzó a correr sin mirar atrás. Su corazón latía con tal intensidad, que necesitó parar varias veces para respirar. Aquella mirada oscura la perseguía sin tregua, mientras sentía la piel erizada y extremadamente sensible. Jamás había experimentado nada igual.

Atravesó la puerta de la Torre aun excesivamente acalorada, despeinada y con las mejillas ruborizadas. Estaba deseando llegar su habitación y tomar un refrescante baño; necesitaba alejar aquella sensación tan extraña que parecía haber tomado vida propia.

Cuando consiguió alcanzar el pasamano de caoba de la escalera, una voz grave la sorprendió. Pertenece al Sr. Valls, la mano derecha de su padre

—Srta. Nichols..., parece que haya visto un fantasma. El Sr. Nichols la reclama.

Claire frenó en seco al sentir su mirada inquisidora clavada en la espalda. Habitualmente intentaba evitarlo, pues su presencia le resultaba de lo más molesta. Era el Director de la empresa, solía hacerse cargo de la Colonia en ausencia de su padre y, por lo que había podido oír entre el servicio, sus métodos para conseguir los objetivos de producción no eran los más ortodoxos.

No acababa de gustarle aquel hombre, ni aquella mirada fría que la intimidaba más de lo necesario. Cuando estaba al mando, solía pasearse por la Torre como si le perteneciera, dando órdenes al servicio y haciéndose el importante, y casi pondría la mano en el fuego de que era el principal responsable de los duros castigos que se imponían en la fábrica.

Lo saludó y se disculpó con cortesía, antes de dirigirse a su habitación en el piso superior, justo sobre la biblioteca. Claire ocupaba la estancia principal de la casa, la única que disponía de baño propio. Estaba presidida por una majestuosa cama con dosel, al parecer, la única herencia que dejó su abuela materna. Un femenino papel, repleto de diminutas flores en diversos tonos de rosa, recubría las paredes donde destacaba un gran tocador blanco a juego con la cómoda y el vestidor. En cuanto llegó a la casa y descubrió el gran ventanal que se asomaba al jardín trasero de la casa, decidió que aquel sería su dormitorio. El diminuto rectángulo de césped se unía con un impresionante campo salpicado de flores silvestres, que se extendía hasta la finca contigua.

Estaba deseando llevar allí a “Negro” y verlo trotar en libertad.

En cuanto entró, se deshizo de la ropa sucia de montar y dejó libre su larga cabellera rubia sobre su espalda. Abrió el agua de la bañera, dispuesta a refrescarse y a acicalarse antes de ir a hablar con su padre y, se acercó a la ventana cubierta por una simple toalla, mientras el ruido del agua la iba sosegando.

Su corazón dio un vuelco al encontrarse aquellos oscuros ojos desafiándola desde abajo. Varios hombres, por su aspecto trabajadores de la fábrica, se encontraban apilando pesadas piedras en el jardín. El Sr. Valls estaba con ellos, concentrado en dar órdenes e indicando donde debían dejar el material. Todos lo escuchaban con atención: sus rostros emanaban más miedo que respeto, excepto el de aquel chico. Claire reconoció al joven del río, que seguía mirándola con descaro, y el rubor volvió a apoderarse de su piel. Parecía ser el único que se había percatado de su presencia y, al descubrirla, le guiñó un ojo cómplice sonriente. La joven reaccionó con presteza, alejándose de la ventana totalmente avergonzada. El recuerdo de lo sucedido en el río volvió a perturbarla, así que se metió en el agua fría sin esperar a añadirle la templada.

Decidió olvidarse de aquella sensual mirada, que no le había pertenecido en ningún momento, y ocupó su mente en buscar un vestido adecuado para la cita que la esperaba. Escogió una blusa blanca bajo una discreta rebeca azul y una falda de vuelo tableada por debajo de la rodilla, que se ceñía a su delgada cintura con un gran cinturón, dejándola casi sin respiración. Se recogió el pelo en un moño bajo y dejó unas delicadas ondas enmarcando su blanca tez. Sus amigas solían compararla con Grace Kelly, a la que, además de los rasgos físicos, le unía una delicadeza innata y un porte elegante. Claire prefería los pantalones, pero su padre era bastante anticuado y aun creía que la mujer debía ser recatada y a la vez femenina, así que su atuendo sería del agrado del estricto Sr. Nichols. Se acercó hasta su despacho, en la biblioteca, y encontró la pesada puerta ligeramente entornada. Estaba a punto de abrir, cuando unas acaloradas voces surgieron del interior

—¡Sr Valls, no necesito que me diga cómo hacer mi trabajo! Desde que al rey Jorge decidió renunciar definitivamente a la India, nuestras importaciones se han visto resentidas. Y no hablemos de los trabajadores... En Gran Bretaña creen que son ellos los que toman las decisiones, muchos colegas míos han tenido que dejar el mando de sus fábricas y unirse a ellos en cooperativas. ¿Se

lo imagina? ¿Que pueden saber ellos de negocios?

—Tiene toda la razón Sr. Nichols, yo solo digo que si abortamos el problema desde la raíz..., quizás no tengamos que lamentarlo luego. Ese chico... es un líder nato, si lo convencemos a él, todos los demás irán detrás.

—Déjelo. El Caudillo ya ha anunciado que en unos meses va a eliminar las cartillas de racionamiento. En pocos días, su negocio de estraperlo no tendrá futuro. Con mis contactos, conseguiré que en la tienda de la Colonia siempre haya productos que no puedan encontrar en otros lugares, incluido el tabaco. Y subvencionaremos una parte del coste para que todos los trabajadores puedan optar a ellos. Nadie querrá marcharse de nuestra Colonia, después de eso.

—Pero eso supone un coste extra para la fábrica, y tal y como están las cosas... Si Franco no abre el comercio exterior, estamos muertos. Dicen que está cerca, pero...

—No se preocupe por eso, tengo mis contactos en el nuevo ministerio de Industria. Vigile al muchacho y manténgame informado. Que sus delirios de grandeza no vayan más allá de ser un contrabandista de poca monta.

Claire esperó a que los ánimos se calmaran, antes de llamar a la puerta. Por la conversación, dedujo que las cosas no iban tan bien en la fábrica como ella pensaba, así que tendría que utilizar todas sus armas de seducción para convencer a su padre.

Cuando salió el señor Valls, la joven volvió a repiquetear sus dedos en la madera, a la vez que abría la puerta con recelo. Su padre se encontraba sentado tras su impresionante escritorio de roble, totalmente ensimismado en la lectura de algún documento importante.

Claire tosió tímidamente y avanzó hasta una de las sillas situadas frente a la mesa. Su padre levantó la vista durante un leve instante y le comunicó, con un adusto gesto, que tenía permiso para sentarse.

Durante unos segundos, un silencio incómodo invadió cada rincón de la estancia, creando imaginarias corrientes de aire que parecían bailar alrededor del cuerpo de la joven. Aunque estaba acostumbrada a aquel ritual, y a aquel trato frío y distante, nunca dejaba de sentir un escalofrío en aquel lugar. Las altas paredes estaban recubiertas de una oscura y pesada madera formando largos estantes, donde cientos de libros reposaban en perfecto orden. Las gruesas cortinas de terciopelo verde tapaban cualquier atisbo de luz exterior; su padre prefería trabajar con una pequeña lámpara que emitía un molesto halo amarillento, recreando siniestras sombras que emergían de los rincones y parecían estar observándola.

La entrada a la biblioteca estaba vetada para la mayoría de habitantes de aquella casa, lo que Claire agradecía, pues no deseaba permanecer en aquel lugar tan turbador ni un minuto más de lo necesario. Se removió inquieta en la silla, la voluminosa enagua de su falda no la dejaba sentirse todo lo cómoda que hubiera deseado. La voz de su padre la sobresaltó:

—Hija, como habrás podido observar tenemos a varios hombres de la fábrica trabajando en el jardín. Hasta ahora no lo había creído necesario, pero si vamos a vivir aquí cualquier precaución es poca... —Claire levantó los ojos, que por respeto solía mantener bajos cuando se dirigía a ella. Abrió los labios dispuesta a preguntar, pero su padre se adelantó —Vamos a construir un muro en el jardín. A tu madre le sienta bien salir a respirar el aire del exterior, pero el viento gélido que suele levantarse las tardes de invierno no le conviene. Por otro lado...mantente alejada de los trabajadores de la Colonia. Esos jóvenes no tienen educación alguna, solo les mueve el hambre y la codicia, debemos mantenerlos a raya. Una chica como tú, bonita y heredera de una gran fortuna..., podría atraerles como las polillas a la luz.

En un primer instante, a la joven no le entusiasmó la idea. Miles de preguntas se agolparon en sus labios, que continuaron sellados. Si algo le gustaba de aquel lugar era el sentimiento de libertad que en él se respiraba, que su padre comenzara a erigir muros podría convertir su paraíso particular en una verdadera cárcel. Pero jamás se atrevería a rebatir una decisión como aquella, así que lo único que podía hacer era intentar aprovechar la situación

—Si, padre, como usted mande. —Los labios de la joven se cerraron durante unos segundos de duda. Al ver que no se retiraba, su padre volvió a fijar la vista en ella, expectante —. Entonces..., cuando esté el muro construido..., aprovechando que nadie podrá verme des del exterior... ¿Podré practicar saltos con mi caballo? Sin nadie de mi edad..., ninguna amiga...debo encontrar algo con lo que entretenerme.

El rostro de la joven adquirió una cándida sonrisa, recreando una perfecta imagen de ingenuidad. Su padre siguió fijando sus fríos ojos grises en ella durante un buen rato. Parecía estar debatiendo si aquella opción era la adecuada. Odiaba que montara a caballo como una salvaje, pero era mejor que retenerla en aquella casa sin nada que hacer. Conociendo su carácter rebelde, intentaría explorar los alrededores a la mínima ocasión.

—Está bien, pero solo cuando el muro esté finalizado y nunca saldrás a cabalgar fuera de la propiedad.

—Pero padre...

—¡Es una orden, Claire!

El tono autoritario de la respuesta, unido al gesto instintivo de sus dedos acariciando el antiguo tiralíneas de madera que reposaba sobre la mesa, acabaron de convencer a Claire. Recordaba perfectamente el dolor que podía provocar aquel artilugio si desobedecía las órdenes de su padre, así que asintió en silencio y se despidió con premura.

Mientras se dirigía a la cocina en busca de Jane —la cocinera —y sus deliciosas pastas de té, pensó que la negociación había ido bastante bien. Solo esperaba que el muro no fuera muy alto y poder seguir admirando los prados colindantes y a Negro trotando en ellos. Pero sobretodo deseaba que finalizara pronto y así no tener que cruzarse más con aquellos ojos oscuros que tanto la habían inquietado.

CAPITULO 12

Año 2014

Se despertó algo confusa y con un dolor intenso martilleando su sien. Sus ojos recorrieron la estancia, que reconoció al distinguir la gran foto en la que sujetaba las riendas de “Gitano” y acompañaba a una Sra. Nichols con rostro feliz. Recordaba aquel instante a la perfección, minutos después de haberle regalado la pulsera con los colgantes: su amuleto. Su cabeza buscó la antigua joya y encontró la cabeza de Andrew apoyada sobre sus brazos, dispuestos a modo de almohada sobre la cama, durmiendo plácidamente. La había rescatado de la cabaña en llamas y, por su aspecto, —pelo alborotado y barba incipiente —debía llevar toda la noche en aquel sillón. Clara acercó su mano hasta él y desordenó su pelo con delicadeza, despertándolo y recibiendo una mirada confusa

—¿Estás bien?, ¿Cómo te sientes?

—Sí, quizás algo mareada... —Clara movió manos y pies bajo las sábanas —Creo que estoy entera, por el momento.

Aunque sonrió, él no cambió la expresión de alarma hasta estar seguro de que todo estaba en orden. Aun así, hizo un esfuerzo por quitar hierro al asunto. Levantó los brazos, desperezándose y esbozando una amplia sonrisa

—Buenos días Princesa, parece que estamos predestinados a vernos así. La historia se repite... —Andy guiñó un ojo cómplice al ver como ella se ruborizaba, pues también era lo primero que había pensado al encontrarlo a su lado.

Cuando ella estaba a punto de contestar con una cínica ocurrencia, llamaron a la puerta y entró Marc

—Buenos días Clara... —Su rostro buscó el de su primo al que saludó divertido con un gesto rápido de cabeza —Andy...veo que has dormido bien. Clara, necesito hablar contigo, si te encuentras mejor...

—Estoy bien Marc, solo necesito una ducha y ropa limpia —Clara calló de repente con gesto triste, al recordar todas sus pertenencias convertidas en cenizas.

—Tranquila...Ya he hecho que se encarguen de eso. En una hora tendrás ropa nueva. Por suerte, tu bolso se quedó aquí, así que tus documentos están a

salvo.

—Tengo que llamar a Samuel... —Clara buscó a Andrew, que endureció su mirada al oír sus palabras —Finalmente anoche no le llamé...estará preocupado.

Los músculos faciales de Andrew se tensaron durante unos segundos. Marc conocía bien ese gesto y lo último que deseaba era una nueva discusión con su primo

—Andy... ¿Podrías dejarnos solos?

—¡No creo que tengas que hablar nada con ella que yo no deba saber!

—No, por supuesto...Estás alterado, cansado y excesivamente preocupado. Soy tu jefe de seguridad y, como tal, decido qué y cómo hay que enfocar esto. —El tono de Marc sonó extrañamente serio, por lo que Clara dedujo que la conversación iba a ser mas trascendente de lo que en un principio había esperado.

Andy asintió con gesto derrotado y, desconcertándolos, se levantó, giró sobre sí mismo y se dirigió con paso tranquilo hasta la salida en completo silencio. Cuando se hubo marchado, Clara se dirigió a Marc sonriente

—Te felicito. No imaginaba que alguien pudiera conseguir que Andy Nichols no tuviera la última palabra.

El asistente no cambió el gesto taciturno

—Clara...Andy se ha marchado porque conoce la gravedad del tema que vamos a tratar. Necesito que me contestes algunas preguntas. ¿Viste algo sospechoso antes del incendio? ¿Oíste algo fuera de lo normal ayer por la noche?

—No, no lo sé...Supongo que Andy ya te ha explicado que discutimos. Habitualmente paso por las cuadras antes de ir a la cama, me gusta comprobar que los caballos se encuentran tranquilos. Pero ayer, estaba tan enfadada que entré en la cabaña sin mirar atrás, incluso cerré de un portazo. Luego me di una ducha y me fui a la cama...

—Creemos que el incendio fue provocado y que alguien te drogó. Las cuadras están pared con pared con la cabaña, el incendio se inició allí con un combustible altamente inflamable. Estoy seguro de que en una situación normal hubieras oído la explosión que se produjo, e incluso como esa persona liberó los caballos y les obligó a huir. Andy me ha contado que le costó horrores despertarte...

—No lo entiendo. ¿Por qué soltaría a los caballos? Eso podía delatarlo si yo no hubiera estado tan dormida. Respecto a la droga, yo... —Clara se

revolvió incomoda en la cama, no le gustaba hablar de lo que consideraba su intimidad —, hace años que tengo problemas para dormir y cuando estoy alterada suelo tomarme algún tranquilizante. Nadie me drogó, quizás fue una casualidad que yo estuviera allí, poco rato antes me encontraba en la Torre. Es exagerado que penséis que todo esto es por mí. Los Nichols no han sido precisamente bien considerados en estas tierras...

—Escucha. Hay algo más. Encontramos esto a unos pocos metros de la cabaña. Por lo que me has explicado, si se encontraba pegado a la puerta, el fuerte portazo que diste podría explicar cómo llegó hasta el suelo. —Marc le mostró un trozo de papel oscurecido por el hollín, rasgado por la mitad y con un resto de adhesivo sucio en el borde superior. Clara lo recogió con dedos temblorosos —¿Habías visto algo parecido?

Desdobló el papel con cuidado de no romperlo y unas grandes letras impresas aparecieron

MARCHATE...

—¿Tienes el trozo que falta? ¿Por eso está tan alterado Andy?

—No, solo encontramos esto. Necesito que me ayudes, es importante. Hace unos años una fan de Andy lo estuvo acosando...Acabó agrediendo a una chica que ni siquiera era su novia, simplemente habían salido un par de veces, pero aquella loca la marcó para siempre. La gente llega a hacer cosas terribles en nombre del amor. Intenta recordar, por favor.

Clara suspiró. No creía que el motivo de los anónimos fueran los celos de una fan descerebrada

—Recibí una nota ayer por la mañana. No le di importancia...Pensé que era alguna persona del pueblo que aun vivía en el pasado, ya sabes..., hay quien siempre me verá como una de "las niñas perdidas".

Marc cambió el gesto, que hasta el momento había mantenido sereno. Su mandíbula se tensó durante unos segundos

—¿Qué ponía en la nota?

—En realidad, era una amenaza. Me ordenaba que me marchara si no quería acabar como mi hermana y mi madre. Había dos fotografías adjuntas de las lápidas del cementerio. Quien quiera que fuese me conoce, sabe mi historia, y es algo que no suelo contar ni a mis allegados. De hecho...no he hablado de ello con casi nadie, ni siquiera con Samuel. Por cierto, debería llamarle, pero mi móvil estaba en la cabaña, estará calcinado...

—Ya me he ocupado de eso, vendrá en un rato, pero... ¿Por qué no me lo dijiste?

—Yo...pensé que no era necesario. No quise darle importancia, supongo que quería hacerme la fuerte ante vosotros.

Marc se acercó hasta ella y estrechó sus manos entre las suyas

—Clara, no tienes que demostrarnos nada. Sabemos perfectamente lo fuerte que eres, lo que has sido..., pero esa decisión fue una imprudencia.

La joven asintió en silencio, algo avergonzada, hasta que recordó las últimas palabras de su amigo y la indignación tomó su voz

—¿Has dicho que ya has hablado con Samuel? ¿No crees que deberías haberme consultado antes? .Y por cierto... ¿Cómo has conseguido su número?

Marc se sentó en el sillón. No alteró su gesto de concentración a pesar de que, con cada pregunta, Clara había ido levantando el tono hasta sonar peligrosamente airado.

—Ser el Jefe de Seguridad de Andy Nichols no solo te da derecho a mantenerlo callado —El asistente le guiñó un ojo, que a Clara no le resultó nada gracioso esta vez —Cuando Andy me explicó lo de la herencia, lo de que iba a instalarse aquí, me vi obligado a investigar la gente de la que se iba a rodear, incluida tu.

—Bien..., me investigaste, así que entiendo que no hay secretos entre nosotros, pero Samuel... ¿Que tiene el que ver con todo esto?

—Samuel es tu pareja, tú misma dijiste que pensabas pedirle ayuda para la investigación. No tengo nada contra él, no fue nada personal.

—¿Y ahora qué? ¿También es sospechoso? ¿De quién ha sido la idea, del señorito Andrew?

—Ya te he dicho que esto es cosa mía. Y no, no es sospechoso. Samuel tiene una buena coartada para la pasada noche. Tenía la cena de fin de curso, dos de sus alumnos lo han corroborado.

Ligeros golpes sonaron al otro lado de la madera y una tímida voz pidió permiso para entrar. Marc se removió inquieto en el sillón, lo que no pasó inadvertido a Clara, que no pudo deducir si su reacción era consecuencia de tener que finalizar la trascendente conversación bruscamente o que aquella voz lo había alterado mas de lo habitual. La joven croata que solía trabajar en la posada de camarera, entró con gesto avergonzado, portando una gran bandeja con varias porciones de bizcocho y un chocolate caliente. Luisa se había encargado de que no le faltara un buen desayuno; la mujer era de las que creía que una buena comida podía arreglarlo todo.

Por su aspecto, la chica debía rondar la edad de Clara, aunque su constitución, extremadamente delgada, la hacía parecer mas joven. Marc se

levantó y se la presentó

—Clara, ella es Alka. A partir de hoy será vuestra cocinera y residirá en la Torre con su hijo, Erik.

Clara lo miró sorprendida. Ella jamás había tenido servicio y no creía que se sintiera cómoda a estas alturas

—¿Y eso quien lo ha decidido? —La joven levantó la vista de la bandeja que acababa de depositar sobre la mesita de noche. Al detectar su incomodidad, Clara se dirigió a ella —Alka, perdona, no es por ti. Estoy segura de que eres una buena cocinera, pero...

Marc se giró hacia la sirvienta, que se encontraba totalmente ruborizada, y le pidió con un gesto que se retirara. Una vez solos, volvió a retomar su habitual tono despreocupado

—Escucha...Tú aun estás convaleciente, los chicos y yo vamos a instalarnos aquí hasta que descubramos quien es el autor del incendio y los anónimos. Por otro lado..., Alka necesita este trabajo. Hasta ahora ayudaba a Luisa, pero me ha confesado que en realidad no la necesita, la mantiene por hacerle un favor. Llegó aquí hace muchos años, con un programa para familias que acogían a niños víctimas de la guerra. Volvía cada verano hasta que, una vez adulta, decidió quedarse a vivir. Su vida tampoco ha sido fácil..., no tiene a nadie, solo a su hijo.

Clara sonrió. Con cada palabra de Marc, un interés mas allá del solidario tomaba vida propia, lo que le resultó enternecedor

—Bien..., en ese caso, tómatelo como un favor personal. Y un favor se salda con otro. No quiero que Samuel sepa que el incendio ha sido provocado y, por supuesto, nada de los anónimos. Y por otro lado...mantenlo alejado de Andy mientras esté aquí. Y yo... —sonrió al ver su cara de sorpresa —, te prometo que seré solidaria con tu amiga. Porque solo sois buenos amigos, ¿No?

Marc sonrió satisfecho

—Eso intento, aunque es una mujer complicada, pero... ¿Qué mujer no lo es? —El joven abrió la puerta con intención de irse y Carmeta entró como un rayo con varias prendas de ropa en la mano

—¡Clara! ¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien, tranquila. ¿Y esa ropa?

—Marc me pidió que fuera a comprarte algo pero he pensado que probablemente tenemos la misma talla, así que te he traído mis pantalones y mi camiseta preferidos. No se los dejo a cualquiera, ¿eh?

Clara intentó disimular el asombro ante aquellos pantalones desgastados y rasgados; la camiseta, de un intenso fucsia, estaba cortada y lucía un gran mensaje en la parte delantera donde se leía " Kiss me" y en la que una gran boca abierta mostraba orgullosa un tornillo que atravesaba la lengua a modo de *piercing*. Su mirada horrorizada buscó a Marc, que seguía en la puerta alzando una ceja sonriente, y que aprovechó para añadir:

—Por cierto, acaban de informarme de que Samuel ha llegado ¿Le hago pasar?

Clara cogió la ropa y las zapatillas deportivas que Carmeta le había ofrecido y se levantó de la cama nerviosa

—¡No!, entreténlo. En unos minutos bajo

—Perfecto, avísame cuando estés lista. Por nada del mundo querría perderme la versión adolescente de Clara Martí

Una almohada salió volando hasta la puerta en el preciso instante en que este la cerraba. Clara agradeció a Carmeta la ropa y decidió que aquella misma tarde iría a su piso de Barcelona a buscar algunas cosas.

Cuando estuvo vestida, miró su imagen reflejada en el espejo. La camiseta estaba recortada justo por encima del ombligo y los pantalones presentaban grandes roturas en las rodillas y bajo la nalga derecha. Clara siempre había vestido con discreción, ni en su adolescencia se habría atrevido a llevar algo así... Dudó unos instantes y, finalmente, decidió soltarse el pelo, tragarse la vergüenza y salir al exterior. No era la primera vez que se veía obligada a hacerlo; ya no tenía doce años, ni le importaba demasiado lo que pensara el resto de la gente.

Bajó las escaleras con rapidez y se dirigió a la biblioteca, tal y como le había indicado Marc entre risas. Hasta la tímida Alka reprimió una carcajada al verla, escoltada por los chicos de seguridad. El único con el que no se había cruzado era con Andy, así que dedujo que su primo había cumplido la promesa.

Sonrió con ternura al encontrar a Samuel exactamente tal y como se había imaginado: estudiando con interés los variados títulos de aquella impresionante biblioteca. Para un profesor de literatura como él, aquella estancia era un verdadero paraíso.

A través de la ventana pudo observar a Andy con la vista fija al suelo, fumando un cigarrillo con aspecto nervioso. Se acercó a la ventana y cerró las blancas cortinas de hilo buscando cierta intimidad, mientras se dirigía a Samuel

—Sabía que te encontraría aquí...

Este se giró sorprendido y se acercó corriendo a abrazarla

—¡Clara! ¿Cómo estás? Te llamé cien veces..., tenía un presentimiento, sabía que algo malo iba a suceder.

—Samuel...ha sido un accidente...Estoy bien.

El hombre se separó ligeramente y la estudió con detenimiento. Sus ojos parecían no reconocer a su joven pareja

—No se...estás diferente...Y esa ropa...

Clara emitió una espontánea carcajada. Casi había olvidado su indumentaria e imaginó lo que debía estar pasando por su mente en aquellos momentos

—¡No!, la ropa no es mía. Todas mis cosas estaban en la cabaña y han quedado absolutamente carbonizadas. Esto es...un préstamo.

Samuel suspiró aliviado, cogió la mano de Clara y la obligó a sentarse en el sillón de lectura. Acercó una banqueta y se sentó a su lado

—Tengo buenas noticias. He estado pensando en lo que hemos pasado estos últimos meses, en nuestra relación...y sé que te he presionado demasiado. —Clara quiso intervenir, no deseaba hablar de aquello en ese momento, pero él puso los dedos sobre sus labios —. Shhh, no hables, solo escúchame. Sé que me quieres, pero eres joven e inteligente, necesitas algo más que nuestra relación para ser feliz. Cuando Elisa vivía en Barcelona salíais juntas, os divertíais...Hace tiempo que no oigo tu risa espontánea, que no te veo disfrutar de verdad con algo.

—¿A dónde quieres ir a parar?

Samuel se levantó de pronto con gesto triunfal, levantando los brazos y alzando la voz orgulloso

—¡Te presento al nuevo Decano de la facultad de Literatura!

Clara saltó emocionada, abrazándolo sonriente

—¡Eso es genial! Te felicito, has trabajado mucho para conseguirlo.

El aprovechó que la tenía de nuevo en sus brazos y la besó con pasión. Clara se dejó hacer, intentó corresponderle con todas sus fuerzas, aunque tan solo le sirvió para comprobar que sus besos jamás provocarían en ella lo que había sentido la noche anterior sin tan siquiera desearlo.

—Y eso no es todo...Nos trasladamos a Madrid. El sueldo supera con creces el anterior, así que puedo cuidar de ti sin necesidad de que trabajes. Y allí tienes a Elisa...

Clara se soltó de su abrazo con cara de disgusto. No quería herirle, pues

sabía que todo ese esfuerzo era por ella, por recuperarla, pero por una vez deseaba seguir sus propios deseos

—Samuel... No quiero ir a Madrid, ni a ningún otro lugar. Necesito hacer esto, por mí, por mi familia. Cuando termine este proyecto, quizás, podré venir contigo..., pero ahora no es lo que quiero. ¿Puedes comprenderlo?

En cuanto sus palabras salieron de su boca, un doloroso vacío creció paulatinamente, como una gran mancha de aceite, recubriendo sus cuerdas vocales y evitando que sus palabras fluyeran con facilidad. La culpabilidad presionaba el pecho de Clara, que no podía dejar de repetirse que se estaba volviendo una egoísta, como su madre, como su hermana..., probablemente siempre lo había sido pero no había tenido el valor de aceptarlo. ¿Porque, si no, le estaba haciendo esto a Samuel, al hombre mas bueno que conocía?

Aun así se obligó a seguir en silencio, observó como él endurecía el gesto y se levantaba pesaroso. Imaginó sus almas, separándose a una velocidad inusual, alejándose de sus cuerpos, que aun se mantenían inertes uno frente al otro, y perdiéndose cada uno en un horizonte distinto, volviéndolos unos desconocidos. Los ojos de Samuel se clavaron en ella decepcionados

—Me marchó. Esta misma tarde voy a Madrid y me quedaré un par de semanas. Luego regresaré a buscar mis cosas. Si entonces has cambiado de opinión..., llámame. Yo no voy a pedírtelo mas, Clara.

Aceptó la mirada de desprecio de Samuel y sintió como cada una de sus palabras rasgaba un poco más su corazón maltrecho. Su mente voló hasta la noche del río, cuando ella fue la autora de una mirada idéntica a la que acababa de recibir. Sabía perfectamente que ya no había marcha atrás, que recuperar la unión que hubo entre ellos alguna vez era una tarea difícil, probablemente imposible.

Antes de marcharse, Samuel se acercó a uno de los estantes y extrajo un libro. Se acercó a ella y se lo entregó con mirada suplicante. Era un antiguo ejemplar de un poemario de Pablo Neruda. Clara negó en silencio al reconocer el título, no estaba dispuesta a dejarse manipular de nuevo en nombre del amor.

El apretó los labios y abrió la puerta dispuesto a marcharse, pero antes de irse escupió con odio

—Y vístete de otra manera... ¡Pareces una furcia!

¿A que había venido eso? Jamás, en los ocho años que llevaban juntos, Samuel le había faltado al respeto o le había hablado en ese tono. Si durante la conversación había tenido algún asomo de duda, la dureza de aquellas

palabras la había borrado por completo. No pensaba dar marcha atrás, continuaría con su proyecto del museo y ya vería que hacía con Samuel en un futuro. Probablemente tan solo necesitaba tiempo para asimilar su decisión...

CAPITULO 13

Año 1953

Claire decidió que la inauguración de la Mina de la Colonia Nichols era la ocasión ideal para estrenar aquel vestido de lunares que su madre le había regalado, traído expresamente de Liberty , uno de los mejores almacenes de Londres. Era verano y el día se presentaba caluroso, así que decidió proteger su pálida piel con un bonito sombrero a juego.

Por primera vez se calzó unos zapatos de tacón y hacía tan solo unos días que había decidido recortar su larga melena justo sobre los hombros con unas sugerentes ondas, emulando a la sensual Rita Hayworth en "Gilda". El carmín rojo y el maquillaje le dieron el toque definitivo. Su padre no aprobaría aquel atuendo tan atrevido, pero ya hacía varios meses que prácticamente no se veían. Desde que la salud de su madre había empeorado, su relación se resumía a un distante saludo durante el desayuno, antes de irse a la fábrica o de encerrarse en su despacho durante largas horas. Claire solía ir a desearle los buenos días a su madre y volvía para leerle alguna de sus lecturas preferidas antes de acostarse, comprobando que la fatiga que la iba consumiendo y que la mantenía enclaustrada en su alcoba iba en aumento.

Su monótona vida transcurría entre las cuadras y la pista de entrenamiento. Finalmente, la señorita Gordon no había podido entrenarla, pues sus compromisos —en la escuela, y en las numerosas competiciones en las que participaba —no se lo habían permitido, aunque había prometido acercarse a visitarla en cuanto tuviera tiempo libre e incluso buscarle algún conocido que pudiera asesorarla por la zona. Desde que llegó a La Torre, la única conexión con su antigua vida en Gran Bretaña era a través de sus cartas, donde solía narrarle sus viajes y la animaba a seguir sus pasos. Claire veía en la joven instructora, tan solo cinco años mayor que ella, un ejemplo a seguir. Jamás se había casado y disfrutaba de una libertad que la inocente alumna envidiaba. Con el paso de los meses, las cartas fueron abandonando los formalismos establecidos en una adecuada relación maestra-alumna y ambas fueron exponiendo sus preocupaciones, compartiendo sus sueños sin filtro alguno. La señorita Gordon era la única amiga que Claire tenía.

El nuevo automóvil de la familia —un *Bentley Continental* negro recién

estrenado —esperaba reluciente con el ruidoso motor en marcha frente a las escaleras. Su padre se encontraba en el asiento trasero, repasando el discurso de inauguración de las nuevas instalaciones, lo que permitió a Claire deslizarse a su lado sin tener que soportar la habitual inspección paterna.

En cuanto el chofer recibió la orden, el coche enfiló el largo camino de la entrada, hasta introducirse en la carretera sin asfaltar que llevaba a la mina. Tras un buen rato de incomodo camino, sorteando los numerosos baches y las piedras que se iban desprendiendo a cada momento, adelantaron un viejo carro de caballos cargado con varios muebles atados con cuerdas. El cartero de la Colonia tiraba de las riendas y, junto al rudimentario medio de transporte, una mujer caminaba con gesto triste, completamente vestida de negro y con un bebé atado a su pecho con un pañuelo. Una nube de polvo y suciedad los envolvió al pasar, convirtiéndolos en figuras de arcilla. Claire giró el rostro, al descubrir como la desmesurada aflicción de aquellos ojos se transformaba en odio al reconocer el auto

—Padre... ¿Quién son?

El hombre siguió inalterable con su vista fija en el discurso

—Su marido murió hace unos días y parece ser que ella también está enferma. Nos hemos visto obligados a desalojarla —La joven lo miró horrorizada, olvidando la estricta norma de bajar la vista en su presencia, a lo que su padre rebatió ofendido —Hija, la Colonia Nichols no puede hacer nada en estos casos. Este país lleva años saliendo de una guerra... Los que viven aquí son unos privilegiados ¿Sabes cuanta gente está esperando para ocupar su lugar?

Claire giró el cuerpo hacia la ventana trasera del auto en busca de la mujer, pero las sinuosas curvas del camino se lo impidieron

—Pero...llevaba un recién nacido en los brazos... ¿Cómo va a subsistir a partir de ahora?

Durante unos segundos, su padre fijó sus ojos de acero sobre ella, que mantuvo su mirada desafiándolo unos segundos más, antes de bajarla avergonzada

—Por mucho que te maquilles y te vistas de ese modo, no eres mas que una niña...Mi obligación es cuidar de vosotras, de mi familia, y de los trabajadores que permiten que vistas esa ropa, que comas deliciosas viandas que aquí ni pueden soñar o que te pasees con el coche mas moderno que existe.

—¿Y qué pasa si enferman? —tembló rabiosa

El rostro del hombre comenzó a mostrar conocidos síntomas de ira, antes de gritar

—¡Es solo un maldito contrato! Si no pueden trabajar, el contrato se rescinde al momento y su futuro ya no me pertenece. —Alargó la mano, hasta alcanzar el delicado rostro de su hija, acariciándolo con suavidad. Era la primera vez, que ella recordara, que sus pieles sentían aquel contacto y no le pareció en absoluto agradable. El hombre deslizó la mano hasta posarla sobre las suyas, que se encontraban unidas sobre su falda; por suerte, unos delicados guantes de encaje las protegían. Un leve escalofrío recorrió la espalda de Claire y el hombre, al darse cuenta, sonrió —Eres igual que tu madre, tan dulce...Vuestras ensoñaciones son perfectas para los inocentes cuentos infantiles que ella escribe, pero yo..., yo trabajo en el mundo real. Lucho cada día para que esta empresa siga reportando beneficios, así que no te atrevas a cuestionar mis decisiones. ¿Entendido?

A medida que las palabras de su padre iban subiendo de tono, sus grandes dedos iban aprisionando la delicada mano de Claire, que fijó la vista al suelo soportando el dolor en silencio.

El coche estacionó en el momento justo que una discreta lágrima rodaba por su piel. No se había percatado de que habían ido enfilando una empinada carretera de montaña hasta la entrada a la mina, uno de los proyectos más ambiciosos de su padre y por el que había sacrificado gran parte de la herencia que su madre había aportado al matrimonio.

En cuanto salió del coche, el señor Valls y su hijo —recién nombrado Secretario de la Colonia —vinieron a recibirla y la escoltaron hasta una tarima improvisada. Tras saludar a varios militares —autoridades máximas del gobierno —su padre se acercó al micrófono y comenzó un estudiado discurso sobre las virtudes del trabajo en la fábrica y las oportunidades de la futura Mina. Claire se situó detrás, dispuesta a pasar desapercibida, y el director justo al otro lado, junto al sacerdote de la iglesia de la Colonia y la superiora del convento.

Estudió los rostros de la gente congregada: cansados, resignados. Muchos de los jóvenes, los que tendrían más o menos su edad, escuchaban las palabras de su padre con cierta apatía, a diferencia de las generaciones mayores que no dejaban de asentir con la cabeza. La joven no pudo discernir si ese gesto era fruto de un convencimiento real o de demasiados años de costumbre. El odio de la mirada de la mujer del carro cruzó su mente, envolviendo su alma de nuevo en una tristeza desconocida. Deseó no haber accedido a acompañar a su

padre y así haber evitado formar parte de aquella pantomima.

Una vez escuchado el discurso de todos los presentes, (incluida la bendición del sacerdote), iniciaron una visita oficial al interior de la mina. Claire no deseaba introducirse en aquel agujero frío y oscuro, así que alegó una leve indisposición y esperó fuera a que los invitados realizaran la visita.

En cuanto se quedó sola, un grupo de chicas ataviadas con el uniforme de la fábrica se acercaron a saludarla. La comitiva iba encabezada por una joven morena de pechos exuberantes y mirada desafiante. Claire se ruborizó al reconocer a la chica del río, pero intentó disimular su incomodidad, ofreciendo su mano y saludándola con cortesía.

En pocos segundos, las chicas empezaron a hablar atropelladamente, elogiando su vestido, su sombrero, e incluso pidiéndole el color exacto de la barra de labios que llevaba. La morena, que se había presentado como Mercé, tenía un humor mordaz que conseguía que todas rieran incluso cuando las ridiculizaba, sin por ello sentirse ofendidas. A pesar de que en un principio se sintió fuera de lugar, poco a poco se fue encontrando más a gusto, respondiendo con naturalidad e incluso riendo de sus ocurrencias. Durante aquel rato se sintió como una más, ninguna la trataba con la solemnidad con la que solían dirigirse a su padre, ni con el respeto que le profesaba el servicio. Eso le gustó. Solo una de las chicas mantenía su silencio, con gesto retraído y mirada lánguida. Parecía bastante más joven que el resto y, en cuanto Mercé descubrió a Claire observándola, intervino susurrándole al oído

—Es Isabeleta, de “Cal Gitano”, aunque todo el mundo dice que en realidad es... hija ilegítima del Sr. Valls. Si te fijas, tiene su mismo tono de piel lechoso y no se parece en nada a sus hermanos.

La muchacha desvió la mirada al suelo en cuanto oyó el comentario, al que ya estaba acostumbrada. Al menos la presencia de la Srta. Nichols había obligado a Mercé a apretar los labios y a cambiar la palabra “bastarda” por una menos hiriente.

Claire analizaba al grupo con verdadera curiosidad. Ninguna de sus amigas habría hablado con tal franqueza sobre un tema tan delicado, pero allí parecía que situaciones tan crueles como el hambre que asolaba al país o los abusos que acontecían en la fábrica, eran los temas preferidos del “safareig dels vius i dels morts”, el lugar donde se reunían las mujeres para hacer la colada.

—¿Qué le ha pasado a la mujer que se marchaba con un bebe?

Una de las chicas, una de mirada impertinente y nariz aguileña sonrió,

situándose en el centro del corrillo, deseosa de acaparar la atención de la hija del Amo

—Es mi prima, María... —La joven miró a su alrededor, vigilando al hijo del Sr Valls, que había salido de la Mina y parecía estar buscando a alguien — Su marido murió hace unos meses y desde hace un tiempo ella era... la protegida del Sr. Valls. Pero parece que se ha cansado de sus favores... O quizás la Sra. Valls ha descubierto que otro niño ilegítimo iba a empañar su felicidad y ha tomado cartas en el asunto. En fin..., la han echado de la Colonia

—Pero... ¿Tiene algún sitio donde ir?

—No lo sé. Hasta ahora vivía en un piso de la Colonia con su marido y sus suegros, pero al morir este y perder su trabajo en la fábrica, la han repudiado. ¿Quién quiere una nueva boca que alimentar si encima no es sangre de tu sangre?

—¿Y nadie la ayuda? Tu misma has dicho que es de tu familia...

La joven la miró con desdén, la reacción de la Srta. Nichols no había sido la esperada en una joven de su posición. Titubeó un instante antes de contestar, justo cuando una voz grave sonó tras ellas

—Veo que estáis informando a la Sra. Nichols de los entresijos de la fábrica... —El joven se acercó y recogió su mano a modo de saludo. Un hormigueo subió por su piel al reconocer aquellos ojos —Soy Josep, pero me llaman el “Gitano”. —Besó su mano enguantada —Es un placer... Creo que el hijo del Sr Valls la está buscando...

El joven secretario iba avanzando entre la multitud con gesto contrariado. El gitano tiró de ella con suavidad, a la vez que susurraba en su oído

—Conozco un escondite infalible

La joven lo siguió algo aturdida, sintiendo el calor de su mano a través de la fina tela de su guante y ruborizándose sin remedio. Entraron en una caseta de madera que hacía las veces de oficina, algo alejada de la entrada principal. Al darse cuenta de lo inapropiado de la situación no pudo evitar alterarse

—Gracias, pero creo que debería ir con mi padre. Probablemente me estará buscando.

El joven la miró intensamente, reteniendo su mano entre sus dedos

—Srta. Nichols..., me ha parecido que estaba realmente preocupada por la joven María.

Durante un leve instante, la tristeza de aquella mirada volvió a asaltarla y sus claros ojos se humedecieron de nuevo

—Tenía un aspecto tan triste...y el bebé era muy pequeño...

—Claire, ¿puedo llamarla así? .Esa es la verdadera vida en la Colonia. Usted solo ve lo que le deja el alto muro que hemos construido, su padre se ha encargado de que así sea. Si me deja..., quizás..., pueda mostrarle cual es la cruel realidad. Por lo que se es su única heredera, algún día usted tomará las decisiones o... su marido en su defecto. —El joven acercó su rostro al de Claire y fijó su penetrante mirada en ella, que tembló al sentir su cercanía —.Usted no es como su padre. Lo veo en sus ojos

Claire se enderezó, intentando recuperar algo de su obstinación habitual. Se mostró desafiante

—Ah, ¿sí?... ¿Y que mas puede leer en mis ojos?

El gitano sonrió. Acababa de encontrar lo que andaba buscando desde que aquellos profundos mares lo habían escrutado desde el escenario. Su rostro se acercó un poco más al de la bella joven, hipnotizado por aquella inocencia y curiosidad. Sus alientos se acariciaron en un susurro

—Veo...tenacidad, veo...tristeza, veo...pasión

Con la última palabra, sus labios se posaron sobre los de ella, tan suaves, tan delicados...Por primera vez se sintió torpe ante una mujer y, por primera vez, el arrepentimiento se adelantó a sus acciones, separándose con urgencia y abriendo la puerta dispuesto a dejarla libre.

Ella escapó de sus brazos con rapidez, levantando la mano hacia el secretario, que vino a recogerla en cuanto la vio y la escoltó aliviado hasta el coche. Una vez dentro, su rostro se giró en busca del hombre que acababa de besarla, que continuaba mirándola desde el quicio de la puerta, apoyado con gesto de triunfo, pero sin poder esconder cierta confusión en la mirada.

El camino de vuelta intentó concentrarse en el verde intenso de los prados, en la nitidez del cielo y en la muralla del Pirineo al fondo de la imagen, evitando así, topar con la mirada escrutadora de su padre.

Cuando atravesaron la verja de entrada a la Torre, aun podía sentir el calor del beso en sus labios. Divisó a Manuel acercándose con una premura desconocida en él y rostro afligido. El hombre la miró directamente a los ojos, consiguiendo que una sacudida extraña atravesara su corazón, inmovilizándolo sin consideración alguna. La mirada del mozo acababa de traicionarlo, delatando la profunda tristeza que solo un terrible suceso como el que debía notificar puede desencadenar.

Los funerales se celebraron en Londres, a pesar de que su madre siempre había deseado que la enterraran en su tierra. La flor y nata de Gran Bretaña

acudió al sepelio. Entre ellos, dos de las familias más prestigiosas del país: los Davis y los Taylor. Eran buenos amigos de sus padres, así que se instalaron en su casa durante un tiempo, dispuestos a prestarles su apoyo en aquel trascendente momento. El hijo de los Davis se acercó

—Claire...lo lamento tanto...Tu madre era una buena mujer

Ella levantó la vista, enrojecida por los lloros que la asaltaban cada pocos minutos, y observó al joven, antiguo compañero de juegos de la infancia. Su rostro salpicado de pecas y su pelo pelirrojo mantenían en él un aspecto infantil, que contrarrestaba con su carácter extremadamente serio.

En pocos segundos, la hija de los Taylor se acercó a saludarla también. Cuando James hizo lo propio con ella, no pudo evitar sonrojarse. A nadie pasaba inadvertido que aquella chica, solitaria y enfermiza, hacía tiempo que bebía los vientos por él. Aunque este no se hubiera percatado de ello, pues solo tenía ojos para la indomable y rebelde hija de los Nichols, a la que se había insinuado en varias ocasiones, e incluso besado tímidamente, pero que lo había rechazado cortésmente cada una de las veces.

Esa misma noche, Claire escribiría una de sus cartas semanales a la Srta. Gordon entre lágrimas. Llevaba rato acariciando el pequeño bloc de notas que siempre acompañaba a su madre, como si buscara en aquel contacto algo de su esencia

Apreciada Srta. Gordon

Siento notificarle la triste noticia del fallecimiento de mi madre

Tengo miedo. ¿Qué futuro me espera ahora?

Ella era quien frenaba las ansias de mi padre de verme casada con el hijo de alguno de sus influyentes amigos. También era la única que creía en mis dotes como amazona (...).

(...)En su recuerdo...quisiera pedirle un favor, algo que estoy segura que la hará inmensamente feliz allá donde en Gloria esté.(...).

CAPITULO 14

Año 2014

A medida que el coche se alejaba de la Colonia, una melancolía creciente la iba invadiendo, recuperando la que sintió el día que la trasladaron al orfanato. ¿Cómo ese lugar podía haberla impregnado de aquel modo? Ningún otro sitio tenía la capacidad de transmitirle seguridad y sosiego como aquellos prados.

Estaba intranquila. No esperaba ver a Samuel, pues se había asegurado de que se encontraba en Madrid, pero volver al hogar que habían compartido cuando él no estaba la hacía sentir culpable. Esa cuestión, y el hecho de haber vuelto a encontrar dos ramilletes de violetas recién cortadas en el cementerio, estaban consiguiendo alterar más de lo normal su calmado carácter. ¿Quién podía visitar las tumbas de su madre y de su hermana? .En cuanto volviera al pueblo iniciaría un exhaustivo interrogatorio a toda la gente que las conoció, aunque solo fuera para encontrar a alguien en ese pueblo que las hubiera respetado y, hoy en día, aun las echara de menos.

Barcelona le pareció distinta. En el poco tiempo que llevaba en la Colonia se había acostumbrado al ritmo cadencioso de sus habitantes, a los largos silencios y al aire limpio, de tal modo, que la mezcla de ruidos y velocidad que en la urbe se respiraba la agobió en cuanto bajó del coche. Subió con rapidez las escaleras del inmueble e introdujo la llave en el pomo con urgencia, evitando encontrar la quisquillosa vecina de la puerta de enfrente que a buen seguro la incomodaría con impertinentes preguntas sobre su ausencia en la vivienda.

El apartamento se le apareció frío e impersonal. Dos escritorios presidían la sala de estar, donde todas las paredes se encontraban recubiertas de estantes llenos de libros. Sobre uno de ellos diviso su ordenador y recordó que era una de las cosas que había venido a buscar. Tras la lectura del testamento, se dedicó a coleccionar cualquier noticia sobre la Colonia en la Hemeroteca de la ciudad. Encontró bastante información sobre los negocios del Sr.Nichols, así como de la explosión de la mina y el posterior incendio de los archivos. Todo el material estaba escaneado y archivado en su portátil.

Clara observó cada objeto, cada mueble de aquel lugar, intentando

reconocer algo que le perteneciera, buscando cualquier cosa que la llamara a reconsiderar su decisión. Corroboró que nada de lo que allí había tenía ese poder; todo había sido escogido por Samuel, así como su relación en los últimos años, que había seguido el esquema de vida que él había diseñado sin reconsiderar ninguna de sus decisiones. Pero su perspectiva de aquella vida había comenzado a cambiar ligeramente desde su vuelta a la Colonia. Las circunstancias de peligro que había vivido, así como la posibilidad de que el pasado, (que ella creía el causante de sus pocas pretensiones de ser feliz), pudiera tener una explicación coherente, la estaban volviendo más crítica con ella misma. Su corazón estaba despertando y, lentamente, comenzaba a sentir sus latidos acompañándose tímidamente.

Recogió la ropa que aun llenaba su parte del armario, comprobando que el de Samuel se encontraba prácticamente vacío. Se detuvo unos segundos, observando las fotografías de la pareja que reposaban sobre una moderna cajonera de madera de arce. Todas habían sido tomadas en presentaciones oficiales o en actos institucionales de la Universidad, por lo que una obligada rigidez les daba un cariz ficticio. Ninguna imagen espontánea, ninguna sonrisa robada..., todas perfectamente estudiadas, igual que su relación durante aquellos años. Suspiró resignada, mientras introducía su ropa en una gran bolsa de lona que había comprado varios meses atrás, durante su último viaje juntos. Echó todas sus pertenencias dentro sin ningún orden, amontonando la ropa sin doblar junto a los productos de belleza y varios pares de zapatos. Las palabras de Samuel volvieron para advertirla: <<La ropa jamás debe compartir espacio con los zapatos, y los cosméticos siempre debes introducirlos en una bolsa impermeable. No quiero que mis camisas se impregnen de esos aromas químicos que lo distorsionan todo>>. Sonrió, mientras recordaba cómo había temido equivocarse la primera vez que viajaron juntos, siguiendo, paso a paso, las normas que él le había detallado en una nota con su impoluta caligrafía. Cuando volvió a encaramarse al altillo, en busca de alguna prenda que hubiera escapado a su escrutinio, y reparó en la marca que la suela había dejado sobre la silla, se oyó a si misma decir bajo una cínica sonrisa :<<Si me vieras... te pondrías de los nervios>>. Aunque la altura del armario, que llegaba al techo, no le permitía ver el contenido, su mano repasó toda la superficie de lado a lado, invadiendo la zona de Samuel y topando con un objeto desconocido. Al tirar de él se encontró con una carpeta plastificada con el logo de la Universidad impreso.

En su interior encontró su informe académico, así como diversas

fotografías suyas con rostro adolescente, junto a la carta de concesión de la beca que obtuvo. Recordaba perfectamente la alegría que la inundó cuando la recibió. Si algo anhelaba Clara en los años que pasó en el orfanato, era poder acceder a una carrera universitaria por sus propios méritos. No quería deberle nada a nadie y la beca le permitió demostrarse a sí misma que podía aspirar a salir del agujero de autocompasión en el que había caído desde su marcha de la Colonia.

Se sentó en el borde de la cama y comenzó a estudiar los papeles con curiosidad. Contenía los informes de sus antiguos profesores, elogiando su buena aptitud para el estudio y su actitud responsable. Sus dedos temblaron al reconocer la letra de su estimada profesora Puig en uno de los escritos, alabando sus cualidades con pasión desmedida. Acarició su bonita letra redondeada y su corazón se encogió ligeramente. Quizás debería haber insistido más para que se vieran... Se alegró de tenerlo en sus manos, aunque no recordaba en qué momento había llegado hasta allí, pero agradeció haberlo recuperado. Aquel logro —la beca— era una de las pocas cosas buenas que le habían sucedido en su adolescencia y deseaba custodiar aquellas notas en el lugar que se merecían. Extrajo todo el contenido de la carpeta y una pequeña nota cayó dando tumbos en el aire como una hoja de otoño, hasta depositarse sobre la mullida alfombra de la habitación.

Una sacudida invisible la golpeó, en cuanto vio el inconfundible sello que coronaba la misiva. Era una carta de la Sra. Nichols dirigida a Samuel. En ella se especificaba la conformidad de un pago a la universidad por el primer curso en los estudios de periodismo, así como la autorización para el abono de los siguientes en su cuenta, incluyendo los gastos extraordinarios que pudieran acontecer. El pecho de Clara se aceleró descontrolado. Según aquello, la Sra. Nichols había pagado por completo sus estudios universitarios, así como su manutención durante aquellos años. Pero lo que más la hostigaba era la idea de que ella y Samuel se conocían, que habían tramado juntos todo aquello dejándola al margen. Acababa de comprender porque él jamás le preguntó por su pasado, probablemente lo conocía mejor que ella, quizás más al detalle incluso. De entre sus labios surgió un susurro desesperado, un mantra que no dejaba de martillar su mente de modo incisivo: << No puede ser..., no puede ser..., no puede ser...>>. De nuevo su vida se había basado en un traidor engaño, volvía a ser una frágil marioneta al antojo de los demás. Sintió rabia, impotencia, desesperación. Por mucho que se esforzara, siempre volvía: lo malo, la mentira, el dolor... Un gemido roto escapó de su interior, mientras una

fuerza extraña pareció poseerla, levantándola y llevándola sin rumbo, propinando golpes a todo lo que encontraba. Lanzó las fotografías al suelo, una tras otra. Una vida perfecta y falsa, como todo lo que la rodeaba desde niña, estallando en multitud de trozos esparcidos por toda la estancia: la viva imagen de como se encontraba su corazón en aquel momento.

Metió nerviosa la carpeta con los papeles en la bolsa y se acercó hasta el comedor dispuesta a recoger su ordenador y salir corriendo. No quería permanecer ni un minuto mas allí, necesitaba alejarse de aquel lugar, ahora. Sus manos estiraron del portátil, sin darse cuenta de que el cable estaba embrollado en la pata de la mesa, con tal mala fortuna, que cayó al suelo dando un golpe seco.

Unos puños aporreando la puerta con impaciencia la obligaron a reaccionar. La voz chillona de su vecina preguntaba al otro lado si se encontraba bien, mientras sus manos seguían emitiendo golpes ensordecedores en la madera. Metió el ordenador en la bolsa tal y como estaba, se limpió las lágrimas y salió al rellano cerrando a su espalda con extrema rapidez, evitando que la mujer viera el destrozo del interior. Le explicó pausadamente, intentando transmitir serenidad, que ya no vivía allí y que había venido a recoger sus cosas, mientras esta la observaba con mirada escrutadora y gesto descreído.

Cuando vio el cartel anunciando el pueblo de Berga, respiró aliviada. Disminuyó la velocidad, intentando concentrarse en la carretera y no en las cavilaciones que la estaban atormentando desde su salida del apartamento. En cuanto la verja dorada se cerró a su espalda, suspiró: se encontraba a salvo.

Aparcó de cualquier manera, junto a la fuente, y subió las escaleras de la Torre de dos en dos. Antes de poder llamar al picaporte, Andrew abrió la puerta. Su sonrisa no consiguió cambiar el gesto ceñudo de Clara

—¿Algún día podré llamar a la puerta? Parece que me vigilas... —El actor se apartó, dejándole paso. Su rostro demostraba confusión. ¿Qué había hecho ahora para que ella le hablara así? —Acabo de descubrir que tu abuela me pagó los estudios y Samuel estaba confabulado con ella...

Clara observó recelosa aquellos ojos que tanto conocía, que se desviaron simulando mirar otra cosa, y la ira volvió a invadir su interior, apoderándose de su voz, que subió de tono sin mesura

—¿Tú lo sabías? ¿Y porque no me lo dijiste? ¡Me engañasteis! Debió de ser muy divertido reírse de mí cuando te dije que no quería deberos nada...

Andrew la miró con tristeza

—Clara...

—¡No! —Ella lo apartó con energía, abriéndose paso en dirección a la biblioteca y dejando la carpeta en sus manos de mala gana

Este, impotente, gritó para que le oyera

—¡Te quería!... ¡Mi abuela te quería muchísimo! ¿Tan difícil es de entender que solo deseaba lo mejor para ti?

Clara abrió la puerta de la Biblioteca de un solo golpe, sobresaltando a la última persona que hubiera esperado ver allí. Elisa se levantó del sillón de lectura en el que se encontraba recostada con una gran sonrisa. Sus brazos se abrieron reclamándola y ella se abalanzó sin dudarle

—Cariño... ¿Qué ha pasado? Pensé que te encontraría relajada y feliz, pero ya veo que Samuel tenía razón en preocuparse...

Clara se alejó de ella al oír el nombre

—¿Samuel? ¿Te ha enviado él?

Elisa sonrió

—¿Samuel mandarme algo a mí?, vamos... ¡que lo intente! —Su tono y su gesto ofendido obligaron a Clara a sonreír —Julián ha tenido que irse al extranjero por trabajo y he pensado que era la excusa perfecta para pasarme por aquí a ver como estabas. Pero ya veo que siempre llego en el momento oportuno...

Clara se hundió más en sus brazos, aunque el ya avanzado estado de gestación de su amiga no le permitía rodearla por completo

—¿Te quedarás unos días, no? Por favor... Necesito tanto tener a alguien en quien confiar...

—¡Vale! —Elisa guiñó un ojo divertida —En realidad ya lo tenía decidido. Me quedaré tres días. Creo que tendremos tiempo de ponernos al día. Vamos, explícame que es eso de Samuel...

Andrew se dirigió a la cocina con la intención de hablar con Marc, que desde que Alka trabajaba para ellos, parecía su lugar preferido de la casa. Su primo lo recibió con una sonrisa de satisfacción

—¡Andy! Creo que has conseguido batir el record de "como enfadar a una mujer en menos de cinco segundos"... —Marc miró a Alka, satisfecho de ver como amagaba una tímida sonrisa mientras continuaba con su guiso. —No..., en serio. ¿Qué ha pasado esta vez?

Andrew se subió a uno de los taburetes que rodeaban la isla central y aceptó una cerveza que le ofrecía su primo

—Clara ha descubierto que mi abuela le pagó los estudios. Y... me culpa

por habérselo ocultado

Marc observó el gesto de su primo, su rostro reflejaba preocupación

—¿Y qué? No veo donde está lo malo. Ni entiendo porque te preocupa tanto, ya se le pasará.

—Lo que me preocupa no es eso...Clara ha dado a entender que Samuel también lo sabía y parece que conocía bien a mi abuela. —Dejó la carpeta con las órdenes de pago sobre el gran tablero de madera y su primo la recogió interesado —Quizás su encuentro no fue tan casual como creemos..., ¿y si se acercó a ella porque sabía que podría obtener algo más de su relación? Me extraña que mi abuela jamás me explicara que la pareja de Clara era precisamente su contacto en la Universidad.

—¿Chantaje? No da el perfil, pero lo investigaré. Por cierto, que tal la amiga de Clara..., Elisa, ¿No?

—Lo cierto es que muy bien. Al principio estaba un poco a la defensiva, supongo que lo que había escuchado sobre mí no era muy halagüeño, pero creo que de momento me ha dado una tregua.

Las dos amigas aparecieron en la puerta. Clara le estaba mostrando la Torre a Elisa, explicándole mil recuerdos que la unían a cada uno de los rincones de la casa.

Las dos mujeres salieron al jardín y se sentaron en el balancín. La prominente barriga de Elisa no la dejaba estar del todo cómoda, así que Clara la invitó a recostar su cabeza sobre sus piernas y estirar su cuerpo a lo largo del asiento con los hinchados pies apoyados en una mullida almohada. Elisa sonrió, al distinguir el imponente cuerpo del actor mirándolas a través del cristal

—Nos está vigilando...

—¿Quien?

—Andy...A cualquiera que le diga que Andy Nichols me está observando en esta postura tan poco favorecedora... Me siento como un cerdo antes de la matanza

La carcajada de las dos amigas resonó entre los altos muros de piedra

—¿Que te ha parecido? Andy digo...

Clara agradeció que su amiga no pudiera ver el rubor que acababa de traicionar el tono despreocupado de su pregunta

—¿Andy Nichols?...Solo puedo decirte una cosa...si no lo quieres es que... ¡estás loca! —Elisa se incorporó, mirando a su amiga de frente —Es guapo, inteligente, tierno...Sé que te hizo daño, y probablemente es algo que no

podréis superar tan fácilmente, pero parece dispuesto a hacer lo que sea por ti. Quizás deberías darle una oportunidad, por lo menos como amigo. Sé que estás confusa, a pesar de todo, Samuel es un buen hombre y te quiere.

—Samuel...estoy tan enfadada... ¿Porque me engañó? El sabe perfectamente que odio que me mientan

—No se..., sabes que yo nunca he sido muy partidaria de tu relación con él, pero quizás solo quería protegerte. Y probablemente la Sra. Nichols también. Sinceramente, yo hubiera deseado que alguien se preocupara así por mí.

La imagen del marido de Elisa el día de su boda, mirándola embelesado desde el altar, vino a la mente de Clara. Jamás había sentido envidia por nadie, pero recordaba que en aquel momento deseó que, algún día, alguien pudiera mirarla así

—Pero tú tienes a Julián. Te ama con locura

—Si, es cierto. Pero recuerdo como me sentí cuando conseguiste la beca y te marchaste. Me veía tan poca cosa a tu lado...Tu conseguiste tu sueño y yo me quedé allí, sola y sin saber hacia dónde ir.

La tristeza arremetió de nuevo contra Clara y sus brazos rodearon a su amiga, intentando borrar todos aquellos malos recuerdos, tal como hacían cuando aun eran unas niñas abandonadas y se consolaban una a la otra

—¡No digas eso! Eres la mejor pintora que conozco, tienes un gran talento, y eso es mérito tuyo. Mucho más que estudiar una carrera Universitaria, que tan solo me ha llevado a escribir sobre caballos en una revista de mala muerte.

Andrew seguía observando a las jóvenes a través del gran ventanal. Sus rostros pasaban de la tristeza mas profunda a la felicidad más absoluta en segundos. La camaradería que emanaban superaba cualquier relación común de amistad, demostraba los malos momentos que debían haber vivido juntas, lo que habían tenido que luchar. Marc se acercó por detrás justo en el momento que las dos se abrazaban llorando y a su primo se le humedecían los ojos

—Tranquilo Andy...Son dos supervivientes. A Clara le hará bien estar con Elisa.

El actor asintió en silencio y se acercó hasta Alka, dispuesto a introducir un dedo en la cazuela y probar el guiso. Ni corta ni perezosa la joven apartó su gran cuerpo de un empujón

—¡Ah, no! .Mis guisos no se prueban hasta que estén en la mesa

Este se alejó con gesto resignado y una media sonrisa

—¿Qué les pasa a las mujeres de esta casa? ¿Os habéis confabulado todas contra mí?

Marc añadió con ironía

—Pues aun puede ser peor. Te recuerdo que mañana llega tu madre...

Andrew suspiró. Tener bajo el mismo techo a su madre y a Clara no sería fácil...Decidió ir a hacer compañía a Erik, el hijo de Alka, que por los gritos de emoción que le llegaban, en esos momentos se encontraba jugando a alguno de sus videojuegos en una de las salas de estar. El niño, que tendría unos diez años, se había adaptado con rapidez a su nueva vida y no parecía sentirse incómodo en la gran mansión, como les pasaba a otros. Si, una partida de fútbol contra él sería la mejor terapia para olvidar la última hora.

El alegre carácter de Elisa consiguió que la cena resultara de lo mas entretenida. Cuando finalizaron, Clara la llevó a la Biblioteca, estaba deseando mostrarle su Caja de los Secretos, como Andy la había bautizado.

Elisa admiró las acuarelas del libro de cuentos

—Las ilustraciones son preciosas...Lástima que las últimas páginas hayan sido arrancadas

Los dedos de Clara acariciaron el desgastado cartón

—La edición es del año 1953. Pero tan solo se muestran las iniciales del escritor y del ilustrador. Por lo que parece es el primer ejemplar y me temo que, quizás, el único.

—M.G., no conozco ningún ilustrador español con esas iniciales. Pero lo cierto es que uno de los dibujos me resulta familiar...

Elisa abrió el libro por la mitad, la imagen de una niña de larga cabellera rubia y ojos claros ocupaba prácticamente todo el espacio. Los pies y una de las manos, se encontraban totalmente traslúcidos, mientras una fina lágrima caía sobre la otra mano atravesándola como si fuera acero líquido. La acuarela era de una gran belleza y el rostro de la niña reflejaba a la perfección la tristeza de la Princesa del cuento al descubrir que se estaba volviendo transparente.

Elisa fotografió todas las páginas del libro, así como a la contraportada, donde se encontraban los escasos datos sobre la edición.

—Creo que con esto podré encontrar algo... Ahora que estoy yendo a la Universidad día sí, día también, tengo información privilegiada de este mundillo. Hay verdaderos especialistas que probablemente me podrán echar una mano

Clara la miró orgullosa. Elisa era pintora y había conseguido hacerse un

nombre de modo totalmente autodidacta. En los últimos años, su presencia en la Universidad era requerida con asiduidad, tanto para impartir seminarios como para dar conferencias. Por fin la vida la recompensaba.

Precisamente al día siguiente debía asistir a un seminario en Barcelona, así que tendrían que posponer el paseo por el bosque hasta la tarde. Clara estaba deseando mostrarle su escondite secreto, del que tanto le había hablado en su adolescencia.

Cuando bajó a la biblioteca, Carmeta ya se encontraba allí rodeada de los voluminosos dossieres. Establecieron una hoja de ruta en orden cronológico, desde la fecha de creación de la fábrica hasta su cierre, y así, poco a poco, irían asociando los datos que iban recopilando. De ese modo, conseguirían ir hilvanando la historia de aquella Colonia y de sus habitantes. Al oírla llegar, la joven frunció el ceño

—¿Sabes que las mujeres cobraban casi un 60% menos que los hombres?

Clara sonrió, al ver su gesto indignado

—Creo que ese tema aun no está del todo resuelto...

—Cobraban 4 pesetas por doce horas de trabajo...Y trabajaban siete días a la semana. ¿Cuántos euros equivalen 4 pesetas?

—Mejor no lo calcules..., eran otros tiempos. Muchos de los que estaban aquí se sentían privilegiados de poder tener un trabajo y una vivienda.

—Y los niños cobraban la mitad por hacer el mismo trabajo

—Lo sé, mi madre trabajó en la fábrica desde los catorce años hasta los dieciocho. Siempre nos hablaba de lo duro que era y lo mal que las trataban los encargados. El ruido ensordecedor de los telares las obligaba a comunicarse entre ellas por signos. Habían creado un lenguaje para poder hablar sin que el encargado supiera lo que decían. Recuerdo que nos explicaba que el ambiente, debido a la borra que se creaba, era a veces irrespirable...

—Aquí pone nombres muy raros: Els Telers, les Metxeres, les Contínues, els Manuars, els Ordidors...Creo que primero deberíamos conocer mejor el funcionamiento de la fábrica y para que servían todas esas máquinas. Así entenderemos mejor en qué consistía el trabajo y hasta qué punto era complicado. ¿No crees?

Mientras asentía, (maravillada de lo eficiente que llegaba a ser Carmeta), comenzó a dar golpear su ordenador con impaciencia. Desde la caída que sufrió en casa de Samuel no había conseguido arrancarlo. Su ayudante la miró horrorizada. Como cualquier adolescente, la tecnología formaba parte de ella de un modo casi intrínseco, y ver como lo "maltrataba" de aquel modo la

estaba poniendo de los nervios.

—Si quieres... tengo un amigo que por poco dinero puede extraer toda la información del disco duro... Aunque esté dañado

Clara suspiró resignada y le entregó el aparato

—Toma, a ver qué puede hacer. Encontré mucha información en la hemeroteca y no me gustaría tener que volver. ¡Bastante trabajo tenemos aquí!

Carmeta lo guardó en su bolsa y siguió con su trabajo, escogiendo datos entre las largas listas de los archivadores. Clara tenía poco que hacer allí, así que decidió acercarse al archivo y buscar más información. Andy y Marc estaban reunidos con el arquitecto, así que era el momento idóneo para escabullirse sin tener que oír las advertencias de los dos hombres.

En cuanto llegó al antiguo jardín de la escuela lo atravesó con rapidez, sosteniendo el gran manajo de llaves que le había entregado el abogado. Buscó la que correspondía a la discreta puerta que daba acceso al sótano del convento y la introdujo en la cerradura con los nervios a flor de piel. No sabía por qué, pero estaba convencida que en aquel lugar conseguiría despejar algunas de las incógnitas de su familia.

Al abrir la puerta, varias telarañas acariciaron su pelo, demostrando que llevaba años sin abrirse. Unas estrechas escaleras, con espacio para una sola persona, bajaban hacia la izquierda, sumergiéndose en la más absoluta oscuridad. Clara encendió la linterna que había traído consigo y enfocó al final del recorrido. Descendió lentamente hasta alcanzar el rellano, que se transformaba en un largo y estrecho pasillo que finalizaba en una gran puerta de doble hoja en forma de arco, decorada en la parte superior con un modernista mosaico de cristal. Probablemente en su día fue de diversos colores, pero el polvo acumulado durante décadas había unificado las distintas piezas de cristal en un tono gris y opaco.

Intentó abrirla pero se le resistió. Cuando lo consiguió, una fría corriente de aire la sorprendió. Enfocó la estancia con su linterna, comprobando que en ninguna de las paredes había abertura alguna desde donde pudiera proceder aquella brisa, que seguía acariciando su piel y provocando en ella tenues escalofríos.

Tragó saliva y se armó de valor, a pesar de que el lugar le daba verdadera aprensión. ¿Qué habrían presenciado aquellas paredes? Gracias a una de las noticias que había encontrado en la hemeroteca, sabía que el incendio del archivo se había iniciado en aquella estancia y que se había tomado varias vidas. Al parecer, por algún extraño motivo no consiguieron desencallar la

puerta, atrancada por una madera que se desprendió del antiguo marco. Al cabo de los años la sala fue reconstruida, pero a Clara aun le pareció sentir el olor a hollín y a cenizas introduciéndose en sus fosas nasales a modo de advertencia. Varias voces reclamaron su atención, erizando su piel, parecían estar aullando de dolor en la lejanía, amortiguadas por los gruesos muros de piedra caliza. Intentó convencerse de que todo era fruto de su imaginación y, por una vez, tuvo que reconocer que las advertencias de Andrew de no ir sola, quizás, eran acertadas.

El ruido seco de la puerta de entrada cerrándose la alertó y su cuerpo reaccionó con molestos temblores. Cuando se estaba convenciendo de que aunque no la viera, en algún lugar debía haber una ventana que provocara aquella corriente de aire, la causante del portazo inesperado, el sonido de unos pasos acercándose hicieron que su corazón diera un salto. Clara apagó la linterna y se escondió entre el alto archivador y una columna de piedra recubierta por espesas telas de araña. Se mantuvo en silencio un buen rato, concentrada en los sigilosos pasos, que parecían estar acercándose. La puerta se abrió con brusquedad, chirriando agudamente, y una sombra creció inusitadamente, alargándose hasta tomar forma humana y apoderándose de las paredes de la estancia. Clara podía oír los latidos de su corazón traicionando su mente, que se negaba a creer en fantasmas. No, hasta ese momento.

En un acto totalmente irracional, enfocó a su acompañante misterioso, dispuesta a delatarlo. Pero la sorprendida fue ella, al descubrir verdadero pánico en los infantiles ojos que encontró. El visitante presionó el interruptor y el ruido de incandescencia de los tubos fluorescentes fue seguido por el pausado despliegue de una luz anaranjada y tenue sobre su cabeza

—¡Erik! Me has asustado... ¿Qué haces aquí?

El niño dio media vuelta y se alejó corriendo, y ella salió tras él hasta darle alcance. El pequeño protegió su rostro bajo sus brazos en un gesto instintivo de defensa, lo que no pasó inadvertido a Clara. Alguien había amenazado a aquel niño más de una vez...

La joven rozó su pelo en una leve caricia

—Erik, no voy a hacerte daño —Este apartó los brazos y la miró confuso —¿Qué haces aquí? ¿Es tu escondite secreto?

El niño asintió en silencio, muerto de miedo. Ella siguió acariciando su pelo con dulzura, hasta que se decidió a hablar

—Ellos, a veces me persiguen y se ríen de mí...Aquí nadie me molesta.

Los gritos de varios niños resonaban en el exterior. Clara asoció al

momento aquellas agudas voces con los aullidos de dolor que había creído oír.

—¿Quién son? ¿Niños del pueblo? —Erik asintió. Sus ojos desprendían una tristeza infinita, una que recordó demasiado a Clara como era sentirse rechazada y sola —Tengo una idea... ¿Quieres ser mi ayudante? Tengo que abrir ese archivador y buscar un papel muy importante para mí.

Erik sonrió, satisfecho de poder ser útil, y la siguió hasta el mueble de metal

La luz parpadeaba emitiendo un leve zumbido y Clara sonrió al darse cuenta de lo estúpida que había sido al no activar la llave del interruptor. Bajo el calor de la luz, las siniestras formas que tanto la habían alterado tomaron vida: a su alrededor no habían más que sillas amontonadas y mesas llenas de polvo.

Los cajones del archivador estaban cerrados con llave. Buscó en el gran manojó, pero ninguna respondía a la medida de la pequeña cerradura. Suspiró resignada.

—Bueno..., creo que tendremos que volver otro día con un cerrajero

Erik se acercó a la cerradura y la observó con detenimiento. Le pidió una de las horquillas a Clara y, tras darle forma con los dedos, la introdujo en el agujero. Se oyó un click y el cajón se abrió con facilidad. Clara lo miró impresionada

—Creía que esto solo pasaba en las películas... ¿Quién te ha enseñado a hacerlo?

El niño bajó la vista avergonzado y mantuvo de nuevo su silencio. Su infantil cuerpo emanaba una gran tensión, así que decidió restarle importancia

—Está bien...será nuestro secreto. Si no le explicas a nadie que he estado aquí, yo no le contaré a tu madre a que dedicas el tiempo libre. ¿De acuerdo?

Durante un buen rato estuvo buscando entre los numerosos archivos el nombre de su madre. Alguien había amontonado las fichas de los trabajadores de mala manera, así que buscar alguno en concreto sería como encontrar una aguja en un pajar.

Decidió volver más tarde con los chicos de Marc, les pediría que trasladaran el voluminoso archivador a la Biblioteca. Así podría dedicar el tiempo necesario a reorganizarlo y estudiar los informes con detalle.

Al salir al exterior, varios niños seguían esperando a Erik. Sus miradas de aburrimiento se iluminaron al verlo llegar, y uno de ellos alzó la voz en tono burlón

—¡Erik! Creo que te has dejado esto... —Su mano alzó dos pequeños

ramos de flores, zarandeándolos hasta que varias de ellas empezaron a desprenderse —¡Al pequeño Erik le gustan las flores!

Todos los niños rieron al ver la cara avergonzada del chico, coreando al unísono

—¡Al pequeño Erik le gustan las flores!, ¡Al pequeño Erik le gustan las flores!

Rodearon a Erik, que llevaba rato apretando los puños y fijando la vista al suelo. Clara, tras el estupor inicial al ver los ramos, comprendió que el niño estaba reprimiendo su ira debido a su presencia. Probablemente, si ella no hubiera estado, aquella burla hubiera acabado en pelea. Pelea de la que no hubiera salido muy bien parado...

—¡Basta! —Arrebató lo que quedaba de las flores de la mano del niño impertinente —Los ramos son míos. Así que voy a tener que ir a hablar con vuestros padres y a explicarles lo que habéis hecho

Los niños, tras una mirada de complicidad entre ellos, escaparon corriendo hacia la carretera. Clara miró a Erik, que seguía con la cabeza baja y ojos entrecerrados por la rabia

—¿Para quién son estas flores? —El niño encogió los hombros nervioso —¿Las llevas al cementerio?

Asintió en silencio. Clara estaba a punto de perder los nervios pero, si quería conseguir la información que buscaba, no tenía más remedio que ganarse su confianza, así que intentó mantener la calma

—Eres mi cómplice... ¿recuerdas? .Yo no digo nada de lo que me explicas y tu mantienes mi secreto...

Durante unos segundos, los labios infantiles temblaron, dudosos de si estaba haciendo lo correcto, hasta que finalmente en un susurro casi imperceptible confesó

—La Señora

Clara lo miró sorprendida

—¿La Sra. Nichols? ¿Te lo pidió antes de morir?

El niño negó con la cabeza

—La otra señora...

—¿Que señora? —La impaciencia hizo que subiera el tono, hasta que una idea cruzó su mente, aun a riesgo de saber que era imposible —¿La Sra. Mathew? ¿Alice Mathew?

Erik asintió

—Me pidió que cada semana cortara violetas del jardín y las dejara en

dos tumbas, junto al panteón. Creo que están a nombre de...

El niño entornó los ojos, esforzándose en recordar los nombres esculpidos en las lápidas. La voz de Clara tembló

—Isabel, las dos se llamaban Isabel —Erik la miró asombrado. Los ojos de Clara centelleaban humedecidos. Una sequedad repentina distorsionó el sonido de su voz, que sonó metálica a sus oídos —A partir de ahora, yo me ocuparé de las flores.

—Pero ella..., ella me paga.

Clara sonrió con tristeza

—Yo te pagaré más que ella, pero será por ayudarme... ¿Te gustan los caballos?

En cuanto el niño se fue satisfecho, Clara se apoyó en el gran muro de piedra del convento y se dejó caer, deslizándose hasta llegar al suelo. Su cuerpo temblaba... ¿La Sra. Mathew? ¿Cómo podía ser? Era la última persona que esperaba que se preocupara por su madre y por su hermana. ¿Por qué haría tal cosa? Recordaba el odio que sus ojos desprendían, cuando ella era tan solo una niña, sus desprecios, su maldad. No tenía sentido alguno.

Necesitaba hablar con Andy sobre aquello... Esa misma noche volverían a verse. No pensaba desaprovechar la ocasión de interrogarla.

CAPITULO 15

Año 1958

Claire se acercó al gran ventanal de su dormitorio. Los acontecimientos de los últimos años la habían apartado de las competiciones y, probablemente, gracias al entusiasmo que desprendía el nuevo mozo cuando elogiaba sus aptitudes como amazona, hoy había decidido retomar los entrenamientos.

En el jardín, la niñera cuidaba de su hija, Alice. El instinto maternal no había hecho mella en Claire, a pesar de que durante años lo había deseado con todas sus fuerzas. La pequeña sonreía a su cuidadora de un modo sincero, algo que ella no consiguió nunca. La muerte del "Gitano" y la boda precipitada que su padre había organizado con James Davis, la habían cambiado. Su vida ya no le pertenecía, ya no se reconocía. Durante los primeros años de su matrimonio intentó concentrarse solo en ser una buena esposa, una buena madre; pero la muerte de James, meses atrás, habían dejado la verdad al descubierto. No lo era, no era una buena madre, así como tampoco fue nunca una buena esposa. James sabía que jamás lo amaría y aun así la aceptó, aun así intentó hacerla feliz, permitiéndole seguir con sus competiciones mientras él asumía las obligaciones maternas. Pero ahora que ya no estaba... ¿Cómo iba conseguir que su hija fuera feliz?

Recordaba cuanto había deseado sentir algo por aquel bebé indefenso. Cuanto había suplicado por que una sola de aquellas odiosas sensaciones desaparecieran. Ella no tiene la culpa, ella no tiene la culpa..., se repetía cada vez que la pequeña succionaba de su pecho con desespero, escrutándola directamente a los ojos, reclamando el cariño que le pertenecía y que ella se negaba a darle. Claire, con cada mirada de amor que no podía corresponder, con cada caricia reclamada, la odiaba un poco más por dejar su debilidad al descubierto, por recordarle cada una de sus renunciadas. Desde entonces, se había acostumbrado a evitarla, por miedo quizás a que algún día descubriera que no había conseguido amarla como se supone debe hacerlo una madre. Alice sería más feliz si jamás lo descubría. Con la única persona que se sentía capaz de compartir aquellos pensamientos tan horribles era con la Srta. Gordon, a la que seguía escribiendo largas cartas de desahogo. La única amiga que aun mantenía, la única que la animaba a seguir luchando por sus sueños sin

juzgarla.

Claire llegó a las cuadras en el preciso instante que Antonio se encontraba ensillando a Negro para dar el paseo de la tarde. El mozo la miró fascinado al ver cómo le sentaba el traje de amazona, recorriendo sus perfectas curvas sutilmente. A Claire no le había pasado por alto la insinuación de sus ojos cada vez que la miraba, pero su corazón llevaba años sin querer latir y su mente rechazaba siquiera la posibilidad de traicionarlo.

—Antonio, hoy voy a dar un paseo por el bosque.

—De acuerdo señora, voy a ensillar otro caballo y la acompaño

—¡No! Necesito hacer esto sola...Hace demasiado tiempo que estoy encerrada entre estos muros. ¿Lo comprendes verdad?

—Si señora...pero su padre...

—Mi padre no tiene porqué enterarse. Soy una mujer adulta, madre de familia. Y, por si no lo recuerda..., una gran amazona

Antonio asintió resignado. Aun así, decidió que la seguiría a una distancia discreta. Necesitaba ese trabajo y no quería perderlo por un arrebató de una joven caprichosa. Aunque esta fuera su amada Claire.

En cuanto dejó atrás la verja dorada de la Torre, Claire se introdujo en el estrecho sendero del bosque. Respiró hondo. Con cada paso que daba el caballo su corazón parecía recuperar un nuevo latido, recordando lo que era sentirse libre fuera de los muros de la Torre, que en los últimos años le habían parecido una cárcel. Galopar sin rumbo era lo más parecido a vivir, con sus errores y sus riesgos, tan distinto a la vida a la que finalmente se había resignado. Tiró de las riendas con energía, obligando a Negro a trotar con más rapidez, avanzando desbocado entre los árboles. El aire frío cortaba su delicada piel, que despertaba a la vida con cada ráfaga de viento, revelándose con un agudo escozor que le demostraba que aún era capaz de sentir, aunque le resultara más doloroso que placentero.

Montar a aquella velocidad por el bosque era peligroso. Los senderos eran estrechos y las ramas de los pinos se interponían en el camino, amenazándola con algún rasguño o, incluso, una caída. La posibilidad de morir allí, montando a Negro a gran velocidad, se le antojó una idea liberadora. Nadie la echaría de menos, nadie la necesitaba.

Algo surgió de entre los matorros, pero Claire no reaccionó, olvidando todo lo que la Srta. Gordon le había aconsejado durante años: debía mantener el equilibrio con las piernas, no con las manos, que era conveniente que cedieran hacia el cuello del animal, sin perder contacto con la boca. Y sobre

todo, no debía sentarse sobre el caballo durante el salto, impulsando su cuerpo hacia delante, pero sin precipitarse. Fue consciente del peligro, pero su mente se abstuvo de reaccionar, dejándose llevar por los acontecimientos, que ya eran inevitables. Negro decidió por ella y, en milésimas de segundos, saltó sobre lo que fuera que había estirado en el suelo, y lo sorteó, cambiando de rumbo bruscamente. Sus patas delanteras se doblaron y el gran cuerpo del animal cayó de lado, atrapando la pierna de Claire y aplastándola por completo.

Un grito de dolor resonó entre los árboles y, lo que en un principio creyó un animal herido, se incorporó. Era una niña pequeña que la miraba con ojos asustados. Debía tener la misma edad de Alice y tanto su oscura piel como sus ropas se encontraban sucias de barro. Claire miró sus pies, que solo llevaban unos raídos zapatos varios números mayor que el suyo. La niña tenía unos grandes ojos que la estudiaban sin descanso, pero su boca seguía sellada, a la espera de alguna señal. La joven le hizo un gesto con la mano para que se acercara, aunque el dolor sobre la pierna cada vez era más acuciante y presentía que estaba a punto de desmayarse.

—Pequeña... ¿Qué haces aquí sola?... ¿Cómo te llamas?

Contestó temerosa, mientras enroscaba uno de sus dedos en una de las largas trenzas que llevaba

—Isabel...

El caballo se removió nervioso, intentando escapar y liberar a su dueña, lo que aprisionó más la pierna de Claire, que no pudo evitar aullar de dolor antes de perder el sentido.

Antonio la encontró sobre el barro, junto a la orilla. Aunque había decidido seguirla, había dejado un buen espacio entre ellos y en pocos segundos la joven lo había dejado atrás. Era una gran amazona, pero le extrañó que se demorara tanto en cruzar el río. No había oído el chapoteo inconfundible de las herraduras sobre el agua, así que decidió acelerar el paso con la intención de encontrarla. Cuando consiguió levantar al caballo y calmarlo, inspeccionó la pierna de Claire y no le gustó lo que vio. El hueso le había traspasado la carne, dejando un amasijo de músculo y piel a la vista. La cogió en brazos y la llevó hasta la Torre. Durante el camino, la joven abrió los ojos varias veces, semi-inconsciente, repitiendo una vez tras otra

—Era una niña..., solo una niña...Mi padre... no debe saberlo...

Antonio se lo prometió, antes de sentir su cuerpo desmayado de nuevo en sus brazos. Cuando el Sr. Nichols preguntó qué había sucedido, se vio incapaz

de dar una respuesta coherente y le contó que un animal, probablemente un zorro, había asustado al caballo, que se había descontrolado hasta caer sobre ella.

A la mañana siguiente, tras volver del hospital, Claire lo mandó llamar. Este esperaba encontrar a la joven completamente hundida, tras la mala noticia que el médico les había notificado: no podría volver a competir nunca y su pierna tardaría mucho tiempo en recuperarse.

La encontró con unos ojos brillantes, llenos de esperanza, e incluso algo parecido a la ilusión. Al verlo entrar se incorporó, recostándose en el cabecero y amagando una mueca de dolor al mover la pierna herida

—Antonio...pasa por favor. —hizo un gesto con la mano, invitándolo a sentarse en la silla que se encontraba junto a la cama. Las figurillas de su pulsera tintinearón invitándolo —Necesito hablar contigo.

El joven mozo se sentó, alejando la vista con rapidez al ver el delicado camisón de satén que a duras penas tapaba aquel cuerpo que tanto deseaba. Ella sonrió al ver como se sonrojaba

—Antonio...necesito saber... ¿Viste a la niña?

—¿La niña?

—Te agradezco que le hayas explicado esa historia sobre un zorro a mi padre, pero..., tanto tu como yo sabemos que no es cierta —El mozo asintió y ella abrió los ojos ilusionada —Entonces... ¿la viste?

—Lo siento, Srta. Nichols, pero no vi nada. Cuando la encontré, usted estaba inconsciente y Negro estaba muy alterado

—¿Y no viste una niña pequeña? Debe tener la misma edad de mi hija: morena, dos trenzas, ojos grandes y azules... —El mozo la miró incómodo, lo que ofendió a Claire —¡No estoy loca!

—Yo no he dicho tal cosa...

Claire suspiró. No lo había soñado, esa niña existía y había aparecido justo cuando su mente se encontraba absolutamente ofuscada, fuera de control... Quien fuera que la había enviado al bosque, lo había hecho por alguna razón. Su triste mirada había removido todo su interior, recordándole que su vida aun tenía sentido, que aquella pequeña necesitaba su ayuda.

—Se llama Isabel, búscala. Y cuando la encuentres...necesito que me hagas un favor.

Antonio volvió esa misma noche con buenas noticias. Había encontrado a la niña en una de las viviendas de los trabajadores. La pequeña malvivía con su tía, desde que su madre había muerto. Era la única niña de la familia, pues

sus primos eran todos varones, pero aún era demasiado pequeña para ir a trabajar a la fábrica. Antiguamente, las niñas empezaban a los nueve años, pero las cosas habían cambiado y ya no eran aceptadas hasta los catorce, edad en la que empezaban barriendo la borra como principal tarea y, poco a poco, iban adquiriendo nuevas responsabilidades .<< ¡Con un poco de suerte acabaría llevando 12 o 14 telares ella sola!>>sentenció la mujer, que no paraba de maldecir su mala suerte al haber muerto el único hombre con edad de trabajar que quedaba en la familia y, con él ,la esperanza de un futuro mejor.<<Si mi hermano no se hubiera complicado la vida con sus ideas...¡Mira donde nos ha llevado su carácter revolucionario!>>

Mientras el mozo, que no era de la zona, intentaba ordenar las palabras de la mujer y explicar los entresijos de aquella familia, Claire lo interrumpió

—¿Cómo se llama la familia? ¿Los conozco?

—No creo, señora...No se trata de ninguno de los encargados, ni de los hombres de confianza de su padre. Su apellido es Ros, pero a la casa le llaman "Cal Gitano". Se ve que...

—¡Basta! —Antonio calló, al ver los ojos vidriosos y el semblante traspuesto de su interlocutora. Esta añadió en un susurro —Entonces..., esa niña...debe ser la hija de Isabeleta.

—¿La conocía? Parece ser que la joven huyó al estar embarazada y murió al poco tiempo

Un nudo atravesó la garganta de Claire. Sus labios se abrieron levemente, dejando ir una voz casi imperceptible

—Si...conozco la historia. ¿Podría mañana ir a buscar a la niña y negociar con la mujer? Estoy segura de que lo que hemos hablado esta mañana será suficiente para convencerla.

Cuando se quedó sola, Claire fue en busca de las fotografías que tenía escondidas en su gran caja de metal. Resiguió las letras de la tapa <<Gitanes... ¿Sabes que significa Gitano en francés? Así, siempre que la veas te acordarás de mi>>

Observó durante largo rato la imagen del día de la inauguración de la mina. Estaba radiante, nada iba a presagiar que allí conocería al gran amor de su vida y que el destino se lo arrebataría pocos meses después. Acarició de nuevo aquel joven rostro lleno de energía. Aun ahora, a pesar de que el roce infinito de sus dedos sobre el papel fotográfico había ido difuminando sus atractivos rasgos, su mirada transmitía una fuerza que parecía estar hablándole, tan distinta de Isabeleta... Llegó a ser su confidente, casi una

amiga, pero nunca le perdonó que se marchara cuando ella más la necesitaba. Luego, se casó con James y se obligó a olvidar todo lo que pasó, todo lo que el destino le había arrebatado...Pero ahora, aquella pequeña había surgido de la nada, reclamando su atención, obligándola a recordar antiguos anhelos. Varias lágrimas silenciosas rodaron por su rostro, al aceptar que el pasado no siempre podía sepultarse bajo el olvido. Por mucho que le doliera no podía ignorar el “hilo del destino”. Su madre, gran aficionada a las leyendas orientales, le había hablado de ella. No podía explicarlo, pero en cuanto cruzó la mirada con aquella niña, sintió como tiraban del hilo. Desde el otro extremo alguien reclamaba su atención.

A pesar de que su pierna le impedía moverse, se encargó de tener todos los preparativos a punto para dar la bienvenida a Isabel. Redecoró una de las habitaciones y encargó ropa nueva y zapatos para la pequeña. Aleccionó a la niñera para que se ocupara de la nueva niña como si fuera una más de la familia y esperó impaciente su llegada.

Llevaba años sin hablarse con su padre, desde la boda. Pero si quería que Isabel fuera aceptada en la familia como una más, tenía que provocar un reencuentro con él, aunque su corazón no consiguiera perdonarlo nunca.

Sorprendentemente, a su padre le pareció buena idea su acto de "beneficencia". En los últimos años, los trabajadores de la fábrica ya no lo veían como a su benefactor. Desde que aquel chico les había llenado la cabeza con ideas de derechos adquiridos y sindicatos, sentía como varios de ellos lo miraban con recelo cuando iba a visitar las instalaciones. Por eso, cada vez más, sus viajes a Gran Bretaña eran largos y sus visitas a la Torre más espaciadas. El Sr. Valls era un buen Director, confiaba plenamente en sus aptitudes para tener a raya a los Majordoms y a los operarios. Y..., tras el "problemilla" con su hija, estaba de sobras probada su lealtad. Por otro lado, a Alice le iría bien una compañera de juegos y, si esta pertenecía a la familia del gitano, mejor que mejor. Así acabaría con las habladurías de que tras la explosión de la mina, no se había preocupado lo suficiente de las familias de los accidentados.

En el jardín, Alice observó a la niña con curiosidad. Se acercó a ella y pasó uno de sus dedos sobre su oscuro rostro, dejando una marca mas clara sobre su piel que demostraba la falta de higiene acumulada. La niña la retó con la mirada como respuesta

—¿Dónde te has ensuciado tanto?

—En el bosque.

—¿Te llevan al bosque? Yo lo tengo prohibido...Mi mamá tuvo un accidente

—Lo sé. ¿Crees que las hadas pueden ser mamás? —Alice la escrutó interesada —Yo la vi...Estaba en el bosque y apareció de pronto. Su caballo desplegó unas grandes alas, pasó sobre mi cabeza volando y sonrió.

—¿Mi mamá? Imposible. Ella siempre está triste. Nunca sonríe...

La niña se acercó al oído de Alice y le susurró

—Porqué nadie puede saber que es una hada mágica...si no, los malos vendrán a buscarla.

—¿Los malos?

La pecosa niña miró a uno y otro lado asustada. Su nueva amiga sonrió satisfecha al ver su temor

—Están por todas partes. Raptan a las niñas bonitas y las esconden en la fábrica, entre las Metxeres y los Telares. Y como allí hay mucho ruido y nadie les oye, —bajó la voz y susurró en junto a su oído —les hacen cosas horribles...

Alice la miró asombrada, sus ojos mostraban el terror que las palabras de aquella extraña niña le habían provocado. Se negó a creerla y replicó enfadada

—¡Eso es mentira! Te lo estás inventando para darme miedo.

Isabel giró la cabeza, negando con gesto triunfal

—No. Mi vecina trabaja en la fábrica desde hace unos meses y hace pocos días le pasó...Pero aquí estamos a salvo, estos muros son muy altos y tenemos a nuestra Hada que nos protege.

Claire se asomó a la cristalera de su habitación. Parecía que las dos niñas habían congeniado de maravilla y estaba segura de que Alice, en poco tiempo, se lo agradecería. Durante unos segundos, las dos miraron hacia arriba, y ella las saludó, gesto al que las pequeñas respondieron con una sonrisa de satisfacción. Era la primera vez que su hija la miraba directamente a los ojos sonriendo de modo tan sincero. Sí, aquella niña sería una buena influencia para ella.

Isabel esperó paciente a que la bañaran, a que le desenredaran el pelo, y que la vistieran. Cuando se miró al espejo, vio el reflejo de una bonita niña con un vestido de encaje y un gran lazo en la cabeza, y se sintió como una princesa. Alice la estaba esperando impaciente así que, en cuanto estuvo lista, se la llevó a inspeccionar la casa. Quería mostrarle todos sus rincones secretos, para así, intentar impresionarla. Pero aquella pequeña parecía no

sorprenderse con nada. Cada lugar daba pie a poner en marcha su desbordante imaginación, que no paraba de recrear historias fascinantes sobre personajes fantásticos y héroes prodigiosos.

El señor Nichols había hecho traer una silla de ruedas para que su hija pudiera moverse por la casa sin impedimentos. Cuando estuvo preparada, hizo llamar al mozo, que la recogió de la cama entre sus fuertes brazos sin tan siquiera mirarla. Claire, al notar la vergüenza que embargaba a aquel apuesto hombre sonrió, rodeando sus brazos alrededor de su cuello y apoyando el rostro en su hombro. Tenía que reconocer que era bastante atractivo, y que su timidez y su calmado carácter le comenzaban a resultar interesantes.

Por primera vez tras años, decidió acompañar a su padre durante la cena. Al pasar junto a la cocina pudo oír la espontánea carcajada de Alice resonando entre aquellas austeras paredes. Las niñas cenaban con Rose, que observaba divertida como el contacto con otra niña de su edad había conseguido cambiar el habitual rictus triste de la pequeña.

En cuanto abrió la puerta del salón, deseó volver por donde había venido. Su padre se encontraba junto al despreciable Sr. Valls y su hijo. Ambos se levantaron al verla llegar, dispuestos a ayudarla, pero Claire intervino con sequedad

—¡Tranquilos! Solo hay unos brazos masculinos en los que confie. Antonio, por favor... —Los dos hombres miraron al mozo con gesto severo, pero en cuanto el hombre se retiró, dedicaron una gran sonrisa a su joven anfitriona, ignorando la mirada de desprecio que esta había dirigido a su padre

—Srta. Nichols...

—Le recuerdo que aun soy la Sra. Davis. Que mi marido haya fallecido no le da derecho a ser maleducado

—Disculpe...Nunca me acuerdo de esa costumbre tan británica. Aquí las mujeres no pierden su apellido al casarse...Para la gente de la Colonia usted siempre será la Srta. Nichols

Claire ignoró el comentario, así como la sonrisa petulante que le había dedicado el Sr Valls. Su hijo, hizo un esfuerzo por calmar los ánimos

—Su padre nos ha explicado lo que ha hecho por esa niña huérfana...Es un honor tener unos Amos como ustedes. Es usted una buena cristiana

La joven fijó sus azules ojos en el chico. A pesar de que desde que lo habían nombrado secretario había adquirido el mismo estilo petulante de su padre, Claire lo conocía bien. Aun lo recordaba siendo un chiquillo, merodeando por las cuadras y preguntándole miles de cuestiones sobre los

caballos. Llegó a confesarle que sus intereses quedaban muy lejos de un trabajo en la Colonia: el chico quería ser agricultor y trabajar sus propias tierras. Lo ignoró y fijó la vista sobre el Director

—Sr Valls...No soy una buena cristiana, tal y como usted pudo comprobar de primera mano. Cometí un único pecado y... tardaré toda una vida en redimirme. Pero usted...Debería darle vergüenza...: sanguis sanguinem meum

Los ojos del hombre ardieron. Durante unos segundos, ambos se retaron con la mirada, hasta que el secretario decidió encaminar el tema hacia uno mas seguro. La prolífica descendencia de su padre en la Colonia era bien conocida, pero tanto él como su madre siempre habían escogido mirar hacia otro lado. ¿Quizás las palabras de la Srta. Nichols daban a entender que aquella niña también podía ser hija de su padre?...

Claire se retiró antes de hora, a pesar de que prácticamente no había probado bocado. El recuerdo de la sonrisa del Sr Valls al comunicarle la noticia de la explosión de la mina no podía borrarse de su cabeza. Aquella mirada de suficiencia, aquellos ojos que parecían disfrutar con su dolor...Cada vez estaba más segura de que aquel hombre detestable tuvo algo que ver en aquel accidente.

Cuando Antonio la subió a su habitación y la depositó en la cama, las dos niñas entraron corriendo. Sus ojos mostraban un terror verdadero

—¿Que sucede? Pensaba que ya estabais dormidas...

Isabel se subió a la gran cama con dosel y se introdujo bajo las sábanas, abrazándose a ella sin ningún tipo de reserva. Alice la miró asombrada, mientras seguía rígida frente a ellas. En cualquier momento su madre le pediría a Isabel que se marchara, todos sabían que no le gustaba que la tocaran...Pero Isabel comenzó a hablar atropelladamente sobre fantasmas y monstruos. La tarde de juegos imaginando historias sobre seres fantásticos había alterado su infantil sueño y su rostro reflejaba un pánico real. Claire miró a su hija, que seguía inmóvil a la espera de sus instrucciones. Sus ojos pasaron de una niña a la otra, comprobando el miedo reflejado en unos y la tristeza en otros. Tras mucho tiempo, dedicó una sonrisa a su hija y alargó su mano hacia ella en un gesto de invitación

—Alice...ven, acompáñanos —La niña dudó un segundo, algo confusa, antes de encaramarse a la alta cama. Los brazos de sus madre la rodearon y se acurrucó junto a ella, tal y como había hecho Isabel. El olor dulzón de la piel de su madre borró al momento el miedo de su cuerpo, barnizándolo de una capa de calma y bienestar que echaría de menos el resto de su vida —Creo

que lo mejor será que os explique una bonita historia. Así alejaremos todos esos seres malvados de vuestras mentes. ¿Os han explicado alguna vez el cuento de la Princesa Invisible?

CAPITULO 16

Año 2014

Tras discutir por enésima vez con Andy, Clara accedió a darle un tiempo para que hablara con su madre. El tema de las flores la había alterado casi tanto como el de Samuel y su beca, así que en su mente bullían todo tipo de confabulaciones y traiciones. Además, finalmente, Elisa había tenido que adelantar su regreso a Madrid al saber que su hijo había enfermado y pasado mala noche. Parecía que todos se habían puesto de acuerdo para empañar la felicidad que sentía hacía tan solo unos días...

Se encerró en la Biblioteca y revisó los datos de Carmeta, que ya había avanzado bastante. Recordó que la maestra había anotado varios apuntes en los márgenes de su manuscrito y decidió ir en su busca. Estaban escritos en lápiz, por lo que algunos de ellos se habían borrado parcialmente, pero hubo uno que llamó especialmente su atención, al encontrarse subrayado varias veces: *fecha de finalización del usufructo de terrenos, Sr Valls. Buscar original del pago*

Por todos era sabido que el Sr Nichols donó numerosos terrenos al director de la fábrica, pero la palabra usufructo daba a entender que aquellos campos no fueron un regalo, sí no más bien un préstamo, con una fecha de expiración. Intentaría acercarse al registro de Berga, quizás consiguiera entender porque su profesora lo consideró tan importante como para anotarlo en el margen y subrayarlo.

El manuscrito hablaba sobre la vida de varias de las mujeres de la Colonia. Contenía algunas de las entrevistas que la profesora hizo a las ex-trabajadoras de la fábrica, donde narraban con una gran melancolía su vida en aquel lugar. Algunos de los comentarios destilaban un deje de rencor hacia los encargados y els majordoms .Le sorprendió ver que, en cambio, el Sr. Nichols fue nombrado casi tantas veces con desprecio como con admiración. Decidió llevarse el libro a su habitación y leerlo aquella misma noche con detenimiento, era probable que en alguna de aquellas conversaciones se nombrara a su familia. Claire miró las fechas de nacimiento y dudó que aun pudiera conocer a alguna de aquellas mujeres y entrevistarlas, pero en un arrebató de curiosidad decidió acercarse hasta la Posada. Si alguien conocía a

cada uno de los habitantes del pueblo y de la Colonia, esa era Luisa.

Abrió la doble puerta de cristal y su amiga la recibió con una sonrisa

—Clara... ¿Qué te trae por aquí?

Su voz sonó alegre, pero los ojos de Luisa no brillaron con su energía habitual. Dos grandes sombras pendían bajo sus ojos

—¿Te pasa algo?

La mujer negó con la cabeza, hasta que sus ojos se inundaron, dejando escapar una lágrima solitaria que restregó con energía, mientras simulaba buscar algo en el mostrador

—Nada... Es Daniel. Creen que le queda poco tiempo.

Clara se acercó a ella y la abrazó con afecto. Hasta ese momento había rehuido el tema: jamás hablaban de Daniel o de su pasado. Sintió que había sido extremadamente injusta con aquella mujer. Ella le había abierto su corazón, le había dado consuelo, y Clara no había sido capaz de devolverle ni una ínfima parte de aquel apoyo

—Luisa, ¿Por qué no vas a verle? .Llamaré a Alka para que se ocupe de la Posada mientras no estás. No te preocupes, su trabajo aquí correrá a mi cargo

El cuerpo de Luisa se separó unos centímetros de ella. Observó su rostro en silencio, mientras Clara casi podía sentir la petición que su amiga no se atrevía a decir en alto.

—¿Quieres que te acompañe?

Luisa abrió los ojos emocionada

—¿Lo harías?...Daniel ya casi no reconoce a nadie, pero estuvo tantos años hablando sobre ti...Quizás sus ojos no te reconozcan, pero estoy segura de que su corazón aun te recuerda.

Clara accedió, satisfecha de haber ignorado sus miedos y de haber seguido lo que le dictaba su corazón. Tardaron una hora en vislumbrar el gran edificio que alojaba el Hospital Psiquiátrico de la comarca. El centro era una construcción rectangular de varias plantas, construido de modo sencillo en un amplio terreno. Varios carteles cubrían la fachada de ladrillo rojo, conmemorando el cincuenta aniversario de la institución. Atravesaron un cuidado jardín en el que varios pacientes paseaban acompañados de sus familiares o de alguna de las monjas que se encargaban del hospital. Clara caminaba en silencio, escuchando las explicaciones que Luisa le daba sobre el funcionamiento del Hospital, sobre los buenos médicos que allí trabajaban y sobre lo bien cuidado que había estado Daniel durante todos aquellos años. Con cada palabra de su amiga, una leve presión pellizcaba su pecho. Sus

intentos desesperados por convencerla de que ingresar a su hijo allí había sido una buena decisión, le estaba provocando unas ganas locas de dar media vuelta y gritar como una posesa. Pero no lo hizo, y siguió caminando a su lado sin decir nada.

Llegaron hasta un banco donde una enfermera hacía compañía a un hombre. Este se encontraba sentado en una silla de ruedas, de espaldas a ellas. Al verlas, la mujer de bata blanca se levantó y, colgándose del brazo de Luisa sutilmente, la alejó unos metros. Clara las observó mientras hablaban: su conversación volvía convertida en susurros ininteligibles, solo alterados por algún gesto de dolor de su amiga.

Decidió rodear la silla y sentarse en el banco. Daniel había envejecido a un ritmo frenético. La piel de su rostro presentaba un aspecto mortecino, sus ojos se mantenían en un punto fijo en la lejanía y pequeñas motas blancas inundaban las comisuras de sus labios.

—Daniel...soy Clara. ¿Me recuerdas? —El chico no se movió, parecía que su mente se encontraba a miles de kilómetros de allí. Clara volvió a intentarlo, acompañando sus palabras con un leve roce sobre su brazo —Dani... ¿Recuerdas el azúcar de algodón que nos comíamos en la feria? Te encantaba...

Al sentir el contacto de sus dedos, Daniel giró el rostro y sus ojos se encontraron. Clara pudo sentir como su corazón se encogía, al ver como los del hombre se humedecían durante un leve instante de tiempo, justo antes de volver a perder la mirada en el horizonte ignorando su presencia.

—No se lo tengas en cuenta. Parece que no se alegra de vernos, pero las enfermeras siempre me dicen que cuando vengo, aunque parece que no me escucha, duerme alterado y dice mi nombre en sueños. Es como si los recuerdos volvieran a su mente durante una pequeña tregua, en la que probablemente vuelve a recordar quién es.

La mano de Clara buscó la de Luisa y la apretó con energía. Todo el aprecio que sentía por ella se volvió admiración durante aquella visita. La mirada de Daniel la había devuelto a la noche del bosque, había rememorado su mano reteniéndola, su gran cuerpo aprisionando sus pulmones. Una conocida sensación volvió a ella, la misma que sintió minutos antes de encontrar a su padre sin vida. La muerte estaba rondando a Daniel, lo presentía, y no podía hacer nada por Luisa más que reconfortarla.

Volvió a la Posada al mediodía y comió allí, tras la insistencia de Alka. En los últimos días, su relación se había afianzado y parecía que por fin había

conseguido traspasar el manto de timidez que siempre envolvía a la joven. Aun así, no consiguió que la melancolía que la había invadido al ver a Dani remitiera. Decidió pasear un rato de vuelta a la Torre pero, sin saber cómo, su mente la obligó a cambiar de rumbo y se encontró de pie frente a las lápidas de su familia. Se arrodilló ante ellas y leyó los nombres de nuevo. Resiguió las letras de aquellos nombres que tanto habían significado para ella y que tanto había tratado de olvidar. Su garganta se fue cerrando, la saliva se volvió espesa y una nube traicionera empañó sus ojos. Por primera vez, y sin saber cómo había sucedido, aquellos nombres parecieron rozar su corazón, despertando sentimientos que yacían escondidos en lo más profundo de su ser. Los recuerdos secuestraron su alma, que voló hasta su niñez resucitando los besos de su madre, la risa contagiosa de su hermana e incluso la tierna mirada de su padre.

Intentó reprimirlo, pero un torrente de lágrimas la sorprendió, desbordando su interior, bañando su rostro por completo, justo cuando alguien se acercaba hasta ella y se arrodillaba a su lado

—Isabel fue como una hermana para mí... —La espalda de Clara se envaró al reconocer la voz. Alice la miró de reojo y continuó —, desde que Antonio la trajo a la Torre. Teníamos la misma edad y, supongo que... en realidad las dos estábamos muy solas, así que enseguida congeniamos. Nosotras plantamos el arbusto de las violetas. Fue una especie de "pacto de sangre" entre dos amigas, dos hermanas... —La mujer sacudió la cabeza, mostrando la gran aflicción que aquellos recuerdos le despertaban —Tu madre pensó que sería genial que fuera creciendo a la vez que lo hacíamos nosotras, ver como se encaramaba al muro mientras nos convertíamos en mujeres adultas, siempre juntas...

La mujer calló durante un denso silencio, en el que Clara oyó como intentaba tragar su propia saliva, como si le costara digerir que todo aquello hubiera formado parte de su vida alguna vez. Las últimas palabras habían temblado en su boca, pero Clara no pudo evitar preguntar con cierto recelo

—¿Y qué pasó? ¿Cómo se pasa de querer a alguien a odiarlo de ese modo?
La madre de Andy negó con energía

—Mi madre nunca me quiso, por lo menos no como la quiso a ella. Aunque me esforzara en ser una buena hija, intentara ser la mejor estudiante y siguiera ciegamente sus consejos, entre nosotras siempre existía un gran abismo, demasiado profundo para saltárselo sin hacernos daño. Pero Isabel lo consiguió. —Esbozó una tímida sonrisa —Ella siempre conseguía lo que

quería. Tenía algo especial, una luz, algo que atraía a la gente y los dominaba hasta hacerles daño. No era consciente de ello, ahora lo se...

Clara no pudo disimular su impaciencia

—¿Todo fue por unos infantiles celos? ¿Que hizo para que la despreciara de ese modo? Necesito saberlo..., necesito entender porqué decidió morir, porque nos abandonó

—Yo no puedo darte esas respuestas Clara...No sé que le pasó, como pudo llegar a aquello. Y, sí, tienes razón, estaba celosa y en aquel momento tampoco me importaba si su vida no era la esperada...

Clara estaba muy alterada. Quizás tenía ante sí la respuesta que había buscado toda su vida, pero la mujer no parecía dispuesta a desvelársela

—Y ahora... ¿Al fin la ha perdonado?

Alice giró el rostro hacia la joven. Hasta entonces sus miradas no se habían cruzado. Creyó detectar una tristeza sincera en ellos

—Cuando dejamos la niñez y entramos en la adolescencia, a tu madre le cambió el carácter. Siempre había tenido una imaginación desbordante, pero empezó a mentir. En un principio eran pequeñas cosas, niñerías, pero poco a poco sus mentiras se fueron complicando, comprometiendo a gente inocente y causándoles verdaderos quebraderos de cabeza. Lo peor de todo fue que ella misma se las creía con tal intensidad que no atendía a razones. Tras muchas disputas, nuestra relación se enfrió, así que le pedí a mi madre que me matriculara en una escuela de Londres. Quería conocer el lugar donde había nacido, mis orígenes, y sentía que ya no tenía nada que me atara a este lugar. Mi madre vivía como una ermitaña, no salía de la Torre más que para montar a sus caballos y yo me estaba volviendo loca en este pueblo donde nunca pasaba nada.

—Eso puedo entenderlo, pero... ¿Qué tiene eso que ver con mi madre?

—Aquello la trastocó. Se puso como loca, acusándome de abandonarla a su suerte. Mi madre ya la había matriculado en una escuela de Barcelona, quería que tuviera una buena formación, pero ella se negó en redondo. Dijo que el destino de su familia era el de ser una simple trabajadora de la fábrica, sin mas aspiraciones. Acusó a mi madre de haberla usado para entretenerme, como una simple marioneta. Así que volvió a casa de su tía y empezó a trabajar en la fábrica. Tenía catorce años.

—Puedo entender perfectamente cómo se sintió...

La mujer asintió, sorprendiéndola

—Lo sé. Por eso me negué en redondo a que mi madre repitiera la historia

contigo. No tenía nada contra ti, solo quería alejarte de todo aquello...

—Hay una cosa que no entiendo ¿Porque mi madre jamás me habló de usted? —Clara recordó como la había mirado el padre de Andy durante la lectura del testamento —Hay algo mas, ¿no?

La madre de Andy asintió

—Aquel verano, antes de irme, conocí a tu padre. Éramos dos niños, él tenía dieciséis y yo catorce, pero enseguida me gustó. Nunca he sido una gran belleza, así que podemos decir que era el primer chico que se fijaba en mí...A los pocos días se me declaró y nos besamos. Yo corrí a explicarle emocionada a tu madre todo lo que sentía, por fin alguien me deseaba a mí y no a ella, como solía pasar. La belleza de Isabel era indiscutible y la mayoría de los chicos la perseguían sin tregua, pero aun no había conseguido que alguno le declarara su amor de un modo tan sincero. Le abrí mi corazón, esperando su apoyo, pero solo recibí desprecio. Aun recuerdo su mirada, tan gélida y tan desconocida para mí al contestar: <<Sois dos perdedores, estáis hechos el uno para el otro>>.

La Señora Mathew hablaba como en un trance, divagando entre sus oscuros recuerdos. Clara la miró sorprendida, no acababa de creer lo que estaba escuchando

—¡Pero mi padre amaba locamente a mi madre! Perdió incluso sus ganas de vivir cuando ella murió.

Alice suspiró, casi sonó a un bufido de desahogo

—Me marché a Londres. Cuando volví, ellos ya se habían comprometido. Sé que tu madre hizo todo lo posible por arrebatarme a tu padre, le mintió y le dijo que yo no le amaba. Lo consiguió. Y yo... no pude perdonárselo nunca. — La comisura de sus labios parecieron sonreír, antes de continuar —Aun así, con el tiempo conocí a John, el padre de Andy, y me enamoré de nuevo. Decidí darle una oportunidad a nuestra amistad, teníamos dieciocho años y una vida por delante. Vine a pasar el verano con la intención de presentarle a mi prometido y de invitarla a la boda. Me recibió emocionada, incluso quedamos varias veces los cuatro, como buenos amigos. Tu padre y John conectaron enseguida, parecía que todo iba volviendo a su cauce. Hasta que, una semana antes de mi boda, se marcharon sin despedirse. Me dejó una nota diciendo que no soportaba mas vivir aquí, que tu padre había encontrado trabajo en Mataró, en otra fábrica, y querían empezar de cero cerca del mar. Dijo que odiaba el apellido Nichols, por haberle mostrado una vida que jamás sería suya, por haberla utilizado de un modo tan ruin. Creía de verdad que lejos de aquí podía

conseguir ser feliz.

Clara se removió inquieta, aquellas palabras las sentía demasiado suyas como para pasarle inadvertidas. Sintió una lástima inmensa por su madre

—Pero está claro que no lo consiguió. Lo que aun no entiendo es porque la Sra. Nichols nunca me habló de ella..., ni porque usted trae flores a su tumba si le hizo tanto daño.

La mujer no contestó. Secó las lágrimas que se habían ido deslizando por su rostro durante toda la narración y extrajo un papel de su bolsillo, que entregó a Clara

—Isabel escribió una nota..., cuando decidió quitarse la vida. Iba dirigida a mí, pero jamás me llegó. Cuando te llevaron al orfanato, mi madre quedó muy afectada; así que John y yo nos ocupamos de todo el papeleo y de vaciar la casa de tu padre. La encontramos allí; de hecho... tu padre la llevaba encima, en el bolsillo de su camisa, junto a un trozo de película en la que se os veía a los cuatro juntos.

Un silencio amargo invadió la soledad del entorno. Solo la respiración agitada de ambas mujeres y algún pequeño gemido reprimiendo una lágrima, amenazaban con romperlo. Alice se levantó y se marchó tan sigilosa como había llegado. Clara decidió esperar unos minutos a que su corazón se calmara. El papel quemaba entre sus dedos. La sola idea de que aquellas letras habían sido las últimas palabras de su madre antes de morir estaba aprisionando su corazón, que parecía negarse a continuar latiendo. Aspiró con fuerza y el aire frío de la noche relleno sus pulmones, que desde hacía rato parecían haberse quedado sin oxígeno. Se incorporó con decisión y sintió las rodillas doloridas, así que decidió volver a la Torre. Mientras caminaba, sus dedos acariciaron el fino papel escondido en el bolsillo de su chaqueta, y las lágrimas surcaron de nuevo su rostro, viajando hacia el precipicio de su cuello hasta caer abandonadas a su suerte.

Como ya estaba acostumbrada, Andy abrió la puerta antes de llamar. Su mirada denotaba una gran preocupación. Al ver su rostro desencajado dudó unos segundos, antes de atreverse a preguntar

—¿Como estas? ¿Necesitas algo?

Clara negó en silencio y se dirigió hacia la biblioteca, cerrando de un portazo y acurrucándose en el sillón de lectura dispuesta a leer la nota

Querida Alice,

Eres la única persona a la que me atrevo a enviar esta carta. Tengo que

agradecerte tanto...Tuve una infancia feliz gracias a ti, que reías siempre mis alocadas ideas y perdonabas mis errores sin condiciones, solo como una hermana puede hacerlo.

Necesito pedirte perdón por tantas cosas... Cuando crecimos desperté de aquel sueño en el que había vivido. Descubrí que yo no tenía nada, y tú lo tenías todo. Mi marido es un buen hombre, pero jamás lo he amado. Tenías razón, lo utilicé en tu contra. Soy detestable.

Estoy enferma, de algo incurable. Algo que me domina día a día y que cada vez me irá alejando más de mis hijas. Ellas son lo mejor que me ha pasado en la vida. Por fin he conseguido hacer algo bueno. No quiero hacerles daño, así que he decidido desaparecer antes de que sea tarde. El único modo de darles la oportunidad de ser felices

Un gemido desgarrado emergió de la garganta de Clara, que se dobló sobre sí misma enterrando la cabeza entre sus manos. Las palabras peleaban en su cerebro, tomando vida propia y escuchándolas en la dulce voz de su madre. Andrew entró asustado al oír su grito de angustia y corrió a abrazarla, el único consuelo que podía darle.

Cuando pudo recomponerse, Clara intentó hablar

—Mi madre...estaba enferma. Pero me quería...Nos quería tanto que prefirió morir a hacernos daño. —Un nuevo llanto la sorprendió. Andy esperó paciente a que se recompusiera de nuevo —Necesito saber porque... ¿Por qué me dejó? ¿Qué enfermedad era tan horrible como para no compartirla con nosotras?

El llanto volvió a arrebatarse las palabras de la boca y Andy acarició su rostro

—Shhhh, descubriremos que pasó. Te lo prometo

El cuerpo de Clara se abandonó ante los escalofríos se habían apoderado de él, de tal modo, que ya no respondía a sus órdenes. Andrew la cogió entre sus brazos y la llevó hasta su habitación. La depositó en la cama y besó su frente. Le quitó la ropa, que se encontraba humedecida por el sudor frío que había barnizado toda su piel, y la ayudó a ponerse el camisón. Clara seguía sus órdenes en silencio, levantando los brazos cuando él se lo pedía y dejándose llevar, a pesar de que sus ojos parecían haber abandonado la estancia para viajar muy lejos, a algún recóndito lugar de su mente. Cuando estuvo acostada, la arropó como a una niña y disminuyó la intensidad de la luz. Esperó a que su respiración adquiriera un ritmo más pausado y se dispuso a retirarse. La voz somnolienta de Clara lo sorprendió

—Quédate. Por favor. No quiero dormir sola. Sé que las pesadillas volverán...

El observó sus aterrados ojos con ternura. Deseaba tanto alejar aquella angustia de su rostro...Se desvistió en silencio y se introdujo en la cama con cierto reparo. Se mantuvo rígido durante unos segundos eternos, hasta que ella se giró, pegando su cuerpo al suyo y rodeando su cuello con los brazos. Fijó sus derrotados ojos en él y su boca se fue acercando peligrosamente a la suya. Al sentir el roce de sus labios, su piel ardió, mientras sus respiraciones agitadas sonaban a punto de estallar. Al reencontrarse, sus bocas perdieron el control, iniciando una lucha desesperada por poseerse. Clara parecía buscar aquel sabor olvidado con autentica angustia. El beso se tornó salvaje; sus lenguas se buscaron, intentando dominarse; los dientes de la joven aprisionaron los labios de Andy con furia y un regusto metálico inundó sus bocas. Tantos años de espera y de resentimiento volvieron aquel instante tan deseado en algo sumamente doloroso. Clara parecía estar sufriendo más que disfrutando, así que Andrew se alejó bruscamente

—¡Espera!, espera...

Ella lo miró indignada

—¿Qué pasa? ¿No es lo que querías?

Andrew negó con la cabeza, resignado. Los ojos de Clara brillaban expectantes, retadores a causa de la ofensa. Sus manos buscaron las de ella, que se mantenían frías e inertes sobre su cuello. Apoyó su frente en la de la joven

—Clara, hoy no necesitas esto... —Ella le devolvió una mirada llena de odio y se dio la vuelta con gesto ofendido, acurrucándose como un bebe. Al oír su llanto, ronco y entrecortado, Andrew se acercó por detrás, acoplando su cuerpo al suyo y rodeándola con sus brazos en un gesto lleno de ternura — Estamos juntos en esto. No soy tu enemigo, Clara Martí.

Por la mañana, Andrew se despertó antes que ella y observó cómo dormía. Se habían mantenido toda la noche abrazados y había sentido en su propia piel la agitación del cuerpo de Clara luchando contra alguien en sueños. Sus dedos habían secado varias veces las lágrimas que ella había derramado sin ser consciente de ello, mientras llamaba a su madre con voz infantil. Y todo eso unido al deseo que lo consumía cada vez que alguna parte de su cuerpo lo rozaba... Decidió levantarse con sigilo y salir a correr un rato, necesitaba tomar el aire.

Cuando salió por la puerta, encontró a Joan trayendo de vuelta a sus

caballos. El establo ya estaba totalmente reconstruido y su amigo no tenía sitio para más animales en su granja.

—¡Andy!. Veo que te mantienes en forma...

—¿Seguro que no quieres acompañarme? —Andy sonrió mientras le palmeaba la gran barriga cervecera que asomaba bajo la sucia camisa —Igual tu mujer te lo agradecería...

Joan sonrió. A pesar de los años transcurridos y de la distancia, siempre habían mantenido una relación especial. Sus vidas eran totalmente dispares, pero probablemente eso era lo que hacía que se respetaran de aquel modo

—Eso se lo dejo a los señoritos ingleses. Ya sabes...yo soy mas de trabajar duro, en la tierra.

—Realmente, te mereces cada uno de los terrenos que os regaló mi abuelo. Yo no habría sabido que hacer con ellos.

Andy sonrió, al ver como su amigo respondía con una mueca extraña a sus palabras. Cuando este tiró de las riendas de los caballos hacia el establo, Clara se asomó al jardín, impecablemente vestida y maquillada, invitándolo a una taza de café en cuanto dejara a los caballos instalados.

Joan entró en la cocina algo cohibido, pues a pesar de su amistad con Andy jamás había sido invitado al interior de la Torre. Clara sonrió al ver como lo observaba todo con verdadera curiosidad

—¿Es bonita, verdad? —Su amigo asintió y ella puso una humeante taza de café ante él, sobre la encimera —¿Azúcar?

Al pasarle la azucarera no pudo evitar fijarse en la mancha oscura que tenía en el brazo. Nacía en la base de la muñeca, extendiéndose hasta introducirse bajo la manga arremangada de su descolorida camisa.

—¿Que te ha pasado? —Joan la miró extrañado, hasta que ella señaló el brazo —Es una quemadura, ¿No?

—Sí,...no es nada. Me la hice cuando vine a ayudar a los bomberos. —La joven lo miró sorprendida, no sabía que Joan había estado allí durante el incendio. Este, al ver su cara añadió —Soy voluntario Forestal, aquí la mayoría lo somos. Los bomberos vienen de lejos y no siempre llegan a tiempo, y hay mucho bosque a nuestro alrededor...

Clara sonrió y cambió su gesto inicial de curiosidad por uno mas parecido a la admiración

—Eso está bien. Aun no puedo creer que alguien provocara el fuego —El corpulento cuerpo del hombre se removi6 sobre el pequeño taburete, que se tambaleó a modo de queja —Y tampoco entiendo como una persona capaz de

querer matar a alguien, se compadece por unos caballos...

Joan continuó en silencio, siguiendo el rastro que iba dejando entre ellos el humo que salía de la taza, creando sinuosas formas ante sus ojos. Clara se sintió algo incómoda, porque invitarlo no había sido algo casual. Las preguntas que durante tantos años se habían mantenido enterradas en el rincón más inhóspito de su mente comenzaron a escaparse de entre sus labios casi sin darse cuenta

—Joan...hay una cosa...Necesito saber algo de la noche del bosque

De pronto, el hombre levantó la vista sorprendido

—¿La noche del bosque?

Clara se sonrojó, temía que obligarle a recordar aquello hiciera que la buena sintonía que ahora tenían desapareciera, pero había llegado el momento de enfrentarse a la verdad

—Sí. Sé que Isabel tenía miedo de ir a casa, por lo de la droga...Pero necesito saber que te dijo, porque estaba tan nerviosa. No sé, quizás pasaste algo por alto..., algo que me ayude a entender porque se fue.

Joan la miró vencido. Carraspeó y suspiró, antes de hablar con voz entrecortada

—Isabel...Si hubiera sido capaz de retenerla..., quizás ahora estaría viva.

—Clara asintió en silencio, comenzaba a notar un gran nudo avanzando por su garganta. Joan la miró conmovido, antes de continuar —Cuando escapaste se volvió como loca. No paraba de gritar, de sollozar, pero yo no conseguía entender a que se refería. Habíamos tomado drogas y bebido demasiado...nuestras mentes no estaban demasiado lúcidas. Pero, aun así, intenté convencerla para que, en cuanto se calmara, fuéramos en tu busca

Durante unos instantes interrumpió la narración. Sus dedos recogieron la taza y la acercó a sus labios, humedeciéndolos, mientras con la otra mano se restregaba una lágrima. Clara negó con la cabeza, necesitaba más, tenía que haber algo más

—Pero... ¿Qué le daba tanto miedo? Isabel no le temía a nada, dudo que todo fuera por la droga que pudiera guardar en casa...

Joan se encogió de hombros

—Nunca la había visto así. Parecía que estaba poseída por el demonio. No paraba de llorar y gritar algo sobre una mujer

—¿Qué mujer?

—No se de quien hablaba, pero no paraba de repetir que tenía que alejarse de ti, que ella se lo había pedido, que se lo había ordenado, más bien. Sus

palabras estaban llenas de pánico. Le pregunté varias veces que quien la había amenazado, que yo la ayudaría...

Clara lo miraba asombrado. ¿Quizás la madre De Andy la había amenazado? ¿O la Señora Nichols?

—¿Y descubriste quien era?

Joan negó con gran pesadumbre

—Tras mucho insistir me di cuenta que no me escuchaba. Su mirada se encontraba perdida y comenzó a recitar las mismas palabras durante horas, parecía que alguien la había poseído. Finalmente, agotada, se acurrucó en el suelo, se abrazó sobre sí misma y su cuerpo comenzó a balancearse. Cuando ya estaba a punto de zarandearla para que reaccionara, fijó sus ojos en mí. Una mirada terrible. Su voz sonó hueca, como si estuviera en un trance, y supe que no se estaba dirigiendo a mí. Su mente se encontraba perdida en algún otro lugar. Dijo: <<Mamá, no le haré daño mamá. Seré una buena chica y desapareceré. ¿Me esperaras mamá?>>

Los ojos de Clara se encontraban totalmente abnegados, provocando que la luz que entraba del exterior difuminara los rasgos de su interlocutor, que ahora parecía muy lejano. Se los restregó, estaba agotada mental y físicamente. Todo aquel dolor: el de su madre, el de su hermana, el suyo propio... la estaban partiendo en dos. Sentía sus pulmones encogiéndose por momentos, dificultando su respiración. La voz de su acompañante cada vez le sonaba mas lejana y todo a su alrededor parecía estar derrumbándose.

Joan la agarró en el momento justo que estaba perdiendo el sentido y la estiró en el suelo con delicadeza. Comprobó que aun tenía pulso, aunque su tez estaba pálida. Saltó sobre ella dispuesto a desabrocharle la camisa, girar su cabeza a un lado y levantarle las piernas, justo cuando Andrew entraba por la puerta

—¿Que ha pasado? —Al ver a Joan sobre Clara, manipulando los botones de su camisa, no pudo dejar de mirarlo con desconfianza —¿Se puede saber que haces?

—Ha tenido un síncope. Solo necesita volver a respirar, lo estudié en el curso de voluntarios. Abre la puerta del jardín, necesita que le de el aire

Antes de que pudiera decir nada más, Andy tiró el agua que quedaba en la botella que llevaba en la mano sobre el rostro de Clara y esta reaccionó abriendo los ojos y aspirando con fuerza

—¿Que ha pasado?

—Eso me gustaría saber...Salgo un rato a correr y te encuentro dándome un

susto de muerte —Caminaba arriba y abajo impaciente, lo que hizo sonreír a Clara, pero no a Andy, que le recriminó —¿Te hace gracia?

Con la ayuda de Joan, Clara se incorporó. Se acercó hasta él, que llevaba la camiseta pegada a la piel por el sudor, y se abrazó a su torso buscando refugio. Este se quedó pasmado. Cerró los brazos, enterrando su frágil cuerpo entre ellos, y cambió el gesto taciturno por una sonrisa. Joan le guiñó un ojo cómplice y se alejó de la cocina en silencio.

CAPITULO 17

Año 1954

Isabeleta se introdujo en el elegante salón portando una gran bandeja de plata en sus manos. Claire levantó la vista y le guiñó un ojo, mientras la joven sirvienta depositaba con manos torpes el abundante desayuno ante su padre, que seguía leyendo el periódico sin prestarle atención.

El oscuro uniforme la hacía, si cabía, más delgada aun, y su rostro no había conseguido alejar aquella expresión perpetua de tristeza que solía acompañarla. Desde que trabajaba para ellos, su padre se había vuelto más tolerante con sus salidas, accediendo a que Claire fuera a misa cada tarde con la supervisión de la sirvienta. Por todos era conocido su vocación, (incluso había sido recomendada por el mismo sacerdote de la Colonia), así que el hombre consideró que, probablemente, sería una buena influencia para su díscola hija.

Cuando se quedaron solas en su habitación, le mostró la ropa que se había comprado en su última visita a Barcelona. La joven, al ver aquel vestido de encaje más escotado de lo que las normas del decoro marcaban, se santiguó varias veces, a lo que Claire respondió con una espontánea carcajada

—Vamos Isabeleta... ¿Estás segura de que no quieres probártelo? Estarías preciosa... —La sirvienta bajó la vista avergonzada —Está bien..., ya sé que la única indumentaria que estás deseando llevar es el hábito de la congregación.

Isabeleta la miró absolutamente ruborizada. Estaba muy agradecida a la Señorita Nichols por haberla sacado de la fábrica y de sus largas jornadas de trabajo, pero desde que era una niña había soñado con entrar como novicia en el convento. Su hermano, antiguo miembro de las Juventudes Libertarias y anarquista convencido, le había prohibido cualquier relación con la Iglesia, de la que solía decir: << La única Iglesia que ilumina, es la que arde >>. Así que, de momento, se conformaba con ir a limpiar los domingos por dos pesetas al mes y, entre aquellos muros, se atrevía a imaginar que compartía con las Hermanas las liturgias como una más.

Al ver como había perdido su atención, Claire replicó

—Aquí estarás bien. Tu hermano no te negará que me acompañes a la

Iglesia y las dos salimos ganando... —La miró con picardía —¿Tienes algún mensaje para mi hoy?

Isabeleta le dio una nota y una llave pesada y grande; no recordaba haberla visto antes. Tras leer la nota, Claire se giró nerviosa

—Necesito que hoy te demores un rato más después de la misa. No se...ves a hablar con la madre Superiora, o finge que te dejaste alguna cosa el domingo

—Pero yo no quiero mentir. ¿Y usted donde estará? Si le sucede algo, su padre me castigará.

Claire la miró comprensiva. Se acercó a ella y acarició su rostro con delicadeza. Sentía verdadera lástima por aquella joven y, a medida que pasaba más tiempo a su lado, más comprendía que se necesitaban mutuamente

—Escucha...Yo estaré bien. No hace falta que mientas, no voy a decirte donde voy. Nos reuniremos una hora mas tarde de la finalización de la misa en la verja de la entrada. Ya me preocuparé yo de que nadie me vea. ¿De acuerdo?

La joven asintió compungida y se santiguó varias veces antes de pedir permiso para retirarse.

Claire se puso su vestido nuevo y se cubrió con un elegante abrigo oscuro que le llegaba a los tobillos y una mantilla en la cabeza. Si alguien de sus vecinos viera el corto de la falda que llevaba debajo, provocaría un buen escándalo. Dudó unos instantes, antes de decidir que el riesgo valía la pena.

Tras la misa, se quedó rezagada con la excusa de dar una ofrenda a la virgen. A nadie le extrañó, pues los Nichols siempre habían sido generosos con la Iglesia de la Colonia. Así que se arrodillo paciente ante la imagen de piedra y esperó a que el resto de feligreses abandonaran el recinto.

Cuando se cercioró de que se encontraba completamente sola, salió sigilosamente y se deslizó por la puerta trasera del cementerio hasta llegar a los campos que rodeaban la Torre. Rodeó el muro hasta el punto exacto que el Gitano le había indicado en la nota, pero no consiguió ver ninguna puerta de acceso, tal como él había marcado. Tan solo encontró un gran arbusto que había nacido prácticamente de la misma base y le pareció que sus hojas se movían, a pesar de que la brisa estaba en calma. Para su sorpresa, Josep asomó sonriente entre las ramas y estiró de su brazo hacia el interior. Unas angostas escaleras bajaban hasta una especie de almacén excavado en la roca, en el que no había luz eléctrica, tan solo la llama temblorosa de una vela iluminando la fría estancia.

Claire se abrazó a sí misma al sentir un escalofrío, y admiró sorprendida

aquel sótano excavado en el muro de su propia casa. Observó las paredes de roca natural y descubrió, en lo alto, una pequeña reja que hacía de sumidero y que, por su posición, situó en el jardín trasero: la única ventilación de la estancia.

Decenas de cajas de metal se encontraban amontonadas en una de las paredes laterales. Se acercó a ellas, intentando disimular los nervios que la invadían al estar allí, a solas, con él.

—¿Que son esas cajas?

El la miró en silencio, con aquella intensidad que le absorbía la razón. Y Claire, como acostumbraba, sintió un pellizco estrangulando su estómago

—Nuestro futuro. —Josep desplegó una manta en el suelo —Ven, acércate.

La ayudó a despojarse del grueso abrigo que llevaba y Claire no pudo evitar que le temblaran las piernas, al sentir sus dedos rozando la piel desnuda de sus hombros. Cuando se giró, sus ojos se encontraron. Reconoció aquella mirada de deseo incontrolado, salvaje, apoderándose del oscuro iris del joven al descubrir la sugerente prenda custodiada bajo el abrigo. Sus dedos acariciaron su espalda, atravesando el filtro de encaje

—Tienes una piel tan fina... —El joven la miró a los ojos y ella descubrió una tristeza desconocida en ellos —Nunca seré lo suficiente bueno para ti

—¡No digas eso! Te quiero y nada ni nadie podrá cambiarlo.

El la miró de un modo distinto, como si aquellas palabras le hubieran instigado un profundo dolor

—Claire...esto no será fácil. Tu, te mereces lo mejor y yo no puedo dártelo

—Ella quiso replicar pero él se lo impidió —Tengo un plan, aunque no sé si tu...

Ella estaba impaciente. Desde que lo había conocido su mundo se había vuelto del revés. Nunca antes se había parado a pensar en lo muy diferentes e iguales que eran, en un amor real, sin límites ni convenciones. Su único deseo era estar con él, oír su voz, sentir su piel. ¿Estaba dispuesta a arriesgarlo todo: las competiciones, su posición, incluso la Torre? Con él se sentía fuerte, completa y poderosa. Ya no quedaba nada de aquella niña que apartaba atemorizada los ojos de su padre

—Haré lo que tú me pidas. Lo que sea.

Josep la miró emocionado. Había deseado tanto que le respondiera con aquella determinación, que, por unos instantes, olvidó todo lo que implicaba y quiso creer que podían inventar un nuevo futuro juntos. Sus labios se acercaron a los de ella y la besaron con intensidad, como si quisieran

materializar aquel soplo de esperanza y hacerlo suyo para siempre. Sus manos siguieron el contorno de sus curvas con suavidad, introduciéndose bajo el vestido y descubriendo nuevas sensaciones, incluso para un hombre experimentado como él. No sabía como había sucedido pero aquella joven, que nada tenía que ver con su mundo, había conseguido robarle el sueño y apoderarse del poco juicio que le quedaba. Odiaba no ser lo suficiente bueno para ella, obligarla a abandonarlo todo a cambio de una vida repleta de dificultades, así que decidió ofrecerle lo único con lo que ningún pretendiente de buena familia podría nunca competir: el placer del amor verdadero. Quería entregarse a ella por completo, crear un vínculo mágico entre sus cuerpos, que ya no sabrían vivir sin las caricias del otro.

Era la primera vez que Claire se desnudaba ante un hombre, pero la pasión borró cualquier atisbo de timidez. Cuando terminaron, él cambió la mirada de lujuria por una de admiración y ella buscó algo con lo que cubrirse. El Gitano sonrió y la envolvió en una manta, mientras le depositaba un casto beso en la frente. Se levantó y, al ver su cuerpo desnudo, Claire recordó el incidente del río, cuando aun ni soñaba ser el objeto de la mirada fogosa de aquel hombre. Cogió una de las cajas de la pila y la abrió, extrayendo de su interior un elegante estuche decorado con un lazo. La joven no dijo nada, seguía observándolo entre curiosa y asustada

—Claire, yo me dedico al contrabando de tabaco. No debes decirle a nadie que este lugar existe. Decidimos excavarlo cuando construimos el muro, a nadie se le ocurriría mirar en la propia casa del Amo. Viajo habitualmente hasta la frontera con Francia, tengo varios contactos allí. Si tu quisieras... —El joven tragó saliva —Si tu quisieras, podríamos exiliarnos juntos.

La mirada de sorpresa se hizo más patente

—¿A Francia? ¿Y de que viviríamos?

—Mi pequeño negocio de estraperlo me ha permitido tener buenos contactos. ¿Sabes quién es "El Pancho"?

Ella asintió, estaba harta de oír las quejas de su padre sobre los Maquis y sus ataques

—Mi padre dice que es un delincuente. Asaltó la oficina de la Mina de Serchs y ha secuestrado a gente inocente.

—Claire, tu padre y otros como él nos han explotado durante años y se han convertido en los perritos falderos de Franco. Solo pedimos lo que es nuestro.

—Claire hizo un mohín. Durante unos segundos su mirada se tornó recelosa. Josep le acarició el rostro y suavizó el tono —Igualmente..., ya no importa.

Desde que la CNT se ha desentendido de los maquis, ha abandonado la lucha. El Pancho vive ahora en Francia, lleva una vida tranquila. Me debe algunos favores, así que la semana pasada fui a hablar con él y me prometió que nos ayudaría. No pienso quedarme aquí por más tiempo. El trabajo en la fábrica era una cosa, pero la mina...Tu padre nos obliga a trabajar en ella. No me gusta. No cumple las condiciones de seguridad y nos paga dos duros. He intentado animar a mis compañeros, que nos unamos en sindicatos y luchemos por lo que nos pertenece, pero solo cuatro gatos me siguen. Últimamente hay mas accidentes de los habituales en la fábrica y nadie pregunta, nadie investiga que ha sucedido realmente. Tienen miedo y yo..., yo no quiero seguir viviendo con miedo.

El terror comenzó a instaurarse en el interior de Claire que sintió como sus pies y sus manos se helaban bajo la manta. Marcharse. Dejar todo lo que conocía, vivir huyendo... Pero Josep no solía tomar decisiones en balde, si no lo acompañaba se marcharía sin ella y no volvería a verle. Asintió en silencio.

El joven sonrió aliviado y buscó su mano, donde deslizó el pequeño estuche y esperó que ella lo abriera. Una bonita pulsera de oro relucía en su interior. De la fina cadena colgaban varias figurillas relacionadas con los caballos, lo que le robó una sonrisa a Claire. El se la abrochó con cuidado mientras le explicaba

—La vi en un escaparate en Toulouse y no pude evitar pensar en ti. Pase lo que pase... —Besó su mano con delicadeza —este será nuestro amuleto. Nos unirá siempre y te recordará que te amo con locura. Recuerda, hoy empieza nuestro futuro.

Un abrazo repleto de incertidumbre los unió durante largos minutos. Claire no paraba de recordarse que aquello era el principio de una nueva vida y que debía alejar aquel mal presentimiento que la atosigaba.

Cuando llegó a la verja, Isabeleta la estaba esperando con el ceño fruncido —Llega tarde, si su padre nos descubre...

—Tranquila Isabeleta, dentro de poco no tendrás que preocuparte más por mí.

La sirvienta la apremió a entrar en la Torre por la puerta del servicio. Un ruido seco a su espalda las sorprendió, aunque no consiguieron divisar a nadie, por más que lo intentaron. Entraron en la casa con cautela, (Isabeleta rezando por lo bajo para que nadie las hubiera descubierto y Claire con el rostro encendido por la emoción).

A aquel encuentro clandestino le siguieron muchos otros. Isabeleta seguía

protegiendo su secreto y haciendo de mensajera, mientras la joven heredera iba transformando la urgencia inicial en un amor más reposado y permanente. Disfrutaba cada minuto que pasabas a solas con Josep sin cuestionarse si aquello estaba bien o era un pecado, (como le recordaba constantemente su sirvienta). El plan del exilio había ido tomando forma durante aquellos meses, ya solo quedaban dos semanas para que su contacto viniera a buscarlos.

Mientras desayunaba, miró a Isabeleta y una punzada de culpabilidad la removió en su silla. Antes de irse se acercaría a hablar con la madre superiora para que la admitiera en su congregación y cuidara de ella como merecía.

Hacía pocos días que había descubierto que estaba embarazada, pero no tenía miedo. Al confesárselo a Josep él observó su vientre con auténtica adoración, besándola y abrazándola emocionado. Le prometió casarse con ella en Francia y, así, formalizar su unión como lo que iban a ser pronto: una familia. No podía ser más feliz.

La mañana antes de partir se despertó alterada y sudorosa. Sintió la pesadez del ambiente sobre sus hombros en cuanto se incorporó y una pequeña náusea subió por su garganta. Llevaba días con el cuerpo extraño, pero no paraba de repetirse que todo era a causa de su estado y de los nervios por la fuga. No había confesado a nadie que estaba embarazada, ni siquiera a Isabeleta, pues no quería ponerla en un compromiso. Y de hecho, aunque su relación era de confianza, entre ellas había cada vez más silencios. No podía explicarle sus planes de futuro con su hermano y estaba segura de que Isabeleta callaba algo que la atormentaba. Algo relacionado con el Señor Valls, que hacía que sus nervios afloraran sin control cuando el hombre se encontraba en la casa. Le preguntó varias veces, pero ella jamás le respondió, tan solo endurecía su mirada y se santiguaba con más energía de la habitual.

Claire se levantó de la cama y se sintió algo mareada. Sus manos se posaron en su vientre, que ya comenzaba a abandonar la planicie que solía tener, y lo acariciaron mientras miraba por la ventana. Buscó la estrecha reja que comunicaba con el almacén del muro y sonrió. Aquel lugar, que en un principio le había parecido tan tétrico, se había convertido en su rincón preferido de la casa.

Unas alteradas voces la sorprendieron y la puerta se abrió con gran estruendo. Isabeleta entró corriendo con el rostro desencajado y las manos temblorosas

—Una explosión..., ¡Ha habido una explosión!

Claire se acercó a ella, dispuesta a calmarla

—¿Qué pasa? ¿Donde ha habido una explosión? ¿En la fábrica?

La joven negó con la cabeza. Era la primera vez que Claire la veía llorar de aquel modo. Acarició su pálida mejilla y la joven levantó el rostro. La mirada de compasión con la que se topó, le recordó demasiado una que vio poco tiempo atrás.

Su cuerpo se deshizo, cayendo de rodillas sobre el frío suelo, y su corazón estalló en mil fragmentos que jamás conseguiría volver a unir. Una sola palabra resurgió entre sus labios apretados

—Josep...

La sirvienta asintió con rostro compungido y aquella confirmación robo el poco aire que quedaba en sus pulmones, perdiendo el sentido.

Cuando lo recuperó, se encontró los ojos de su padre y del Sr Valls frente a ella. Alguien la había vuelto a introducir en la cama y el médico de la familia la estaba auscultando. Ella giró el rostro hacía el secretario, que la observaba con gesto de preocupación, ignorando deliberadamente la mirada escrutadora de su padre

—¿Que ha pasado en la mina?

El Director se adelantó, apartando a su hijo de un manotazo y acercándose a ella con una sonrisa

—Nada importante, solo un accidente. Hubo una explosión y cuatro operarios perdieron la vida, el Gitano y sus camaradas... —Esperó su reacción, antes de continuar —Por suerte, el resto de los trabajadores se encuentran a salvo.

El hombre la miró expectante, mostrando una sonrisa de satisfacción que no se preocupó en ocultar. Aquello ya fue demasiado para Claire, que lo odió con todas sus fuerzas y explotó en un grito agudo

—¡Fuera! ¡Fuera de mi habitación! ¡Iros todos!

Los hombres la miraron contrariados, al verla tan fuera de sí. Por suerte, el médico intercedió pidiendo que se retiraran por el bien de la paciente y siguieron sus ordenes sin rechistar. Antes de salir, su padre se dirigió a ella en tono desafiante

—Mañana te espero en mi despacho, sin excusas.

A la mañana siguiente Claire se levantó de la cama dispuesta a hablar con su padre. Sintió un fuerte mareo y miró la bandeja intacta del desayuno. No era capaz de ingerir nada a pesar de que el médico, al descubrir su estado, la había estado sermoneando. <<Señorita Nichols, ahora debe pensar en el niño. Si no come, la salud del pequeño está en juego>>. Pero Claire se sentía

confusa. Aquel ser que crecía en su vientre había pasado a convertirse en lo único que le quedaba de su amor por el Gitano. Un doloroso recuerdo de un futuro que jamás llegaría, de una felicidad que ya no tenía cabida. ¿Cómo podría seguir adelante sin él? ¿De dónde sacaría las fuerzas para hacer feliz a su hijo?

Claire se arrodilló en el suelo, aun a medio vestir, y emitió un gemido desgarrado que le partió el alma a Isabeleta. Se acercó corriendo a su lado y la abrazó, sosteniendo su cuerpo tembloroso y recitando entre susurros un Padre Nuestro. La joven giró el rostro y la miró con desprecio, al descifrar sus palabras

—¡No vuelvas a rezar por mi! —Sus ojos volvían a estar brillantes y vivos, aunque jamás los había conocido tan llenos de odio —¿Dónde está tu Dios ahora? ¿Dime? ¿Dónde está?

La sirvienta no contestó. Últimamente, hasta ella misma dudaba de que si Dios existiera permitiera que pasaran cosas como aquella, o que hombres como el Sr Valls no fueran castigados. Decidió cambiar de táctica

—Mi hermano no hubiera querido verla así. El desearía que luchara por ese niño, por su hijo. —Sentenció con autoridad y templanza

Era la primera vez que Isabeleta le hablaba con aquella seguridad y Claire tuvo que admitir que, a pesar de haberle ocultado su embarazo, no le había recriminado en ningún momento que no hubiera confiado en ella. Su leal actitud era exactamente la misma de siempre. Así que la joven se levantó, enjuagó sus lágrimas de un manotazo y le pidió que le abrochase el escotado vestido de su primer encuentro con Josep.

A pesar de no estar de acuerdo con la elección, la sirvienta la ayudó a vestirse y a peinarse y, en cuanto estuvo lista, la acompañó hasta la puerta de la biblioteca. Claire quería mostrarse fuerte, pero la palidez de su piel no presagiaba nada bueno. La sirvienta temía que en cualquier momento cayera desmayada.

Entró sin llamar y se sentó bruscamente en el sillón frente a su padre, que levantó los ojos sorprendido. Durante unos instantes se retaron con la mirada, hasta que el hombre decidió ignorar aquella pequeña rebeldía.

—Hija... En cuanto te encuentres mejor volveremos a Londres. Con todo el tema de la explosión algunos hombres se han rebelado y aquí no estás segura. Hace tiempo que debería haberte obligado a volver —Los ojos de Claire desprendían verdadera aprensión, pero dejó que el hombre continuara antes de intervenir —Por desgracia, James Davis acaba de comprometerse con la

insulsa hija de los Taylor, pero estoy seguro de que en cuanto te vea cambiará de opinión. Nunca ha podido disimular lo que siente por ti...

—¡No! —Claire se levantó amenazante

Su padre cambió el gesto petulante con el que había dicho la última frase por uno más severo, a la vez que se levantaba también

—¿Cómo has dicho señorita? No creo que estés en poder de decidir

Los ojos de Claire destilaban verdadera rabia y pronunció las palabras con lentitud, saboreando la inmensa satisfacción que sentiría al mancillar el ego de su padre

—No creo que James Davis, ni ninguno de los pretendientes que usted consideraría dignos para mí, admitan un hijo que no es suyo... —Su padre abrió los ojos azorado y ella se recreó en su mirada de decepción —En mi vientre crece el hijo de el Gitano, de un simple trabajador de la fábrica, mi amante desde hace varios meses.

El impacto de una bofetada la obligó a girar el rostro. A pesar del dolor que sentía en la mejilla, la joven sonrió satisfecha. Era la primera vez que su padre enmudecía, nunca nadie había osado retarlo de aquel modo

—No voy a permitir que destroces todo lo que he creado por un simple capricho. Te quedarás aquí, encerrada —El hombre pronunció esa última palabra con auténtico desdén. Sabía que el mayor castigo que podía imponer a su hija era negarle la libertad. —No podrás salir de la Torre hasta que tengas al niño. Nadie debe saber que llevas un bastardo en tu vientre. Luego...volverás a Londres conmigo.

—¡No pienso volver a Londres nunca! Mi sitio está aquí. Solo me sacará de aquí muerta.

—Eso ya lo veremos.

Cuando abandonó la biblioteca, Claire corrió hasta el jardín trasero. Necesitaba aspirar con fuerza el aire limpio del exterior. Su corazón palpitaba acelerado y su mente no paraba de recordarle que si Dios le hubiera concedido un solo día mas a Josep, hoy estarían de camino a Francia, de camino a una nueva vida libre de estúpidas normas. Fijó sus ojos en la pequeña reja que daba al sótano y fue en busca de Isabeleta. Esta la miró contrariada al oír su petición

—Señora...pero si alguien me ve, pondría en peligro a los trabajadores que aun están vivos. Tras el accidente algunos se han alzado en protestas, ayer mismo varias hiladoras, mujeres de trabajadores de la mina, se negaron a tejer. Quieren que la mina se cierre para siempre y que se haga algún homenaje

a los que murieron

—Homenaje...Tu hermano no querría ningún homenaje. Lo que él hubiera querido es que sus compañeros lucharan juntos, se alzaran contra mi padre y el Señor Valls

—Pero si eso pasara acabarían cerrando la fábrica y usted tendría que volver a Londres.

—Tarde o temprano tendré que volver...Mi padre no cesará en el empeño de verme bien casada, con hijo o sin él. —Claire hizo un traspies y todo su cuerpo tembló. Isabeleta la sostuvo con fuerza, asustada —Creo que voy a ir a descansar. Me he hecho la dura ante mi padre, pero ya no me quedan fuerzas.

Al día siguiente Claire encontró una de las cajas de metal sobre su cama. La sirvienta había cumplido su promesa de ir en busca de una para ella, antes de que descubrieran el sótano y lo destruyeran todo. En su interior encontró varias cajetillas azules con la silueta de una gitana dibujada, la misma que se encontraba en la tapa metálica. Las letras de la marca de cigarrillos francesa se encontraban grabadas en relieve.

Claire fue en busca de todo los recuerdos del Gitano y, una a una, fue introduciendo las fotografías en las que él aparecía, acariciando su rostro antes de hacerlo, intentando así mantenerlo vivo en aquel rincón secreto. Decidió guardar también la pesada llave, pero no la encontró. No le importó, ya nunca mas volvería a aquel lugar y, como todo lo que estaba guardando, su recuerdo quedaría sepultado allí dentro junto a su corazón, que ya nunca sería capaz de volver a latir por nadie.

En el último momento decidió incluir el libro de cuentos. Hacía pocos días que su amiga, la Srta. Gordon, se lo había hecho llegar y Claire se había quedado prendada de las bellas ilustraciones que acompañaban el texto que su madre había imaginado.

Abrió por última vez el libro y volvió a releer la historia. Varios días antes se lo había mostrado al Gitano y recordó su sonrisa al leer el final, en el que un campesino de la zona escalaba hasta la torre y besaba a la princesa, volviéndola a la vida y enamorándose al instante, para luego vivir felices para siempre. <<Esta es nuestra historia, tu eres la Princesa y yo un simple campesino. Tu madre supo predecir que tu destino no estaba junto a un príncipe aburrido, si no junto a un valiente trabajador.>>. Casi pudo volver a oír la carcajada de felicidad que sus labios emitieron..., hasta que el dolor la devolvió a la realidad: Josep había muerto y ella jamás podría volver a creer en cuentos de hadas. La impotencia de esa verdad la golpeó y Claire gritó

desesperada, arrancando el bello final, tan absurdo ahora, y rompiéndolo en multitud de trozos que cayeron esparcidos sobre su cama.

Cuando vio el destrozo que había hecho se arrepintió al momento, pero ya no le quedaban fuerzas para culparse de nuevo. Guardó el libro mutilado y cerró la caja. Otro sueño roto quedaría sepultado en ella para siempre.

Los siguientes meses los pasó encerrada en su habitación, sin ganas de seguir adelante. El vientre de Claire iba tomando forma, como si aquel ser desconocido quisiera demostrarle que, aunque se creía muerta en vida, en su interior aun quedaba energía suficiente para los dos. Su padre pasaba la mayoría del tiempo en Londres, aunque el Sr. Valls se ocupaba de vigilar que la joven no saliera de la propiedad. Isabeleta le informaba de las habladurías que corrían sobre ella en el pueblo: todos creían que había vuelto a Gran Bretaña y que se había casado con algún hombre importante, tal como le correspondía a su posición.

Claire la observó mientras le servía el desayuno. Cada día estaba mas delgada y bajo sus ojos se habían instalado dos grandes sombras que le daban un aspecto fatigado

—Isabeleta, ¿Estás bien? Quizás te estoy haciendo trabajar demasiado, ahora que has vuelto a la fábrica.

—No podía dejar a mi hermana sola. Ya no tenemos los ingresos de mi hermano y con cuatro hijos varones..., ella lo necesita más que yo.

—Ya te lo dije, tu hermana se aprovecha de ti. Le das todo el dinero que ganas. ¿Y tú qué?

—Yo no necesito nada...Y ya sabe que aquí vengo por usted, para que no se sienta tan sola. Tengo comida con que alimentarme y un lugar donde dormir..., con eso es suficiente. —Alzó su resignada mirada a la dueña de la casa —Pero usted debería comer mas. Si no, ¿cómo va alimentar a esa niña?

Claire la miró con gesto ceñudo

—Ya te he dicho mil veces que será un niño. Se hará un hombre fuerte y guapo como su padre y... —Claire tragó saliva —nunca me dejará sola. ¿Te he dicho como le voy a llamar?

Isabeleta negó en silencio, sonriente. Le gustaba ver que Claire se estaba recuperando lentamente. Aun comía poco y pasaba muchas horas sola en su alcoba en silencio, mirando fijamente hacia aquella reja del jardín como si la vida le fuera en ello. Pero empezaba a mostrar signos de recuperación y estaba segura que en cuanto naciera el niño, volvería a ser la joven testaruda que un día fue. El tiempo conseguiría matizar el dolor de aquella perdida.

CAPITULO 18

Año 2014

Clara volvió profundamente decepcionada del Registro de la Propiedad de Berga. El viaje no le había servido de nada, pues tan solo le habían permitido entregar una solicitud para que, con suerte, en el plazo de un mes le enviaran la copia de la concesión de los terrenos al Sr. Valls por correo. ¿Cómo podía estar todo tan anticuado? Tenía la sensación de que iba avanzando a paso de tortuga y que algo importante se le estaba pasando por alto.

Le sorprendió entrar en la casa abriendo con sus propias llaves, sin que Andy se anticipara a sus deseos. Se había acostumbrado a tenerlo siempre pendiente de sus pasos y, tuvo que reconocer, que echó de menos que esta vez no fuera así.

Oyó voces en la biblioteca y reconoció la de Marc al instante, pero en cuanto entró, dispuesta a recibir su cálida sonrisa, le sorprendió su frialdad. Junto a él se encontraba Andy y un joven que no conocía, pero que la estudió con curiosidad y la saludó con un gesto desgarbado de cabeza.

Clara se dirigió a Marc

—¿Sucede algo?

Este la miró en silencio, pero no contestó. Le dio la mano al joven a modo de despedida y lo acompañó hasta la puerta. Clara buscó a Andy, que seguía con la vista al suelo

—¿Me podéis explicar qué pasa?

Este levantó el rostro y contestó secamente

—Clara, siéntate.

La joven siguió sus órdenes en silencio. Por el gesto de su cara y la vena que comenzaba a marcarse en su cuello dedujo que era grave. Marc se decidió a hablar

—Este chico es un amigo de Carmeta. Es un experto informático y ha traído esto para ti.

Clara reconoció su ordenador y lo entendió todo al momento

—¡Ah, sí! Me lo llevé de casa de Samuel, pero con los nervios se me cayó al suelo y no conseguí arrancarlo. Carmeta me dijo que... —Observó a los dos primos, que mantenían un rostro de decepción imperturbable —¿Qué sucede

exactamente?

Andy se levantó de mala gana y puso la pantalla del portátil a escasos centímetros de Clara. En el escritorio volvían a aparecer varias carpetas que no recordaba que estuvieran allí y que el joven debía haber recuperado del disco duro. Andy puso el cursor sobre una y leyó el contenido antes de abrirla

—Clara —Clicó y, en segundos, la imagen del primer anónimo que había recibido en la cabaña inundó la pantalla. —¿A qué estás jugando?

Clara lo miró ofendida. No le gustaba nada el cariz que estaba tomando aquella conversación

—¿Pero de verdad crees que he sido yo misma? ¿Qué sentido tiene eso? ¿Y el incendio? —Sus ojos se humedecieron, en cuanto vio la duda en los de Andy y comprendió —Entiendo. Crees que intenté suicidarme..., como mi madre.

Se reclinó en el sillón totalmente abatida, al detectar como ambos rehuían su mirada. De pronto Marc se levantó, asintiendo con euforia

—¡Samuel! Está claro. Has dicho que el ordenador estaba en casa de Samuel. Ya tenemos a nuestro acosador. El amigo de Carmeta nos ha explicado que estaba en un archivo oculto que alguien había borrado y escondido minuciosamente. Si el ordenador no se hubiera estropeado, jamás lo hubieras buscado allí.

Clara negó con la cabeza

—No, no puede ser...Samuel jamás intentaría matarme. No tiene sentido — Fijó sus ojos en Andy, que ahora ardían de rabia. Su voz sonó desesperada — Dijisteis que tenía una coartada: la cena de fin de curso...Andy, por favor...

Este levantó la vista una vez más y Clara descubrió una gran decepción en su mirada. Tan solo dijo

—Si creyeras de igual modo en mí... —negó con la cabeza y salió de la biblioteca arrastrando los pies. Clara se giró hacia Marc, ignorando el comentario

—Me niego a creer que Samuel intentara matarme

—Clara, si no has sido tú, está claro que él escribió los anónimos. Si es capaz de hacer algo así..., pudo sobornar a sus alumnos para que lo cubrieran. Tengo que llamar a la policía

Se acercó más a él y se aferró a su brazo con insistencia

—¡No! Déjame hablar con él. Lo citaré aquí, y vosotros estaréis a mi lado, no me pasará nada. Tengo que darle la oportunidad de darme su versión, no puedo explicarte porque, pero... se lo debo.

Tras convencer a Marc se acercó a la cocina, sentía la garganta seca. Alka y la madre de Andy mantenían una conversación relajada. Pensó en dar la vuelta, pero al verla, la Señora Mathew reclamó su atención

—¡Clara! Tengo algo para ti. —Sus miradas se encontraron y la joven decidió darle una oportunidad a aquella mujer, al fin y al cabo había sido como una hermana para su madre. Ella sonrió al ver que aceptaba la fotografía que le ofrecía —A pesar de todo...la he llevado siempre conmigo.

Clara observó a las niñas de la imagen. Si no hubiera conocido la verdadera historia, hubiera jurado que desprendían una felicidad absoluta. Las dos iban vestidas con un delicado vestido de encaje y un gran lazo en la cabeza. A pesar de que era en blanco y negro y que la superficie estaba muy desgastada, Clara pudo discernir como, sin pretenderlo, su madre brillaba con luz propia. Había algo en su mirada, en aquella sonrisa...que te obligaba a dirigir la atención hacia ella, ignorando el resto de la composición.

Aun así, intentó fijarse en los pequeños detalles. Vio que las dos niñas posaban junto a un pequeño arbusto lleno de flores y en sus manos llevaban varios utensilios de jardinería. Alice explicó orgullosa

—Ese día plantamos las violetas. El lugar lo escogió mi madre... ¿Donde mejor que junto al pozo de los deseos?

—¿El pozo de los deseos? —Clara prestó mas atención a la imagen, justo donde la mujer había señalado. —Nunca he oído hablar sobre ese pozo

La madre de Andy sonrió, alzando los hombros y estrechando más su cuello, si es que eso era posible

—¿Ves esa reja? Ahora está tan cubierta por la espesura de la planta que no se ve. Tu madre y yo solíamos acercarnos y tirar monedas cada vez que teníamos un deseo. Creo que es un pozo antiguo, de la época de la guerra. No se...quizás fue un antiguo refugio.

—Es extraño. He estudiado los planos a conciencia y no recuerdo ningún pozo en los originales. —Clara salió al exterior y Alice la siguió

Observó el muro, tapizado por la frondosa vegetación de la planta trepadora, introdujo la mano por detrás de los troncos y fue palpando las piedras una a una. Topó con algo metálico, que por la rugosidad que lo envolvía dedujo que estaba oxidado y tenía forma de barrote

—¡Una reja! Aquí hay una reja. —La mujer asintió en silencio —Intentaré apartar un poco las ramas. A ver si consigo divisar algo...

Al hacer fuerza, una ventana rectangular se mostró ante ellas. Se acercó y observó el interior pero solo divisó oscuridad. La madre de Andy lanzó una

moneda por el orificio. El ruido lejano del metal golpeando el suelo acabó de convencer a Clara de que se encontraba ante un pozo seco. La nostalgia en las palabras de Alice la devolvieron a la realidad

—Si pudiera volver atrás, cambiaría tantos de esos deseos que pedí...La última vez ya era madre. Llevaba años sin acercarme a la reja, pero recuerdo que salí al jardín y tuve la necesidad de lanzar una moneda. Pedí que mi hijo conociera lo que es el amor verdadero y que la persona que escogiera le hiciera feliz. Tan feliz como me lo hace su padre a mi

Clara no dijo nada, posó su mirada en aquellos ojos saltones, consciente de que algo había cambiado entre ellas el día anterior. Quizás estaba empezando a mirarla a través de su madre. Si ella fue capaz de encontrar la bondad en Alice..., le tocaba a ella intentarlo también.

Cuando volvió a la Biblioteca, Andy se encontraba sentado en el sillón de lectura con los ojos fijos en un papel que sostenía entre los dedos. Al oírla entrar levantó la vista y la fijó en ella, incómodo. A pesar de estar realmente dolido con su reacción anterior y su falta de confianza, acababa de encontrar algo importante

—Ven, acércate.

Ella lo miró con recelo, pero acercó una silla y se sentó junto a él, en silencio. Sostenía varios papeles en la mano, que llevaban el sello de la Colonia

—He encontrado la ficha laboral de tu madre. Lo he estado leyendo y...

Clara sintió como los nervios volvían a instalarse en su estómago.

—¿Qué has descubierto?

—¿No quieres leerlo tú? Es algo muy personal..., yo...

Clara acercó su mano a la de Andy y entrelazó sus dedos con los suyos

—Confío en ti, Andy, y necesito que estés conmigo. No puedo hacer esto sola.

El actor tragó saliva. No acababa de comprenderla, a pesar de que su corazón había saltado de alegría y había deseado abrazarla y besarla al oír sus palabras. Decidió explicar, paso a paso, todo lo que había descubierto. Apartó un poco su cuerpo y estiró de su mano, obligándola a sentarse junto a él en una banqueta. Comenzó a hablar con voz cálida, mientras sus dedos acariciaban los de ella con ternura

—Clara...tu madre estaba enferma, pero no era una enfermedad cualquiera. Tras varios episodios de rebeldía con sus encargados e incluso con sus compañeras de trabajo y algunas situaciones comprometidas,

decidieron llevarla a un especialista. Estuvo varias veces ingresada en un centro llamado " Sagrat Cor"

—¿El hospital psiquiátrico?

—¿Lo conoces?

—Estuve hace unos días en él, fui a visitar a Daniel. Luisa estaba preocupada..., su salud ha empeorado y parece ser que no le queda mucho tiempo.

Andrew bajó la vista avergonzado. Siempre se había sentido culpable por lo que le hicieron a Dani, razón por la que no había vuelto a hablar con su madre ni le había visitado nunca. Al ver que no continuaba, Clara lo apremió

—¿Mi madre tenía problemas mentales?

—Parece ser que tuvo varios episodios de alucinaciones y el médico de la Colonia decidió remitirla a uno de los psiquiatras del Hospital. Le detectaron Esquizofrenia, está explicado en el informe

—¿Esquizofrenia? —La voz de Clara comenzó a alterarse levemente —
¿Que significa eso, que estaba loca? Podría ser hereditario, ¿no?

Andrew acarició su rostro, intentando borrar el miedo que volvía a estar presente en él.

—Clara, no eres esquizofrénica. Hace unos años tuve que interpretar un papel sobre un enfermo mental y leí bastante sobre el tema. Hay muchos tipos de esquizofrenia y, aunque a veces hay un componente genético, no siempre tiene porqué. Los síntomas suelen ir relacionados con alucinaciones y, muchas veces, componentes suicidas. Tú no sufres ninguna de esas cosas.

Clara se perpetuó en su silencio; mantenía los ojos fijos en el suelo y su respiración se había acelerado. Tras un suspiro resignado contestó en un susurro

—Yo tengo pesadillas...

—¡Todo el mundo tiene pesadillas!

—¡No! Las mías son tan reales...Muchas veces puedo oír a mi madre hablándome en ellas.

—Pero eso no quiere decir nada. Existen otros síntomas característicos de la enfermedad, como por ejemplo la tendencia a auto-lesionarse o al suicidio. Yo no he visto ninguno en ti

Clara se giró, buscando sus ojos, que encontró más dubitativos de lo habitual. Suspiró, intentando recuperar las fuerzas, y decidió que había llegado el momento de sincerarse

—Hace unos años, cuando cumplí veinticuatro años, tuve un episodio algo

comprometido... Me sentía muy sola. Elisa ya había conocido a Julián y, aunque yo había iniciado mi relación con Samuel, aun no era nada serio. Recuerdo que, como cada noche de San Juan, me encerré en casa dispuesta a ver una vieja película y llorar hasta que me doliesen los ojos. Desde que no pasaba esa noche con Elisa, era como un ritual para mí...Sabía que al día siguiente todo volvería a la normalidad. Pero aquel año fue distinto, Elisa acababa de llamarme y me dijo que se casaba, que era la persona más feliz del mundo. Y yo..., yo me moría de envidia, no pude soportarlo, pensé que de nuevo me habían abandonado. —Hizo una pausa, preparándose para contar uno de sus secretos mejor guardados. Por primera vez iba a hablar en voz alta de uno de sus episodios mas oscuros —Fui en busca del bote de pastillas para dormir, le escribí una nota de despedida y me puse el camisón de satén que me regaló tu abuela. —Clara sintió como el dedo de Andy recogía las gotas que se deslizaban por su rostro, pero fue incapaz de mirarlo. Tragó saliva y se obligó a continuar —Llamaron a la puerta y apareció Samuel, sonriente, ajeno a todo aquel dolor. Al ver mi rostro desencajado no dijo nada, no me preguntó que me pasaba. Entró en silencio, me abrazó y me consoló durante toda la noche. Al día siguiente, cuando desperté, me había preparado un buen desayuno y recogido toda la casa. Cuando entré en la habitación todo había desaparecido: la nota de suicidio, las pastillas, incluso el camisón. En la mesita tan solo había una rosa roja con una felicitación de cumpleaños y un poema.

Clara se levantó y buscó uno de los libros entre los estantes. Se lo ofreció y Andy leyó el título con curiosidad: *Veinte poemas de amor y una canción desesperada. Pablo Neruda*. Abrió el poemario por una página marcada y leyó en voz alta unos versos que se encontraban subrayados:

*Me gustas cuando callas porque estás como ausente.
Distante y dolorosa como si hubieras muerto.
Una palabra entonces, una sonrisa basta.
Y estoy alegre, alegre de que no sea cierto.*

Andy suspiró de nuevo y volvió a mirarla en busca de respuestas
—Por eso no quieres denunciarlo. Crees que le debes la vida...
—No es solo eso...Aquello fue como un compromiso, una promesa de que cuidaría de mi pasara lo que pasara y que respetaba mi silencio, mi dolor. Samuel me ha mantenido a flote todos estos años. Me salvó de mis deseos de

autodestrucción y consiguió que olvidara todo aquella aflicción durante mucho tiempo

—Entiendo...Y yo solo he conseguido recordártelo. —Ella no contestó, así que él continuó confirmando —Y aunque no quiera, aunque sea lo último que desee provocar en ti..., siempre te lo recordaré

—Supongo que es inevitable. —Andy emitió un bufido como respuesta, por lo que ella se apresuró a aclarar —Pero, ¿sabes?, cuando miro atrás, solo he sido realmente feliz una vez en mi vida. —Levantó la vista y sonrió tímidamente —Aquel verano descubrí algo nuevo gracias a ti. Tú me enseñaste a ser feliz.

Andrew suspiró profundamente, esta vez de satisfacción, y sus dedos presionaron los de Clara con más energía. Sus pupilas se clavaron en ella

—Entonces...encontraremos la manera de estar juntos sin recordar todo aquel dolor, Clara Martí —Guiño uno de sus rasgados ojos, ahora empañados, y sonrió —No me cansaré de buscarla, te lo prometo.

Se abrazaron en silencio, deleitándose con el refugio que el cuerpo del otro les brindaba, prometiéndose nuevas oportunidades. Marc entró ruidosamente en la estancia con el nuevo teléfono de Clara en la mano y gesto preocupado

—¿Lo llamas tu o lo hago yo?

La joven lo aceptó a regañadientes, mientras Andy se dirigía hacia la puerta. Antes de salir, Clara lo llamó

—¡Andy, espera! Gracias...

El giró su musculoso cuerpo y le dedicó una de sus sonrisas irresistibles

—De nada. Por cierto, la próxima vez que vayas a ver a Dani avísame. Quisiera acompañarte.

Clara asintió complacida y pidió al asistente que la dejara sola. Prefería enfrentarse a Samuel sin nadie que la cuestionara.

Tras el mal trago de la llamada, decidió dar un paseo. Encontró a Marc jugando con Eric a pelota en el jardín. El niño reía divertido ante los malabarismos que su amigo hacía cada vez que se la lanzaba, por lo que Clara no pudo evitar sonreír.

Miró a lo lejos, al sol que empezaba a esconderse sigiloso tras las altas montañas, y aspiró con fuerza, dispuesta a beber la pureza de aquel aire en un solos sorbo. Se sentía privilegiada de poder admirar tanta belleza con tan poco esfuerzo; buscó las cimas nevadas de las altas montañas pirenaicas y una estrecha columna de humo llamó su atención, rompiendo el lienzo anaranjado

que el atardecer había dibujado en el horizonte. Clara se dirigió a Marc

—Parece que hay un incendio. Hoy Joan va a tener trabajo

El joven la miró sorprendido

—¿Joan?, No te preocupes, debe ser algún agricultor quemado malas hierbas. ¿Te ha dicho que iba a limpiar el campo de rastrojos?

—No, no es eso...Me comentó que era voluntario forestal y que suelen colaborar en todos los incendios de la zona, como cuando el fuego arrasó el establo y vino para ayudar. Es una labor muy loable, teniendo en cuenta que se juegan la vida. Y si no, que se lo digan a su brazo, tiene una fea marca que le durará bastante tiempo, si no es que le queda para siempre...

La pelota impactó en el rostro de Marc con fuerza. Su compañero de juegos había aprovechado el momento, al verlo pensativo, y había lanzado a dar dispuesto a sorprenderlo. Durante unos segundos cambió su gesto risueño habitual por uno de preocupación, pero al momento sonrió de nuevo y salió corriendo tras el niño, que escapó a toda prisa entre carcajadas.

Con lo poco que conocía al primo de Andy, sabía que era una buena influencia para ese niño, y probablemente, era el único que podía conseguir que cambiara su habitual mirada recelosa por una de esperanza.

Había refrescado bastante, así que se abotonó la chaqueta hasta arriba y caminó hacia el jardín. Fue escogiendo algunas violetas y formando un ramo, quería llevarlo al cementerio tal como se había prometido. Volvió a asomarse a la estrecha reja y se sorprendió de que jamás hubiera divisado aquella abertura en el grueso muro de piedra. Estaba claro que la situación de la planta trepadora sobre esta no había sido escogida al azar, de hecho estaba segura de que su intención era esconderla de miradas indiscretas.

Cuando llegó al cementerio se arrodilló ante las lápidas. Como cada vez, la tristeza volvió a sorprenderla, aunque esta vez no dejó ir ni una lágrima.

—Mamá, no tenías la culpa. Estabas enferma y solo querías protegerme. Siento haber dudado de ti todos estos años. Te quiero. Ahora, solo debo descubrir si yo..., si yo puedo ser feliz.

Volvió a la Torre a paso ligero. Tenía la sensación de que, en cada una de aquellas visitas, una parte de culpa y rencor se desprendían de su piel, aligerándola, dejando que avanzase más fácilmente hacia nuevos horizontes. El teléfono vibró en su bolsillo. Era Luisa: una de las mujeres que había trabajado en la fábrica de la Colonia, había accedido a concederle una entrevista. La había citado al día siguiente en la Posada, pero, por lo que

parecía, la mujer había insistido mucho en realizar la entrevista en la Torre del Amo y quería visitar la fábrica, así que su amiga quería pedirle permiso.

—¡Claro! No hay problema. Supongo que después de tantos años está deseando conocer la casa de los Amos. En aquella época tenían vetada la entrada

—¡Perfecto!, entonces quedamos mañana sobre las diez en la Biblioteca. Clara, una cosa mas...

—¿Dime?

—Esa mujer...es un poco especial. Tiene casi noventa años, y creo que hace tiempo que decidió que ya no tiene nada que perder, así que no tiene pelos en la lengua. Si no le gustas te lo dirá sin complejos, pero no le hagas mucho caso.

—¡Ja, ja, ja! Hace tiempo que he aprendido a ignorar lo que son los prejuicios. Todo irá bien, seguro.

A pesar de que lo creía de verdad, estuvo impaciente hasta la hora de la entrevista e incluso se sobresaltó cuando sonó el picaporte de la entrada.

Abrió con una gran sonrisa, que amplió al ver como se la devolvía una anciana de prominente delantera y mirada vivaracha. A pesar de su avanzada edad y su artrosis, (tal y como ella le había relatado con todo lujo de detalles al subir la escalera con esfuerzo), la mujer caminaba con una premura innata, y sus movimientos eran precisos y decididos.

—Señora Rigau, me alegra ver que se mantiene tan bien.

Luisa, que caminaba tras la mujer, comenzó a gesticular en silencio, intentando enviar algún mensaje a Clara que no acabó de interpretar. La anciana sonrió, mostrando una dentadura mellada, y se dirigió a ella con voz chillona

—Su amiga le está diciendo que me hable por el oído derecho. Por desgracia, esa es la herencia que nos dejó la fábrica... ¡Estamos todas sordas como una tapia!

—Ah... ¡lo siento! —gritó Clara

—No lo sientas, es lo que había. Y aun éramos afortunadas de tener trabajo y techo. —La mujer acercó sus dedos al rostro de Clara —Así que eres hija de Isabel, de Cal Gitano...

—¿Conoció a mi madre?

—No, a tu madre no. Cuando ella empezó a trabajar yo ya no vivía en estos parajes. Pero... te pareces mucho al Gitano. —La invitada seguía estudiándola con insistencia y Clara comenzó a incomodarse. Ella continuó —

Todas estábamos enamoradas de él, ¿sabes? Y él lo sabía, ¡vamos si lo sabía! Hacía con nosotras lo que quería. Hasta que ella..., hasta que ella apareció.

—¿Ella? —Clara contestó interesada, pero la mujer siguió hablando al vacío de la sala

—Sus aires de princesa, su blanca piel, lo deslumbraron igual que las polillas cuando enciendes la luz. Esa fue su desgracia —El tono mostró su disgusto, a pesar de los años.

—Disculpe pero es que... no sé de qué me está hablando

Tras una pausa, en la que su mirada recorrió la estancia y se detuvo en la imagen que se mostraba tras la cristalera, siguió relatando con voz grave. Su mente, probablemente, había volado hasta aquella época en que era una joven tejedora

—En la fábrica solo habían dos estatus: el que mandaba y los que obedecían sin rechistar. Josep era un soñador. Quería que nos uniéramos en sindicatos, que lucháramos por lo que era nuestro. Nosotros no sabíamos hacer huelga. Nos habían educado para trabajar obedeciendo. Si estabas en la Colonia era porque aceptabas un sistema impuesto por el Amo y no te planteabas cambiarlo. —Negó con la cabeza, al tiempo que continuaba — Empezó a organizar mítines clandestinos, en los que cada vez reunía a un mayor número de personas y prácticamente nos tenía convencidos. Estábamos dispuestos a revelarnos ante el Amo, incluso habíamos empezado a organizar un sindicato de hiladoras. Entonces..., entonces nos traicionó.

A medida que avanzaba, aquella historia iba atrayendo el interés de Clara, que no pudo evitar interrumpir la narración

—¿Qué hizo? ¿Cómo les traicionó?

Los velados iris de la mujer se fijaron en ella y la miraron con una dureza que Clara no había visto antes en ellos

—Se enamoró de ella. —Tras esa afirmación, la anciana se sentó con gesto abatido y selló sus labios.

Clara insistió

—¿De quién?

La mirada cetrina de la anciana volvió a encontrarse con la suya. Cerró ligeramente los ojos y, durante unos segundos, apretó los labios con más energía, antes de contestar con rabia contenida

—La hija del amo. —Suspiró con resignación —Fue un suicidio, él sabía que era un amor imposible, que si lo descubrían era hombre muerto. Luego supe que quería marcharse, dejarlo todo y abandonarnos. Nunca pensó en ser

nuestro líder, nuestro guía, solo pensaba en ella.

—¿Y lo descubrieron?

—El Gitano murió en una explosión junto a sus tres camaradas más íntimos. Eran los únicos que no tenían miedo, los que siempre alzaban la voz contra el Amo cuando se cometía alguna injusticia. La mina era una ruina, no funcionaba bien y el Señor Nichols debía mucho dinero a varios altos cargos de Barcelona. La mina estaba asegurada por mucho dinero. Eso es todo lo que se.

—Quiere decir que... el Señor Nichols provocó aquella explosión

—Yo no digo nada. Quién sabe. En aquella época todos callaban, tenían miedo y ahora..., ahora ya no importa.

Clara contestó con determinación

—¡Claro que importa!

—¿A quién le importa una cosa que sucedió hace más de cincuenta años?
—le rebatió en un susurro.

La joven la miró directamente a los ojos. Si sus sospechas eran ciertas, el Gitano era de su familia, concretamente su tío-abuelo. Pensaba investigar que había sucedido

—A mí. Descubriré que pasó, se lo prometo.

La mujer sonrió con ironía

—Tienes su misma determinación, la misma energía y rebeldía —Volvió a fijar los ojos en los de Clara —Es imposible que seas nieta de Isabeleta. Ella era una Valls de pies a cabeza, aunque eso tampoco podía decirse..., por muy evidente que fuera. —Clara sintió un escalofrío al notar el tacto rugoso de aquellos ancianos dedos sobre su rostro. La mujer se enderezó y adoptó de nuevo un tono alegre —Bien, entonces..., ¿Quieres que te explique para que sirven todas esas máquinas? A pesar de los años, estoy segura de que si arrancáramos una, la sabría llevar con los ojos cerrados. —Añadió con orgullo —No en vano fui una de las mejores tejedoras de la Fábrica.

—Sí, claro, para eso la he llamado. Podemos acercarnos a la fábrica. No están todas porque, tras el cierre, se vendieron la mayoría. Pero hemos conseguido recuperar algunas de las originales y tenemos a varios expertos restaurándolas

Luisa acompañó a la mujer hasta la entrada. Antes de bajar la escalinata de piedra, se giró y estudió toda la estancia: los altos techos, la madera noble de las puertas, los muebles de caoba. Un nuevo destello brilló en sus ojos, los recuerdos parecían restar años a su mirada.

—Nunca pasé de la verja dorada. Cuando los Amos llegaban desde Inglaterra, todas las chicas veníamos hasta la reja y los espiábamos. Observábamos como iban vestidas las mujeres, como se peinaban, los sombreros que llevaban... Aquí no podíamos ni soñarlo siquiera. Eran muy elegantes las dos, mas la madre que la hija, —chasqueó la lengua —, lástima que murió joven.

Luisa y Clara cruzaron una mirada triste. Las palabras de aquella anciana arrastraban una melancolía que se iba apoderando de ellas sin remedio. De algún modo, ellas también pertenecían a aquel lugar y sus familias habían vivido todo lo que Mercé Rigau les estaba narrando. Gracias a ella sabrían cómo se sintieron, como vivieron y todo lo que anhelaron tras aquella verja.

Pasearon lentamente hasta la nave de la fábrica, que ahora se encontraba llena de obreros, grúas y andamios. La mujer se mantuvo en silencio hasta que llegaron, la emoción de volver a zambullirse en el pasado secuestró sus palabras durante todo el camino. Antes de entrar, frenó sus pasos y observó la gran puerta metálica

—No había vuelto nunca. Al poco de morir el Gitano, conocí a un chico de Barcelona que tenía familia en la Colonia y había venido de visita. Nos casamos al poco tiempo y nos marchamos a la ciudad. Nunca más tuve necesidad de volver...

Clara creyó apreciar el temblor de sus manos, que mantenía apoyada en su brazo

—Y ahora... ¿Por qué ha accedido a volver?

—El padre de Luisa era mi primo y hemos mantenido el contacto durante todos estos años. Siempre me enseñaba fotos de la gente de la Colonia y solíamos venir a celebrar las fiestas familiares a la Posada. Pero jamás he vuelto a acercarme a la fábrica..., demasiados recuerdos dolorosos. Decidí enterrarlos entre estos muros hace mucho, demasiado tiempo.

El carácter enérgico que había sorprendido a Clara al conocerla, fue diluyéndose a medida que sus pasos se acercaban a la majestuosa nave de ladrillo. Incluso le pareció que la mujer titubeaba ante la puerta

—¿Está segura de que quiere entrar?

—Sí, sí, claro. —Se apresuró a contestar —Ya soy mayor. Últimamente, no paro de pensar en aquellos años —la anciana sacudió la cabeza en un gesto de resignación —, debe ser la edad. Es la última oportunidad de recuperar los recuerdos de mi juventud. Quiero volver a revivir, aunque sea unos minutos, mi vida en la Colonia, junto al Gitano y con toda la gente con la que

compartimos tanto. El trabajo era duro, pasamos muchas penurias, pero fui muy feliz también. Era otra época, no podíamos escoger nuestro futuro como lo hacéis hoy en día. Hay que entenderlo así y situarlo en su justo momento. Vosotras no podéis comprenderlo. —Inspiró aire, como buscando fuerza para continuar —Cuando envejeces, darías lo que fuera por recuperar infinidad de momentos que se perdieron, incluso los peores. Cada día que pasa soy más consciente de que lo único definitivo es la muerte y ya hace tiempo que la siento rondando sobre mí. Ante eso, no me queda nada más que reflexionar sobre el valor de la vida que he podido disfrutar y dar las gracias. No todo el mundo tiene esa suerte

En cuanto entraron, Marc, que estaba reunido con varios operarios, se acercó a ellas. Saludó a la anciana, alabando su energía, y le robó una sonrisa encantadora que Clara aun no había conseguido recuperar. El asistente accedió a la petición de abandonar la nave durante un buen rato. Necesitaba que la mujer volviera a relatar sus recuerdos con detalle, y eso solo sería posible si conseguía mantenerla inmersa en ellos durante el mayor tiempo posible. No quería que el ruido de las obras interrumpiera aquel emotivo encuentro.

Cuando se quedaron solas de nuevo, Mercé Rigau mantuvo su silencio durante un buen rato. Sus ojos brillaron excitados y no dejaron de moverse de un lado a otro, probablemente situando sus recuerdos en el lugar al que pertenecían, desbordando una emoción infinita. Durante unos segundos, las piernas de la anciana flaquearon y Luisa tuvo que sostenerla con más energía. Esta, al sentir su debilidad, siguió su mirada y la descubrió observando fijamente hacia arriba, a una especie de buhardilla acristalada a la que se accedía subiendo por una escalera de metal. A través del cristal se divisaban perfectamente restos de un mobiliario antiguo, que podría haber sido un despacho. Clara sintió como el tiempo se detenía

—¿Se encuentra bien? ¿Necesita sentarse?

La anciana asintió. Luisa le trajo un vaso de agua y le acercó una silla, y esperaron hasta que su voz temblorosa resonó bajo la bóveda enladrillada de la nave

—Allí estaban los encargados. Desde allí nos vigilaban —Sus dedos buscaron algo en el bolsillo de sus abrigo —Toma, he traído una fotografía de aquella época. Ahora se ve todo tan vacío.... —resiguió con la mirada el interior de la nave —, pero si os fijáis, el despacho de los encargados sigue igual. Se quedaban allí esperando durante horas, como un depredador vigilando a su presa, y cuando algo fallaba bajaban como si les persiguiera el

diablo.

Clara miró el altillo, que se encontraba a una distancia considerable de donde estaban

—¿Cómo podían vigilar desde allí si trabajaban bien? Había muchos telares y funcionaban todos a la vez, ¿no?

La mujer señaló la imagen, donde pesadas máquinas se distribuían por todo el espacio, una junto a la otra, formando dos hileras perfectas de unos cincuenta telares cada una.

—¿Veis estas luces sobre los telares? Si algo fallaba y las máquinas se paraban, la luz se encendía y en pocos segundos el encargado venía a castigarnos. —La mujer sonrió —Pero lo que ellos no sabían era que también teníamos nuestros trucos para evitar que se encendiera...

— ¿Quiere que le enseñe las máquinas que hemos conseguido reunir?

—Sí, claro, como no —Antes de levantarse la mujer estudió el lugar durante unos segundos mas —Verlo así, tan vacío...es muy triste. Mi recuerdo de la fábrica siempre irá unido al ruido ensordecedor de los telares y a cientos de personas trabajando sin descanso. Sobre todo las mujeres que estuvimos aquí, que fuimos muchas. —Volvió a sonreír, antes de añadir con sarcasmo — Me rio yo de cuando en los años sesenta, las mujeres querían trabajar para ser modernas. Nosotras lo fuimos mucho antes que ellas y te aseguro que no fue divertido. Todas trabajábamos uno y dos turnos y aun teníamos tiempo de atender la casa y los hijos. Eso sí, éramos como una gran familia, nos ayudábamos las unas a las otras siempre que podíamos.

Al ver como la respiración de la anciana parecía volverse más fatigosa, a medida que los recuerdos la abrumaban, Luisa intervino

—Vamos, Mercé. Ya va siendo hora que nos ilustre sobre el proceso de tejer y nos explique cómo funcionan las máquinas y en qué orden.

Con paso lento se adentraron a la parte trasera de la nave, donde grandes máquinas reposaban a la espera de ser restauradas. Mercé se acercó a una que tenía una especie de puerta de madera en forma de persiana. La abrió y dos grandes cilindros dentados aparecieron con aspecto amenazante

—Esta se llama una “Obridora”, aunque nosotras la llamábamos *el Diablo*. Era fácil perder un brazo o una mano si no ibas con cuidado...

—¿Y cómo funcionaba?

—Era fácil, El algodón venía en forma de balas prensadas. Se tenían que abrir y mezclar las fibras. Estos dos cilindros las estiraban y separaban. Pero si te despistabas...!ay! —Acompañó el grito con un gesto que simulaba un

cuchillo cortando un brazo

Clara se acercó a otro de los artilugios. Presentaba unos grandes husos y era más grande que la anterior

—¿Y esta?

—Esta es una “Metxera”. Los usos se mueven adelante y atrás, estirando y enrollando el hilo, formando las bobinas. Luego, iba a la “Continua”, donde se estira el hilo, afinándolo al máximo.

Luisa señaló la última con orgullo

—Y luego el Telar

—El Telar era el más importante. Yo empecé en él siendo solo una niña. Me pusieron a “dar hilos”. Te ponías detrás del telar y le ibas dando los hilos a la tejedora para que hiciera el dibujo que tocaba. Recuerdo como me temblaban las manos... En invierno el frío hacía que tiritaras sin poder evitarlo y casi no sentías la punta de los dedos. Tenías que dar el hilo muy recto y pasarlo por el agujero sin equivocarte. Si no querías ganarte un castigo del encargado, claro... —Tras una nueva pausa, alzó la voz orgullosa —Luego pasé a ser Ordidora, después Nuadora y finalmente Tejedora. Acabé llevando 24 telares yo sola

—¿Y cómo podía llevar tantos telares sin cometer errores? —Exclamó Clara sorprendida

—Yo era muy buena, la mejor. Mis tejidos salían sin agujeros, ni nudos. Los repasaba a conciencia y quedaban perfectos, pero hacía menos piezas al cabo del día. Solíamos cobrar por piezas, así que muchas preferían ignorar los fallos. Recuerdo que una vez pusieron una especie de cola en la correa. De ese modo consiguieron que los telares fueran más deprisa, pero al cabo de pocos días petaron y se rompieron los hilos. Castigaron a todas las tejedoras una semana sin sueldo, a pesar de que algunas compañeras confesaron su autoría. A partir de ese momento decidí que si lo que el Amo quería eran metros y metros de tela, ya no iba a preocuparme de ser la mejor tejedora nunca más. En aquella época, en la fábrica se llegó a trabajar durante tres turnos seguidos y a veces yo enlazaba dos. Los metros tenían que salir como fuera...

CAPITULO 19

Año 2000

Claire se asomó al gran ventanal de su habitación, ahora cubierto por una fina capa de escarcha, y se recreó en las manos de Antonio, que en ese momento se encontraban podando las finas ramas de las violetas con extrema precisión. El hombre iba dando forma al arbusto, enlazando los nuevos brotes con los más antiguos, formando un bonito tapiz sobre el muro que cubría por completo la reja del sótano, tal como ella le pidió años atrás. El mozo jamás osó preguntar sobre la necesidad de esconderla, pero, como tantos otros secretos de su amada, era feliz solo por compartirlos con ella y poder serle útil. Sabía bien que si la interrogaba, si insistía sobre la verdadera conexión de aquel sótano con su pasado, la complicidad que tenían desaparecería como por arte de magia.

A pesar de que la primavera aun no había hecho acto de presencia, las flores se mantenían abiertas en todo su esplendor. Así que Claire decidió pedirle a Margarita que le sirviera el té en el jardín trasero, ahora que los días se iban alargando y aun no estaba oscureciendo. No había nada que le gustase más que tomar un té sintiendo la brisa de la tarde jugueteando con las briznas de hierba bajo sus pies, nada como aspirar el intenso aroma de las violetas entre las gruesas paredes del recinto.

Antonio sonrió al verla llegar

—Señora Nichols, ya he arreglado un poco las flores. ¿Desea alguna cosa mas? —Claire lo miró con ternura. Antonio estaba envejeciendo con elegancia. Su oscuro pelo se había teñido con unas interesantes canas que lo salpicaban, pero seguía manteniendo la espesura y la fuerza que siempre lo habían caracterizado. El mozo se acercó hasta ella y, al ver como mantenía la vista sobre su cuerpo sin disimulo, le susurró —Claire...Llevamos demasiados años escondiendo lo nuestro como para echarlo a rodar a estas alturas.

La Señora Nichols se ruborizó al verse descubierta

—Perdona...Tenia la cabeza en otra parte...

Antonio frunció el ceño

—¿Aun no has conseguido nada de lo de Clara?

—No. La asistente social no quiere ni oír hablar de que yo tenga algo que ver en la manutención de Clara. Ya sabes que el nombre de Andrew está en el informe de la policía. Así que tendré que buscar otros medios...

—¿A qué te refieres? .Claire, no hagas nada de lo que luego te arrepientas.

—Solo estoy pensando que, quizás..., si hablo con alguno de sus profesores..., quizás consiga acceder a ella de algún modo.

Antonio se acercó más a ella, aunque, como siempre, evitó tocarla

—Claire...Recuerda lo que pasó con su madre y con su hermana. A veces, es mejor dejar que las cosas sucedan por sí mismas. No conviene forzar los acontecimientos

—¡Yo no tuve la culpa! Estaban enfermas, estabas allí cuando el doctor me explicó los efectos devastadores de su enfermedad .Y esa niña... Sabes perfectamente que yo fui quien conseguí que ingresara en una clínica de desintoxicación, que intenté ayudarla desesperadamente, aunque... también en eso fracasé. —Sus labios se curvaron en una mueca de resignación —Todos mis esfuerzos por reparar lo que mi padre hizo a esas niñas han sido en vano

—Lo sé. Quizás deberías hablar con Clara, explicarle lo que pasó con su madre

Claire negó con gesto apesadumbrado

—No. Me equivoqué. Jamás tuve que hablar con Isabel sobre mis sospechas. Estoy segura de que eso acentuó los síntomas de su enfermedad y la llevó a aquella crisis tan fuerte. Luego... —Suspiró, sus hombros cayeron en actitud derrotada —No hay día que no me arrepienta de haber ido a hablar con ella. Si no hubiera sido tan egoísta, quizás ahora estaría viva y Clara no tendría que haber pasado por todo esto. Pero si tengo una posibilidad, por ínfima que sea, de ayudar a esa joven y devolverle algo de lo que la familia Nichols estropeamos, no dudes que lo haré.

En ese momento asomó Margarita por la puerta de acceso al jardín

—Señora... —Esperó a que Claire levantara la vista, que aun mantuvo durante unos segundos mas sobre el césped —Mateu Valls, el hijo del antiguo director desea hablar con usted

Antonio detectó como la espalda de Claire se envaraba y como sus labios se tensaban más de lo habitual, antes de ordenar:

—Hazle pasar a la Biblioteca. En cuanto termine el te iré hacia allí...

Margarita asintió en silencio, no sin antes quedarse con la mirada que se habían cruzado el mozo y la señora al oír aquel nombre. Acompañó al visitante hasta la biblioteca, que la siguió en silencio con gesto preocupado.

Cuando la cocinera entró al servicio de los Nichols, la fábrica acababa de cerrar hacía pocos años y aunque conoció al anciano Señor Valls —entonces enfermo y deteriorado por un enfisema pulmonar —le costó creer todas las historias que la gente del Colonia contaban sobre él. Todos le temían y en sus narraciones no había personaje más cruel y despiadado que aquel hombre. Margarita imaginó que el recuerdo de su desagradable carácter se había ido exagerando con los años, como en las leyendas que se suelen explicar en los pueblos, en las que la memoria cada vez deja de tener más importancia y lo verdaderamente interesante es conseguir un buen argumento con el que el narrador pueda sorprender a sus oyentes.

Su hijo, en cambio, era la prudencia personificada. Al cierre de la fábrica se había encerrado en su masía, concentrando sus energías en la cría de ganado y cultivando sus tierras como un campesino más. Lo que, según las malas lenguas, acabó de agravar el mal estado de salud de su padre, que no entendía como un hijo suyo podía tener tan poca ambición. Este ignoró sus advertencias por completo, lo que agravó su enfermedad hasta conseguir llevarlo a la tumba en pocos meses.

Cuando Claire abrió la puerta de la biblioteca, se encontró al antiguo secretario admirando el jardín a través del ventanal. Este la oyó entrar y, sin desviar la vista del cristal, se dirigió a ella con voz pausada

—Antonio ha hecho un buen trabajo. El jardín está precioso.

Claire se acercó hasta el antiguo escritorio de su padre, el único mueble que mantuvo de la decoración original, cuya decisión tuvo más que ver con el valor real que tenía —un escritorio de la época Victoriana auténtico, traído desde Gran Bretaña —, que por el sentimental. Tras la muerte del Señor Nichols decidió reformar la estancia por completo, alejándola de la oscuridad que siempre la había perpetuado. Cambió el suelo, los estantes de la biblioteca e incluso destapó una antigua claraboya que su padre ocultó durante años. No quería mantener nada que le recordara a él, ni a su oscuro carácter.

Se sentó en el gran sillón giratorio con lentitud, invitando con la mano a su acompañante a hacer lo mismo en una de las elegantes sillas del otro lado. Se dirigió a él con la misma frialdad que solía dedicarle al antiguo director

—Usted dirá...

El hombre la miró con cierta pesadumbre, incluso parecía avergonzado. Desde que había descubierto todo lo que su padre había hecho en el pasado y como había perjudicado a Claire Nichols, no conseguía mirarla a los ojos de frente. Aun así, el tema que les concernía era tan importante, y su familia

dependía tanto de aquella negociación, que era consciente de que aquella vez el esfuerzo valía la pena. Incluso tener que enfrentarse de lleno a aquella mirada de desprecio era un bajo precio que pagar.

—Señora Nichols... —El hombre encogía por momentos. Ya no quedaba nada de aquel gesto petulante de cuando ostentaba el cargo de secretario —He estado estudiando el contrato de cesión de los terrenos y finaliza en quince años. Yo... me he esforzado trabajando la tierra de sol a sol, me he desvivido para que los campos se mantengan fértiles y productivos. Y hemos pagado el canon que su padre nos impuso puntualmente.

Claire lo interrumpió con sequedad. Su mirada destilaba un desdén extremo

—¿A dónde quiere ir a parar?

El hombre la miró con los ojos humedecidos. Sus manos llevaban rato frotándose una con otra en un intento de controlar los nervios

—Señora Nichols. Yo no sé hacer otra cosa, jamás debí aceptar el puesto de secretario. Usted me conoce, sabe que yo nunca fui como mi padre...

Claire se mantuvo en silencio, observando la piel de aquel rostro, oscurecida y ajada a causa de las largas horas de exposición a la intemperie. Estudió sus manos, que se mantenían temblorosas sobre su regazo, descubrió las callosidades que las envolvían y las uñas repletas de suciedad. Por un momento recordó al tímido chico que la vigilaba con admiración mientras entrenaba y su corazón pareció compadecerse de él. Pero su mente reaccionó con rapidez, ignorando cualquier signo de debilidad

—Señor Valls...Se perfectamente que aunque el hombre que nos dio la vida fuera un monstruo, nosotros no somos culpables. Estoy segura de que usted no se parece a él, igual que yo no deseo tener nada que ver con mi padre. Y esa es una de las razones por las que he mantenido la concesión hasta la fecha prevista, a pesar de que la muerte del propietario, es decir mi padre, me permitía rescindirlo en aquel momento

Un destello de esperanza iluminó la mirada del hombre

—Entonces...quiere decir...

La Señora Nichols no le dejó continuar

—Por desgracia, jamás podré olvidar el dolor que su padre ayudó a gestar en esta familia. Por no hablar de cómo se aprovechó de jóvenes inocentes, tan inocentes y frágiles como la propia Isabeleta. Usted conoce tan bien como yo en qué condiciones se firmó esa concesión y a cambio de que... —El hombre apretó los labios, incapaz de replicar —No puedo permitir que la familia

Valls siga disfrutando de una riqueza que jamás le ha pertenecido. Cuando yo muera, las tierras volverán a la familia Nichols. Mis herederos ya están designados y a ellos les corresponde tomar esa decisión.

La voz del hijo del Sr Valls se transformó en un lamento tenue

—Pero puedo pagárselas...Fije un precio y buscaré el dinero donde sea, aunque sea debajo de las piedras. Mi hijo es un buen agricultor. Si nos quita esas tierras mi familia se quedará sin nada.

—¡No! Y me sorprende que usted quiera que su hijo tenga algo que ver con algo que se consiguió de un modo tan sucio. Es un buen chico, estoy segura de que si conociera la historia no lo vería del mismo modo. Esas tierras jamás debieron ser de la familia Valls. ¿O es que acaso usted es mejor que cualquier otro de los hijos ilegítimos que su padre dejó repartidos en la Colonia? Si mis deseos se cumplen, sus tierras serán divididas entre todos los descendientes de su padre

Mateu Valls le devolvió una mirada odiosa que le recordó demasiado a Claire la del antiguo Director de la Fábrica. Sus labios temblaron al hablar

—Y... ¿Eso incluye a Clara Martí? Por lo que yo sé, Isabeleta no actuó como la amiga fiel que usted esperaba. Ella tuvo tanta culpa como mi padre de todo lo que pasó y, si me lo permite, ambos..., tan solo cumplían órdenes. En aquella época nadie era capaz de negarse a los deseos del Señor Nichols.

El cuerpo de Claire tembló como una hoja al oír aquello. Durante un leve instante los recuerdos de aquella noche volvieron a su mente y el odio fluyó de nuevo por sus venas, apoderándose de sus actos. Su voz se dejó llevar por la rabia y su piel se acaloró, tornándose fuego. Se alzó como un resorte en actitud ofensiva

—¡Su padre y el mío eran dos asesinos! Da igual que oculte sus fechorías convenciéndose de que lo que hizo fue solo por necesidad. El disfrutaba con todo aquello y ¡no consiento que lo compare con Isabeleta! ¿Sabe que durante años abusó de ella en mi propia casa? Era su propia hija... —La barbilla le tembló, mientras negaba con la cabeza —Y yo...ni siquiera me di cuenta, no hice nada para protegerla. En aquella época yo era una joven egoísta y tonta, que solo pensaba en cumplir mis absurdos deseos. Y mientras tanto ella..., ella tan solo luchaba por huir de su desgracia. ¡No vuelva a compararla con su padre! ¡Jamás!

El recio cuerpo del hombre recibió una incómoda descarga al sentir aquella vidriosa mirada azul sobre él. Sus labios trataron de emitir algún sonido, pero tan solo consiguieron susurrar

—Lo siento...

Claire volvió a sentarse. Su tono y su actitud parecían haber recobrado su compostura habitual

—No lo sienta Señor Valls, no fue culpa suya. Pero no espere que me compadezca de usted nunca más. Tiene quince años para buscar una nueva ocupación o nuevas tierras que trabajar. —El hombre asintió en silencio, con lágrimas en los ojos —Y le aseguro que estoy siendo muy benevolente. Si mi padre o el suyo se hubieran visto obligados a tomar esta decisión..., los dos sabemos que no lo hubieran sido en absoluto.

La mujer se levantó en un claro gesto de despedida y el hombre hizo lo propio haciendo una leve reverencia

—Buenas tardes Señora Nichols

—Buenas tardes, Sr. Valls. Dele recuerdos a su familia

Cuando la puerta se cerró, Claire se dejó caer en el amplio sillón de piel totalmente abatida. En su mente bullían miles de recuerdos, tan dolorosos e injustos, que, tras muchos años de reprimirlas, las lágrimas la sorprendieron inundando su rostro por completo.

Una vez consiguió recomponerse, retomó la decisión de ir al día siguiente a la Universidad de Periodismo. La conversación con el hijo del señor Valls tan solo había acelerado sus ganas de ayudar a Clara e intentar resarcir todo lo que su familia le había arrebatado.

Se vistió con el traje de montar y decidió ensillar a Gitano y acercarse al antiguo convento. A pesar de que ya prácticamente no quedaban monjas en la congregación, las que aun residían allí, junto a la madre superiora, —Sor Lourdes —llevaban la antigua escuela de la Colonia. María seguía siendo la profesora de esta, y mantenía la ilusión de los primeros días, a pesar de que cada vez había menos niños y el fin de aquella pequeña escuela rural parecía próximo.

Cuando llegó al jardín de la escuela, los niños se acercaron entre risas a acariciar a Gitano y la profesora salió tras ellos destilando, como siempre, una empatía innata

—Niños...dejar al caballo tranquilo. O la Señora Nichols no volverá a traerlo

—Maria, no les diga eso. Sabe que no me importa que se acerquen y lo acaricien. Ya le he dicho muchas veces que debería traerlos un día a las cuadras. Está demostrado que el contacto con los caballos es positivo en la etapa de la infancia

El caballo se revolvió inquieto al sentir aquellas pequeñas manos atosigándolo sin tregua y Maria se alejó asustada

—Si no digo que no sea cierto...Dicen que son muy nobles, pero se ven tan grandes y peligrosos...

Las palabras de la maestra le provocaron una carcajada

—No se preocupe, si he conseguido que mi nieto monte, seguro que podré convencerla

—Bueno, creo que aquí el merito no es del todo suyo...

Las dos mujeres cruzaron sus miradas. Un silencio traicionero pareció invadirlo todo, al sentir la presencia dolorosa de Clara sobrevolando sobre sus cabezas. La primera en reaccionar fue Claire

—Vamos, creo que tenemos una reunión con la madre Superiora

—Si...está preocupada. Si el curso que viene no se matriculan más niños y no vienen mas novicias nos veremos obligados a cerrar la escuela y el convento

Claire asintió. Si por ella fuera ya habría cerrado el convento hacía décadas, pero se tomó el compromiso de su continuidad como una especie de conmemoración a Isabeleta y a su fe ciega en aquel lugar. La joven sirvienta siempre lo vio como un refugio, como el sitio donde, si algún día hubiera conseguido acceder, todos sus males hubieran quedado atrás.

En cuanto cruzó el acceso a la escuela, el estomago de Claire se encogió. Aquellas paredes desprendían una tristeza oscura y densa. Aun así, mantuvo su compostura habitual y consiguió alcanzar las escaleras que llevaban al segundo piso, donde se encontraba el despacho de la Madre Superiora. Recorrió el estrecho pasillo de desconchadas paredes blancas hasta reconocer un pequeño cartel que anunciaba la enfermería, sobre una puerta cerrada. El grosor de las capas de pintura sobre la madera, superpuestas durante décadas, rebelaba la antigüedad de aquella estancia. Acarició el candado que custodiaba la entrada y un escalofrío atravesó su espalda, antes de alejarse de allí como si el demonio viviera en ella.

Su corazón aun latía con fuerza cuando llamó al despacho de la Directora. El interior era curiosamente desangelado, con aquella misma desnudez de las paredes que inundaba todas las estancias del convento. Tan solo destacaban un gran crucifijo en la parte superior y un calendario de hacía varios años que colgaba abandonado de medio lado. El escritorio era sencillo, de fórmica marrón, y lo acompañaban dos sillas tapizadas en escai negro. Aquel lugar seguía anclado en el pasado, en aquel pasado que Claire se obstinaba en

olvidar cada día.

Al verla entrar, la mujer alzó la vista sorprendida y salió a su encuentro

—Señora Nichols. Que placer volver a verla. Discúlpeme por no haber bajado a recibirla, pero no la esperaba hasta dentro de un rato

La Superiora se acercó un poco más y la abrazó efusivamente. Tanto ella como María transmitían una calidez que lo inundaba todo con una sola sonrisa. Claire la siguió hasta el escritorio y se sentó en una de las sillas. Aun debían esperar un rato a que la profesora finalizara la clase, antes de iniciar la reunión, pero ella había llegado pronto con una clara intención. Hacía tiempo que le rondaba una pregunta en la cabeza y estaba segura de que la Madre Superiora era una de las pocas personas que podía responderla

—En realidad..., deseaba estar unos minutos a solas con usted

Sor Lourdes la miró intrigada

—Usted dirá. No sé en qué puede ayudarla una vieja monja como yo que lleva mas años aquí encerrada que fuera.

—Realmente, quería hablar con usted del pasado. Soy consciente de que no puede revelar nada de lo que sucedía bajo estos muros, pero... ¿Usted lleva aquí desde los años cincuenta, no?

La religiosa sonrió orgullosa

—Si. Este año se cumplen exactamente cincuenta años de mi ingreso en la congregación. Supongo que usted recuerda a la perfección la cantidad de novicias que llegábamos de todas partes. No como ahora...Las jóvenes de hoy en día parecen no creer en nada

Claire interrumpió a la mujer con cierta brusquedad. Conocía a la perfección la afición de esta por los largos relatos de aquella época y sabía que si la dejaba continuar no conseguiría su objetivo

—Usted conoció a Isabeleta —La mujer calló de pronto y puso cara de asombro —. Sabe de quién le hablo, ¿no? .Venía a limpiar los domingos. Era hermana del...

—Del gitano. Si, la recuerdo.

La aspereza con la que contestó sorprendió a Claire

—Supongo que sabe que durante un tiempo fue mi sirvienta y luego..., luego desapareció.

—No se que pretende que le explique. Probablemente la conocía usted mejor que yo. Tan solo recuerdo que era muy tímida y muy creyente. Pero su hermano... —Emitió un chasquido con la lengua mostrando su desaprobación —A ese no tengo palabras para describirlo

Claire percibió un molesto pellizco en el corazón. Incluso después de tantos años no era capaz de oír su nombre sin sentir aflicción

—Bueno, no he venido a hablar de él, sino de ella. Con los años, descubrí que el Señor Valls había estado abusando de ella. Parece ser que se marchó para esconder su embarazo. Lo que no entiendo es por qué... —La monja carraspeó y Claire la miró directamente a los ojos —Lo que mas deseaba Isabeleta en el mundo era ingresar en este convento. Recuerdo que en aquella época muchas chicas en su misma situación venían a la congregación y les daban asilo, las mantenían hasta que tenían el niño... —Los ojos de la Madre Superiora temblaron levemente, antes de desviarlos hacia la mesa. Parecía esconder algo —¿Por qué no vino a pedirles ayuda? Ella siempre hablaba muy bien de usted, decía que se habían hecho grandes amigas

La mirada de la religiosa se mantuvo baja. Un punzante silencio invadió todo el espacio, tensando el ambiente entre ellas. Suspiró y volvió a buscar los ojos de Claire, antes de contestar

—Isabeleta jamás estuvo embarazada. —Al ver la sorpresa de su interlocutora, que se levantó alterada, añadió —Y tampoco murió de un enfisema pulmonar

—Tenía entendido...

—Cuando era pequeña sufrió tuberculosis. Logró superarla, pero sus pulmones quedaron resentidos y nunca consiguió recuperarse del todo

La Señora Nichols volvió a tomar asiento mostrando su confusión

—Por eso tenía aquel aspecto tan lánguido y enfermizo...Y esa era la razón de que las otras chicas se mantuvieran siempre alejadas de ella, ¿no?

La madre superiora asintió y continuó con su narración

—Unos días antes de marcharse vino a verme. Volvía a tener los síntomas: Tos con esputo, debilidad, pérdida de peso...Estaba preocupada, parece ser que alguien de su entorno estaba embarazada y temía contagiarle. Como bien sabrá, en aquella época no había los adelantos que hay ahora y era una enfermedad muy agresiva. Si una mujer embarazada la hubiera contraído, probablemente el niño no hubiera sobrevivido

El rostro de Claire palideció de golpe. El azul de sus ojos se oscureció bajo una sombra de dolor y su mirada parecía perdida, vagando por la habitación sin rumbo fijo. Mantenía la boca entreabierta, respirando con más celeridad de lo habitual. La puerta se abrió de golpe y María entró sonriente, como una exhalación

—Señora Nichols, disculpe el retraso. Esos niños son unos diablillos —

Al ver que la mujer no reaccionaba y su cuerpo se mantenía rígido como una figura de cera, la zarandeó con preocupación —Señora Nichols ¿Se encuentra bien?

Esta pareció despertar de un profundo sueño y se levantó con rapidez

—Lo siento, lo siento. Creo que no me encuentro bien. Los años no perdonan, no debería haber venido a caballo. Será mejor que vuelva paseando hasta la Torre —Se dirigió a la Madre Superiora —Discúlpeme, tendremos que posponer la reunión para mas adelante. Si les parece bien enviaré al mozo en busca de Gitano

Al ver que la Superiora seguía en silencio y mantenía una mirada escrutadora sobre la Sra. Nichols, Maria intervino

—Claro, no hay ningún problema. ¿Desea que la acompañe? O... ¿quiere que llame a alguien para que la recoja?

—No, gracias María. Prefiero que me de el aire y así seguro que me recupero en unos minutos.

Claire escapó sin mirar atrás. No frenó sus pasos hasta alcanzar el cementerio. Cuando se encontró frente al mausoleo familiar, aun le temblaba todo el cuerpo. Dedicó unos segundos a visitar las tumbas de Isabel y de su hija, comprobando que, tal como había sucedido durante años, alguien había depositado unos ramos de violetas sobre ellas.

Se acercó hasta la puerta forjada que daba acceso al mausoleo y giró el pomo de latón con fuerza. El frio del metal la sorprendió, atravesando su piel y recorriendo sus venas hasta alcanzar su corazón, clavándose en él como un fino alfiler traicionero.

El agudo chirriar de la puerta de metal al abrirse la hizo estremecer, pero siguió avanzando con determinación en la oscuridad. El recinto semicircular estaba levemente iluminado por el sol, que se distribuía en un bonito arcoíris de colores, al atravesar un mosaico que decoraba la única ventana que existía. Dio un paso al frente y observó, una tras otra, las tumbas de sus antepasados. Los restos de su padre reposaban en el interior de una inmensa escultura de mármol tallada. Bajo ella se encontraban los de su madre, que tras muchas peleas con su progenitor había conseguido trasladar desde el cementerio de Londres. En el lateral opuesto se encontraba el sarcófago de James y, bajo él, unas letras esculpidas daban forma a su nombre, recordándole que aquel sería su fin en pocos años. En la parte central, bajo el mosaico de cristal, una pequeña lápida descansaba solitaria. Allí yacía enterrado el hijo que una vez nació de sus entrañas, lo único que le quedaba de su amor por el Gitano.

Sobre el blanco mármol, ningún nombre, ninguna referencia que le permitiera devolverlo a la vida, esa que solo pudo saborear durante unos minutos. El poco tiempo que pudo tenerlo entre sus brazos fue suficiente para que aquella inocente mirada se grabara en su retina para siempre.

Las manos de Claire acariciaron la tumba, mientras su mente quedaba anclada al recuerdo de aquellos días. Su padre intentó por todos los medios evitar que los restos de su bebe reposaran con el resto de la familia, pero James, (el bueno de James), intercedió y consiguió convencerlo. Finalmente el hombre accedió, eso sí, imponiendo una única condición: que fuera una lápida fantasma, sin nombre que delatara el pecado que Claire había cometido, una deshonra para la familia. James la animó a grabar un dibujo, un símbolo que solo ella pudiera descifrar y que le permitiera mantener aquella unión truncada entre madre e hijo. Sus dedos, ahora fríos y entumecidos por la humedad que invadía el lugar, se introdujeron en el dibujo esculpido, resiguiendo la forma de una bonita herradura sobre la piedra blanca.

Las lágrimas volvieron a invadir sus ojos, al recordar todo lo que había perdido y como había sido de injusta con Isabeleta, acusándola de abandonarla cuando tan solo había intentando protegerla. Ella sí que merecía mucho más de lo que la vida le había ofrecido. Tanta injusticia la habían convertido en la primera “Niña Perdida” de la Colonia. Claire decidió no lamentarse ni una vez más en su vida por todo lo que le habían arrebatado. A partir de ahora lucharía para que no existieran jamás más “Niñas Perdidas” en aquel lugar. Se lo debía a la única persona que le había ofrecido todo a cambio de nada: Isabeleta.

CAPITULO 20

Año 2014

Marc y Clara lo organizaron todo para interrogar a Samuel, el mismo día que Andy rodaba un anuncio en Londres.

El corazón de la joven latía acelerado. Había repasado el guion con el asistente durante horas, pero seguía incapaz de creer que Samuel estuviera detrás del intento de asesinato. Según Marc, no era contundente cuando ensayaban el interrogatorio al que debía someterlo

Intentaba convencerla de que la humanidad nunca será capaz de conocer dónde está el límite entre el bien y el mal, aquello que nos hace pasar del amor al horror en segundos. Antes de que lo contratara su primo, había trabajado varios años como ayudante de un detective especializado en divorcios y solía jactarse de las sorpresas que se había llevado al investigar parejas aparentemente modélicas. Al dejar de amarse, la gente sacaba lo peor de sí mismos, mostrando al otro su parte más primitiva y olvidando cualquier límite ético.

Clara no creía en aquellos argumentos, pero, por si acaso, había accedido a que instalaran una pequeña grabadora bajo el escritorio. Marc no quería arriesgarse a que su amiga sufriera cualquier percance por un descuido suyo, pero le había prometido que la reunión sería a puerta cerrada y que, mientras no hubiera peligro, ella tomaría todas las decisiones.

Alka había dejado el correo de la mañana sobre el escritorio. Entre los sobres alargados de los bancos, sobresalía uno de color marrón que venía certificado. Descubrió que el remitente era el Registro de la Propiedad de Berga .No pudo evitar hablar consigo misma

—Bueno...parece que al final nuestra administración no es tan lenta como me habían hecho creer

Justo cuando se disponía a descubrir que contenía, llamaron a la puerta con energía. Sus dedos comenzaron a temblar, dejando que el sobre se deslizara entre sus dedos y topándose con los ojos de Samuel, que se encontraba de pie, ante la puerta, estudiándola fijamente

—Samuel...pasa, siéntate —Este se acercó con seguridad, exhibiendo una gran sonrisa y acercándose a ella con la clara intención de besarla en los

labios. Clara los apartó con rapidez, y se dirigió a Marc, que seguía de pie bajo la cornisa con gesto de disgusto —Marc, puedes dejarnos solos. Si te necesito te avisaré.

Samuel sonrió, al oír el portazo con el que se había despedido el asistente

—Creo que este joven me ve como una amenaza. Estoy seguro de que se ha enamorado de ti

—No digas tonterías. Marc es el asistente de Andy y está perdidamente enamorado de Alka. Solo somos amigos.

Clara se obligó a callar, al recordar que la cocinera estaría en ese momento escuchando la conversación a través del micrófono oculto junto a Marc. No puedo evitar sonreír, al pensar en el mal trago que estarían pasando en aquel momento, lo que Samuel interpretó como una tregua entre ellos

—Clara, tenemos que hablar. He estado pensando mucho en nuestra última conversación. Necesito pedirte perdón, no he sido del todo sincero contigo...

—Clara lo miró extrañada. ¿Y si resultaba que Samuel realmente le ocultaba algo? —Yo...Tengo que explicarte algo o me volveré loco

La joven suspiró, estaba dispuesta a escuchar a Samuel, ¿e incluso perdonarlo? Probablemente tan solo necesitaba que fuera sincero con ella. Al ver como este dudaba, decidió iniciar el interrogatorio programado

—Podría empezar por explicarme como conociste a la Señora Nichols...

Samuel levantó la vista descolocado y al ver la fría mirada de Clara asintió

—Está bien..., vamos a sentarnos —Cada uno tomó asiento a un lado del escritorio —Recuerdo la primera vez que te vi...Creo que me enamoré de ti al instante. Eras un secreto para mi, aun lo sigues siendo...

—Samuel...

—¡Vale, vale! —Levantó las manos, en señal de rendición —Cuando ella vino a verme yo no sabía aun quién eras. Me explicó una historia sobre una niña que ella protegía y que, por un malentendido, había sido arrebatada de su hogar. No me especificó los pormenores, tan solo que su nieto estaba implicado en el tema. Sé que él te hizo daño... —Buscó los ojos de la joven y constató que se estaban humedeciendo —La mujer solo quería compensarte de algún modo lo que había pasado, pero me explicó que durante años no le permitieron verte y luego tu no quisiste saber nada de ella

Clara sintió un pellizco en el pecho

—Toda esa historia ya la conozco. Lo que no entiendo es porque jamás me dijiste nada, porque me mentiste. Odio que me mientan

El profesor la miró abatido

—Lo sé...Durante años pude ver el sufrimiento que te habían transmitido. Todas aquellas pesadillas, tus inseguridades, el intento de...

—El intento de suicidio. Puedes llamarlo por su nombre, ya no me da miedo reconocerlo

—Solo quería protegerte. Pensé que si te habían provocado tanto dolor, aquel dinero era algo insignificante, tan solo era una pequeña parte de lo que te debían. Una manera como otra de limpiar su buen nombre de un modo fácil. Así que hablé con aquella mujer y le pedí más

—Un momento... ¿Qué quieres decir? ¿La chantajeaste?

—Solo lo suficiente para que no tuvieras que sufrir nunca mas. Ella me habló de tu madre. Me dijo que tenía razones para creer que era hija suya y, por lo tanto, tú podías ser su nieta. Aceptó darme la cantidad que le pedía, con una única condición: que no te revelara que nos conocíamos, ni te explicara sus sospechas jamás.

—Pero eso..., eso es imposible. La hija de la Sra. Nichols es la madre de Andy. Por lo que se, ella y mi madre tenían la misma edad. Probablemente te lo dijo para justificar mi manutención, o quizás no lo entendiste bien. Seguro que diría que mi madre fue “como una hija” para ella, he descubierto que durante unos años estuvo viviendo aquí.

La mente de Clara bullía sin parar, intentando conectar recuerdos del pasado, palabras obviadas, gestos reveladores, algo que pudiera dar sentido a todo aquello. Se levantó y se acercó a la ventana con lágrimas en los ojos. Samuel se acercó por detrás y acarició su pelo, dándole consuelo tal y como había hecho infinidad de veces en el pasado. Y como todas ellas, Clara se sintió a salvo y su mente comenzó a dejarse llevar, hipnotizada por las palabras que él había empezado a susurrarle al oído

—Solo se lo que ella me explicó. Ese hombre, Andy, podría ser tu primo. —Al ver su desconcierto se acercó un poco mas —Clara, sabes que me necesitas, sin mí no estás a salvo. Vayámonos de aquí. Esta casa está llena de mentiras, todos te utilizan, igual que hicieron en el pasado. Soy el único en el que siempre has podido confiar

La obligó a girarse frente a él y secó sus lágrimas con delicadeza. Como una autómatas, ella respondió apoyando su rostro en la palma masculina. Justo cuando Samuel se sintió a salvo, justo cuando estaba a punto de recobrar el sabor de sus labios, ella levantó el brazo, interponiendo un trozo de papel sucio de hollín entre sus bocas

—¿Y me puedes explicar que es esto?

El se separó sorprendido de nuevo, respiró hondo y sonrió con gesto inseguro

—No tengo ni idea

Los ojos de Clara temblaron de rabia

—¡Samuel, para de mentirme! Sé perfectamente que tú fuiste quien escribió esos anónimos. Fui al apartamento a buscar mi portátil y encontré los archivos que tú te habías asegurado de esconder. Tienes suerte de que yo haya intercedido por ti, si no en este momento la que te estaría interrogando sería la policía

Samuel se dejó caer en una de las sillas. De pronto, su rostro parecía haber envejecido diez años

—Clara, perdona... Tenía tanto miedo de que me abandonaras... Fue una mala idea, lo sé, pero pensé que si te asustabas, quizás, te replantarías volver a casa. Me equivoqué... Es cierto, yo escribí esos anónimos, pero fue fruto de la desesperación. Pensaba explicártelo, cuando ya estuviéramos lejos de aquí

—Samuel se acercó de nuevo a ella y recogió una de sus manos, que reposaban inertes junto a su cuerpo —No puedo imaginar mi vida sin ti, mi único deseo es que seas feliz y sabes tan bien como yo que aquí no lo vas a ser. Clara, te prometo que si olvidamos este episodio..., si me das otra oportunidad, jamás volveré a mentirte. Es la primera vez y será la última, te lo juro.

A pesar de compadecerse de aquella mirada inundada de pánico, Clara soltó su mano indignada

—¿La primera vez? Toda nuestra relación está basada en una gran mentira. Sabías quien era, mi pasado y te has mantenido en silencio durante todos estos años. No, Samuel. No puedo perdonarte que me hayas mentido y que hayas estado a punto de quemarme viva. Si escribiste los anónimos, está claro que fuiste tú quien provocó el incendio. Aunque tu intención con todo esto fuera solo asustarme, podría haber muerto, ¿no te das cuenta?

—¿Matarte? Pero... ¿De qué hablas? —Las manos de Samuel se aferraron a los delicados brazos de Clara, zarandeándola con brusquedad al ver su mirada gélida —¡Clara, escúchame! ¿Quieres escucharme? Solo quería asustarte y que volvieras, pero jamás te hubiera hecho daño. ¡Clara! ¡Escucha!

En ese momento la puerta se abrió y entró Marc con gesto amenazador. El cuerpo de Clara seguía moviéndose como una marioneta entre los brazos de Samuel y su mirada era de absoluto terror. Tras él entraron varios de sus

ayudantes y redujeron a Samuel, esposando sus manos, mientras este gritaba entre lágrimas de desesperación:

—¡Clara! Escúchame, yo jamás te haría daño. Yo no provoqué el incendio, te lo juro. Clara, por favor...

El llanto desgarrado que siguió a sus palabras pareció despertar a la joven del trance en el que se encontraba. Su grito les sorprendió

—¡Marc, espera! El no lo hizo, estoy segura. —Su amigo la miró descolocado —No quiero denunciarle, déjalo ir.

Marc no conseguía comprender su reacción. Aquel hombre acababa de confesar que había enviado los anónimos. ¿Que mas necesitaba para dejar de confiar ciegamente en él?

—Clara...acaba de confesar que...

—Lo sé. Pero te recuerdo que me prometiste que yo tomaría la decisión final. Samuel puede ser muchas cosas, pero le conozco y sé que no es un asesino. No actuó bien, pero jamás desearía mi muerte. Me quiere, me lo ha demostrado durante años. Estoy convencida de que si le pido que se mantenga alejado de mi lo cumplirá —Miró a Samuel, que seguía con el rostro desencajado —Aunque le duela mas que nada en el mundo, confío en su palabra y sé que jamás volverá a mentirme. ¿Verdad Samuel?

Este asintió en silencio. Sus manos frotaban sus muñecas enmanilladas en un acto reflejo de mitigar el dolor del acero clavándose en su piel. Clara sintió verdadera lástima por él. Allí de pie, con las esposas puestas y los hombros alicaídos, daba el aspecto de un alma perdida, tan perdida como la suya. Y Clara por fin comprendió que Samuel jamás la había salvado de nada, sino que probablemente ambos habían superado juntos los miedos que cada uno ocultaba en su interior. Era el momento de hacerlo en solitario.

Tras firmar una confesión y un compromiso de alejamiento de Clara para los próximos años, esta se despidió de Samuel y lo dejó con los hombres. Se dirigió a la cocina en busca de una copa de vino. No solía beber mas que en ocasiones especiales, pero aquella noche sentía que se había desprendido de una pesada losa que durante décadas la había aprisionado. Contrariamente a lo que había creído años atrás, se sentía fuerte y poderosa, capaz de hacer lo que se propusiera sin necesidad de que nadie la protegiera.

Cuando entró y vio a Alka esconderse avergonzada sobre uno de sus deliciosos guisos, sonrió. Recordó que probablemente esta había oído la confesión sobre los sentimientos que había despertado en Marc y, conociendo su carácter vergonzoso, no debía saber cómo actuar. Clara siguió en silencio,

abrió la botella de vino y sirvió dos copas, luego se acercó a la cocinera y le ofreció una de ellas. Esta la miró sorprendida al ver como las entrechocaba

—Por el amor, lo mas bonito del mundo cuando es generoso y lo mas desgraciado cuando es avaricioso

Alka seguía mirándola con rostro sonrojado, aunque sus ojos no paraban de moverse nerviosos en dirección a la puerta. Finalmente, consiguió preguntar en un susurro casi inaudible

—¿Es verdad lo que has dicho?

La inocencia que destilaba Alka le parecía encantadora, así que Clara decidió hacerse la despistada

—¿Verdad? No sé a qué te refieres... —Al ver su gesto de decepción, sonrió —¡Ahhh! ¿Quieres decir si de verdad un hombre que reside en esta casa..., un hombre atractivo, inteligente, divertido e incluso un buen compañero de juegos de tu hijo está locamente enamorado de ti? —Los oscuros ojos de Alka parecían a punto de escapar de su anguloso rostro —¿A qué esperas Alka? Marc te respeta mucho, jamás dará un paso si no le das alguna señal. Es un buen hombre.

—Lo sé... —La joven se bebió el vino de la copa de un solo trago, probablemente buscando el efecto inhibitor que produce el alcohol —Yo...he tenido malas experiencias con los hombres. Me juré no volver a enamorarme de ninguno. Por otro lado, no sé si soy lo suficientemente buena para él.

Clara rellenó amabas copas de nuevo. Al ver como la joven volvía a mirar hacia la puerta le aseguró

—Marc no está. Se ha marchado a comisaria con ese policía amigo suyo, se está ocupando del papeleo del tema de Samuel. Estamos completamente solas...

Alka suspiró y se sentó en uno de los taburetes. Su rostro pareció relajarse cuando inició su narración

—Cuando estalló la guerra en Croacia yo era tan solo una niña. Fue una experiencia muy dura. El odio lo absorbió todo, estaba presente en todas partes. La gente parecía haber mutado, vecinos míos se volvieron auténticos desconocidos, con la crueldad como única bandera. Los hombres asaltaban las casas y violaban a las niñas delante de sus padres, para luego asesinarlos a sangre fría ante ellas.

—¡Dios mío! Pero a ti...

—No, no. Yo me salvé, pero fue solo cuestión de azar. Día a día vi como el rencor inundaba las calles, como les sucedía a compañeras mías de la

escuela, a mis vecinas...era solo cuestión de tiempo. Descubrí que el ser humano tiene una parte muy oscura en su interior, tan solo hay que despertarla. Cuando eso sucede, se vuelve un monstruo y ese odio se propaga como la pólvora.

—Supongo que es algo difícil de superar

—Jamás se supera. Queda grabado en tu alma para siempre —Sus ojos se humedecieron y Clara acercó su mano a la suya, reconfortándola —Como te he dicho, yo tuve suerte. Al poco tiempo me separaron de mis padres y de mis hermanos y me llevaron a un centro de refugiados. Nunca más volví a saber de ellos. —Bebió otro sorbo, antes de continuar —Cuando llegó el verano entré en un programa para niños víctimas de la guerra y me trajeron aquí. Cada año regresaba durante las vacaciones, viviendo en un mundo que no era el mío y creyendo que podía ser alguien que jamás fui. Durante aquellos veranos fui feliz, pero todo era una farsa. Luego volvía a mi país y mi mente recuperaba toda aquella desolación y terror que había sentido, que sigo sintiendo aun.

—Ya no estás sola. Las dos tenemos más cosas en común de las que crees y puedo decirte que eres más fuerte de lo que piensas. Has superado muchos obstáculos y has llegado aquí por alguna razón. Estoy segura de que conseguirás todo aquello que te propongas en la vida, solo debes atreverte a soñar. Déjate querer, Alka. —La joven sonrió tímidamente y Clara se animó a continuar —Cuando era pequeña, mi madre me habló sobre una leyenda oriental. La llaman la Leyenda del Hilo Rojo y, por lo que se ve, viene a decir que todas las personas destinadas a conocerse tienen un hilo rojo atado a sus dedos. Por mucho tiempo que pase, por mucha distancia, el hilo nunca desaparece. No importa el tiempo que pases en encontrar a esa persona, ni la distancia que os separe...El hilo se estirará hasta el infinito si hace falta, se enredará, se tensará en determinadas ocasiones, pero jamás se romperá. Ese hilo nos guiará siempre y evitará que nos perdamos. Tú y yo lo compartimos, estoy segura.

La historia de Alka conmovió a Clara profundamente, al descubrir que el mundo estaba lleno de “niñas Perdidas”: niñas que soñaban con una vida que no les pertenecía, que tenían la esperanza de encontrar un mundo mejor del que habían conocido, que se mantenían en pie a pesar de todos los golpes que el destino les iba propinando. La abrazó con intensidad y sintió una gran conexión entre ellas, que unía sus frágiles corazones tapizados de dolor. Esa unión invisible ya jamás se rompería.

Alka sonrió agradecida y rellenó de nuevo las copas de vino

—Creo que me está subiendo a la cabeza, normalmente no suelo beber

—Pues disfruta .Y ya que estamos en plan confidencias... ¿Qué pasó con el padre de tu hijo?

La puerta de la calle cerrándose las sorprendió y Alka se levantó del taburete con rapidez

—Eso será otro día. Es una historia muy larga y por hoy ya he llorado bastante

—¿Quién te ha hecho llorar? ¡Dime quien es y se las tendrá que ver conmigo!

Las dos rieron a carcajadas al oír el tono dramático que Marc había utilizado. Al detectar las miradas insinuantes que se lanzaban los dos jóvenes, Clara decidió retirarse a descansar un rato. Volvía a sentir su cuerpo agotado de tantas emociones y necesitaba recobrar la templanza de nuevo.

Cuando entró en su habitación se acercó al ventanal y admiró el jardín. Buscó la reja, que tras haber podado algunas ramas de las violetas se mantenía a la vista y pensó en la Señora Nichols. No le costó imaginársela en el jardín, tomando su taza de té mientras observaba la planta trepadora custodiando su secreto. ¿Porque quiso esconder aquel pozo? ¿Qué significaba para ella? .Tenía que conseguir acceder a él y descubrir porque estuvo escondido tantos años.

El sonido de su teléfono la despertó de su ensoñación y al ver el nombre de Elisa en la pantalla se animó de golpe

—Hola ¿Cómo estás?

—Estoy genial, el médico me ha obligado a hacer reposo si no quiero tener el niño antes de hora, así que estoy pintando como nunca

—¿Eso está muy bien! .Por cierto, ya he hablado con Samuel

—¿Si? ¿Cómo ha ido?

—Duro...Me ha confesado que escribió los anónimos, pero me jura y perjura que no provocó el incendio. Y en realidad, no sé porqué, pero le creo. Así que le he perdonado.

—¿Y como se lo ha tomado tu Superman particular? No le habrá hecho mucha gracia

—¿Superman?

—Mujer..., es solo un mote cariñoso. Pero bueno, déjalo .Yo te llamaba para darte una buena noticia. ¿Recuerdas que te dije que el dibujo del libro de cuentos me recordaba algo, pero que no lograba situarlo?

—Si, ¿has descubierto algo nuevo?

—He estado investigando. Resulta que estaba en lo cierto cuando te dije que lo había visto antes. Estuvo en una exposición itinerante que pasó por Madrid hace unos meses. El autor es un artista bastante conocido de origen inglés, suele pintar oleos en gran formato, pero..., y ahora te: ¡Durante sus inicios trabajó de ilustrador para varias editoriales!

—¿De verdad? ¡Eso es genial! ¿Y cómo se llama? ¿Dónde vive? Podemos ir a visitarlo, ¿no?

—Pues tengo una buena y una mala noticia...El hombre es bastante mayor y lleva años retirado. Su última dirección oficial se encuentra en Londres, pero he intentado contactar con él por teléfono y me han dicho que hace más de una década que no vive allí. El único dato actual que tenemos de él es su nombre: Marcus Gordon y un Apartado de Correos donde le envían la correspondencia.

—Ufff...Está bien, pásame todos los datos. Andy se va a quedar unos días en Londres, tiene que recoger un premio. Quizás pueda descubrir algo más desde allí. Le llamaré, a ver qué puede hacer

—Otra cosa...he hablado con un colega de la Universidad. Es especialista en literatura infantil y un gran coleccionista. Le enseñé las fotografías del libro y quedó impresionado. Me ha comentado que no conoce a ningún escritor de cuentos con esas iniciales que se corresponda con la época de edición. Ha estado buscando información sobre la editorial que firma el libro y cree que jamás existió, o si lo hizo fue durante un periodo muy breve.

—Genial, veo que todo son buenas noticias...

—En realidad sí que tengo una buena noticia sobre ese libro...Si el ilustrador es realmente Marcus Gordon y, tal como hemos deducido es el único ejemplar, podría valer mucho dinero

—¿Mucho dinero?

—Los coleccionistas se pelean por encontrar algo así. Mi compañero me ha asegurado que podrías vivir de renta durante unos cuantos años

—Elisa, me conoces perfectamente y sabes que no voy a venderlo. Solo quiero saber qué relación tiene ese libro conmigo y porque la Sra. Nichols me lo dejó en herencia. ¡Parece mentira que seas mi mejor amiga!

—Vale, vale..., pero si las cosas al final no fueran bien..., creo que es una opción a tener en cuenta. ¿Y qué tal? ¿Cómo va el museo?

Tras colgar, llamó a Andy y le explicó la conversación con Elisa y él prometió investigar un poco más sobre el conocido pintor. No se dio cuenta de cuánto lo echaba de menos hasta que oyó su voz al otro lado de la línea.

Decidió dar un paseo para alejar la melancolía que, sin saber cómo, se había apoderado de ella. Aprovechó para dejar nuevos ramos de violetas en el cementerio. Había hecho de su promesa un ritual, cada vez más habitual, y comenzaba a disfrutar de aquellos momentos de soledad. Con cada paso que daba escuchando el trino de los pájaros como única compañía, su mente volvía a retomar aquellos paseos por el bosque de su infancia.

Depositó los ramos sobre las tumbas y sonrió al pequeño jilguero que, tal como hizo la primera vez que estuvo ahí, vino a saludarla posándose sobre la lápida. Acercó su mano hasta su cabecita, dispuesta a acariciarlo, cuando este alzó el vuelo asustado hacia la gran encina del otro lado del muro.

La sonrisa se le heló en los labios, cuando divisó al anciano que había creído ver el primer día. El hombre se mantenía apoyado en un bastón y se agarraba con la otra mano en el grueso tronco del árbol.

Clara entrecerró los ojos y levantó la mano a modo de saludo. El anciano se lo devolvió, así que decidió acercarse hasta él. A medida que la distancia entre ellos se iba acortando, comprobó que sus sospechas iniciales eran acertadas. Antonio había envejecido bastante, pero seguía manteniendo un rostro bondadoso y le estaba dedicando una de sus cariñosas bienvenidas.

El hombre la abrazó como si aun fuera la niña que él conoció y la invitó a sentarse a su lado en un banco de madera que se encontraba junto a la encina. Tras conversar sobre el rumbo de su vida en los últimos años de manera superficial, un silencio lleno de intrigas se apoderó del encuentro. En la mente de Clara las preguntas se agolpaban desordenadas. Esperaba que el antiguo mozo pudiera responder, pero no sabía por dónde empezar. Decidió comenzar por la menos comprometida, así que abrió su bolso y sacó la gran llave de metal envuelta aun en el pañuelo de Andy

—Antonio ¿Puedes decirme a que estancia pertenece esta llave? Sé que conoces a la perfección cada rincón de la Torre...

El antiguo mozo recogió la llave y acarició el metal oxidado

—No la había visto nunca —Clara chasqueó la lengua decepcionada —, aunque sé perfectamente a que puerta pertenece.

Los azules ojos de la joven se iluminaron

—¿De verdad?

—Es la llave del sótano de la Torre. Se construyó a escondidas del Amo durante los años cincuenta. Parece que algunos de los trabajadores de la Colonia lo utilizaban como almacén de sus productos de contrabando. Se accede desde la parte exterior del jardín, a través del muro, pero jamás he

estado en él.

—¿Y porque me la dejó en herencia la Señora Nichols? .No lo entiendo...He heredado una caja llena de objetos que no se a que pertenecen.

El hombre sonrió

—Yo le llamaba su *Caja del Olvido*. A veces la sorprendía con ella abierta sobre su regazo, acariciando las cosas que escondía en su interior. Pero jamás me las mostró.

—¿Y no le preguntaste?

—Amé a Claire mas que a nadie en el mundo, y estoy seguro de que ella también me amó. Pero había una parte de su corazón a la que jamás me permitió acceder, tan marchita, que solo con rozarla le provocaba un dolor indescifrable. Las pocas veces que abría esa caja la tristeza la consumía, así que decidí mantenerme al margen.

—Tengo otra duda. Me han explicado que fuiste quien trajo a mi madre a la Torre, pero no entiendo porque.

—La respuesta es muy sencilla..., Claire me lo pidió. ¿Recuerdas el accidente del bosque? El caballo no se asustó por culpa de un zorro, Claire estuvo a punto de atropellar a tu madre. Faltó poco para que el caballo le pasase por encima. Era solo una niña, un cuerpo tan pequeño jamás hubiera sobrevivido el peso de un animal tan grande. Y ella..., Claire no se lo perdonó nunca

—Vale, entonces quieres decir que fue una especie de compensación por haber estado a punto de matarla...

—En un principio pensé que realmente ese era el motivo. Tu madre malvivía con su tía, una mujer a la que solo le interesaba el dinero y que accedió a que me la llevara en cuanto le ofrecí una buena suma. Así que traerla a la Torre fue bueno para ella. Isabel y Alice se criaron cómo hermanas, se querían, pero cuando crecieron... algo cambió. —El anciano sacudió la cabeza con pesadumbre —Claire no hablaba nunca de su pasado. Cuando yo la conocí acababa de enviudar tras solo tres años de matrimonio y siempre creí que la muerte de su marido debía haber sido un mal trago y por eso evitaba hablar de ello. Pero un día me confesó que antes de casarse había tenido una relación con otro hombre, una relación prohibida que acabó con un embarazo no deseado.

—¿La señora Nichols tenía otro hijo?

—No, en realidad no. Al saber que estaba embarazada, su padre decidió encerrarla en la Torre, alejada de todo el mundo y vigilada las veinticuatro

horas. El padre del niño era un trabajador de la fábrica y aquello enfureció al Señor Nichols, que se lo tomó como una deshonra a su buen nombre. Así que vivió su embarazo como si fuera una convicta, encerrada en una cárcel. Creo incluso que su padre despidió todo el servicio, pues su objetivo era que la gente creyera que ya no residía en la Torre y así ganar tiempo para buscarle un pretendiente de buena familia. El parto fue complicado y parece que el bebé murió ese mismo día. Claire nunca lo superó. Creo que esa fue una de las razones de que fuera tan reacia a dejarse querer, creía que no se lo merecía y la culpabilidad marcó la relación con su hija para siempre.

—Deduzco que el hombre del que hablas fue el “Gitano”. Todo encaja. Pobre Señora Nichols.....Aun así, no acabo de entender que tiene que ver eso con mi madre

—Desde que Isabel llegó a la Torre, la trató como una hija más. Su relación fue extraordinaria, se compenetraban a la perfección, hasta que algo sucedió y todo cambió. Claire comenzó a obsesionarse con Isabel y a ignorar cada vez más a Alice, que se moría de celos al ver su reacción. Yo siempre pensé que se centró en ella porque le recordaba a Josep Ros. Al fin y al cabo era de su familia y en el pueblo siempre se ha comentado el parecido que tenía con él. La relación con Alice se hizo insostenible. Por eso siempre me ha detestado, al fin y al cabo fui yo quien trajo tu madre a la Torre

—¿Qué provocó esa obsesión?

—Jamás me lo explicó, pero un día tu madre me comentó que todo empezó una mañana que ella y Alice se encontraban bañándose en el río con varios jóvenes del pueblo. Claire estaba dando un paseo con Gitano y se acercó a saludarlas. Isabel me contó que se quedó mirándola fijamente, como si hubiera visto una visión. A partir de aquel momento se mostró irascible y tensa. Se pasaba el día mirando su caja, repasando todos los objetos que escondía en su interior como si buscara una respuesta en ellos. Y cuando no, espiaba a Isabel, vigilaba donde iba, que comía, con quien se divertía...

—Todo esto que me estas contando es muy extraño. No imagino a la Señora Nichols comportándose así

—Lo sé, fue una época extraña. Por otro lado, Isabel se volvió difícil, no soportaba tanta presión. Tu madre llevaba tiempo visitando un psiquiatra del Hospital comarcal. No sé si sabes que ella...

—La Esquizofrenia. Si, lo vi en el informe

—Claire no paraba de decir que si estaba enferma era por su culpa. Que si no hubiera sido tan cobarde todo hubiera sido diferente

—¿Que quería decir con eso?

—Jamás me lo explicó. En cuanto le preguntaba cambiaba de tema con rapidez y me decía que yo no lo entendería. Luego, cuando tu madre se marchó, volvió a ser ella misma, como si todo aquello no hubiera sucedido jamás.

—¿Y no volvieron a verse?

—Solo una vez, justo antes de que tu madre..., antes de que se quitara la vida. Claire quiso ir a hablar con ella y me pidió que la acompañara a su nueva residencia, junto a la playa. Vosotras erais pequeñas y pasamos un día estupendo. Ese día se convenció de que Isabel ya estaba recuperada, que ya no tenía que sufrir más por ella y decidió pedirle que volviera a la Torre, a su casa. Tuvieron una conversación muy larga. Al principio todo iba bien, pero al rato comenzaron a discutir, hasta que Isabel, totalmente fuera de si nos echó de allí.

—¿Y no sabes de que hablaron?, podría ser importante...

—Querida Clara...Ese fue solo uno de los tantos secretos que mi estimada Claire se llevó a la tumba. Solo sé que esa fue la razón de que no te explicara nada sobre la estancia de tu madre en la Torre. Pensó que acabarías odiándola, tal como hizo Isabel.

Clara esperó unos minutos, intentando dar sentido a aquellas declaraciones, pero fue incapaz de sacar nada en claro. Decidió intentarlo por otro lado

—También he heredado un cuento. Trata sobre una bella princesa que vive encerrada en una torre durante años...Ahora que me has explicado que ella vivió su embarazo entre los muros de la Torre..., no sé, comienza a cobrar sentido. Aunque, quizás sea solo una casualidad

El hombre se levantó mirando al frente

—Ven, quiero mostrarte algo

Clara siguió al antiguo mozo que caminaba despacio, apoyando su pesado cuerpo en el bastón y rodeando su brazo con el suyo. Llegaron al mausoleo de los Nichols y su mano giró el pomo de latón, invitándola a entrar con un gesto de la cabeza. El anciano prometió esperarla fuera.

Clara esperaba descubrir un sitio oscuro y tenebroso, pero quedó maravillada al ver su interior. El lugar tenía algo mágico. La luz de la tarde se filtraba a través de un mosaico de cristal que se encontraba en lo alto, creando mil reflejos que salpicaban las paredes como burbujas de colores a punto de estallar. Las motas de polvo que quedaban atrapadas por el sol, tomaron vida

propia y bailaron ante sus ojos, dándole la bienvenida.

Se acercó un poco más y distinguió que el mosaico era una perfecta reproducción de la acuarela de su libro. Tan solo un detalle insignificante la diferenciaba, un leve cambio en el gesto de La Princesa invisible, que borraba la tristeza de la acuarela original y parecía sonreírle desde lo alto. Aquel descubrimiento acabó de convencerla de la importancia de aquella leyenda para la familia Nichols. Y Elisa quería que vendiera el libro... Si alguien se toma la molestia de reproducir algo así junto a su tumba debía tener un valor incalculable para él. Tan solo debía descubrir cuál era su significado y qué relación tenía con ella. Repasó los nombres de los féretros distribuidos a cada lado de la estancia: Andrew Nichols y Roser Casademont —madre de la Sra. Nichols —, a un lado y James Davis, junto a la propia Señora Nichols, descansaban en el otro.

Había también una pequeña lápida recubierta de mármol blanco, situada bajo el mosaico, que llamó su atención. No encontró ningún nombre que anunciara a quien correspondía, tan solo un grabado en forma de herradura. Dedujo que era el féretro del hijo ilegítimo de Claire Nichols y la intriga la incitó a acercarse un poco más. Resiguió el mármol con la yema de sus dedos, en busca de algún nombre, cuando descubrió que la losa superior se encontraba desencajada. Sin saber porqué, sus manos empujaron la pesada cubierta y un rayo de sol impactó en la cavidad interior, iluminándola y revelando un hueco totalmente vacío. Si alguna vez un niño fue enterrado allí, no quedaba ni rastro de él. La idea de un saqueo le pareció bastante remota, al ver lo limpio que estaba el habitáculo a pesar de los años. Una corriente de aire desconocida agitó su pelo y creyó oír un leve susurro junto al oído. Un escalofrío repentino recorrió su espalda, aumentando el temblor de sus dedos y acelerando su corazón sin control. Volvió a depositar la losa sobre el féretro y salió del recinto sin mirar atrás.

Cuando la brisa del exterior la devolvió a la realidad y le permitió volver a respirar con normalidad, descubrió que estaba sola. Antonio había desaparecido de nuevo.

CAPITULO 21

Año 1954

El avanzado estado de gestación de Claire ya no le permitía moverse con agilidad. Sus días pasaban entre las largas horas de lectura y las conversaciones con Isabeleta, que en los últimos días eran escasas, pues parecía rehuirla sin motivo aparente.

Se despertó de madrugada, algo bastante recurrente en los últimos días, tras una pesadilla en la que se le aparecía el odioso señor Valls encendiendo una mecha y lanzándola al agujero oscuro de entrada a la mina. Se levantó de una sacudida y sintió una fuerte punzada en el abdomen. Se dobló sobre sí misma, cruzando sus brazos sobre su panza, al sentir un líquido viscoso recorriendo sus piernas desnudas.

—¡Isabeleta! ¡Isabeleta!

Oyó la puerta contigua cerrarse y suspiró mas tranquila, al deducir que había conseguido arrancar a su asistenta de su profundo sueño. Pero su rostro se desencajó al ver que quien entraba en su alcoba no era si no el mismísimo Señor Valls. ¿Qué hacía allí a esas horas?

—Señorita Nichols. Por mi experiencia como padre creo que ha llegado la hora. Relájese y vuelva a estirarse en la cama. En segundos la trasladaremos a la enfermería del convento, mucho más preparado para un parto.

Cada minuto que pasaba aumentaba el dolor de las punzadas y, a pesar de intentar mantenerse entera, las fuerzas de la joven parecían disminuir con cada contracción. Sus manos presionaron su bajo vientre, intentando parar aquel huracán que se estaba desatando en su interior. Aun así, consiguió susurrar con desprecio

—Isabeleta...Quiero que Isabeleta esté junto a mi...

Como si hubiera escuchado su petición, la joven sirvienta llegó corriendo y se situó a su lado con gesto de preocupación. Varios hombres que Claire no conocía la trasladaron al convento, donde la madre superiora los esperaba con un manajo de llaves en la mano y gesto preocupado. Junto a ella, un hombre bajito y enjuto la esperaba, presentándose como el médico que la iba atender. Claire lo miró extrañado, esperaba ver al doctor Trias, el médico que la había visitado desde la infancia y que la conocía mejor que nadie. Aquel hombre no

tenía la misma mirada de seguridad y le pareció apreciar que su aliento olía a alcohol más de lo deseable.

Las punzadas se extendieron por todo el sistema nervioso de su cuerpo, alcanzando la punta de los dedos de sus pies, que se doblaron sobre sí mismos en un intento vago de mitigar el dolor. Claire buscó la mano de Isabeleta, que seguía a su lado infundiéndole ánimo y pidió al médico que procediera.

El parto fue más complicado de lo esperado. El niño llegó al mundo con una vuelta de cordón alrededor de su cuello y el médico no parecía familiarizado con el tema. Isabeleta, viendo la inexperiencia de aquel falso médico, tomó el mando dispuesta a salvar a aquel niño. Claire agradeció tenerla a su lado.

Tras varias horas interminables y agotadoras, el llanto de un niño la despertó del letargo en el que se había introducido su cuerpo, robándole una sonrisa. Por fin iba a conocer a su hijo y esa esperanza consiguió borrar el recuerdo de cualquier sacrificio de los últimos meses. Su encierro y su melancolía quedarían olvidados para siempre en cuanto ese niño reposara en sus brazos.

Una vez limpio, la sirvienta le acercó el bebe envuelto en una toquilla blanca y vestido con una camisola de hilo que ella misma le había bordado. Claire había invertido todas sus fuerzas en el parto y prácticamente no era capaz de mantener los ojos abiertos, que se le cerraban de agotamiento. Aun así, hizo un último esfuerzo y descubrió el rostro más bello y perfecto que jamás había visto, a pesar de estar amoratado debido a la falta de oxígeno que había sufrido. Ni en sus mejores sueños había imaginado un bebé tan hermoso. Sus diminutas manos se agitaban con nerviosismo y sus pulmones no paraban de emitir un llanto agudo y desgarrador. Claire sonrió, al descubrir que el espíritu luchador del Gitano se encontraba impreso en su hijo ya desde el nacimiento, que se aferraba a la vida con toda su energía. Al sumergirse en sus brazos y escuchar su voz, el pequeño pareció reconocerla y recobró la tranquilidad. Sus ojos se abrieron y se encontraron con los suyos. Claire casi pudo sentir como aquella mirada se dirigía directamente a su alma, robándole una promesa que jamás pudo cumplir: nunca lo abandonaría. Lucharía por él hasta la muerte, su única razón de vivir a partir de ahora.

Apartó la suave tela que lo cubría, admirando aquel cuerpo, tan perfecto e indefenso a la vez. Isabeleta había improvisado un pañal de algodón, así que tan solo apartó ligeramente la delicada camisa de hilo que llevaba y lo

acarició. Recorrió con uno de sus dedos cada porción de piel que iba descubriendo, maravillada de que algo tan perfecto hubiera surgido de un amor clandestino. Siguió acariciando aquella fina piel y descubrió una pequeña mancha de color vino sobre su pecho derecho. Al ver su mirada de desconcierto, la asistente la tranquilizó

—Es solo una pequeña marca de nacimiento, probablemente desaparecerá con el tiempo. ¿Se ha fijado? Tiene forma de herradura. El destino a veces tiene curiosas coincidencias

El médico se acercó a ellas con una jeringa en las manos

—Señorita Nichols, voy a inyectarle un calmante para el dolor. Ha perdido mucha sangre y probablemente en los próximos días se encontrará muy débil. Si le parece bien, Isabeleta cuidará de su hijo mientras usted descansa

Lo último que sus ojos pudieron ver, antes de que le hiciera efecto el tranquilizante, fue a su hijo entre los brazos de Isabeleta, que seguía mirándola con expresión de orgullo.

Cuando despertó, se encontraba ya en su dormitorio. Agradeció no estar aun en aquella fría estancia de baldosas verdes y acero quirúrgico. El recuerdo de aquella temblorosa luz amarillenta, cegando sus ojos durante el parto, la hizo estremecer por dentro. Nunca imaginó que traer un hijo a la vida fuera tan complicado, pero estaba segura de que su pequeño le recordaría cada día que el esfuerzo había valido la pena.

Giró el rostro en busca de la bonita cuna que había preparado para él unos días antes, la misma que la arropó en su infancia. Sus ojos resiguieron toda la estancia y, al asegurarse que realmente no se encontraba junto a ella, imaginó que Isabeleta se lo habría llevado y estaría cuidando de él.

—¡Isabeleta! ¡Isabeleta!

Una mujer de pelo oscuro apareció en el quicio de la puerta. Hablaba en inglés y Claire jamás la había visto antes.

—Señorita Nichols, ¿desea alguna cosa?

—¿Quién es usted? ¿Y dónde están Isabeleta y mi hijo?

La mujer la miró sorprendida y balbuceó confusa, antes de dirigirse a la puerta de nuevo

—Un momento, no se mueva. Voy a llamar al doctor

Los gritos desgarrados de Claire se oyeron en cada recóndito rincón de aquella gran mansión. No podía creer que aquello fuera cierto. Había visto con sus propios ojos como su hijo se aferraba a la vida, como luchaba en cada

bocanada de aire por quedarse con ella. Según el informe que el hombre le mostró, el bebé había sufrido un paro cardíaco a las pocas horas de su nacimiento, a causa de las lesiones sufridas por la falta de oxígeno durante el parto.

Sí, su piel estaba amoratada y la respiración era algo fatigosa, pero en el momento de cubrirlo con sus brazos parecía haberse recuperado... Preguntó por Isabeleta. Solo podría creerlo si aquella afirmación procedía de los labios de su amiga, la única en la que confiaba. La voz del Señor Valls retumbó como un estruendo

—¿Isabeleta? Aquella desgraciada... Aprovechó el desconcierto de la muerte del bebé, para escapar lejos de aquí. Dicen que se ha ido al extranjero, probablemente la ha ayudado alguno de los contactos que su hermano tenía en Francia.

Claire abrió los ojos desolada. Su cabeza no paraba de negar en silencio

—¡No!, no le creo, Isabeleta jamás me abandonaría. No, sabiendo que mi hijo ha muerto...

El Señor Valls sonrió jocosamente, a la vez que depositaba la llave del sótano sobre la cama.

—Por cierto, esto es suyo..., creo que ya no la va a necesitar nunca más. Su padre ya la avisó, no debió confiar en la gente equivocada. No son más que unos desgraciados, en cuanto ven que no pueden sacar ningún provecho, pierden el interés. Después de todo, ella era hermana del padre de la criatura, probablemente pensó que sacaría tajada de algún modo.

—¡No! ¡No le creo! —Los dedos de Claire recogieron un vaso que reposaba en la mesita y lo lanzó contra el hombre, que lo esquivó sin inmutarse —¡Váyase! ¡Largo! ¡No quiero verle nunca más!

Justo cuando el director daba media vuelta manteniendo una sonrisa socarrona, apareció el padre de Claire. Lanzó una mirada de reprimenda sobre esta y se giró hacia el Sr. Valls, que se retiró sigilosamente a su señal

—Hija mía. No debes hablar así a la gente que vela por nuestros intereses —Claire giró el rostro hacia la ventana, reprimiendo sus lágrimas. Lo último que deseaba era mostrarle a su padre su dolor. Tampoco le quedaban fuerzas para enfrentarse a él, así que se mantuvo en silencio, dispuesta a oír lo que tuviera que decir —Ahora lo ves todo negro, pero a veces la naturaleza es sabia y lo que ha pasado, con el tiempo..., entenderás que es lo mejor que podía haber pasado

Mientras el hombre hablaba, lágrimas silenciosas recorrían el rostro de

Claire, hasta fundirse en la suave tela de la almohada. Cada palabra de su padre agrietaba algo más su interior ¿Lo mejor que le podía pasar? ¿Cómo podía ser tan cruel? Nadie podía comprender lo que estaba pasando. El amor de su vida y su hijo habían fallecido en tan solo unos meses. ¿Cómo se suponía que iba a recuperarse de aquello? Cerró los ojos, intentando recordar la mirada de su pequeño, tatuada para siempre sobre su alma; recuperando el tacto del gitano, grabado a fuego sobre su piel, cuando algo de lo que dijo su padre llamó su atención. El odio que sintió la obligó a enderezarse y a retarlo con la mirada

—¿Cómo dice? —Su padre calló en seco, con gesto severo —No pienso casarme con nadie. ¿Aun no se ha dado cuenta de que ningún hombre decente me aceptará como esposa? ¿Cree que cualquier estirado hijo de alguno de sus influyentes amigos querrá tener como esposa a una mujer que se ha lanzado a los brazos de un trabajador de la Colonia?

—Querida Claire, la mayoría no. Pero conozco a uno que aceptaría con los ojos cerrados. James Davis es tu hombre

—¿James? .Creo que ha olvidado que finalmente se casó con la hija de los Taylor. Y muy a pesar suyo, querido padre, se de buena tinta que el suyo fue un matrimonio por amor.

—Puede ser, pero el joven James acaba de perder a su esposa en una situación bastante delicada...Estoy segura de que ambos llegareis a un acuerdo en el que todos salgamos beneficiados

—Sarah... ¿Ha fallecido? —Peguntó azorada.

—Hace tres meses. Los padres del joven James están preocupados, vive encerrado en su finca y no quiere recibir visitas de nadie.

—Pobre James. Le comprendo tan bien...

En ese momento llamaron a la puerta y la mujer que la había sorprendido antes entró

—Señor Nichols, su invitado ha llegado

El hombre miró a la mujer y volvió a dirigirse a Claire

—Esta es Rose. Ahora que tu fiel sirvienta te ha abandonado, necesitaremos alguien que nos ayude en la casa. Ella ha sido mi ama de llaves durante estos últimos meses en Londres, así que le he ofrecido residir en la Torre durante un tiempo

Claire asintió derrotada. Ya no le quedaban fuerzas para enfrentarse a él de nuevo, a pesar de que aun seguía creyendo que era imposible que Isabeleta se hubiera marchado sin decirle nada. Y si realmente se había ido, no habría

tenido otra opción. Estaba segura de que el Señor Valls tenía mucho que ver en aquella decisión precipitada. Tan solo pudo contestar:

—Dígale a James que me disculpe por esta noche. Estoy aun demasiado débil para ir a recibirle. Pero en cuanto me sienta mejor escucharé gustosa su proposición.

El hombre sonrió satisfecho. Su pecho se hinchó como el de un ave rapaz al acorralar a su presa. Sus ojos centellearon de emoción

—Querida hija. Veo que comienzas a atender a razones. Te aseguro que dentro de unos años me agradecerás todo lo que hago por ti. Te dejo descansar

—Claire sintió aquellos dedos acariciando su rostro como una daga cortando su piel a traición —Le daré tus condolencias, no sufras.

Un nudo atravesó la garganta de la joven y en cuanto la puerta se cerró, tan solo pudo tapar su rostro bajo las sábanas y llorar desconsoladamente. Quizás si no se movía, si se quedaba escondida bajo aquella tela, conseguiría desaparecer para siempre y no tendría que soportar la angustia de seguir viviendo sin ellos.

La boda fue discreta y poco numerosa. James accedió a todos sus deseos, incluso al de no casarse en Londres y establecer su residencia en la Torre. Los dos tomaron aquel matrimonio como un pacto tácito, un contrato que beneficiaba a ambas partes casi tanto como la pasión que se echaba en falta entre ellos.

Claire aceptó su mano en cuanto se dio cuenta que James era el marido idóneo para ella. Le habló del Gitano, de su hijo, que tan solo había conocido unos minutos, y sintió como él compartía su dolor de un modo sincero. En ningún momento la juzgó o le recriminó nada. Estuvieron horas hablando sobre su próximo futuro como pareja. James le explicó que lo que mas deseaba era tener su propia familia y Claire le confesó que su ilusión era volver a las competiciones. Antes de aceptar, ella le pidió no volver a mencionar jamás al hijo que había perdido. El, por su parte, le pidió que respetara la memoria de su difunta mujer, permitiéndole llevar un pequeño retrato de ella en un antiguo camafeo que siempre escondía en el interior de su bolsillo, junto al corazón.

Así fue como ambos aceptaron vivir en una farsa, respetándose e incluso queriéndose, pero sin ninguna posibilidad de amarse. Los dos habían aceptado que su corazón se había secado para siempre, incapaz de volver a latir por nadie.

Tres años después de la precipitada boda, su relación había cambiado radicalmente. Aquella camaradería se fue diluyendo, quizás enrarecida por los

secretos que, tanto uno como el otro, guardaban con celo en su interior. Claire consiguió la libertad que tanto había deseado en su juventud. Viajaba cada vez más y durante más tiempo, hasta el punto que su hija Alice la veía como una desconocida. Cuando lloraba por la noche, su grito de auxilio siempre iba dirigido a su padre o a la niñera, jamás la reclamaba a ella.

Eso entristecía a James, que había soñado con tener una familia y no con aquella pantomima que los dos estaban recreando. Los silencios entre ellos fueron ganando terreno y la tristeza parecía invadirlo todo, alejándolos cada vez más sin remedio.

Tras uno de aquellos viajes, agotada del largo viaje, aunque satisfecha del puesto que había conseguido en la competición, Claire llegó a la Torre entrada la madrugada. Se sorprendió al encontrar la luz de la biblioteca encendida, así que entró. James se encontraba en ella con una copa en la mano y mirada vidriosa. Su pelo, habitualmente perfecto, estaba alborotado y su rostro mostraba síntomas de ira. En cuanto la vio, se levantó alzando los brazos abruptamente

—¡Mira quién tenemos aquí! La increíble Sra. Mathew. O... ¿debería decir Claire Nichols, la prestigiosa competidora de saltos?

—James...estoy cansada y creo que has bebido demasiado. Si quieres que hablemos tendrá que ser mañana.

El joven gesticuló con las manos de modo exagerado. Claire jamás lo había visto tan alterado

—¿Sabes? Hoy, nuestra hija ha preguntado por su madre por enésima vez y... ¿Sabes que quería tu hija?

Claire contestó de mala gana. James no solía beber, pero cuando lo hacía se volvía incisivo y desagradable

—Dime, que ha preguntado mi pequeña. Supongo que, como siempre, ha preguntado donde está su mamá. Es normal, la niña se hace mayor y ya se va dando cuenta de que no estoy. El mes que viene finalizo la temporada, entonces podremos disfrutar como una familia

—Como una familia... —La rabia tiñó sus palabras —Eso es lo que mas deseaba en el mundo y tú lo sabes. Sarah, ella sí que hubiera sido una buena madre. Ella también... —Un llanto desgarrado arrebató las palabras de su boca. Tapó el rostro con sus manos, escondiendo la vergüenza que sentía. Claire se acercó a abrazarlo compasiva, no le gustaba verlo así, mientras él seguía gimiendo las mismas preguntas de siempre. —¿Por qué se la llevaron? ¿Por qué?

La joven le susurró al oído las mismas palabras que ella solía repetirse al iniciar un nuevo día, justo cuando se daba cuenta que no había conseguido desaparecer bajo las sábanas

—Sarah...Dios se la llevó porque era un ángel, era especial. Ahora te estará mirando desde lo alto y estará orgullosa de ti, de tu entereza, de cómo me proteges y de lo buen padre que eres.

James asintió, sollozando entre sus brazos y Claire lo ayudó a levantarse y lo acompañó hasta su alcoba. Justo cuando estaba a punto de cerrar la puerta, sus palabras se colaron insidiosas, sorteando la estrecha abertura y clavándose certeras en su ya endurecido corazón.

—¡Nuestra hija me ha preguntado porque su mamá no le quiere! ¿Por qué no la quieres, Claire? ¿Porque eres incapaz de querer?

Caminó pausadamente hasta su habitación, manteniendo la compostura. Cuando cerró la puerta y se sintió a salvo, cayó sobre sus rodillas y cerró los ojos. Susurró para sus adentros

—Lo intento James, lo intento...pero mi corazón no sabe cómo hacerlo.

Su mente recreó el día que pusieron aquel bebé rollizo de piel blanca y alma tranquila entre sus brazos. Creyó que podría amarla, que sería capaz de darle todo el amor que había reservando para su pequeño muerto. James consiguió convencerla de que tener una nueva hija conseguiría alejar la melancolía que sentía. Pero aquellos ojos color miel eran tan distintos de los que había conocido antes; aquel carácter tranquilo y conformista era tan parecido a James y tan alejado de nada de lo que era ella...

Lo intentó, lo intentó con todas sus fuerzas. Pero con el tiempo aceptó que jamás conseguiría ser una buena madre. Incluso se planteó que esa fuera una de las razones para que el destino le hubiera arrebatado a un niño predestinado a crecer sin el apoyo de un padre. Ahora tenía una segunda oportunidad, pero no sabía cómo hacerlo. Nadie le había enseñado a querer sin condiciones, a hacerlo bien.

Oyó el coche de James saliendo a toda prisa del garaje, derrapando descontrolado, y estuvo tentada de ir a persuadirlo para que se quedara en casa. Había bebido demasiado y aquella noche las heladas habían cubierto parte de la carretera. Pero conocía bien a su marido y sabía que cuando estaba alterado era imposible cualquier intento de diálogo. Acusó el cansancio del viaje y las competiciones de los últimos días, así que se dispuso a dormir. Al día siguiente, una vez hubiera descansado, intentaría hablar con él.

Estaba segura de que, en poco rato, James volvería dispuesto a pedirle

perdón por haberse dejado dominar por los nervios. Su estricta educación no le permitía perder los papeles en público y cada vez que discutían acababa arrepentido y avergonzado.

Aquella noche James no volvió. Un accidente de coche se lo llevó para siempre de su lado, Claire miró a Alice y su culpabilidad creció hasta hacerse insoportable. Prometió no volver a competir de nuevo, ni alejarse de la Torre nunca más.

CAPITULO 22

Año 2014

Aquella noche era especial para Andy Nichols. Los prestigiosos premios Bafta de la Academia de cine inglesa lo habían nominado por su papel en una de sus últimas películas. Según Marc, ese era el empujón que necesitaba para poder dar el salto y que le llegaran trabajos desde Estados Unidos. Andy estaba haciendo realidad su sueño y Clara se sentía muy orgullosa de él, aunque era consciente de que sus mundos cada vez eran más dispares y sus intereses se alejaban a más velocidad.

Marc reunió a los habitantes de la Torre junto a sus amigos en el salón y Alka se encargó de preparar unos entremeses croatas deliciosos. Clara los observó con detenimiento, uno a uno: Alice, John, Alka, Erik, Marc, Joan, Carmeta y Luisa. Gente tan dispar y tan común a la vez. Andy era el hilo conductor entre ellos, tal como lo fue su abuela en el pasado. Todos se encontraban sonrientes y relajados, las conversaciones fluían de modo natural y Clara sintió que tenía todo lo que siempre había deseado: una familia. Quizás no era la convencional, pero a veces, cuando la vida no te obsequia con aquello que anhelas de un modo tan intenso, te da la opción de escoger una alternativa. Se sentía agradecida por estar allí y acababa de comprender que, pasara lo que pasara, la Señora Nichols había conseguido su objetivo: que Clara encontrara su sitio en el mundo, un lugar donde poder ser feliz.

Alka hizo el gesto de levantarse en dirección a la cocina en busca de más bandejas, pero Marc se interpuso en su camino

—¡Alto ahí, señorita! Esta noche no estás aquí como parte del servicio, si no como amiga de Andy. Hoy me ocupo yo

El joven guiñó un ojo seductor a la cocinera, que volvió a sentarse totalmente ruborizada en cuanto sintió las miradas de todos los asistentes sobre ella. Alice intervino:

—Aprovecha el momento Alka, cuando un hombre descubre que está enamorado hace lo que sea por conquistarte. Con el tiempo pasará, no te preocupes...

John intervino, simulando un gesto ofendido:

—¡Eh! Un momento... ¿Eso no irá por mi? —Al oír las carcajadas del

resto guiñó un ojo cómplice a su mujer y la besó en los labios.

A medida que Clara iba conociendo a aquella pareja, comprendía porque Andy se había convertido en el hombre que era. El amor de sus padres era real y sentían verdadera devoción por su hijo.

Erik se levantó de un salto en cuanto vio la imagen de Andy al otro lado de la pantalla

—¡Andy! ¡Ahí está Andy!

Clara no pudo apartar los ojos de la imagen. El traje oscuro que llevaba le quedaba increíblemente perfecto, resaltando aun más el verde de sus ojos. Su impresionante sonrisa acaparaba todos los flashes de los periodistas, que no dejaron de perseguirlo desde que había bajado del coche. De su brazo colgaba la misma joven de la revista, con un vestido exageradamente escotado y provocativo. Alice miró a Clara y comentó

—Esta chica será muy buena actriz, pero necesita unos consejos de estilismo urgentes

Todos rieron de nuevo. Durante la hora siguiente comentaron todos los detalles de la gala, rieron con algunos de los modelitos y admiraron algunos de sus ídolos, hasta que llegó el turno del premio al mejor actor y el silencio se apoderó de la sala

Cuando el presentador leyó el nombre de Andy Nichols todos saltaron emocionados, abrazándose y besándose con efusividad. Incluso Marc, con la emoción, cogió a Alka por la cintura y le plantó un intenso beso en los labios, que la hizo enrojecer más de lo habitual. Clara sonrió, pensando que aquella noche quedaría en su recuerdo para siempre como una de las mejores de su vida. En cuanto Andy se acercó al escenario, Alice pidió silencio. El actor miró directamente a la cámara y carraspeó. Clara se estremeció al notar como la intensidad de esa mirada producía un leve cosquilleo en su piel. Sentía que aquella mirada se dirigía en exclusiva a ella y no a miles de espectadores. Una vez finalizaron los aplausos, la voz grave del actor resonó en el anfiteatro y comenzó su discurso. Lo inició con una larga lista de agradecimientos al equipo de la película galardonada y algún pequeño chiste que hizo reír al público. De pronto, su rostro cambió y su voz sonó más trascendente de lo habitual. El iris de sus ojos pareció oscurecerse

—Y ahora..., quisiera agradecer especialmente a mi abuela, que en gloria esté, que confiara en mí desde el principio; a mis padres, que aunque les costó aceptar que no quisiera ser abogado me han apoyado en todo; y finalmente, quiero agradecer a una amiga muy especial que haya aceptado volver a mi

vida, sin la que nada de esto tendría sentido. La primera persona a la que le confesé mi sueño de ser actor y que me dio su apoyo sin concesiones. La que me hace tener los pies en el suelo y me recuerda que, a pesar de los flashes y las cámaras, soy un hombre normal, con sus defectos, con sus errores, de los que a veces hay que pagar un alto precio. Quiero que sepa que, por mucha distancia que nos separe, mi corazón siempre ha estado y estará con ella.

Clara sintió la mano de Alka sobre la suya, justo cuando una lágrima solitaria resbalaba por su mejilla. La pantalla seguía mostrando el rostro emocionado de Andy, sus ojos humedecidos se mantenían fijos en la cámara. El silencio se apoderó de la sala y, en cuanto finalizó la gala y una nube de periodistas se abalanzaron sobre el actor dispuestos a descubrir quién era esa mujer misteriosa, Clara se levantó y salió al jardín. Necesitaba digerir todo aquello sin las miradas inquisidoras de sus amigos. Alka salió tras ella con su abrigo en la mano; la noche era gélida y con las prisas por salir de allí, Clara había olvidado cogerlo

El silencio entre ellas se mantuvo durante un buen rato, mientras se acomodaban en el antiguo balancín. Clara mantenía la vista fija al frente, mientras un nudo seguía estrangulando su voz. Alka se decidió a hablar:

—Hace poco, me aconsejaste que me dejara llevar. Clara...Andy es un buen hombre y te quiere. ¡Acaba de declararse ante miles de espectadores!

—Lo sé, lo sé. Y eso... me abruma. Entre nosotros han pasado tantas cosas que, sin darnos cuenta, hemos ido tejiendo una telaraña de desconfianza muy espesa. Ahora que ha ganado el premio su trabajo irá en aumento, viajará más y probablemente mas a menudo. Aceptar estar con él implica confianza plena, una fe ciega en él. No sé si yo estoy preparada para algo así.

—Supongo que es un temor comprensible, pero si un hombre hiciera por mí lo que él acaba de hacer esta noche...Está enamorado de ti, eso no lo dudes

—Sí. Y yo de él, desde que era una niña. —Era la primera vez que lo confesaba en voz alta —Pero no siempre podemos seguir el camino que nos marcan nuestros sentimientos, nos traicionan demasiadas veces. No quiero sufrir más. Cuando lo he visto allí, rodeado de tantos periodistas, con miles de mujeres dispuestas a lanzarse a sus pies sin dudarlo, he comprendido que Andy vive en otra realidad, en un mundo tan ajeno a mi... ¿Dime? ¿Dónde encajo yo en todo eso?

Tras intentar convencerla sin éxito, Alka le dio las buenas noches y se retiró. Clara se acercó a la reja y buscó una moneda en su bolsillo. La lanzó, pidiendo el deseo que tanto había anhelado toda su vida: encontrar el camino

de la felicidad. El destino ya decidiría si sería junto a Andy o no.

A la mañana siguiente se levantó con un intenso dolor de cabeza y se fue directa a la biblioteca. Se había pasado la noche dando vueltas, rememorando las palabras de Andy y recreando de nuevo su intensa mirada a través de la pantalla. Esa misma tarde lo tendría a su lado y sabía que había llegado el momento de exponerle sus reticencias ante la propuesta que él le ofrecía.

Carmeta irrumpió con varias revistas en la mano, gritando emocionada

—¡La que se ha liado! Todas las revistas hablan de Andy y de su amiga misteriosa. Los periodistas están haciendo quinielas de quien puede ser: han hablado de una antigua novia que también es actriz, de una escritora famosa... ¡Si supieran que la mujer vive recluida en este pueblo de mala muerte!

Clara no contestó. Hojeó los titulares de las distintas publicaciones y, aunque sintió una leve presión en el pecho, simuló no darse por aludida. Su preocupación en aquel momento era muy distinta, pues si algún periodista seguía a Andy de vuelta a la Torre, en poco tiempo su cara saldría en todas las revistas, nada más alejado de su intención. Las apartó a un lado y buscó el sobre certificado que había recibido el día anterior, mientras se dirigía a su ayudante con brusquedad

—¡Carmeta!, necesito que busques las partidas de nacimiento del año 54. Debe haber algún registro del médico de la Colonia en los archivos, no puede ser que se haya volatilizado

—Vale, vale...Estamos de mal humor hoy, ¿no?

La joven abrió las cajas donde aún quedaban montones de archivos sin revisar y se puso por faena. Clara desdobló el papel del registro y leyó su contenido de una tirada. Al ver la fecha de fin de la concesión de los terrenos una idea sospechosa cruzó su mente, a pesar de desear con todas sus fuerzas que no fuera cierta. Llamó a Marc y compartió con él sus conjeturas, pero este se mostró tan reacio como ella

—Es muy extraño, ¿Qué habría ganado Joan asesinándote? El y Andy son grandes amigos, estoy seguro de que si lo hubiera hablado con él, este habría alargado la concesión sin problema

—No, en el caso de que la Señora Nichols hubiera añadido un anexo a su testamento...He llamado al Señor Recasens y me ha comentado que hace unos años agregó una modificación que afectaba al contrato de concesión de los terrenos: si yo aceptaba la herencia, el contrato se rescindía automáticamente y pasaba a mí poder. Yo era la única responsable de la última decisión sobre aquellas tierras...

Marc entrecerró los ojos, pensativo

—No se, Joan no parece de esos, pero hay algo que encajaría con tu teoría...

—La quemadura en su brazo

—¡Exacto! Cuando me dijiste que había estado en el incendio me extrañó. Yo no recordaba haberlo visto, pero había tanta gente y todo era tan caótico que no quise decir nada. Voy a llamar al Centro de Voluntarios Forestales, a ver qué me cuentan...

Mientras Marc hacía esa llamada, Clara salió de la Torre dispuesta a acercarse hasta el sótano misterioso. Caminó hasta la verja dorada y resiguió los campos que rodeaban la casa hasta reconocer las paredes que tapiaban la parte exterior del jardín. La maleza se había apoderado de la parte baja del muro, formando una tupida cortina de zarzas que impedía acercarse a menos de medio metro. Intentó estirar de ella y varios pinchos atravesaron traidores la piel de sus dedos. Decepcionada, decidió ir en busca de alguna herramienta con la que cortar los gruesos troncos del arbusto, cuando sintió un movimiento detrás suyo y se giró asustada

—Clara, ¿Qué estas buscando?

—Erik, me has asustado. Estaba buscando una puerta secreta que parece estar escondida por aquí, pero hay demasiada maleza y no he traído nada para podarla.

El niño sonrió

—Espera aquí. ¡En seguida vuelvo!

El niño salió corriendo hasta una especie de cabaña de piedra que estaba medio derruida en el campo contiguo. Cuando volvió, traía dos tijeras de podar en las manos y una gran sonrisa

—¿Y eso?

—Es la cabaña de Joan. Suele guardar el material que necesita para arar los campos y algunas herramientas viejas.

—Está bien, vamos a ver si encontramos esa puerta secreta...

Estuvieron más de media hora podando las zarzas y los troncos de los arbustos que protegían el antiguo muro. Cuando las palmas de las manos comenzaron a escocerles y los músculos de los brazos se les agarrotaron de dolor, descubrieron una pequeña puerta de madera que no medía más de medio metro de alto. Un pesado candado, totalmente oxidado, colgaba de ella y Clara no dudó en introducir la gran llave de hierro en su interior. Tras resistirse un buen rato, un ruido les informó de que habían conseguido su objetivo. La

apertura del cierre cedió, así que empujaron la madera y observaron emocionados el acceso totalmente libre.

La joven encendió la linterna que había traído y enfocó el haz de luz hacia un profundo agujero, descubriendo unas angostas escaleras de piedra tallada que descendían hasta una especie de almacén abandonado. Clara se giró hacia Erik, que la miraba atónito

—Parece que lo nuestro es encontrarnos en sótanos oscuros, ¿eh?

El chico asintió sonriente y se agazapó, introduciéndose con dificultad en la pequeña abertura. Clara lo siguió, descendiendo los peldaños con precaución, hasta alcanzar una pequeña sala que parecía estar excavada en la propia roca. La fría temperatura ambiental y el olor a humedad y a metal oxidado se introdujeron en sus fosas nasales, antes de descubrir la gruesa alfombra de monedas que cubría el suelo. El metal centelleaba con cada rayo de sol que conseguía colarse entre las rejas de la abertura del jardín, creando bellos reflejos dorados sobre las paredes. El chico recogió una pieza y preguntó

—¿Qué tipo de moneda es esta?

—Es una peseta, es la moneda que utilizábamos en mi infancia, antes de que existiera el euro. —Clara se agachó y recogió otro de los metales en el que la superficie, a diferencia de la anterior, se encontraba totalmente mate. Una gruesa capa de suciedad había sepultado el metal bajo sus fauces, así que la restregó sobre su manga con energía y, en poco tiempo, el escudo de la familia Nichols apareció grabado sobre ella. —Que curioso...

Se la guardó en el bolsillo y siguió estudiando aquella extraña estancia. ¿Para qué debía servir? Y, sobretodo... ¿Por qué la Sra. Nichols le había dejado la llave en herencia? La única respuesta que parecía tener sentido era que la mujer deseaba que Clara descubriera aquel lugar. Pero... ¿Por qué?

El estruendo del metal impactando al suelo de piedra la sobresaltó. Erik se defendió asustado, levantando las manos

—¡Lo siento! La he tocado sin querer y se ha caído... Yo no quería...

Una caja había caído desde lo alto de un montón que se mantenían apoyadas sobre una de las irregulares paredes. La cubierta de metal había saltado a causa del golpe y varios paquetes de cigarrillos cayeron esparcidos por el suelo

—No pasa nada, Erik. Déjame ver —El niño recogió una de las cajetillas y la acercó a la luz de la linterna —Gitanes, así que no era mas que una marca de cigarrillos...

El niño, curioso por naturaleza, ya se había alejado de su lado y se encontraba investigando los objetos dispuestos sobre una rústica mesa de pino que se encontraba en el rincón opuesto

—Mira, aquí hay un estuche de algo. Lleva un lazo, como si fuese un regalo para alguien

Le entregó una caja cuadrada de terciopelo azul, con un pequeño lazo de raso. En la parte superior de la cubierta se encontraba inscrita una dirección de una joyería de Toulouse. Clara abrió el estuche y su corazón se aceleró desbocado en cuanto descubrió el molde de espuma que escondía su interior. Se desabrochó la pulsera de la muñeca y la puso sobre ella, comprobando que encajaba a la perfección con la silueta surcada en el material de relleno. Sus manos temblaron, al comprender que aquel hallazgo la unía a su pasado de algún modo, a pesar de no acabar de comprender como.

Erik observó la escena maravillado y, mientras Clara volvía a abrocharse la pulsera con dedos temblorosos sobre su delgada muñeca, el niño se dedicó a curiosear la caja. Levantó la espuma de protección y sonrió al encontrar una tarjeta escondida. En ella se leía un nombre impreso: Casal Català de Toulouse, y una fecha escrita a mano: 6 de Noviembre del año 1954. Con letra desordenada alguien había sentenciado: <<Aquí empieza nuestro futuro>>

¿Qué significaba todo aquello? ¿Qué relación tenía con ella? El caso era que aquella fecha le resultaba familiar. Cada vez estaba mas segura de que Claire Nichols intentaba decirle algo: <<Cuando mi voz calle con la muerte, mi corazón te seguirá hablando>>. Pero... ¿A qué se refería?

Clara salió de allí con el estuche en la mano, profundamente alterada. No entendía porque la Señora Nichols había dejado todas aquellas pistas sin sentido, ni porque a ella precisamente. Debía meditar en todo aquello, pero en cuanto llegó a casa, Marc salió a su encuentro con gesto preocupado

—¿Dónde estabas? ¡Te he buscado por todas partes!

—¿Qué sucede? ¿Mis sospechas eran ciertas?

Marc asintió con gesto apesadumbrado

—Estabas en lo cierto...Joan no estaba en la lista de voluntarios aquella noche. Su supervisor me ha comentado que precisamente pidió cambiar la guardia, porque tenía un compromiso con su mujer

—Deja que lo adivine...has llamado a su mujer y te ha confirmado que estuvo de guardia aquella noche

—¡Exacto! Le he dicho que estábamos comprobando que voluntarios había aquella noche, porque Andy quería hacerles un reconocimiento público. Que

era una sorpresa y que debía mantenerme el secreto...La mujer se ha emocionado y me ha pedido que Joan tenga una mención especial, pues estuvo más de cuatro horas de servicio y volvió a casa con una gran quemadura en el brazo.

Clara se sentó resignada tras el escritorio

—No quería creérmelo...Joan me cae bien, sé que es un buen hombre. Supongo que pensó que yo no estaría dispuesta a darle los terrenos, pero... ¿Por qué no habló conmigo o con Andy antes de hacer algo así?

—No lo sé. He llamado a Andy y los dos estamos de acuerdo en que debemos avisar a la policía

Clara asintió en silencio, mientras el asistente se alejaba hacia la puerta justo en el momento que Carmeta se acercaba a ella con gesto contrariado

—Clara, tengo malas noticias. El archivo que contenía todos los informes médicos desde principios de los años 50 hasta mediados de los 60 se quemaron en el incendio. Así que no tenemos ningún dato de los nacimientos, de las enfermedades que acontecieron, ni de las defunciones durante aproximadamente una década entera.

Un bufido resonó en la habitación

—¡Por dios! ¿Podría salir algo bien?

—Intentaré ir al registro...quizás hay algún dato que podamos aprovechar...

—Está bien...Por cierto, —Clara sacó la moneda de su bolsillo —mira que he encontrado

Carmeta la miró extrañada

—¿Qué es? Lleva grabado el sello de la familia, ¿no?

—Si, se llamaba "ferro". Leí algo sobre ello en el manuscrito de la señorita Puig —Clara fue en busca del cuaderno de la maestra y fue pasando las páginas hasta encontrar la que buscaba. Citó textualmente —"Durante la guerra, la moneda de curso legal muchas veces no llegaba. Desde un primer momento se produjo un generalizado afán de acaparamiento, especialmente entre las monedas de plata, que hizo desaparecer y escasear la moneda fraccionaria. Este hecho dificultaba o imposibilitaba las pequeñas transacciones, así que algunos complejos industriales emitieron pseudomonedas de uso interno. La Colonia Casademont acuñó una de esas extrañas monedas, a la que apodaron con el nombre de "ferro". Los trabajadores solo podían canjearlas por bienes y servicios suministrados por la propia empresa, con lo cual esta se aseguraba que una buena parte de los

salarios que pagaban retornaban a sus arcas." —La joven dejó el libro sobre la mesa y observó la moneda mas detenidamente —Estuve buscando algún ejemplar para mostrarla en el museo pero es realmente difícil encontrar una, pues la mayoría desaparecieron al perder su valor.

—¿y de donde la has sacado?

Clara alzó la vista más allá de las paredes de la estancia. Su intensa mirada atravesó el cristal de la ventana y quedó fija durante unos segundos en la reja del jardín, mientras sus dedos jugueteaban con las figurillas de su pulsera, antes de contestar

—Curiosamente...Siempre ha estado aquí.

El estruendo de la puerta cerrándose, junto a la voz alterada de Andy interrumpió la conversación. El actor entró en la biblioteca con rostro descompuesto y mirada triste. Clara se giró hacia su ayudante

—Carmeta, ¿puedes dejarnos solos?

—Sí, claro. Voy a provechar para acercarme al registro de Berga a ver si descubro algo sobre los archivos desaparecidos

En cuanto se quedaron solos, Andy se sentó en una de las sillas y escondió la cabeza entre sus manos totalmente abatido. Clara se levantó y se acercó hasta él, acariciando su pelo

—Andy...sé que es duro. Joan es tu amigo y los dos sabemos que es un buen hombre.

—¿Por qué? —El actor levantó el rostro, que seguía desencajado —Pudo matarte...Yo...pensaba que éramos buenos amigos.

—¿Puedo darte un consejo? Escúchale antes de nada.

—¿Qué le escuche? ¡Intentó asesinarte!

—Eso es lo que parece, pero me niego a creer que Joan hiciera algo así a propósito. Lo que hizo fue horrible, se que podría estar muerta. Pero...dale la oportunidad de explicarse, aunque sea una sola vez. No te quedes con la duda. —Entrelazó sus dedos con los suyos —Tu y yo sabemos que a veces juzgamos a la gente injustamente, negándonos a escuchar su versión. Y en realidad, la vida nos ha demostrado que toda historia tiene varias perspectivas.

Los ojos de Andy se fijaron sobre los suyos, consiguiendo que el corazón de Clara temblara como respuesta

—Está bien..., hablaré con él. —Tras un suspiro añadió —Por cierto... ¿viste la gala?

—Si

Mostró una amplia sonrisa de satisfacción

—Y... ¿no tienes nada que decir?

—Mmmmm... —Clara se levantó, deshaciéndose de su mano en un gesto de indiferencia —Ahora tenemos cosas más importantes que resolver, Andy. La conversación sobre la vergüenza que me hiciste pasar prefiero dejarla para más tarde

El actor la sorprendió levantándose con rapidez, acercando su cuerpo al suyo y manteniendo su atractivo rostro a escasos milímetros del de la joven

—Dime que no te emocionaste. Que no sentiste un leve cosquilleo en el estómago...

Clara interpuso sus manos entre ellos, alejando el imponente torso del actor

—No todas las mujeres caen a tus pies con cuatro palabras... Si el recién premiado actor Andy Nichols quiere algo de mí, tendrá que esforzarse un poco más...

Andy rodeó su cintura como respuesta, susurrando a escasos centímetros de su boca

—Dime que no estás deseando besarme ahora mismo.

Justo cuando el aliento del actor comenzaba a enredarse con el suyo y el roce de sus labios parecía atraer a los suyos como un imán, entró Marc a toda prisa

—Siento interrumpir —Ambos se separaron con rapidez como respuesta —La policía va hacia la casa de Joan, deberíamos darnos prisa

Andy soltó a Clara y se apresuró hacia la puerta, mientras esta intentaba acompasar su corazón, acelerado de nuevo. Antes de desaparecer, le dedicó una media sonrisa socarrona

—Luego continuaremos con la conversación... ¡No crea que se librará tan fácilmente, señorita Martí!

Cuando se quedó sola de nuevo y consiguió recuperar la calma, abrió el estuche que había encontrado en el sótano del muro. Tenía tantas cosas que explicar a Andy sobre sus descubrimientos... Volvió a leer la dirección anotada en la tarjeta y la tecleó en el buscador de su portátil. Descubrió que el Casal Catalá fue una institución creada por varios catalanes exiliados durante la guerra, que intentaron, así, mantener el patrimonio cultural y la lengua de su tierra de origen. En aquel local, sus integrantes organizaban reuniones de carácter cultural pero con el tiempo se la relacionó con diversas organizaciones comunistas, por lo que se prohibió su funcionamiento durante una buena temporada. La sorprendió descubrir que, a pesar de los años

transcurridos, seguía estando en la misma calle de sus inicios. ¿Qué tenía que ver todo aquello con la familia Nichols? La mayoría de los socios del Casal estaban relacionados con el Anarquismo sindicalista, incluso algunos de ellos habían estado acusados por colaborar con los Maquis. Una idea comenzó a tomar forma en su cerebro y decidió dar prioridad a aquel descubrimiento.

La llamada al Casal Catalá no aportó ninguna luz a sus pesquisas. Durante décadas, el Casal había documentado los datos de los socios que pasaban por allí, aunque fuera una sola vez. La conversación con Mercé Rigau le había dado a entender que Josep Ros —El Gitano —simpatizaba con los Anarquistas, e incluso que tramaba huir al extranjero. Había una posibilidad de que no muriera en aquel accidente de la mina..., quizás aprovechó que lo daban por muerto para exiliarse sin despertar sospechas. Por desgracia, su interlocutora francesa le dejó claro que jamás habían tenido un socio con ese nombre. Clara insinuó a la amable mujer que quizás podía iniciar la búsqueda por una fecha concreta, así que le dio la que había encontrado en aquella tarjeta. Si alguien quisiera escapar del país y pasar desapercibido probablemente daría un nombre falso....Tenía que volver a hablar con la tejedora y descubrir si aquella teoría que se iba gestando en su cabeza tenía algún sentido.

CAPITULO 23

Año 1957

La culpabilidad por la muerte de James atormentaba a Claire, que no conseguía derramar ni una lágrima. Un dolor agudo presionaba su pecho, volviendo el aire irrespirable a su alrededor. La injusticia con que la vida la había hostigado durante los últimos años había agotado sus lágrimas por completo. Una gruesa capa de tristeza había ido recubriendo su corazón como si fuera cemento, endureciéndolo y evitando que consiguiera latir de nuevo. Sentía que no merecía vivir. Ella era la que debía haber perecido, tras haber demostrado que era incapaz de amar a nadie. Su actitud en los últimos meses había sido tan gélida y obstinada como la de su padre, James no merecía aquel trato.

Antes de cerrar el féretro y despedirse de él para siempre, Claire buscó el antiguo camafeo con la foto de Sarah en su interior. La joven mostraba una tímida sonrisa, que le daba un aspecto inocente y bondadoso. Con sumo cuidado lo introdujo en el bolsillo de su chaqueta, junto a su corazón ahora marchito, el lugar al que siempre había pertenecido

—Por fin lo tienes contigo, Sarah. Ya reposáis juntos para siempre... Siento haberte fallado James, no supe hacerlo mejor. Pero me esforzaré en ser una buena madre y conseguiré que estés orgulloso de mí.

Esa noche no pudo dormir. Seguía oyendo el ruido del motor del coche de James derrapando en la entrada y tan solo deseaba volver atrás en el tiempo, reparar todo el daño que había provocado. Pero si algo le había demostrado la vida era que el destino estaba escrito y nada, ni nadie, podía modificarlo. Volvió a estirar de la sábana y a enterrarse en ella, dispuesta a desaparecer durante unas horas, cuando le extrañó oír un ruido en el exterior de su alcoba.

Su padre había decidido volver esa misma noche a Londres, así que en la casa solo estaban Rose —la cocinera— y la niñera, que compartía habitación con Alice.

Intentó relajarse y dormir unas horas, cuando un ruido volvió a sorprenderla. Estaba segura de haber oído unos pasos y le pareció reconocer la puerta de la antigua habitación de Isabeleta cerrándose con estruendo. Se levantó con sigilo y acercó el oído a la pared que daba al corredor. Los pasos

cada vez sonaban más cerca, estaba segura de que alguien se encontraba merodeando por la casa. Su padre le había aconsejado numerosas veces que buscara un nuevo mozo, desde que Manuel se había jubilado, pero hasta ese momento no lo había creído necesario. James le aportaba la seguridad que necesitaba, pero ahora se daba cuenta de que volvía a estar sola...

Pensó en su hija, Alice, y la amenaza inminente de peligro hizo que saliera de la habitación dispuesta a descubrir al intruso. Una gran mano la agarró por detrás, presionando su abdomen con tal fuerza, que prácticamente la dejó sin respiración. Cuando consiguió recuperarse, oyó una grave voz junto a su oído y una bocanada de alcohol le provocó una ligera náusea

—Claire...llevo tanto tiempo deseando tenerte entre mis brazos... —La joven se revolvió inquieta al reconocer la voz del hombre, que estiró de su cabello con la otra mano, acercando su boca al femenino cuello desnudo — Siempre has sido una fierecilla, una rebelde...justo como a mí me gusta. No como esa desgraciada de Isabeleta.

El hombre soltó su nuca y la obligó a darse la vuelta, sepultando su espalda en la pared y pegando su cuerpo al suyo. Los ojos del Sr. Valls recorrieron lascivos sus pechos, que asomaban desprotegidos bajo el escote del camisón, mientras hablaba entre susurros. Claire replicó asqueada

—¡Siempre supe que usted era culpable! ¿Qué le hizo a Isabeleta? ¿Dónde se la llevó?

El hombre acarició el rostro de la joven, que respondió con un temblor de repulsa

—¿No lo comprendes? Todo lo que he hecho ha sido por ti..., desde que eras solo una niña. En cuanto te vi, tan joven y a la vez tan segura de ti misma, siempre dispuesta a retar a tu padre..., supe que éramos iguales. Los dos estamos dispuestos a conseguir lo que queremos a cualquier precio. Hubiéramos sido un gran equipo, si no...

Claire le devolvió una mirada de repulsa. ¿De qué estaba hablando aquel hombre?

—¡Está loco! ¿Y todas esas jóvenes de las que ha abusado? Algunas eran solo unas niñas...

—Tu no lo comprendes. Llevo años enamorado de ti, deseándote, vigilándote. He visto cómo te lanzabas a los brazos de aquel desgraciado, como te entregabas a él como una cualquiera. Ellas solo eran una distracción, cuando me miraban con aquel desprecio... —El hombre cerró los ojos sonriente, rememorándolas —cerraba los ojos y pensaba que era a ti a quien

poseía, eras tú quien me suplicaba...Solo así conseguía llegar a la culminación del placer.

El corazón de Claire se aceleró descontrolado. La mirada del hombre estaba fuera de sí y, a medida que hablaba y sus palabras subían de tono, sus manos se aferraban a su cuerpo con más crudeza. El aliento a alcohol amenazaba con provocar en Claire una nueva arcada. Tenía que pensar un modo de escapar, pero su mente solo podía concentrarse en las palabras que acababa de oír. Era repugnante...

—¿Y qué hizo con Isabeleta?

—Tu amiga fue una desagradecida. En cuanto vio la oportunidad escapó, probablemente, a alguno de los conventos de la comarca. Eso me pasa por buscar una beata.

Claire contestó con desprecio

—Y ahora, como no está mi padre, viene a por mí. Es tan solo un cobarde

—¿Aun no lo has comprendido? He sido capaz de matar por ti... —El hombre sonrió, al ver como ella se quedaba sin aliento al oír su confesión — El Gitano nunca hubiera escapado contigo a Francia. Solo quería tu dinero, que financiaras el viaje y luego te hubiera abandonado. Lo hice por ti, pero actué demasiado tarde..., su hijo bastardo ya estaba en tu vientre. Pensé que luego te convencería, pensaba hablar con el señor Nichols y ofrecerte la mano de mi hijo. El jamás se hubiera atrevido a cuestionar mi decisión y yo te hubiera tenido siempre cerca. Pero entonces tu padre se empeñó en casarte con James Davis...

—¿También mató a James? —Preguntó con un hilo de voz

—No hizo falta...tan solo tuve que darle buenos consejos y compartir unas copas con él. La bebida y la desconfianza son grandes enemigos en una relación, y si a eso le sumas una carretera helada... —Claire no reaccionó, se veía incapaz de asimilar todo lo que aquel hombre relataba tan impunemente. Tenía ante sí al asesino del amor de su vida y de su marido y cada vez estaba más convencida de que ella sería su próxima víctima. Su cuerpo se rindió ante lo evidente, sus manos dejaron de luchar y postró su mirada sobre el antiguo suelo de madera, mientras su garganta tan solo conseguía emitir un tenue lamento resignado. El viejo director, al ver que la joven ya no presentaba resistencia la soltó y siguió hablando —La idea de la explosión no fue mía... Tu padre quería al Gitano muerto, así que pude deshacerme del hombre de la Colonia que mas odiaba con su beneplácito. Solo pensar que aquel payaso te había tenido entre sus brazos, que te habías entregado a él como una

cualquiera...me hervía la sangre.

Claire levantó la vista y descubrió la mirada de satisfacción del hombre. Sin darle tiempo a reaccionar le propinó una bofetada, a la vez que gritaba con desespero

—¡Le odio! ¡Me da asco!

En ese momento, Alice apareció corriendo desde el piso de abajo. Tras ella iban la cocinera y la niñera que, al ver la escena, frenaron de golpe y sin saber qué hacer. La inocente voz de Alice llamándola hizo que Claire reaccionara, que se levantó del suelo sonriente

—No pasa nada, Alice. El señor Valls ha venido a visitarnos pero ya se marchaba...

El hombre miró a la niña, que seguía escrutándolo con ojos asustados, y asintió en silencio. Las tres mujeres se quedaron inmóviles, observando cómo descendía las escaleras con gran parsimonia y se despedía con soberbia

—Esto no quedará así, Claire. Si yo no te quito el sueño, los remordimientos lo harán.

La puerta se cerró al compás de la grave carcajada que les dedicó. Claire tragó saliva y recompuso su camión como pudo. Se dirigió a la niñera

—Llévese a Alice a su habitación y que sea la última vez que se le escapa —Luego buscó a la cocinera —Rose, mañana mismo llama al mozo que vino ayer a ofrecer sus servicios. Antonio creo que se llamaba...Y dale instrucciones precisas de que, mientras yo esté al mando, el Señor Valls ya no es bienvenido en esta casa.

Al día siguiente se levantó con una gran angustia en el corazón. No dejaba de darle vueltas a la idea de que si aquel hombre había sido capaz de deshacerse del Gitano y de James, quizás también había tenido algo que ver en la desaparición de Isabeleta. Fue en busca de la caja de metal y observó las fotos que en ella guardaba. Acarició el rostro del Gitano, aquella mirada oscura y profunda como el abismo que le había pertenecido durante tan poco tiempo. Observó a Isabeleta, su gesto de angustia, y se arrepintió de no haber indagado en aquello que la atormentaba con más energía. Aquel hombre despreciable había destrozado su infancia, su juventud y probablemente su vida entera. En aquel momento estaría sola, con algo de suerte, refugiada en algún convento lejos de allí. Claire comprendió por primera vez la desesperación que tuvo que sentir, la soledad de aquella niña que siempre tenía la mirada perdida y la lágrimas volvieron a invadir sus ojos. Lloró por todos ellos, por Josep y por James, por como sus inconscientes actos los había

arrastrado a un final irreversible. Luego pensó en su madre, en Isabeleta, en Sarah...En todas aquellas mujeres, incluida ella misma, a las que les habían negado la oportunidad de amar y ser amadas, a las que la crueldad de la vida les había arrebatado el futuro.

Claire cerró la caja y tomó una decisión. Quizás no sería una buena madre, pero estaba dispuesta a que Alice consiguiera ser feliz, que conociera el amor verdadero y experimentara lo que es sentirse querida. No cesaría en su empeño por conseguirlo.

Una vez vestida bajó a desayunar con normalidad. La sorprendió ver al nuevo mozo podando las flores del jardín trasero y sonrió. La presencia de un hombre en la casa aportaría la seguridad que tanto había necesitado la noche anterior. Luego, se acercó al cementerio a visitar la tumba de James, pues tras el entierro no había sido capaz de volver.

Entró en el mausoleo y sonrió al ver su Princesa Invisible devolviéndole el gesto desde lo alto. Siempre pensó que su madre se inspiró en ella misma para crear a la protagonista de aquella leyenda. Estaba segura de que la narración era tan solo un modo de exteriorizar la asfixia que sentía Roser Casademont con aquel matrimonio convenido. Ella soñaba con la libertad que disfrutaba la Princesa en su infancia y su encierro en el castillo no era sino una parábola de su vida entre los muros de aquella Torre. Claire encargó el mosaico de cristal cuando vio la ilustración de la Princesa, pero en el último momento decidió cambiar su gesto de tristeza por uno de esperanza. Su madre por fin había conseguido su ansiada libertad, lejos de su padre y de todas las aspiraciones que aquel matrimonio había sepultado.

Resiguió con los dedos la herradura grabada en el féretro de su hijo y las palabras del señor Valls volvieron a su mente, inundándola de imágenes repulsivas que revolvieran su estómago. Sin saber porqué, sus manos intentaron apartar la pesada losa de mármol que cubría el féretro, pero estaba sellada con cemento. Decidió volver mas adelante, quizás algún día descubriría que pasó realmente con su pequeño.

Volvió a la Torre, y antes de entrar en ella, se acercó a las cuadras. El veterinario estaba dando instrucciones al nuevo mozo. Hacía unos meses que Negro había inseminado a una joven yegua pura sangre. Así que, en unos días, nacería un nuevo potrillo. El veterinario se dirigió a ella

—¡Buenos días señora Nichols! .Ha tenido suerte con este mozo, hace años que le conozco y no encontrará hombre mas trabajador y experto en caballos por estas tierras

Claire se acercó a Negro y comenzó a peinar su grueso pelo del lomo mientras contestaba

—Ahora que Manuel no está, necesitaremos un hombre que nos ayude. — Miró a la yegua, cuya panza rozaba prácticamente el suelo —¿Cuanto cree que le queda?

—Posiblemente en menos de veinticuatro horas nacerá el potrillo, pero aun no podemos estar seguros. Yo de usted no me preocuparía...Estando en las manos de Antonio, este potrillo tiene la vida asegurada.

Claire levantó la vista hacia el hombre moreno y sus ojos se cruzaron. Su mirada parecía sincera y sus manos acostumbradas al trabajo duro, pero, tras lo sucedido la noche anterior, no le apetecía quedarse a solas con un desconocido durante toda la noche. Intentó convencer al veterinario

—Preferiría que estuviera usted, si no le importa. Puede dormir en la Torre, si lo desea. Rose cocinará un pastel de carne inglés de esos que le gustan tanto

El hombre sonrió complacido, pero negó con la cabeza

—Lo siento, pero esta vez no podrá ser. El señor Valls me ha llamado esta mañana. Una nueva epidemia porcina ha atacado a sus cerdos. Ya han muerto una decena y parece que no remite. Si su padre se entera que he desatendido su ganado por uno de sus caballos...

Antonio se dio cuenta de cómo aquella mención provocaba una rigidez automática en la joven. Decidió intervenir

—Señora...No me conoce, pues aunque nací aquí llevo varios años viviendo en Argentina. Pero le aseguro que sus caballos están en buenas manos, yo me ocuparé de todo.

Claire asintió y se alejó algo turbada. Aquel hombre parecía leer sus pensamientos con una sola mirada, y eso la incomodaba. Se acercó a Negro y se relajó cepillando su oscuro pelo durante un buen rato. El mozo, al ver su mirada de incomodidad, respetó su silencio y siguió con sus quehaceres en las cuadras, lo que ella agradeció.

Cuando llegó la noche, Claire se asomó a la ventana que daba a las cuadras. La luz de la cabaña se mantenía encendida y la sensación de sentirse protegida por aquel rudo hombre le gustó. Aseguró todas las ventanas y puertas, comprobando que los pestillos estuvieran puestos. Quería evitar a toda costa que el señor Valls volviera a irrumpir en la mansión de nuevo.

Salió al jardín dispuesta a respirar aire puro, bajo la inmensidad de aquel cielo estrellado que solo allí podía admirar durante horas. La presencia de

Rose, agazapada junto a la reja del sótano, la sorprendió

—¿Rose, que sucede?

La cocinera se levantó con rapidez al verse descubierta

—Sorry, señora —Abrió la mano mostrando una moneda que parecía un penique —Solo estoy tirando una moneda al pozo de los deseos. Yo no creía en estas cosas, pero Jane, la antigua sirvienta de su padre, me explicó que pidió un deseo que luego se cumplió.

—¿Ah, sí? ¿Y que pidió, si puede saberse?

—Pidió volver a su tierra, a Inglaterra. Y mire por donde, a la semana siguiente su padre le propuso volver con él a Londres... —Claire la miró atónita, así que la cocinera continuó —Y tengo una amiga, que sirve aquí cerca que, en cuanto se enteró, me encargó pedir un deseo para ella. Estaba enamorada de un chico, un trabajador de la fábrica, pero este solo tenía ojos para una de las tejedoras... Así que lancé la moneda que me dio, pedí el deseo y... ¡adivine!

—No me lo diga... ¿Se ha declarado?

—Ya se han casado y todo. Ahora no dejan de llegarme peticiones del resto. Todas quieren que lance monedas en el antiguo pozo y les pida sus encargos

Claire sonrió. Si aquellas mujeres supieran que su pozo mágico no era más que un escondite de contrabandistas...

Cuando la cocinera se retiró, Claire suspiró con la vista fija en aquella reja, que tanto había representado para ella. Los recuerdos de aquel lugar volvieron a atormentarla, así que decidió retirarse a dormir antes de lo previsto, cuando unos ruidos al otro lado del jardín llamaron su atención. El mozo salía a toda prisa de la cabaña y se disponía a entrar en el establo con gesto de preocupación. Claire fue tras él y, en cuanto entró en la estructura de madera, los quejidos de dolor de la yegua se hicieron más intensos

—Antonio, ¿sucede algo?

—El potrillo viene de nalgas. Tendremos que ayudarla, o si no, ni la yegua ni el pequeño sobrevivirán

—¿Y si llamamos al veterinario?

—No hay tiempo. Si está dispuesta a ayudarme, traiga agua hirviendo, jabón, aceite y una manta vieja que tengo en la cabaña. Si no, ya puede irse por donde ha venido

La seguridad con que el hombre habló hizo reaccionar a Claire, que fue en busca de lo que había ordenado sin rechistar. El parto fue largo y costoso, la

Yegua gemía de dolor y, a pesar de su esfuerzos, la cabeza del potrillo no asomaba por ningún lado. Antonio lavó sus brazos con el agua y el jabón y se dirigió a Claire

—El potrillo está girado, tendremos que moverlo nosotros

Claire lo miró con aprensión

—¿Cómo dice?

El mozo, ignorando su reacción, le acercó la pastilla de jabón

—Tome, límpiense bien los brazos hasta mas arriba del codo y úntese con el aceite. Mientras yo sujeto la vagina abierta usted deberá introducir sus manos dentro y probar de girar al potrillo. ¿Se ve capaz?

La joven lo miró atónita, pero contestó orgullosa

—¡Por supuesto!

Tras lavarse, Claire se situó junto al mozo, que había dispuesto la manta bajo sus pies como protección para el pequeño. Tras varios intentos, y siguiendo las precisas instrucciones de Antonio, consiguió localizar las extremidades anteriores y posteriores. Empujó el potrillo hacia el útero y, tras atar una cuerda a las extremidades mal puestas, consiguió corregir la posición y tirar de él. Al cabo del rato, la satisfacción de ver a la pequeña cría luchando con sus temblorosas patas por ponerse en pie, le demostró que el esfuerzo había valido la pena. Era una preciosidad, su pelo era oscuro como el de Negro, pero tenía una pequeña mancha blanca sobre el hocico. La madre lo lamió con ternura, pero sus ojos se mantenían fijos en ellos, que se habían retirado tras la valla admirando la escena en silencio. Su limpia mirada parecía estar agradeciéndoles que hubieran estado a su lado en un momento tan delicado. Aquella situación recordó demasiado a Claire su parto fallido. Sin poder evitarlo, su garganta se cerró de golpe y sus ojos se humedecieron sin remedio

Antonio la miró conmovido

—¿Se encuentra bien?

—Sí, sí... —Forzó una sonrisa, pero sus ojos seguían desprendiendo una gran tristeza —Creo que ya tengo claro cómo se va a llamar el potrillo...Gitano, su nombre va a ser Gitano

CAPITULO 24

Año 2014

Mantuvieron el silencio durante todo el viaje hacia el hospital. El doctor Benavent había sido muy amable al aceptar estudiar a fondo el caso de su familia y citarlos a los pocos días. Clara necesitaba saber si había alguna posibilidad de que los síntomas de la Esquizofrenia, que hizo enloquecer a su madre, pudieran aparecer en ella algún día. Andy respetaba su silencio, tras haber aceptado su decisión de hablar sobre el futuro de su relación una vez hubiera descartado la enfermedad. Clara necesitaba saber si ella también la padecía ¿Qué perspectiva de futuro podía darle en ese caso? Lo último que deseaba era provocarle el sufrimiento que ella misma tuvo que vivir.

En cuanto llegaron, Andy insistió

—¿Estás segura de que no quieres que te acompañe? A Dani puedo ir a verle luego...

Clara empujó el cuerpo del actor hacia la puerta de entrada

—¡Ni hablar! Luisa te está esperando y creo que estaré mucho más cómoda si tú no estás allí.

Andy asintió y la besó de modo natural, casi familiar, como si lo hubiera hecho a diario en los últimos años y lo tuviera por costumbre. Clara suspiró, al comprobar que sus labios no podían evitar reclamar que seguían presos uno del otro, por mucho que ella intentará no escucharlos. Los dedos del actor acariciaron su rostro

—Recuerda..., es solo una enfermedad. Juntos podremos combatirla mejor que separados

Clara asintió, aunque no muy convencida, y se obligó a separarse de él y enfilar el pasillo que llevaba al ala sur del edificio, donde se encontraba el despacho del Psiquiatra. No quería que Andy descubriera que estaba aterrada y que la confirmación de su enfermedad sería un escollo demasiado alto entre los dos, probablemente imposible de salvar.

El Doctor la hizo pasar a un austero despacho y la invitó a sentarse en un elegante sofá de piel que lo presidía. Las piernas de Clara comenzaron a temblar y su corazón a moverse más deprisa de lo habitual. El hombre la observó durante unos instantes, antes de tomar el mando de la entrevista

—Señorita Martí, tengo buenas noticias para usted... —Clara lo miró expectante —Efectivamente su madre fue tratada en este hospital, por lo que he podido estudiar su informe a fondo. Curiosamente es un informe que ya conocía

—¿Que quiere decir?

—Este año cumpla treinta años en la institución. Justo cuando acabé la carrera y empecé a trabajar como residente tuve el placer de ser el ayudante del doctor Vargas, el antiguo jefe de Psiquiatría... —El hombre calló un instante y miró fijamente a Clara —Yo traté a su hermana, cuando estuvo ingresada

—¿Ingresada? ¿Isa? —Clara negó con la cabeza —Imposible, ella desapareció cuando yo tenía doce años. La encontraron al cabo de varios años en Amsterdam —tragó saliva antes de continuar —, murió de una sobredosis.

El médico le mostró la fecha del informe, datada en el año 2000. El nombre de Isabel se encontraba escrito en él. Los ojos de Clara brillaron al ver la prueba escrita y se odió por no haber investigado más sobre la vida de su hermana durante su ausencia. El rencor por su abandono había pesado más que la compasión en aquella decisión. El médico continuó, ignorando el rostro desenchajado de la joven

—La recuerdo bien. Llegó acompañada de una mujer muy elegante, pensé que era su abuela, tenía un nombre extranjero

—¿La señora Nichols?

—Sí, la misma. La mujer me explicó que la había convencido para que iniciara un tratamiento, pero su caso era complicado. Tu hermana no estaba dispuesta a seguir las normas que les establecíamos y su dependencia no ayudaba en el tratamiento

—Entonces..., ¿Quiere decir que ella también era esquizofrénica? —Clara se removió inquieta —Por lo que..., eso solo me lleva a pensar que yo tengo todos los números, ¿No?

El hombre se levantó y fue en busca de un vaso de agua para Clara, que se aferró a él como si la vida le fuera en ello y lo acercó a sus labios. El psiquiatra la miró directamente a los ojos

—Clara, eso aun no podemos saberlo. Los estudios indican que hay una predisposición genética. También factores bioquímicos y complicaciones en el parto pueden aumentar la posibilidad, pero no es una ciencia exacta.

—Pero acaba de confirmar que mi hermana también sufría la enfermedad

—Cuando existe la predisposición genética, las drogas y acontecimientos

personales drásticos, como la muerte de un ser querido, actúan como desencadenantes —El hombre posó la mano sobre la de Clara reconfortándola —Tu hermana aceleró los síntomas. Recuerdo que intenté convencerla para que nos permitiera ayudarla, pero no quiso seguir el tratamiento y escapó a las pocas semanas. Fue uno de mis primeros casos y me marcó mucho ver a una joven tan bella e inteligente abandonarse de ese modo. En ese momento pensé que había sido culpa mía, que quizás no supe persuadirla con la suficiente energía. Por desgracia, los años me han demostrado que si un paciente no quiere curarse es prácticamente imposible conseguirlo.

Clara seguía observándolo con los ojos abnegados de lágrimas. Todos los recuerdos que había creído tener sobre su pasado se iban desmoronando por momentos. Ella había sentenciado a su madre y a su hermana, pero ellas habían tenido que luchar con sus demonios completamente solas, se habían guardado su inmenso dolor para sí mismas, en su afán por protegerla. Y la Señora Nichols...había hecho lo que estaba en su mano por ellas, pero, ¿Por qué no le había explicado nada? ¿Que hablaron en aquella conversación a partir de la cual su madre deseó la muerte?

Unos golpes en la puerta rompieron el silencio que la declaración del médico había provocado. El doctor se acercó a la puerta y abrió, dejando paso a Andy, que al ver sus lágrimas se acercó hasta ella y se sentó a su lado. Recogió sus manos entre las suyas

—¿Estás bien?

Clara asintió en silencio. Su garganta no era capaz de emitir ningún sonido que no fuera un sollozo. El médico se dirigió a Andy

—Señor Mathew, antes de determinar un diagnóstico deberemos pautar unas entrevistas con los familiares y amigos mas cercanos. —Miró a Clara — Tendremos que hacerte una exploración física y algunas pruebas complementarias. Por supuesto, reconstruiremos tu pasado, investigaremos si hay síntomas y cuando se iniciaron.

El brazo de Andy rodeó la cintura de Clara, que seguía en silencio con la mirada fija en el médico como si fuera una aparición. El actor intervino

—Doctor Benavent...Clara está muy preocupada en..., si al final se confirma que tiene la enfermedad, como va a afectar a su vida.

El hombre asintió y sonrió

—En el pasado, la visión sobre esta enfermedad era muy limitada y se consideraba que las personas que la tenían estaban incapacitadas para hacer una vida normal. Hoy en día eso no es así. —Se dirigió a Clara —Si se

confirmará que tienes síntomas de esquizofrenia, podrías llevar una vida relativamente normal siempre que cumplas con la medicación y lleves hábitos de vida saludables. Lo más importante es que tengas una estabilidad familiar que te apoye y, por lo que veo..., eso ya lo tienes.

Andy asintió sonriente

—Hay bastantes personas dispuestas a darle todo su apoyo. Clara no pasará sola por esto.

Clara lo miró emocionada. A pesar de como lo había tratado, a pesar de esforzarse en demostrarle que lo suyo fue un error, Andy siempre estaba allí, a su lado. Sintió la necesidad de su contacto y apoyó la cabeza en su hombro, mientras susurraba emocionada

—Gracias...

El actor la besó en la frente, justo cuando el médico se levantaba en señal de despedida

—Bien, mi enfermera os dará cita para la terapia. Andy...necesitaría que estuvieras con ella en las próximas entrevistas. Recordar el pasado a veces es agotador, los pacientes que se someten a esas entrevistas suelen necesitar mucho apoyo

—No lo dude, aquí estaré

—Y tú, Clara, no te obsesiones. No he detectado ningún síntoma que me alerte sobre un posible signo. Probablemente el diagnóstico salga negativo.

Iniciaron el camino de vuelta de nuevo en silencio, pero esta vez la mano de Clara no se soltó de la de Andy durante todo el trayecto. Sentía que él era el único capaz de conseguir que siguiera lúcida, lo único que se mantenía real en su vida. La mirada de la joven se posó en el perfil del actor y por primera vez, reconoció sin reservas que estaba enamorada de él, que siempre lo había estado. Era un hombre increíblemente atractivo y sensual, pero ante todo era todo lo que ella no era. Lo necesitaba de un modo innato, él la complementaba y sabía que nadie daría sentido a su vida como lo hacía él... Al sentirse observado, Andy se giró y preguntó con timidez

—¿Qué sucede?

Clara sonrió

—¿Te has sonrojado? —Miró al frente como si hablara con un público imaginario —¡El famoso Actor Andy Nichols se sonroja cuando una mujer lo mira fijamente!

El volvió al tono sarcástico que solía dedicarle

—No se equivoque, señorita. Solo, si esa mujer eres tú. Eres la única que

consigue ponerme nervioso con una sola mirada

Clara enmudeció ante la solemnidad de su tono y la intensidad de su mirada. Decidió escabullirse y cambiar de tema, explicándole todos los avances que había hecho en su ausencia. Cuando llegaron a la Torre y bajaron del coche, el teléfono de Clara sonó. Era un número desconocido y parecía extranjero.

Cuando entró en la biblioteca, tras la conversación telefónica, Andy la miró interrogante

—¿Quién era?

—Era la Señora Leblanc, del Casal Català de Toulouse. Solo quería informarme de que me ha enviado un mail con la lista de todos los españoles que se asociaron a partir de la fecha que le di. No encuentra a ningún Ros, pero muchos solían inscribirse con otro nombre en inicio, por miedo a represalias, y solían escoger el de algún familiar o conocido, para que les fuera fácil recordarlo. Quizás si comparamos la lista con los nombres de los habitantes de la Colonia de aquella época, encontremos algo.

—Perfecto, mientras imprimes la lista voy a buscar un regalo que he traído para ti

—¿Un regalo?

—No seas impaciente... Todo a su debido tiempo

Clara asintió sonriente y de pronto se acordó que no se había interesado por Daniel

—Por cierto, ¿Cómo ha ido con Daniel?

—Muy emotivo... Luisa no paraba de agradecerme la visita y yo me sentía aun más culpable por no haber ido antes a interesarme por él. Hice muchas cosas mal en el pasado, ahora lo veo...

—Bueno, lo importante es que te hayas dado cuenta. A Daniel ya no le importa, pero Luisa te estará agradecida. Para ella es una inyección de ánimo ver que se preocupan por su hijo, sobre todo ahora que ya no responde a ningún estímulo

—Si, he hablado con el médico y me ha comentado que tiene un coma inducido. Es cuestión de semanas que fallezca...

Clara suspiró resignada

—Pues deberemos estar con Luisa apoyándola. Va a ser muy duro para ella.

Andy asintió y salió por la puerta, mientras Clara se disponía a abrir su ordenador con la intención de imprimir la lista.

En aquel momento entró Alka con una bandeja en la que había una tetera y varios pastelillos. Clara la miró extrañada

—¿Y eso?

—Andy ha pedido que retomemos el té de la tarde, tal como lo hacía su abuela. Me ha pedido que lo sirva en el jardín, pero como te he visto ocupada...

—No pasa nada Alka, sírvelo allí. En cuanto imprima una cosa salgo

Cuando salió al exterior Andy ya estaba allí, sentado en el balancín. En sus manos sostenía un sobre alargado y a Clara le pareció que sus dedos se movían más inseguros de lo habitual. Sus ojos se posaron en ella y se mantuvieron fijos hasta que se sentó a su lado, intentando amagar el hormigueo que aquella mirada había provocado en su piel. El actor sirvió el té en silencio, con la misma reverencia que lo había hecho su abuela años atrás. Rellenó una de las tazas y se la ofreció a Clara, que no pudo evitar sonreír

—Es curioso, de pequeña no soportaba el sabor. Solo lo tomaba porque tu abuela se preocupaba de prepararlo para mí. Pero luego, en el orfanato, fue una de las cosas que más eché de menos.

—Si, creo que tiene algo adictivo. Una vez te acostumbras no puedes vivir sin él. Pero no te he hecho salir para hablar de las propiedades del te

—¿Ah, no? Sorpréndeme

—Eso quisiera, pero eres una mujer difícil de sorprender, Clara Martí

La joven se ruborizó. Si Andy supiera que lo único que deseaba era la constancia de que iba a estar a su lado para siempre... Ella buscaba seguridad, las sorpresas que le había dado la vida jamás le habían aportado nada bueno. Al ver que no contestaba, Andy le tendió el sobre. Clara lo abrió en silencio y extrajo dos billetes de avión para Florencia. Lo miró extrañada, por lo que Andy se apresuró a intervenir

—Encontré al ilustrador, Marcus Gordon. Vive en un pequeño pueblo en la Toscana y ha accedido a recibirnos, así que he pensado que podríamos tomarnos unas pequeñas vacaciones. A partir del mes que viene voy a tener mucho trabajo. El premio me ha proporcionado numerosas ofertas y debo aprovecharlo. Necesito estar alejado de toda esa vorágine unos días y creo que nos irá bien salir de aquí, estar solos, lejos de todos estos recuerdos que nos separan.

La espalda de Clara se tensó y su mirada huyó al otro lado del jardín, buscando la reja del sótano, como si su sola visión le diera las fuerzas que necesitaba en aquel momento. El la observaba paciente

—Andy...de eso quería hablarte...Cuando estás aquí sigues siendo Andrew Mathew, el chico que yo conocí. Pero tu vida ahora es muy distinta. Fuera de estos muros eres Andy Nichols, con todo lo que ese nombre conlleva...No sé donde encajo yo en todo eso.

—¿Qué dónde encajas? Tú eres mi brújula, eres quien me recuerda que efectivamente soy Andrew Mathew, una persona corriente. Y necesito que estés junto a mí y me lo recuerdes cada día, si no, me volveré loco. —La mano de Andy buscó la de Clara —Escucha, he hecho muchas tonterías en mi vida, pero la mayor de todas fue dar por perdida nuestra relación. No pienso volver a hacerlo y solo necesito que me des la oportunidad de demostrártelo

Los azules iris de la joven centellearon de emoción, antes de aceptar en silencio. Sus labios se adelantaron a su voz, acercándose, fundiéndose con los de Andy, siguiendo el deseo incansable de sus corazones, tan necesitados uno del otro.

El beso fue intenso y tierno, emotivo y pasional, dulce y exigente a la vez. ¿Cómo podía sentir tantas cosas con el solo roce de su piel? Andy respondió con leves caricias de su lengua en busca de la suya y algún pequeño mordisco reteniendo la carnosidad de sus voluptuosos labios entre sus dientes. Aquello desató una explosión en el interior de Clara, que empezó a olvidar donde estaba y cada vez se sentía mas dispuesta a seguir sus deseos ciegamente, cuando la voz susurrante de Andy la rescató del volcán en el que su cuerpo había caído sin esperarlo siquiera

—Clara...Si no paramos ahora...soy capaz de encerrarte en la habitación, olvidar todas mis promesas y recrearme en ti durante horas

Clara abrió los ojos y se alejó con rapidez, absolutamente turbada

—Está bien, —tragó saliva con esfuerzo —, vamos a conocer a Marcus Gordon. Además, nunca he estado en la Toscana

—Te encantará, es uno de los lugares más bellos que existen y además..., uno de los más románticos

—Solo voy a poner una condición

Andy sonrió mientras asentía. Sus ojos se entrecerraron expectantes

—Ya me extrañaba a mí que aceptaras a la primera...

—Haremos una parada en Toulouse. Quiero visitar el Casal Catalá —El actor levantó las cejas interrogante —He estado revisando la lista y no adivinarías nunca que nombre he encontrado

—Sorpréndeme —Guiñó un ojo, emulando la respuesta que ella le había dado un rato antes

—Claire Nichols

El rostro de Andy se volvió grave

—Eso es imposible.

—Lo sé, está claro que alguien se hizo pasar por ella. Esa persona vivió allí desde el año cincuenta y cuatro hasta mediados de los sesenta, en que murió. Deberíamos acercarnos a investigar quien era y porque se hizo pasar por tu abuela.

Alka salió al jardín dispuesta a recoger la bandeja del té y se retiró discretamente. Marc se encontraba al otro lado de la cristalera estudiándola como si de una obra de arte se tratara. Abrió la puerta solícito y la cocinera sonrió con su timidez habitual. Andy lo señaló con un gesto de la cabeza, mientras afirmaba

—Ya veo que voy a tener que ir buscando un nuevo asistente. Marc parece dispuesto a iniciar una relación seria con Alka y, por lo que se, su intención es quedarse a vivir aquí.

—Marc nunca dejará de velar por ti. Has tenido suerte de tenerlo a tu lado durante todos estos años intentando hacer tu vida más fácil, pero merece encontrar su propia felicidad

—Estoy de acuerdo en eso...Bien, voy a preparar la maleta. Y tú deberías hacer lo mismo, mañana saldremos temprano.

—Si, iré en unos minutos

Clara se quedó observando como el actor subía las escaleras de vuelta a la casa. Aspiró con fuerza el aire, que a esa hora ya se había vuelto más fresco, mientras su cuerpo se sobreponía de la sensación de abandono que había sentido al perder su cercanía.

Observó de nuevo la reja del sótano. Aquella misma mañana le había hablado de ella a Andy y ambos habían reído con la ocurrencia de su madre, que estaba convencida de que aquel pozo tenía algo de mágico.

Aun así, se levantó del balancín y se acercó a él. Un leve zumbido parecía salir de la estrecha abertura, como si difusas voces estuvieran manteniendo una conversación entre susurros en su interior. Probablemente tan solo era una leve corriente de aire haciendo de las suyas, pero no pudo evitar pensar en la señora Nichols y en la frase de su carta. Clara acercó su rostro y lo introdujo entre el metal oxidado de los barrotes

—Señora Nichols, estoy aquí. Hábleme, estoy dispuesta a escucharla.

Como respuesta obtuvo el eco de su voz, repitiendo sus mismas palabras con voz difusa.

Antes de ir a preparar su maleta decidió llamar a Mercé Rigau. Estaba segura de que aquella mujer callaba mas cosas de las que contaba. Necesitaba conocer más a fondo al Gitano y su posible relación con el Casal Català.

—Señora Rigau, siento molestarla, pero necesito contrastar algunos datos...

—Dime, niña. Mientras no me hagas volver... —La anciana suspiró — Pensé que me iría bien, pero desde que visité la fábrica no paro de pensar en aquellos días y que, quizás, pudimos haber hecho algo para cambiar el curso de las cosas

—De eso quería hablarle... ¿Sabe donde está enterrado el cuerpo del Gitano? He estado buscando en el cementerio, pero no consigo encontrarlo

—Nunca recuperaron su cuerpo. Nos dijeron que era peligroso bajar allí. Tras la explosión, las galerías que habían construido quedaron totalmente derruidas...

—Pero entonces... ¿Nadie comprobó si aquellos hombres estaban vivos o muertos? Eso es horrible ¿Y la hermana del Gitano no reclamó su cuerpo?

—Ya te dije que todos teníamos miedo...Se hicieron algunas protestas, que fueron contestadas con contundencia por el Señor Valls. Tras aquello, nadie volvió a hablar de lo sucedido hasta varios años después.

—Tengo una pregunta mas que hacerle... ¿Podría ser que el Gitano y sus camaradas no hubieran muerto? Que, quizás..., hubieran aprovechado la explosión para huir al extranjero

—Podría ser. Tenía varios contactos en Francia, con los que había montado un pequeño negocio de estraperlo de cigarrillos. Se hizo militante de las juventudes Anarquistas y cada vez estaba más involucrado con ellos. Realizaba muchos mítines ilegales, en los que intentaba convencernos para que nos asociáramos en sindicatos, <<es el futuro>>, decía él. Era un hombre muy pasional, e incluso algo soñador, teniendo en cuenta la situación en la que vivíamos. Pero si de algo estoy segura es de que no era un cobarde. Cuando murió, justo acabábamos de crear un sindicato y estábamos dispuestos a reunirnos con el Señor Nichols y exigir nuestros derechos. Alzar la voz contra el amo, como decía él...

Durante unos instantes se hizo el silencio, Clara la instó a continuar

—¿Y qué pasó tras el accidente?

—Al poco tiempo de su muerte, su familia empezó a prosperar. Tras la desaparición de Isabeleta, su hermana dejó de trabajar en la fábrica y a pesar de ello siguió viviendo en el piso de la Colonia durante toda su vida. La mujer

solía vanagloriarse de que la familia Nichols la mantenía como indemnización por la muerte de su hermano

—¿Y a las familias de los otros accidentados?

—Ese fue el problema. A las otras viudas no se les hizo ninguna concesión, e incluso, cuando alguna protestó, se la despidió y tuvo que abandonar la Colonia. A partir de aquel momento, todo fueron habladurías sobre lo que realmente había pasado. Que si el Gitano no había muerto, que si todo era un montaje confabulado con el mismo señor Nichols y estaba viviendo tranquilamente en el extranjero, mientras nosotros seguíamos trabajando duro para llevarnos el pan a la boca...Su reputación cayó en picado y ya nunca se recuperó.

—Pero usted no cree que el los traicionara, ¿no es así?

—Yo...en ese momento no lo creí, pero la vida me ha demostrado que todo es posible, incluso que el gran amor de tu vida no sea quien tú crees.

CAPITULO 25

Año 1954

Aquella noche Isabeleta no pudo dormir. Los signos de tuberculosis eran más evidentes a medida que pasaban los días. Su tos era constante y cada vez mas intensa, sentía un molesto dolor en el pecho y la falta de apetito hacía que su cuerpo se mostrara débil.

Como cada noche, una capa de sudor frio barnizó su piel y unos engorrosos escalofríos comenzaron a apoderarse de su cuerpo. Lo último que deseaba era contagiar a Claire y a su futuro hijo, pero se veía incapaz de abandonarla. Tal como sucedía en los últimos meses, desde la muerte de su hermano, los sollozos de la hija del Amo traspasaron las paredes, perturbando la placidez nocturna de la mansión. El desconsuelo que aquellos lloros desprendían, le recordaba porque debía permanecer a su lado, a pesar de todo. Ella jamás había tenido una amiga. Desde que era pequeña, su enfermedad la había alejado de las otras niñas, a las que sus madres prohibían acercarse más de lo deseable. Una vez curada, seguían repudiándola, quizás por costumbre o por ignorancia, pero Isabeleta había aprendido a resignarse con su soledad. Claire Nichols fue la única que la trató con respeto desde el primer momento, que se preocupó por ella más de lo que nadie había hecho nunca. Incluso más que su propio hermano que, a medida que se fue involucrando en aquellas ideas revolucionarias, fue olvidando sus obligaciones para con su familia.

Aquella noche, tras mucho tiempo, unos pasos conocidos volvieron a acercarse a su habitación. Isabeleta se acurrucó con más ahínco bajo las sábanas, al reconocer su procedencia. La puerta se abrió sigilosa y un haz de luz impactó sobre el cabello de la joven sirvienta, lo único de su cuerpo que asomaba al exterior. El visitante pareció dudar un instante, antes de acercarse con sigilo y sentarse en el borde de la cama en silencio, tan solo su respiración fatigosa resonaba entre las desnudas paredes de la habitación. La piel de la joven se estremeció, al sentir el tacto frío de aquella rugosa mano posándose sobre su espalda, tirando de la sábana e introduciéndose bajo el camión impunemente, como tantas otras veces había hecho. Estaba preparada para que le arrebataran la dignidad de nuevo, para que se apoderaran de su cuerpo sin consideración alguna. Podría superarlo una vez más, tan solo debía

mantenerse inmóvil, dejarse hacer..., convencerse de que aquello no le estaba sucediendo a ella.

Un grito desgarrado los sorprendió. El hombre se levantó con rapidez y salió cerrando de un portazo. La única palabra que salió de sus labios, envuelta en una nebulosa de algún licor fuerte, fue: <<Claire>>. Isabeleta tardó en reaccionar. Como siempre que sufría aquellas visitas en mitad de la noche, sus extremidades se habían quedado petrificadas por el pánico, tensas y doloridas. No se permitía ni pestañear, como si así, el desgarró que sentía en su interior cada vez que el hombre la investía fuera menos lacerante.

La voz de Claire clamando su nombre le llegó desde la alcoba contigua, así que se vistió con rapidez para ir a su encuentro. Cuando llegó, el Director estaba junto a ella y la miró con rostro amenazador. La parte baja del camisón de Claire se encontraba totalmente empapado y su mirada de súplica reflejaba un temor verdadero. Isabeleta se acercó hasta ella con una reconfortante sonrisa y recogió su mano

—Vamos señorita Nichols, todo va a salir bien. En poco rato va a conocer a su hijo, y yo a mi sobrino.

Claire hizo una mueca, una sonrisa diluida por el dolor, mientras la seguía por el corredor caminando con dificultad, con su otra mano presionando el bajo vientre.

Varios hombres desconocidos, a las órdenes del Director, la trasladaron al convento en una especie de camilla improvisada con un tablón. La sirvienta caminó a su lado, no soltó su mano hasta que estuvo tendida a salvo en la cama de aquella lúgubre enfermería. Las baldosas de las paredes habían sido pintadas en un funcional verde y el único mueble, aparte de la camilla, era una cajonera desvencijada que empezaba a ser pasto del oxido. En un principio la sorprendió que no llamaran al doctor Trias, el médico que había visitado a Claire durante todo su embarazo, pero la explicación que le dio la Superiora del convento la dejó mas tranquila. El doctor de la familia se encontraba fuera de la región, así que la señorita Nichols sería atendida por un médico de la zona perfectamente acreditado. O habría sido así, si aquel hombre no hubiera destilado más olor a alcohol de lo deseable y sus ojos mostraran tanto miedo como los de la paciente.

Isabeleta decidió tomar las riendas del parto en cuanto vio la indecisión de aquel personaje. No en vano había ayudado a traer al mundo a sus cuatro sobrinos con éxito. El niño venía con varias vueltas de cordón alrededor de su cuello y los intentos de aquel falso médico por tirar de él no había hecho mas

que complicar la situación. Suplicó a Claire que empujara con más energía, pero parecía que el calmante que aquel hombre le había inyectado la estaba sumiendo en un letargo nada útil en aquella situación.

La sirvienta empujó al médico y le ordenó que fuera en busca de más toallas y agua hirviendo. Mientras sus manos peleaban por sacar al bebé con vida, su boca no paraba de rezar un padre nuestro tras otro. Tres largas horas estuvo pidiendo ayuda a Nuestro Señor, intercalando los rezos con algún grito de ánimo a la parturienta. En cuanto la pequeña cabecita asomó con timidez al mundo, toda la tensión cayó sobre ella en forma de un torrente de lágrimas.

Una vez consiguió extraer al niño y quitarle las vueltas de cordón, el llanto desgarrado de aquella minúscula garganta fue el mejor regalo que sus oídos pudieron escuchar. En cuanto pasó el peligro, se dispuso a admirar aquel infantil cuerpo, tan insignificante y grandioso a la vez. Sin duda, el mayor milagro de la naturaleza. Era una niña, tal como ella había vaticinado. Una niña hermosa de piel oscura y ojos azules, que haría las delicias de su madre en cuanto se repusiera de la sorpresa de no haber traído un varón al mundo.

Isabeleta limpió los restos de placenta y de sangre del bebé y descubrió una mancha abultada sobre uno de los pechos. Tenía forma de luna, aunque las puntas se abrían demasiado en los extremos, como si evitaran tocarse. Una herradura. La hija de Claire Nichols había llegado al mundo con una bonita herradura tatuada en el pecho, predestinada desde su concepción a ser la hija de una gran amazona. Ya no podría dudar jamás de que los milagros existían a partir de aquello...

Claire Nichols pudo admirar a su bebé durante unos breves minutos, antes de que el Señor Valls entrara en la estancia y obligara a Isabeleta a llevarse a la pequeña. Una vez fuera le preguntó

—¿Que ha sido? ¿Hembra o varón?

Algo en el destello de la mirada del Director hizo que, por primera vez en su vida, Isabeleta se decidiera a mentir

—Un varón, valiente y luchador como su padre. Ha asesinado a mi hermano, pero no ha podido evitar que su sangre rebelde siga corriendo por las venas de su hijo.

El impacto de la mano del hombre la obligó a girar el rostro. La niña, que parecía más calmada desde que había reposado unos instantes entre los brazos de su madre, volvió a llorar agudamente. El Director hizo el intento de arrebatarse a la pequeña de malos modos, pero Isabeleta retrocedió protegiéndola entre sus brazos, lo que enfureció aun más al hombre.

—¿Ves estas paredes? si tú quieres...podrás ingresar en ellas y quedarte para siempre. Yo lo haré posible —Se acercó un poco mas y sus dedos recorrieron el rostro lánguido de la joven, que tembló como respuesta —Soy tu padre, sabes que solo quiero lo mejor para ti. Tan solo tienes que darme a ese pequeño y conseguirás lo que siempre has soñado. Ya no tendrás que trabajar en la fábrica, ni servir a los Nichols. Piénsalo...

—¡No! —La joven se apartó, negando con la cabeza

El hombre se acercó en dos zancadas y la agarró por el cuello con energía. Sus dedos aprisionaron su garganta con tal fuerza que prácticamente no podía respirar

—O el bebé o tú. Solo uno puede sobrevivir...

Un sudor frio recorrió la piel de la joven, sus piernas comenzaron a temblar y sus brazos, que aun sostenían el bebé, estaban empezando a perder fuerza. No le importaba morir, sabía que su vida no valía nada. Pero si se ofrecía a cambio de la pequeña, aquel ser despreciable probablemente la traicionaría, las dos morirían y Claire jamás conocería a su hija. Se irguió con dificultad y asintió, pronunciando las palabras más dolorosas que jamás había tenido que articular

—Yo me ocuparé de su muerte. Está muy débil, así que no soportará el frio del exterior..., en pocos minutos habrá perecido. Tan solo le pido poder enterrarlo cristianamente.

—¿Me has tomado por imbécil? Pienso ver como lo haces, como me demuestras de qué eres capaz, y luego... puedes hacer con él lo que quieras.

Isabeleta puso el bebé sobre una mesa y se odió por lo que estaba a punto de hacer. Un reguero de lágrimas bañó el diminuto cuerpo que tenía bajo sus manos cuando, una de ellas, avanzó temblorosa hasta la boca de la pequeña, cerrando el paso de aire y sintiendo el último aliento de sus pulmones escapándose entre sus dedos. En pocos minutos, los pequeños pies y manos dejaron de pelear por su vida, moviéndose cada vez más despacio hasta reposar absolutamente inertes. El hombre se dio por satisfecho y sonrió.

—Si hablas de lo que ha sucedido aquí esta noche con alguien estás muerta. Da igual donde te escondas, te encontraré y me ensañaré con tu cuerpo hasta que supliques que acabe con tu vida, ¿entendido? —La joven asintió sollozando —¡Largo! Entierra a este bastardo donde te parezca, pero que jamás aparezca su cuerpo.

La sirvienta envolvió al pequeño en una manta y lo pegó a su pecho, en un instinto de protección que ya no tenía ninguna razón de ser. Escapó de allí

corriendo, bajó las escaleras de la escuela sin mirar atrás, hasta caer de bruces en la tierra húmeda del patio. Cuando consiguió recuperar el aire y reaccionar, se levantó con las rodillas entumecidas y se dirigió a la estrecha puerta de acceso a las celdas de las novicias. Al instante, encontró la que buscaba y llamó con desesperación. Su amiga Lourdes abrió la puerta adormilada, pero se despertó de pronto al ver la mirada de pánico de Isabeleta

—¿Que sucede?

—¡Tienes que ayudarme! Por favor...

Lourdes había trabajado en un hospital antes de ser novicia. Cuando se conocieron y detectó la tuberculosis que perseguía a Isabeleta desde niña, le aconsejó varios remedios caseros con los que paliar los molestos síntomas. Era la única que podía ayudarla.

Al ver el cuerpo sin vida del bebé, lo primero que hizo fue cubrir su cuerpo con varias mantas, intentando aumentar su temperatura. Isabeleta tocó sus diminutas manos, que seguían inmóviles, y un sollozo desgarrado volvió a apoderarse de su garganta. No tanto por la vida perdida de la pequeña, como por la culpabilidad de habérsela arrebatado con sus propias manos. De pronto, se irguió, determinada a conseguir que volviera a la vida y posó su boca sobre la suya, dispuesta a insuflarle el oxígeno que necesitaban sus pulmones. Lo había visto hacer en el parto de su sobrino pequeño, cuando el médico que fue a ayudarles tuvo que hacerle un boca a boca de urgencia. Su amiga la miró atónita y sus manos comenzaron a masajear el infantil pecho con energía. Cuando llevaba un buen rato sin ningún resultado, miró a Isabeleta resignada

—Creo que no vamos a poder hacer nada...

—¡Sigue! ¡Sigue! —Le ordenó negando con la cabeza. No podía darse por vencida, jamás se perdonaría haber hecho algo tan horrible. Solo Dios tenía la capacidad de decidir sobre la vida y la muerte.

Lourdes la miró compasiva y volvió a reiniciar el masaje cardíaco con más ímpetu, cuando, de pronto, la pequeña comenzó a convulsionarse y a toser como respuesta. Su boca se abrió, aspirando con intensidad y, poco a poco, su piel fue cambiando el tono, alejando el rictus mortal que se había apoderado de su rostro minutos antes. Isabeleta la envolvió entre sus brazos y las dos jóvenes se abrazaron llenas de excitación. Una vez consiguieron calmarse, Lourdes preguntó cautelosa

—¿El bebe es tuyo?

—No, no es mío. No puedo decirte quien es la madre, pero es hija de mi hermano. El señor Valls asesinó al Gitano y pensaba hacer lo mismo con esta

pobre criatura. No podía permitirlo... —Isabeleta miró el rostro de su amiga —Tengo que buscar un hogar donde dejarla, lejos de ese hombre. Yo estoy enferma, no puedo hacerme cargo de ella.

La niña comenzó a mover la cabeza, restregándola contra su pecho, en un acto instintivo de búsqueda. Lourdes asintió conmovida

—Está bien, te ayudaré. A pesar de que tu hermano siempre nos ha despreciado. Si supiera que unas monjas van a cuidar de su hija... —Acarició la fina piel de los dedos de la pequeña, que se cerraron sobre el suyo al sentir su cercanía, como si supiera que aferrándose a ella sería el único modo de hacerlo a la vida. La joven sonrió —Pero antes de nada debemos buscar alimento. Se de alguien que nos ayudará

El convento daba asilo a madres solteras, muchas de las cuales habían sido víctimas del odioso señor Valls en más de una ocasión, así que Isabeleta solo tuvo que mentir una vez más. Explicó que la niña era suya, fruto de los repetidos abusos del director, pero estaba enferma y sus pechos no producían leche suficiente para alimentarla. Las jóvenes, al ver su aspecto lánguido y su delgadez, no dudaron en la certeza de sus palabras y se apiadaron de ella. Aceptaron compartir una pequeña cantidad diaria de la leche destinada a sus hijos con aquel bebe, hasta que pudiera alimentarlo de otro modo.

Lourdes prometió cuidar de la pequeña hasta que estuviera recuperada, Isabeleta ya se había encargado de trazar un plan para luego. Le entregó una carta para su hermana, en la que explicaba la misma versión que había dado a las chicas del convento y la instaba a reclamar la manutención de la niña al señor Nichols. Conocía bien a su hermana, sabía que si veía la oportunidad de sacar tajada de todo aquello y obtener alguna compensación, no dudaría en buscar la manera de comprometer al Señor Valls ante el Amo y la niña tendría el sustento asegurado.

Antes de irse besó a la pequeña en la frente y susurró junto a su oído

—Eres fuerte como tu padre y obstinada como tu madre. Claire sabrá encontrarte, estoy segura. —Luego, la devolvió a los brazos de la que sería su ama de cría, que desnudó su pecho y lo introdujo junto a la boca de la pequeña. Esta, como un imán, se aferró al pezón succionando con energía, dispuesta a recuperar algo de la vida que le habían arrebatado horas antes. Giró su rostro hacia Lourdes —Gracias... Siempre te has portado muy bien conmigo, te estaré eternamente agradecida.

—¿Dónde vas a ir? Si, tal como dices, el señor Valls ha amenazado con matarte, deberías quedarte aquí. Estoy segura de que si hablamos con la madre

superiora podrá ayudarte

—No, mejor no. No expliques a nadie lo que ha pasado esta noche, y a la madre superiora menos que a nadie. Tengo motivos para creer que no dudaría en entregarnos a mí y a la niña sin pensarlo —La abrazó con lágrimas en los ojos —Cuida de mi pequeña. Yo estaré bien.

La sirvienta se alejó de allí sin mirar atrás. ¿Dónde iría? El señor Valls no solía dejar cosas al azar. Estaba segura de que si sospechaba en algún momento que lo había traicionado, la buscaría por toda la región. No encontraría convento lo bastante alejado del vengativo corazón de aquel hombre.

Cuando atravesó los campos ya era plena noche, una persistente oscuridad lo inundaba todo. El reflejo de la luna, en posición menguante, dejaba ver lo justo para encontrar el camino que reseguía el muro del jardín. Introdujo la llave, que aun no le había devuelto a Claire, en el candado y bajó las escaleras del sótano. Hasta que no se sintió a salvo no se dio cuenta de lo aterrada que estaba. Rebuscó en las cajas de metal, sabía que su hermano guardaba allí las ganancias de su negocio de contrabando, sus ahorros para salir del país en cuanto tuviera ocasión. Por desgracia, el señor Nichols se había encargado de que sus deseos quedaran sepultados bajo el polvo y la ceniza de aquella mina. En una de las cajas inferiores, escondido bajo los cigarrillos, encontró un paquete envuelto en papel de periódico. En su interior descubrió dos fajos de billetes atados con un cordel.

Se sentó a la mesa y se dio cuenta de que estaba agotada y hambrienta. La tensión y el miedo que se habían apoderado de ella durante gran parte de la noche, habían hecho mella en su débil cuerpo. Necesitaba dormir unas horas antes de tomar una decisión, así que cogió unas mantas que encontró arrebujadas en un rincón y se estiró sobre el frío suelo absolutamente exhausta.

Un leve rayo de sol se filtró entre las rejas y acarició su rostro, despertándola. Giró su cuerpo y se recordó que aun estaba en peligro. El estómago rugió, avisándola que no había ingerido nada durante horas y un nudo aprisionó su garganta al pensar en Claire. Probablemente ya le habían dado la noticia de la muerte de su hijo; estaría destrozada, muerta en vida tras saber que no le quedaba nada por lo que seguir luchando. Su corazón deseaba volver a su lado, correr a explicarle la verdad, pero la razón le recordó que eso solo complicaría las cosas. El señor Valls entendería al momento que lo había traicionado y nada, ni nadie, pararía sus ansias de verla muerta.

Se quedó en la misma posición durante horas, sin mover un músculo,

dispuesta a esperar a la noche para salir en busca de algo con lo que alimentarse, cuando algo llamó su atención. Bajo la mesa, un estuche cuadrado yacía medio abierto, como si alguien lo hubiera perdido en un descuido. El contenido de su interior se había desencajado, dejando a la vista dos cartones que tenían forma de tarjetas de visita. Ambas tenían el mismo nombre escrito en la parte superior, en letras doradas. Perteneían al Casal Català de Toulouse, un lugar que conocía por boca de su hermano. Las giró y en una de ellas encontró una nota donde se citaba a su hermano y a su acompañante, Claire Nichols, en un punto de reunión concreto cerca de allí. Se daban tres fechas, la primera era el día anterior a la explosión de la mina y faltaban dos días para la última. También lo acompañaba una especie de contraseña, imaginó que sería el salvoconducto que iba a llevarlos hasta Toulouse.

En la otra tarjeta solo había escrita la primera fecha y una nota: "Nuestro futuro empieza aquí". La depositó de nuevo bajo la espuma que forraba el estuche y la dejó sobre la mesa, justo cuando el eco de unas graves voces la sorprendieron procedentes del jardín.

Una era la del señor Nichols, inconfundible por su acento inglés, y al descubrir la otra se le erizó todo el vello de su cuerpo, acelerando su corazón sin remedio. Acercó una silla a la gruesa pared y se subió a ella, con la intención de descifrar el tema de la conversación, que por su tono alterado, debía ser transcendente. El director replicó contrariado

—Pero, señor Nichols, he cumplido todo lo que me ha encomendado sin rechistar. No encontrará marido más fiel a sus intereses que mi hijo, y lo sabe. Lo conoce bien..., si se lo ordeno, conseguiré que su hija entre en razón y acepte vivir como una joven respetable a partir de ahora.

—Señor Valls...su hijo ya ha demostrado en repetidas ocasiones que no está preparado para tomar las riendas de este negocio. Sería un inconsciente si dejara en su manos el futuro de mi hija... —El hombre carraspeó —Por otro lado, la familia Davis es una de las mas importantes en el sector metalúrgico y creo que ya va siendo hora que diversifiquemos el negocio. Su fortuna nos permitirá restablecernos del cierre de la mina, e incluso ampliar la fábrica. Ya he hablado con James, le he invitado a pasar unos días en la Torre. El y mi hija son antiguos amigos, no rechazará su compañía

—Pero...tenía entendido que James Davis se había comprometido con Sarah Taylor.

—Y así fue pero, querido señor Valls, a veces el destino se empeña en jugar a nuestro favor... —Las voces se acercaron mas a la pequeña abertura

del muro y Isabeleta se arrimó todo lo que pudo a él, evitando ser descubierta
—Sarah Taylor falleció hace menos de un mes. Su cuerpo, enfermizo y débil, no resistió la dureza del parto

—Quiere decir...

—¡Exacto! James tendrá una nueva madre para su hijo y Claire podrá jugar a ser mamá sin escándalos y siempre de modo afín a mis intereses. ¿No soy un genio?

El corazón de Isabeleta latía cada vez más deprisa. Debía avisar a Claire de todo lo que se estaba tramando a sus espaldas, tenía que hacerle saber que su hija seguía viva... ¿Pero cómo? Cuando estaba a punto retirarse, las palabras del director volvieron a reclamar su atención

—Por cierto, señor Valls. ¿Qué hacemos con el sótano? Ahora que nos hemos deshecho del Gitano y sus colaboradores, no creo que nadie se atreva a utilizarlo. Podríamos tapiar la puerta y así nadie sabrá que existió.

—Haga lo que crea necesario, señor Valls, pero con discreción. Lo último que deseo es que sus acciones nos comprometan. La gente está alterada; tras la muerte del Gitano, he tenido varios motines en la fábrica. Lo mejor será acallar los ánimos y conseguir que se olviden de él lo antes posible.

Cuando el Director llegó al antiguo escondite, se sorprendió al ver la puerta abierta. Inspeccionó el lugar y se decepcionó al no encontrar más que unas cuantas cajas de cigarrillos mal puestas.

No merecía la pena gastar energía en borrar las huellas de lo sucedido en aquel lugar, no había nada que los comprometiera. Cerró el candado que custodiaba la puerta y se alejó satisfecho. Nadie sabría que aquel pequeño almacén se había convertido en una de sus peores pesadillas.

CAPITULO 26

Año 2014

Clara se levantó aquella mañana con una ilusión que hacía tiempo no sentía. El viaje a Italia, junto a Andy, había provocado que juguetonas mariposas revolotearan en su estómago desde la noche anterior. Una excitación fuera de lo normal en ella, tan acostumbrada a retener sus emociones.

El actor le había pedido que hiciera la maleta con lo mínimo imprescindible, ya comprarían lo necesario sobre la marcha. Para ella, aquella pequeña rebeldía significaba un símbolo de libertad, una manera de vivir la vida sin ataduras, sin normas, absolutamente antagónica a la que había tenido hasta ahora. Pero, al contrario de lo que le sucedía cuando convivía con Samuel, no saber que iba a suceder en los próximos días no la incomodaba en absoluto. En realidad, estaba deseando conocer lugares nuevos, vivir experiencias desconocidas. Compartirlo con Andy le aportaba la seguridad que tanto anhelaba, no necesitaba saber más.

Cerró la cremallera de la pequeña maleta de mano y se miró en el espejo. Vestía unos simples vaqueros y una fresca blusa de seda, de un color verde esmeralda. Sus oscuros rizos caían en cascada sobre su pecho y espalda, y sus mejillas estaban sonrosadas por la emoción. Detectó un brillo especial en sus ojos, que se habían tornado de un azul intenso, como siempre que estaba inquieta. No podía disimular su estado de ánimo.

Alka llamó a la puerta y entró sonriendo

—Bueno...parece que la señorita Martí se ha decidido a dar el paso —
Clara se ruborizó y la cocinera se acercó más a ella y la besó en la mejilla —
Me alegro mucho, Clara. No sabes lo contenta que estoy de verte tan feliz

La joven frunció el ceño

—¿Y quien dice que estoy feliz?

—No hace falta más que verte. No dejas de sonreír y estás radiante

—Bueno...también estoy muy nerviosa. No sé qué va a suceder... ¿Y si no funciona?

—Vamos Clara...si no lo pruebas jamás lo sabrás

Clara asintió y decidió pasar por la biblioteca para dar las últimas

instrucciones a Carmeta, antes de partir. En cuanto entró, un movimiento en el jardín llamó su atención. Al otro lado del ventanal pudo ver a Antonio podando las violetas con meticulosidad. La ayudante, al ver su gesto de sorpresa le explicó

—La señora Mathew ha vuelto a contratar a Antonio...Es muy extraño, antes no quería ni verlo y ahora dice que desde que se fue, el jardín nunca se recuperó. ¡A esta mujer no hay quien la entienda!

Clara salió con rapidez al exterior, dejándola con la palabra en la boca. El mozo, al sentir su presencia a su espalda, la saludó sin dejar de trabajar, como si lo hubiera hecho cada día en los últimos veinte años

—Buenos días Clara. ¿Todo bien?

—Sí, claro...Antonio, el otro día te fuiste sin despedirte.

El hombre siguió hablando, como si no hubiera oído sus palabras

—Le prometí a Claire que cuidaría de estas flores hasta que mis manos ya no pudieran trabajar. Mientras las fuerzas me ayuden, mantendré el jardín tan bello como a ella le gustaba.

Clara se acercó y puso la mano en su hombro

—Antonio...he descubierto muchas cosas sobre Claire y sobre mi madre, pero aun hay alguna que se me escapa. Sé que le prometiste no revelarme nada, pero...

El anciano se giró y Clara detectó la melancolía que lo inundaba siempre que oía el nombre de la señora Nichols

—Ella quería que lo descubrieras por ti sola, después de lo que pasó con tu madre...

—Esa es una de las cuestiones que más me atormenta ¿Qué pasó exactamente? Necesito saber que hablaron en aquella conversación, estoy segura de que allí está el dato que me falta para acabar de comprenderlo.

El anciano la miró fijamente. Tras un suspiro interminable, se decidió a hablar

—La primera conversación se produjo al poco de cerrar la fábrica. Tus padres vivían en la playa y Claire me pidió que la acompañara. Nos presentamos por sorpresa, Isabel estaba embarazada de ti y puedo decir que es una de las pocas mujeres que he visto que consiguen aumentar mas su belleza durante el embarazo... —El hombre caminó con paso dificultoso hasta el balancín y se sentó en él. Clara lo siguió e hizo lo mismo a su lado, esperando paciente a que continuara —Claire tenía una sospecha desde hacía años, que se hizo más intensa a partir de que se te llevaran del pueblo. Aquello la hizo

reaccionar, decidió abrir el féretro de su hijo fallecido...

—Y no encontró ningún cuerpo.

—Así es, dedujo que la habían mentido, que su hijo estaba vivo en algún lugar. Estaba decidida a buscarlo, la única pista que tenía era una marca de nacimiento que el pequeño tenía sobre el pecho y unos meses antes que tu madre se fuera...

—¡La herradura! Mi madre tenía una mancha de color vino, un angioma de nacimiento, le llaman. Ahora lo entiendo... Cuando la señora Nichols fue al río y la vio sin ropa, probablemente descubrió aquella mancha. Solo podía verse cuando iba en traje de baño o con un generoso escote. —Clara miró al frente, pensativa —Pero... ¿Cómo podía ser su hija? No he conseguido la partida de nacimiento de mi madre, pues se quemó en el incendio, pero tengo su documento de identidad y, si lo que pone es cierto, solo se lleva tres meses con Alice Mathew. Es imposible que sea su hija.

—No lo sé, Clara. Todos en el pueblo creían que tu madre era hija de Isabeleta, incluso Claire; no podía imaginar que su única amiga la hubiera traicionado. Hasta que descubrió aquella mancha en su piel y comenzó a atar cabos. Se obsesionó con todo aquello... Aquella tarde fue a visitar a tu madre con la intención explicárselo todo, pero su reacción no fue la esperada. Nos echó de allí gritando que los Nichols querían volver a manipular su vida de nuevo, ahora que por fin había conseguido ser feliz. Claire salió de allí destrozada, pero no desistió. Intentó numerosas veces hablar con ella, quería que aceptara hacerse una prueba de ADN, algo que solo unos pocos podían costearse en aquella época. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera para convencerla, la última vez fue dos días antes de su suicidio... Perdió el control, intentó cortarle un mechón de pelo... Nunca se perdonó haberla presionado tanto

Clara seguía con la vista al frente, no podía creer lo que Antonio estaba insinuando

—Una vez mi madre me dijo algo que ahora, quizás, tome sentido: <<No dejaré de decirte jamás que te quiero, por todas las veces que mi madre se negó a hacerlo, aun teniendo la oportunidad>>. Supongo que no comprendió como habían vivido en el mismo techo y, si realmente sospechaba que podía ser su hija, no hubiera sido capaz de confesarle la verdad. Nunca hablaba de ella, prefirió ignorarla... Me figuro que su corazón acumulaba tanto dolor que fue incapaz de perdonarla

—No estoy tan seguro...

—¿Por qué lo dices?

—Cuando le pregunté qué nombre iba a ponerte me contestó: <<A mi hija mayor le puse el nombre de mi madre, así que lo decidiré en el último momento, ya no tengo que honrar a nadie mas>> —Cuando te conocí y supe que había escogido el nombre de Clara..., no sé, quizás es una tontería, pero quise pensar que en el último minuto reconoció a Claire como una madre y por eso cambió de parecer

—O...simplemente no cayó en que era el mismo nombre en otro idioma. Nunca lo sabremos

Antonio negó con la cabeza, justo en el momento que Andrew asomaba por la puerta

—Clara, tenemos que apresurarnos o perderemos el vuelo. ¿Lo tienes todo preparado?

El vuelo fue muy relajado. Andy aprovechó para contestar varios mails de trabajo y Clara estuvo leyendo una novela que había escogido de entre los inagotables títulos de la biblioteca.

Un elegante coche los recogió en cuanto llegaron a Florencia y los llevó por una estrecha carretera que serpenteaba entre extensos campos de viñedos y girasoles. El cielo era de un azul intenso, ni una sola nube amenazaba con perturbar la pureza que se cernía sobre ellos. El paisaje maravilló a Clara, que tuvo que admitir que quizá sí existían lugares donde los campos eran mucho más bellos que los que ella conocía, incluso parecían sacados de una de sus fantasías infantiles o del mismo cuento de la Princesa Invisible.

El coche giró en un recodo y se adentró por una pista de tierra hasta una gran casa de ladrillo rojo con contraventanas verdes. Una mujer corpulenta salió a recibirlos con una amplia sonrisa. Sus manos no pararon de gesticular en toda la conversación y hablaba tan rápido que era imposible comprender lo que decía. Clara pensó que entendería con facilidad el idioma italiano, pues su vocabulario confluía muchas veces en una mezcla de su lengua materna, el catalán, y la que había estudiado en la escuela, el castellano. Pero aquella mujer desbarató todas sus premoniciones. Tras hacerse numerosas fotos con Andy y pedirle varios autógrafos, ordenó a un chico, probablemente su hijo, que los acompañara hasta su habitación.

Clara sintió un hormigueo en su interior cuando descubrió la gran cama con dosel que presidía la estancia. Intentó disimular, acercándose a la ventana y abriendo los postigos de madera, dejando que la luz del sol acariciara su rostro.

Andy dejó la chaqueta sobre la cama y se acercó a ella con sigilo. El solo roce de su musculado torso sobre su espalda hizo que todo su cuerpo se estremeciera sin poder evitarlo. El actor, ajeno a todo lo que estaba provocando su cercanía, señaló un pueblo que destacaba en lo alto de una de las colinas que inundaban el paisaje. Una decena de torres rectangulares sobresalían varios metros de los tejados de las casas

—¿Ves aquel pueblecito? Se llama San Gimignano. Esta noche cenaremos allí y descubrirás porque es un lugar único —Clara sonrió y el actor añadió — Y probarás uno de los helados mas buenos que puedas encontrar —Antes de que Clara pudiera replicar, su cuerpo se alejó y sintió un inmenso vacío en el estómago, al no notar su aroma envolviéndola. —Voy a darme una ducha, tienen que venir a traer nuestra ropa. Abre tú, ¿de acuerdo?

La sonrisa pícaro con que lo dijo, acabó de desarmar a Clara. Andy estaba haciendo todo lo posible para que aquella noche resultara mágica, probablemente, con la intención de borrar los recuerdos de aquella que no lo pudo ser en el pasado. Y esta vez, ella estaba dispuesta a dejarse llevar hasta el final sin sopesar las posibles consecuencias.

El chico de la maleta le trajo dos grandes cajas en las que dos tarjetas llevaban escritas sus nombres. Andy salió del baño vestido solo con una toalla a la cintura, mostrando un torso bien esculpido y unos amplios hombros. Al ver como caminaba con soltura medio desnudo por la habitación, Clara entendió porque aquel hombre era considerado un sex-symbol en su país. Se acercó a la caja y la abrió; extrajo un elegante traje, una camisa y una corbata, y le ofreció la otra a Clara

—Señorita Martí... ¿No piensa abrir su regalo? —Esta asintió y lo abrió con cierto reparo. Desplegó un elegante vestido de gasa de un suave color rosa, con el cuerpo recubierto de pedrería, y unas bonitas sandalias a juego. Sus ojos se humedecieron sin remedio y se obligó a girar el rostro, escondiéndolos, un gesto que los hizo volver a su infancia. Preguntó con preocupación —¿No te gusta?

—Si, claro...es precioso. —Levantó la vista, mostrando una emocionada sonrisa —Simplemente acabo de recordar la última vez que alguien me regaló un vestido...Tenía doce años... —Andy la abrazó con ternura al comprender de lo que hablaba. No había nada de sexual en aquel contacto, era algo definitivamente mas intenso, mucho más íntimo y cercano. Él le estaba ofreciendo su corazón sin complejos y Clara lo recibió agradecida, consciente de que a partir de aquel momento su subsistencia solo estaría asegurada si él

se mantenía cerca. Tras el abrazo se apartó con gesto ceñudo —¿No es demasiado elegante? No creo que los lugareños vistan tan pretenciosos

Andy carcajeó

—No cambiaras nunca, siempre intentando pasar desapercibida. ¿Aun no has comprendido que por mucho que lo intentes no puedes evitar que tu belleza deslumbre con luz propia? —Acarició su rostro con delicadeza, provocando un nuevo hormigueo en su piel —Eres perfecta...Pero tienes razón, mi representante me ha montado una pequeña recepción en el ayuntamiento, vendrán los altos cargos de la región y algunos periodistas. Será rápido, te lo prometo. Un pequeño discurso de agradecimiento, una copa del vino que cultivan en la zona y podremos escaparnos a ver una de las puestas de sol mas bellas que existen

—¿Has dicho periodistas? —Respondió tensa

—Si, pero no te preocupes, está controlado. Ahora que mi serie se va a emitir en Italia, me conviene dejarme ver. Pero puedes quedarte al margen si es lo que quieres

Clara suspiró

—Está bien...Supongo que tendré que ir acostumbrándome a esto, si vamos a estar juntos...

Los ojos de Andrew se entrecerraron, seductores, mientras sus labios se acercaban y se posaban dulcemente sobre los suyos, dispuestos a regalarle un tierno beso como respuesta.

Mientras Clara se arreglaba, Andy se vistió con rapidez y bajó a fumarse un cigarrillo al jardín. Cuando la vio llegar, casi no pudo contener las ganas de abalanzarse sobre ella y besarla con pasión. Estaba preciosa; el vestido, de un rosa pálido, destacaba sobre su piel color aceituna. Llevaba el pelo sutilmente recogido, con varios mechones enmarcando su perfecto ovulo y había maquillado sus ojos en un color suave que contrastaba con el intenso azul de su mirada. Ella lo miró de arriba abajo, recreándose en la chaqueta entreabierta, que dejaba ver como la camisa se ceñía a su terso abdomen como un guante. Aseveró:

—Estás muy guapo. Todas las mujeres caerán rendidas a tus pies

El se acercó y pasó el brazo por su espalda, acompañándola en dirección al coche

—No creo que ninguna sea capaz de competir contigo, amor mío.

Un cosquilleo subió por la espalda de Clara, que enmudeció al oír aquella palabra que para ella tenía significados tan contradictorios. Se había pasado la

vida catalogándolos, buscándole el sentido, pero en aquel momento decidió que aquella mezcla de excitación y ternura solo podía tener un nombre: el amor verdadero. Un amor sin concesiones, sin obligaciones; dispuesto a ser generoso y a darlo todo por el otro sin exigirle nada a cambio.

La recepción fue muy tranquila y aunque sentía las miradas de todos los presentes sobre ella, nadie la importunó. Cuando terminó, pasearon por las empedradas calles de aquel curioso pueblo empedrado, hasta que llegaron a una plaza con forma trapezoidal, la Piazza del Duomo. Clara no podía dejar de admirar aquellas peculiares torres rectangulares, que parecían verdaderas lanzas apuntando al cielo

—Que curiosas construcciones... ¿Para que servirían estas torres?

—Eran una demostración de poder. Hubo un tiempo en que cuanto más rico eras, más alta era la torre que construías. Así que la costumbre se tornó una verdadera competición y llegó a haber más de setenta torres construidas en el pueblo. Por algo le llaman el Manhattan medieval...

Ella negó con la cabeza

—La ambición de poder del hombre nunca dejará de sorprenderme

Andy la invitó a subir hasta lo alto de una de las Torres, una de las pocas a las que se podía acceder, y allí Clara pudo contemplar porque la Toscana es uno de los parajes mas visitados del mundo. La luz anaranjada de la tarde se cernía sobre los viñedos, que formaban un mar de colinas infinitas, salpicándolos con un millar de motas color fuego. Los esplendidos girasoles, que habían visto por la mañana buscando la luz del sol, se escondían temerosos, al sentirla cada vez más exigua.

Durante un buen rato, sus cuerpos se mantuvieron abrazados, admirando la belleza que les brindaba la naturaleza, escuchando tan solo el silencio que los rodeaba, tal y como hacían en su infancia, sin sentir la necesidad de desear nada más que permanecer uno junto al otro.

Tras cenar a la luz de las velas en una pequeña terraza con vistas a los campos, tomaron un delicioso helado en un establecimiento que se jactaba de haber ganado un premio al mejor del mundo en su especialidad. Volvieron al coche, paseando bajo la luz de la luna, y Clara pensó que la noche estaba resultando perfecta, tan solo faltaba saber si aquello con lo que había soñado tantas veces, aquello que tanto había anhelado, conseguía hacerse realidad.

Cuando llegaron al hotel, entraron en la habitación a oscuras y la urgencia de la pasión, contenida durante tanto tiempo, tomó las riendas del encuentro. Sus bocas se unieron, saboreándose como si temieran perderse de nuevo. Sus

corazones latían desbocados, mientras sus manos y su cuerpo se extasiaban con cada nuevo contacto de su piel. El ansia por poseerse, por entregarse, era tan apremiante como la necesidad de amarse. Ninguno de los dos había experimentado nada igual antes, jamás el contacto de otra piel había despertado esas devastadoras sensaciones en su interior.

Andy encendió la luz de la mesilla y Clara se estiró extasiada en la cama, dispuesta a entregarse de nuevo, más lentamente esta vez. Estaba decidida a saborear cada instante, a regalarle cada suspiro de excitación que exhalaba de su boca, cada mirada de deseo que llevaba tanto tiempo reservándole sin saberlo. Los dedos del actor se introdujeron bajo los tirantes del vestido desnudando su pecho. Clara reaccionó cubriéndolo con la mano y escondiendo el rostro a un lado con gesto avergonzado

—No, no quiero que me mires. La cicatriz...es horrible...

Andy apartó sus manos con delicadeza. Reconoció la herida del bosque y la culpabilidad volvió a azotarlo con saña. Clara llevaba toda la vida escondiendo aquella parte de su cuerpo, avergonzada de algo de lo que era inocente. Un nudo se instaló en la boca de su estómago al ver de nuevo el sufrimiento en sus ojos, constatando que seguía allí, dispuesto a seguir alejándose sin remedio. Recorrió con el dedo aquel trozo lacerado de piel, hinchado y rojo, acariciándolo con sumo cuidado. La lesión se iniciaba en el inicio del escote y descendía como una lanza hasta clavarse bajo uno de sus pechos, tirando de él y deformándolo levemente. Tragó saliva al sentir como se humedecían sus ojos. Ella seguía expectante, con la misma inocente mirada de cuando era una niña y le suplicaba que jamás la abandonara. Acercó sus labios y surcó un camino de besos sobre la piel mutilada con suavidad. Luego la miró a los ojos con una intensidad arrolladora

—No debes avergonzarte de ella, el único que debo hacerlo soy yo. Debe permanecer aquí, así, cada vez que la vea, recordaré que la felicidad que disfrutamos es etérea. Hacerla real está en nuestras manos, nuestros actos son los únicos que pueden transformarla. A medida que nos amemos, con mis besos, con tus abrazos, con nuestras caricias..., iremos borrando la herida, como si fuera la piel de la Princesa, que va desapareciendo poco a poco con su llanto. —Suspiró, derrotado, al ver como ella asentía con una tímida sonrisa —Un día, por fin, nos daremos cuenta de que ya no está, o simplemente ya no nos importe que siga ahí...

Clara se estremeció al oír sus palabras y sonrió

—Te quiero Andy. Intenté odiarte después de aquello, pero mi corazón

siempre se negó a hacerlo

Lo besó con pasión, mientras las lágrimas surcaban su rostro, pero esta vez descubrió que también era posible llorar de alegría.

La noche había resultado perfecta. Ya nadie le arrebataría aquel recuerdo, que, pasara lo que pasara, permanecería en su corazón para siempre.

A la mañana siguiente, Andy la despertó con un tierno beso

—Vamos Princesa, tenemos que ir a conocer a un anciano ilustrador

La joven se revolvió una vez más entre las sábanas. Le dolía todo el cuerpo, el deseo acumulado durante tantos años los mantuvo despiertos toda la noche, así que abrió un ojo y volvió a cerrarlo al sentir la luz del exterior cegándola

Al cabo de una hora se encontraban ante la majestuosa puerta de un antiguo palacete florentino. El edificio Renacentista tenía la fachada recubierta por grandes losas romboidales de piedra gris y las ventanas presentaban elegantes molduras con varias inscripciones talladas. Estaba rodeado por un romántico jardín, en el que se encontraba un laberinto formado por esculpidos arbustos y, a lo lejos, numerosos campos de viñedos se disponían milimétricamente en renglones. Salió a recibirles una joven que se presentó como la nieta del señor Gordon y que les acompañó en silencio a través de un pasillo que daba a un jardín interior, que recordaba a un antiguo claustro. La joven les hizo esperar en un espacioso salón de techos abovedados, decorados con impresionantes frescos que ambos estudiaron con admiración. Algunos recreaban mitos clásicos, otros se basaban en la Astrología y, en algunos, varios querubines les devolvían la mirada con rostro travieso. Una ostentosa chimenea de piedra presidía la estancia y sus altas paredes se encontraban recubiertas por numerosos lienzos de gran formato de una belleza increíble. Clara dedujo que eran obras de su anfitrión y pensó en Elisa, en como desearía estar en su lugar en aquel momento. El ruido quejoso de un cojinete oxidado fue acercándose paulatinamente, hasta que vieron aparecer a un anciano con una larga barba blanca, vestido con un elegante batín de terciopelo color vino, sobre una silla de ruedas. El agudo ruidillo lo acompañó hasta que frenó ante ellos y les tendió su mano a modo de bienvenida. Tras presentarse, Clara decidió romper el hielo alabando aquella imponente construcción, a lo que el hombre contestó satisfecho

—ES un Palazzo del año 1470. Llevo años restaurándolo, pues es un sitio muy especial para mí. A pesar de ser un palacio renacentista, como tantos en Italia, tiene varias curiosidades que lo hacen especial. Supongo que se han

fijado en el almohadillado de la fachada, con forma de puntas de diamante, algo tan presuntuoso como interesante. Pocos palacios florentinos presentan esta arquitectura y, curiosamente, se dice que su origen no es italiano si no español, más concretamente Catalán o Aragonés —Al ver el gesto de sorpresa de Clara sonrió con suficiencia —Aunque no lo sepamos, por todas partes existen hilos invisibles que nos conectan unos con otros...

El hombre se quedó observándolos durante unos minutos en silencio. En sus ojos había suspicacia. Finalmente intervino

—Así que usted es la nieta de la Señora Nichols...

Clara se sonrojó

—No, disculpe. El nieto es él, yo solo encontré el libro del que le habló Andy

—Ah, si...el libro de cuentos. Hace tantos años...La autora tenía una gran imaginación y una delicadeza fuera de lo normal. Recuerdo que, en cuanto leí la primera historia me puse a dibujar varios días sin descanso, como si un espíritu se hubiera apoderado de mi mano y de mi mente, marcándome los trazos a su voluntad.

Andy intervino:

—Hizo un gran trabajo, las ilustraciones son bellísimas

—Era joven e inexperto. Y sobre todo era pobre...Tenía la esperanza de que la editorial me contratara para hacer las ilustraciones del resto de cuentos

—¿Habían mas?

El anciano se giró hacia la puerta, donde la joven esperaba paciente. Gritó en italiano

—¡Francesca, trae el cuadernillo!

La chica obedeció y les acercó un pequeño cuaderno. Parecía muy antiguo, tenía unas gruesas cubiertas de piel que se encontraban desgastadas y algo descoloridas. Clara abrió la libreta y se sorprendió al ver el título escrito en grandes letras: “Cuentos infantiles. Autora: Roser Casademont”. Fue pasando las páginas, una a una, y descubrió una caligrafía redondeada y pulcra. El libro contenía una colección de cuentos cortos, historias tan bellas y tiernas como la de la Princesa Invisible.

Andy no pudo evitar preguntar

—Disculpe, pero... ¿Cómo llegó a sus manos? Por lo que se ve pertenecía a mi bisabuela, pero no entiendo qué relación tenía con usted

El hombre suspiró, antes de continuar

—Yo no la conocía. Mi hermana era Doris Gordon, durante unos años fue

instructora de doma en la prestigiosa escuela de señoritas St.Mary's Ascott.

—Allí estudió mi abuela. Estuvo varios años interna.

—Exacto. Mi hermana fue su instructora de hípica, era muy joven y se hicieron buenas amigas. Yo empezaba en el mundo del arte y Claire le pidió a Doris que me propusiera ilustrar los cuentos de su madre. Me pagó una buena suma y habíamos decidido llevarlos a una editorial con la intención de publicarlos, pero la muerte repentina de la señora Casademont truncó nuestros deseos.

—Comprendo. Bueno... —Andy se levantó, devolvió el cuaderno a la joven y le dedicó una de sus cautivadoras sonrisas, obligándola a bajar la vista avergonzada —creo que ya les hemos robado suficiente tiempo. Probablemente esté muy ocupado con alguno de sus proyectos

El hombre levantó la mano

—Espere...tengo algo para ustedes

—¿Para nosotros? —Tras un gesto del hombre, la nieta les mostró dos cajas de cartón apiladas en el suelo. Abrió una, extrajo un sobre amarillento que se encontraba sellado y se lo entregó a Andy. Este lo miró desconcertado —¿Qué es esto?

La joven se ruborizó y dirigió la mirada a su abuelo en busca de ayuda. Este explicó:

—Mi hermana nunca se casó, vivió sola hasta su muerte, hace dos años. Cuando murió, me hice cargo de sus pertenencias y entre ellas estaban esas cajas. En ellas se encuentra la correspondencia que Claire Nichols le envió durante toda su vida. Mantuvieron la costumbre de escribirse una carta semanal durante más de sesenta años. Hubo algún parón entre medio y cada vez eran más espaciadas, pero nunca dejaron de enviárselas.

Clara miró las cajas maravillada

—Eso es precioso. Es una muestra de amistad verdadera...

El anciano asintió

—Tengo que decirles que antes de decidir que hacía con ellas las leí, necesitaba saber si su contenido era tan importante como para conservarlas. La única que no pude leer es esta que tiene en sus manos. Curiosamente, llegó tres meses más tarde de la muerte de mi hermana, la encontré en el buzón antes de desalojar la casa. Si se fijan en la fecha del matasellos, salió de Berga unos pocos días antes, así que la señora Nichols envió esa misiva consciente de que mi hermana ya no podría leerla. Tras meditarlo, decidí hablar con ella con la intención de devolverle todas las cartas, pero su muerte me sorprendió antes

de poder hacerlo. Así que me resigné a guardarlas en un cajón, esperando que alguien las reclamara, lo cual me pareció bastante improbable. Y mira por donde, siguiendo el rastro de mi acuarela hoy aparecen aquí sus legítimos herederos... —El pintor sacudió la cabeza en un gesto de incredulidad, antes de sentenciar: —La vida te da argumentos más increíbles que los de la propia ficción.

Ambos le agradecieron el regalo y, después de interesarse por cada una de las obras que colgaban en las altas paredes de aquel decadente palacete y conversar un rato más con el anciano, Clara aprovechó para enseñarle el libro de "La Princesa Invisible", que llevaba a buen recaudo en el bolso. El hombre acarició las tapas con veneración, como si su solo contacto lo hubiera transportado a aquella época perdida de sueños y esperanzas de juventud

—Roser Casademont tenía un gran talento. Fue una lástima que muriera antes de ver su libro publicado. —Los deformados dedos del hombre pasaron las páginas con una gran reverencia, hasta que llegó al final y descubrió los restos de papel. No pareció sorprendido, pero su voz sonó más temblorosa de lo habitual —Recuerdo que una de las cosas que más me gustaron de este cuento fue el final —El hombre sonrió, al ver como los jóvenes cruzaban una mirada cómplice —Habitualmente, el héroe de la historia suele ser un apuesto príncipe. Pero en este caso, el salvador de la princesa no era otro que un humilde campesino... Hay que entender que en la época que fue escrito las mezclas entre clases no estaban muy bien vistas, así que aquella historia, escondida bajo un inocente cuento infantil, y más sabiendo que su autora era una mujer de buena posición, se habría tomado como un acto de denuncia. La reclamación de unos derechos a los que aquella mujer no tenía acceso.

—Pero ella no pudo arrancar esas páginas, acaba de decir que no llegó a ver su cuento publicado. Usted sabe quien lo hizo, ¿verdad?

El hombre asintió satisfecho, a la vez que volvía a fijar su vista en aquellas cajas

—Todo está en esas cartas, señorita Martí... Les aconsejo que las lean con detenimiento y llegarán a comprender porque el destino ha decidido guiarlos hasta mi.

El viaje hasta Toulouse se les hizo interminable. Ambos estaban deseando llegar a la Torre y leer el contenido de aquellas cajas de una vez. Andrew no era tan paciente como Clara, así que en cuanto llegaron al hotel cogió el sobre que aun se mantenía cerrado, dispuesto a leer su contenido. Clara se apresuró a quitársela de las manos

—Ah, no...Esperaremos a llegar a casa y las leeremos por orden. Estoy segura de que esas misivas encierran todo y cada uno de los secretos de la Colonia

—Clara, esta carta es distinta. Mi abuela la envió sabiendo que su amiga no podría leerla nunca. Estoy seguro de que puede esclarecernos algunas cosas.

Clara suspiró y asintió resignada, acomodándose junto a él en la cama. Andy abrió el sobre con sumo cuidado y extrajo la carta, ofreciéndosela a Clara para que la leyera en voz alta, que en cuanto descubrió el encabezamiento se inquietó sin remedio

Querida Clara,

Tras infructuosos intentos de hablar contigo he decidido enviar esta misiva y reunirla con las que durante décadas he compartido con mi gran amiga Doris.

Si la tienes en tus manos es porqué, por fin, he conseguido sortear el destino. Durante toda mi vida me he sentido una víctima de sus arrebatos de crueldad y he tenido que ver como su vileza se ha cernido sobre la gente que quiero, volviéndolos desgraciados sin remedio.

No sé si en estos momentos te encuentras leyendo mis palabras sola o con Andy al lado, mi deseo es que sea la segunda opción. Pocas personas conocen el amor verdadero, aquel que te hace sentir libre y prisionero a la vez. Aquel que nos hace felices y, en cuento lo perdemos, inmensamente desdichados, al reconocer que solo existe una forma posible de amar. Yo tuve la suerte de conocerlo, hace muchos años, pero el destino quiso que fuera demasiado breve y que lo perdiera de un modo cruel y despiadado. Cuando vi como os mirabais tu y mi nieto, cuando descubrí como vuestros cuerpos se buscaban sin que vosotros fuerais conscientes, como vuestro corazón era capaz de reconocer al otro sin palabras...lo supe.

No dejéis pasar la oportunidad de deciros que os queréis, durante muchos años yo renegué de esa palabra, que pensaba injustamente que solo había traído a mi vida dolor y desaliento. Dejé mi vida en manos de otros, negando lo que mi corazón sentía.

Cuando me di cuenta y quise enmendar el mal hecho, tampoco supe hacerlo con medida. Deseaba tanto recuperar a mi niña, a mi pequeña...Y me

odiaba tanto a mi misma por haberme resignado tan pronto, por haber decidido obviar lo que mi intuición me decía y dejarme convencer por el engaño...

He cometido muchos errores en mi vida y no he sido capaz de enmendar ninguno, así que esta vez he decidido tener paciencia, dejar que seas tú quien escoja si quiere saber la verdad. Si no escoges esa opción, olvida estas cartas y vuelve a tu vida, pero si estás aquí es que has decidido oír mi voz, incluso después de que la muerte me la arrebate

No he sabido ser una abuela ni una madre cariñosa, pero siempre he intentado velar por todos vosotros, en la distancia, obligada a hacerlo en la sombra. Me gusta pensar que soy como una hada madrina, la Princesa Invisible que os observa desde su solitaria torre en silencio.

Deseo de todo corazón que me perdones, que me perdonéis cada uno de vosotros. Espero que consigáis trazar vuestro propio destino, sorteando las dificultades que se os presenten y perdonando a los que os han fallado, incluso a vosotros mismos. Con los años he descubierto que es el único modo de ser feliz.

Os quiero

Claire

Clara explotó en un sollozo, la desolación que emanaban aquellas palabras le había tocado en lo más hondo. Se arrepintió de no haber contestado sus misivas, ni sus llamadas de teléfono, de haber perdido la última oportunidad de escuchar su voz. Andy compartió su silencio, tan solo la rodeó con sus brazos durante un buen rato.

En cuanto llegaron a la Rue de Novars, en Toulouse, una “senyera” y una placa les indicó que ya habían llegado al Casal Català. Madame Leblanc les estaba esperando en un pequeño despacho, donde varios retratos de reconocidas personalidades del exilio español recubrían las paredes. Clara le presentó a Andy como el nieto de la Señora Nichols, supuestamente interesado en encontrar donde vivió refugiada su abuela.

La mujer comenzó a hablar en catalán con un fuerte acento francés. Les explicó que su abuelo había sido uno de los fundadores del Casal, su padre era muy anciano pero recordaba a la supuesta Claire Nichols, ya que había llegado al Casal apadrinada por el señor Marcelino Massa, apodado como "el Pancho" y conocido por ser un Maqui originario de Berga que militó en la CNT y que desde el año 1951 se encontraba exiliado en Francia. El hombre le

ofreció una vivienda en aquella misma calle, donde la mujer residió durante más de diez años. Era una mujer especial, ayudaba siempre que podía a los exiliados que iban llegando, ahuyentados por el odio que había sembrado la dictadura. Muchos habían sido denunciados por sus propios vecinos e incluso por miembros de su propia familia, no conocían a nadie y habían perdido todo lo que tenían. La mujer se comportaba con extrema generosidad, acogiéndolos en su casa sin pedir nada a cambio. Nunca preguntaba quien habían sido antes de llegar aquí, <<aquí no habían clases ni jerarquías>>, decía ella, así como no explicó nunca quien de donde procedía.

Cuando la mujer les tendió una fotografía en blanco y negro de la impostora, el corazón de Clara se aceleró. Buscó en su bolso la imagen que llevaba con ella a todas partes desde hacía un tiempo y comparó los dos rostros. La mujer del Casal había envejecido y aumentado algunos quilos, pero seguía manteniendo dos sombras oscuras bajo los ojos y una languidez que transmitía una profunda tristeza interior acumulada durante años. No había duda de que era Isabeleta Ros, la hermana del Gitano, desaparecida al poco tiempo de la muerte de su hermano.

EPILOGO

23 de Junio de 2016

La espalda de Clara sintió el abdomen de su marido rozando su espalda y sonrió, antes de que sus musculosos brazos la rodearan. En los últimos meses, el trabajo de Andy los obligaba a separarse más de lo que hubieran deseado. Llevaban seis meses casados y hasta el momento, su vida era tal y como siempre la deseó. Incluso la pedida de mano, que fue una sorpresa para ella, estuvo llena de emociones compartidas y sentimientos profundamente sinceros. Clara recordó aquel día tan especial, el que cumplía 33 años, justo un año antes. Andy la despertó sonriente y le pidió que lo acompañara hasta las cuadras, donde Antonio les esperaba con su caballo ensillado y una gran sonrisa. Clara se giró hacia Andy sorprendida

—¿Se puede saber dónde vamos?

El la ayudó a montar y se situó detrás, envolviéndola entre sus brazos

—Quiero demostrarte que he aprendido a montar...

Clara sonrió y el actor dio un golpe seco al estribo, obligando al caballo a galopar hacia el bosque. Una vez en él, el trote se volvió más suave y el paseo más relajado. Se internaron en el bosque a través de uno de los senderos que serpenteaban bajo los árboles, hasta que cruzaron el río y llegaron al antiguo escondite de cuando era una niña. Un nudo espeso, mezcla de emoción y felicidad, se iba instalando en la garganta de Clara a medida que se acercaban. El actor la ayudó a acomodarse en el suelo y le quitó los zapatos, que ella hundió entre la hierba húmeda recuperando antiguos recuerdos y sensaciones. Se estiró a su lado, invitándola a hacer lo mismo. Ambos cerraron los ojos y, poco a poco, los sonidos que solían acompañarla en las tardes de soledad de su infancia inundaron el entorno: el agua fluyendo sobre las piedras, la hierba moviéndose al compás del viento, una mariposa aleteando junto a su oído... Clara sonrió satisfecha al oír la voz susurrante de Andy a su lado, pero no abrió los ojos

—Durante años, cuando venía a visitar a mi abuela, este lugar se convirtió en mi refugio. Sentía que, de algún modo, estaba más cerca de ti. Aprendí que la fuerza del agua durante la primavera anula cualquier otro sonido del bosque, y en verano, cuando el cauce ha disminuido, su tenue sonido se mezcla

con el del resto de melodías del bosque, creando una sintonía única y tranquilizadora. Desde entonces, cuando me siento alterado por algo, me acerco hasta aquí, cierro los ojos y me concentro solo en todo lo que la naturaleza me ofrece —las palabras de Andy habían tenido un efecto tranquilizador en Clara, que suspiró relajada y sonrió, justo cuando sintió los labios de Andy rozando los suyos, dedicándole uno de esos besos que la hacían sentir única y especial —Feliz cumpleaños Princesa

Clara abrió los ojos y buscó su mirada

—Gracias

Andy carraspeó, antes de continuar

—La única manera de borrar los malos recuerdos es sepultándolos bajo otros que te recuerden que mereces ser feliz —Recogió su mano y deslizó un anillo sobre su dedo. —Llevo mas de veinte años esperándote, necesito que me digas que sí...

Clara no pudo articular palabra, asintió en silencio, dichosa de, por fin, poder tener algún recuerdo suyo, tan intenso y perfecto, que la obligara a desear celebrar el día de su cumpleaños a partir de entonces.

Había pasado un año de aquello y seis meses desde su boda. Cuando su mente volvió a situarse en el presente, no sin dejar cierta melancolía en su interior, su mirada atravesó la ventana y se fijó en la pista de entrenamiento, donde Erik tiraba de las riendas de un potrillo en el que una sonriente niña iba montada. La joven había conseguido que varias casas de acogida trajeran a los niños que residían en ellas a la Torre, donde realizaban numerosas actividades con los caballos. Alka y Erik eran sus mejores ayudantes y en ese momento se encontraban con un ruidoso grupo de niños que correteaban emocionados alrededor de la pista. Andrew enterró la nariz en su pelo

—Mmmm, huele a rosas como siempre. —Besó su cuello y acercó su boca al oído de Clara —Te he echado de menos señora Nichols. ¿Todo preparado para la gran inauguración?

Clara se giró y lo abrazó, respondiendo a su pregunta con un beso largo y húmedo. Luego lo miró a los ojos

—Pensé que estaría muy ocupado con su nueva película, señor Nichols... ¿Está seguro de que podrá acompañar a su mujer a la inauguración de un modesto museo?

Andy se apartó y acarició su mejilla, hasta que sus ojos se desviaron a la ventana sorprendidos, lo que hizo girar a Clara de nuevo hacia ella

—Nunca creí que viviría este momento... —Alice Mathew se encontraba

acompañando a uno de los caballos, montado por otra de las niñas de acogida. Su rostro se mostraba relajado y sonriente, incluso les saludó con la mano al verlos al otro lado del cristal —Mi madre tirando de las riendas de un caballo... ¡Si hasta lleva puesto un traje de montar!

Clara sonrió, asintiendo

—Desde que accedió a leer las cartas se muestra mucho más tolerante con ese tema

—Ya era hora. Ha tardado casi un año en decidirse...

—Es duro descubrir que tu pasado no es el que te habían hecho creer, que todos tus cimientos se desvanecen... ¿Has hablado ya con ella? Me tiene preocupada, he intentado sacar el tema pero creo que aun no está preparada para hablar de ello

—Es curioso...solo me dijo que se sentía aliviada. —Clara entrecruzó sus dedos con los de Andy. Recordaba cómo se sintió ella cuando las leyó. Su interior bullía en una mezcla de desolación y tristeza por todo lo que habían tenido que pasar aquellas mujeres y como, las decisiones interesadas de otros, habían cambiado el rumbo de sus vidas; pero en ningún caso sintió alivio. Andy añadió —Mi madre nunca entendió porque mi abuela no fue capaz de quererla. Estaba acomplejada, creía que la repudiaba porque no había heredado nada de ella, ni su belleza ni su pasión por los caballos. Eso la hacía sentir insignificante.

—Y ahora... ¿Crees que comprende el dolor que Claire tuvo que pasar? Cada vez que lo pienso...le quitaron a su hija y la obligaron a criar a Alice como si fuera suya. Lo intentó con todas sus fuerzas, pero su corazón no se dejó engañar tan fácilmente.

—Sí, dice que eso es capaz de comprenderlo, aunque aun no puede perdonarla del todo. Tuvo la oportunidad de explicarle quien era, de donde procedía, quien era su verdadera madre, y no lo hizo. Pero, poco a poco, comienza a dejar atrás el rencor y a ponerse en su lugar... Está decidida a investigar quien era realmente Sarah Taylor, quiere encontrar sus orígenes.

—Bueno, ya vamos a abrir el museo, así que si necesita ayuda..., tendré tiempo para investigar. Reconozco que me ha gustado eso de hacer de detective

La carcajada de Andy la acompañó hasta el exterior, donde un coche los llevó de camino a la fábrica. Un grupo de periodistas acreditados los estaban esperando, junto a los invitados a la inauguración del Museo de la Colonia Textil Casademont. Andy Nichols inició el discurso, explicando que la

verdadera protagonista era su mujer, la impulsora de aquel proyecto y la legítima heredera de aquel lugar. Esta se excusó, diciendo que su intención era, simplemente, hacer saber al mundo como vivió la gente en aquellas Colonias y más concretamente las mujeres. Una época dura para todos, donde los Amos mandaban y los trabajadores simplemente obedecían, pero en la que ninguno de ellos se salvaba de la crudeza con que la vida los hostigaba. Un aplauso solitario sonó antes de que los demás asistentes reaccionaran y lo siguieran. Los ojos de Clara se encontraron con el gesto emocionado de una anciana. Mercé Rigau había dejado atrás sus reticencias y había vuelto de nuevo a la fábrica, tal y como había dicho, con la intención de comprobar que se hablaba con respeto del duro trabajo que se realizaba allí y se valoraba en su justa medida a todas las mujeres que residieron en ella.

La inauguración fue un éxito y la reproducción del cuadro de la Princesa Invisible, mostrando orgullosa la firma del ilustre pintor Marcus Gordon, acaparó todas las miradas. Junto a él, el nombre de Roser Casademont rezaba tras el título de "autora de cuentos". Sobre ella, una fotografía de la joven mujer del Amo, sentada en un amplio sillón de cañamo en el jardín trasero, les devolvía la sonrisa tímidamente. Clara había decidido conservar el libro original en la biblioteca, mimetizado entre los volúmenes de las estanterías superiores. Los secretos que guardaba aquella historia en su interior pertenecían a su familia de un modo demasiado íntimo, así que decidió le correspondía transmitir su historia de generación en generación. Al fin comprendió que el famoso hilo rojo, del que le habló su madre, se había materializado en aquella bella leyenda, uniendo su destino con el de las mujeres de aquella Colonia.

Aquella noche, cuando Clara y Andy se encontraban abrazados junto al río, a la espera de que se iniciaran los fuegos artificiales, sintió que la vida le había devuelto la felicidad que tanto deseó aquella noche, veinte años atrás.

Miró a la gente que los rodeaba, a los que mayoritariamente podía llamar amigos, y sintió que por fin formaba parte de aquel lugar, ya no necesitaba ningún manto mágico con el que protegerse.

Un ruidoso grupo de jóvenes se situó sobre unas rocas. Reconoció al hijo mayor de Joan, que se acercó al resto con cierta reticencia, llamado por Carmeta, que lo invitó sin complejos a sentarse a su lado. Andy siguió su mirada

—Veo que al final has convencido a los chicos de Joan para que vengan

—Sí, en un principio la gente cuchicheaba, pero cuando me han visto ir a

saludarles con un beso han dejado de prestarles atención. Ya te lo dije, no quiero que esos chicos pasen lo que yo, que se sientan apartados y solos. No son culpables de lo que su padre o su abuelo hicieron. Joan ya ha cumplido condena por su error, tú mismo deberías ser capaz de perdonarlo

—Se que Joan es incapaz de matar a nadie. Pero su idea fue descabellada...Mira que pretender provocar un incendio con la intención de apagarlo, y así quedar como un héroe, como tu salvador...Era mucho mas sencillo hablar conmigo, y me duele que no confiara lo suficiente en mí. Por otro lado, no puedo dejar de pensar que podrías estar muerta.

—Ahora ya está hecho, no sirve de nada pensar en que hubiera pasado si...No nos toca a nosotros juzgarle.

Andy la apretó más contra sí y, justo cuando los fuegos comenzaban a estallar, iluminando el cielo sobre la silueta de los pirineos al fondo, susurró en su oído

—Eres demasiado buena persona, pero esa es una de las virtudes por las que te quiero ¿Preparada para tu deseo? —Se acercó aun mas a su oído y volvió a susurrar —Yo voy a pedir que el año que viene seamos tres viendo los fuegos.

Clara lo miró asombrada. Hasta ese momento no habían hablado de tener hijos, pero sintió que, como siempre, Andy se había avanzado a sus deseos, leyendo directamente su corazón. Asintió con un nudo en la garganta, mientras sus azules ojos perseguían los luminosos caminos de pólvora que se iban dibujando sobre el cielo. Los restos de ceniza iniciaron un descenso lento y vaporoso, hasta posarse delicadamente sobre la superficie del agua como farolillos encendidos, pequeñas bolas de fuego formando un camino mágico sobre el rio. Clara, cautivada por la bella imagen, lanzó su deseo al aire

—Deseo... ¡Deseo que jamás vuelvan a existir mas Niñas Perdidas en este lugar!

Una leve corriente de aire silbó entre las ramas de los árboles, abrazándolos, jugando con las figurillas de su pulsera, que tintinearón como respuesta.

Pensó en su hermana, en su madre, en Claire y en Isabeleta, incluso en Alice y en Alka. Recordó a todas aquellas niñas con vidas tan distintas, pero unidas todas por aquel hilo invisible que perduraba a través de los tiempos. Todas fueron “Niñas perdidas” en algún momento. Como ella misma, todas buscaban dejar atrás la tristeza y el rencor, anhelando encontrar su lugar en el mundo. Algunas lo consiguieron y otras no, pero su lucha no había sido en

vano. Cada una de ellas había dejado algo de si mismas, convirtiéndola en la mujer que era ahora.

Levantó la vista y descubrió una estrella que brillaba más que las demás. Un reguero de pólvora comenzó a desvanecerse trazando sobre ella una silueta que se le antojó femenina.

Quiso pensar que ella estaba allí, el hada de sus sueños, vigilante, protectora, tan bella y etérea como la Princesa Invisible.